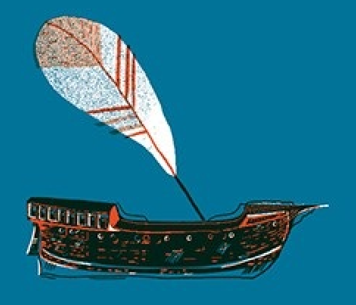
Cristóbal Colón



DIARIO DE A BORDO



Edición de
Christian Duverger



taurus



Diario de a bordo

de Cristóbal Colón

Primera edición digital: febrero, 2017

D. R. © 2016, Ediciones Coyoli, S. R. L. de C. V.

D. R. © 2016, Christian Duverger

D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Penguin Random House / Bruno Valasse, por diseño de portada
D. R. © Barry Domínguez, por fotografía de portada



Los contenidos de este libro pueden ser
reproducidos, en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con
fines académicos, y no comerciales.

ISBN: 978-607-315-128-3

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Cristóbal Colón

Diario de a bordo

Edición de Christian Duverger

taurus historia

Introducción
Lectura del *Diario de a bordo*

Christian Duverger

Documento de índole excepcional, el *Diario de a bordo* de Cristóbal Colón se encuentra perdido. Desapareció en el transcurso del siglo xvi sin jamás volver a la luz. Por suerte, conocemos la historia de su desaparición, una historia que sabe a leyenda y alimenta el misterio que gira alrededor del Descubridor.

Durante su primer viaje a "las Indias", día tras día, Colón redacta un libro de bitácora. A veces lo escribe él mismo, de su puño y letra; a veces dicta su contenido a un secretario. Es un pedido específico de los Reyes Católicos, que desean una prueba incontestable de que el viaje del descubrimiento se llevó a cabo.

A su regreso a España, Colón lleva su bitácora a Barcelona, donde se reúne con los soberanos. El Descubridor, confirmado en sus títulos de Almirante, Virrey y Gobernador de las Islas descubiertas, entrega su *Diario de a bordo* al rey Fernando de Aragón. Para Colón, es un préstamo; pero el rey ya está determinado a conservarlo de manera definitiva. Encomienda a dos escribanos elaborar una copia del importantísimo documento: a uno le proporciona la mitad, al segundo le encarga la otra parte. Oficialmente es para ganar tiempo y obtener la copia a la mayor brevedad posible; en realidad es para proteger la confidencialidad del contenido y evitar una difusión sin control. Pasan unos meses; Colón quiere recuperar su *Diario* original. Los reyes dilatan su respuesta. Finalmente, lo que va recibir el Almirante pocos días antes de su segundo viaje es la copia hecha por los dos amanuenses, conocida como "copia a dos manos". Lo sabemos por la carta que le envió la reina, escrita en septiembre de 1493, a manera de excusa: "Va de dos letras

según veréis", dice Isabel. Agrega: "Ha tardado tanto porque se escribiese secretamente, para que éstos que están aquí de Portugal ni otro alguno no supiese dello". Nunca, en lo que le restará de vida, podrá el Almirante recuperar su original.

A la muerte de Colón, en 1506, el manuscrito a dos manos pasa a ser propiedad de su hijo Diego. A la muerte de éste, veinte años después, la copia del *Diario* cae en manos de su medio hermano, Hernando. Gran erudito, radicando a la sazón en Sevilla, dedicado de lleno a la creación de una imponente biblioteca, Hernando decide por razones desconocidas escribir una biografía de su padre. La inicia en 1536 y la acaba tres años después; pero no tiene tiempo de publicarla antes de su muerte, que ocurre en julio de 1539. Tenía 51 años. Para escribir su libro, aprovechó la copia a dos manos del *Diario*: el relato del primer viaje ocupa 26 capítulos de su obra. Pero el manuscrito de dicha biografía desapareció inmediatamente después de su muerte. No figura en el inventario de la biblioteca de Hernando, que llegó por disposición testamentaria al cabildo de la catedral de Sevilla tras un largo pleito. Los 17,000 volúmenes reunidos por el hijo menor del Almirante constituyen hoy la magnífica Biblioteca Colombina, todavía al cuidado del cabildo de la catedral de Sevilla; pero nada se sabe del paradero del manuscrito original de Hernando Colón. Agreguemos que tampoco se sabe nada de la copia a dos manos del *Diario*.

Por suerte, en 1571 se publicó en Venecia una traducción de la obra de Hernando Colón, bajo el título *Historie del S. D. Fernando Colombo. Nelle quali s'ha particolare, & vera relatione della vita, & de' fatti dell' Ammiraglio D. Christoforo Colombo, suo padre: Et dello scoprimento, ch'egli fece dell' Indie Occidentali, dette Mondo Nuovo, hora possedute dal*

Sereniss. Re Catolico: Nuovamente di lingua Spagnuola tradotte nell'Italiana dal S. Alonso Ulloa.

Es el único documento que nos permite conocer el contenido de la obra de Hernando. Así, el texto español con el que hoy contamos es necesariamente una traducción de la traducción, lo que pudiera originar cierta distorsión. Existen dos traducciones al castellano: la inicial de Andrés González de Barcía, publicada de manera póstuma en Madrid en 1749, seis años después de su muerte, y la de Manuel Serrano y Sanz, también madrileña, publicada en 1932. La primera es más literaria; la segunda, más literal. En su edición de 1947, Ramón Iglesia utilizó la última, a la que agregó correcciones incidentales, a menudo elegantes. La base del texto aquí presentado corresponde a la versión literal de Serrano y Sanz, toda vez que la encontré fiel, confrontándola con el texto veneciano impreso en 1571. Revisé con cuidado este último, donde pude identificar algunos errores tipográficos que oscurecen la lectura de ciertas páginas. En algunas ocasiones traduje directamente del italiano; en muchas otras, la *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas me ha permitido elucidar pasajes oscuros en la traducción italiana de Alonso de Ulloa.

El papel de fray Bartolomé de las Casas

Después de la muerte de los dos hijos del Almirante, Diego y Hernando, aparece en el escenario colombino un personaje extraño, a la vez sobresaliente y oscuro: el padre Bartolomé de las Casas. Conocido como defensor de los indios, el obispo de Chiapas se dedicó, al final de su vida, a redactar la historia de las Indias, a su manera, polémica y antiespañola. Denunció la violencia de la Conquista, la esclavitud, los malos tratos infligidos a los nativos, el acaparamiento de las tierras y la

destrucción de las culturas autóctonas. Así, mucho podría sorprender al lector de hoy el papel prominente que el fraile dominico le confiere a Colón en su monumental *Historia de las Indias*. El cronista ha reunido sobre el Almirante una voluminosa documentación que califica su obra como la principal fuente de conocimiento sobre Colón. Existe una lógica intrínseca a esta insistencia: Colón es el Descubridor y su actuación da inicio al proceso de conquista de América. Pero nuestra curiosidad genera dos preguntas: ¿cómo explicar que Las Casas tuviera acceso a información relacionada con la vida de Colón, dado que el mismo Almirante conservó el máximo secreto sobre su origen, su formación, su intimidad con la reina Isabel, hasta sobre sus cuatro viajes, sobre los cuales estamos muy mal documentados? ¿Y por qué Las Casas, usualmente viperino con los conquistadores, escribió una relación tan llana, casi admirativa, de las aventuras colombinas, sin tomar la menor distancia, sin formular la menor crítica?

Al misterio Colón se añade el misterio Las Casas. El punto que ahora nos interesa revisar es el vínculo entre las familias del Almirante y el obispo de Chiapas: el padre del cronista participó en el segundo viaje de Colón y Las Casas siempre mantuvo una cercana relación con la esposa de Diego, el segundo almirante. Así, el dominico aparece como un archivista bastante confiable del clan Colón. Lo cierto es que él dispuso del *Diario de a bordo* para escribir su *Historia de las Indias*. En realidad, de la pluma de Las Casas poseemos dos versiones del cuaderno de bitácora del primer viaje: una versión llamada “resumida” y una versión comentada, más extensa, que constituye la mayor parte del libro primero de la *Historia*.

La versión resumida, aquí reproducida, es un texto de la mano del dominico donde alternan citas del *Diario* y resúmenes hechos por el cronista. No sabemos por qué el fraile escogió esa extraña manera de trabajar, mezclando copia *stricto sensu* y reformulación del contenido. Analizando su vida, se puede deducir que Las Casas escribió ese texto en los años 1552 y 1553, durante su estancia en Sevilla. Utilizó para ello el documento conocido como copia a dos manos y no el original de puño y letra de Colón. Lo sabemos por una nota marginal que escribió el dominico frente al texto correspondiente al día 13 de enero: "Por aquí parece que el Almirante sabía algo de astrología, aunque estos planetas parece que no están bien puestos, por falta del mal escribano que lo trasladó". Esta observación de Las Casas confirma que tuvo ante sus ojos la copia hecha por orden del rey Fernando, copia que pudo haber sufrido tanto modificaciones intencionales sugeridas por la Corona como alteraciones casuales por parte de los amanuenses. El compendio de Las Casas se encuentra hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid. Es un cuaderno de 76 folios de formato 31 x 21 centímetros. Fue publicado por primera vez en 1825 en Madrid, por el erudito Martín Fernández de Navarrete. Éste lo encontró a finales del siglo XVIII en el archivo del Duque del Infantado. Del valioso documento hizo una transcripción de buena factura, modernizada, pero conservando el toque arcaico al estilo del siglo XVI. La presente edición debe mucho al trabajo de Navarrete. Conservé las ligaduras tradicionales del siglo XVI (*quella* por "que ella"; *ques* por "que es"), ciertas formas arcaicas como *captivo* por cautivo, *cognoci* por conocí, *escripto* por escrito, *vido* por vio o *vide* por vi. Pero puse la acentuación que no existía en el siglo XVI y la grafía moderna

cada vez que hubiese sido difícil para el lector identificar la forma obsoleta, como *fugir* por huir.

¿Copias fieles?

¿Cuál es el valor de las versiones del *Diario* hoy disponibles, la de Hernando y la de Las Casas? La comparación de los dos textos aquí reunidos por primera vez revela claramente su parentesco. Proceden ambos de una misma fuente que no puede ser otra que la copia a dos manos. Las semejanzas entre la versión del hijo y la del obispo refuerzan la idea de respeto a la fuente. Las Casas acredita esta tesis al poner al margen del texto trasladado ciertas observaciones que revelan la opinión del fraile sobre lo que está copiando: "Esta algarabía, no entiendo yo" (1 de noviembre). "No entiendo cómo a este puerto puso arriba Puerto María y ahora de San Nicolás" (6 de diciembre). En el párrafo correspondiente al 13 de diciembre, el cronista transcribe textualmente: "Dize también que halló por el quadrante que estava de la línea equinocial 34 grados". Al margen comenta en su apostilla: "Esto es imposible". A la fecha del 20 de diciembre, transcribe aparentemente palabra por palabra el texto del *Diario*: "A la entrada deste puerto diz que avía un *cañal*, que queda a la parte del Oueste de una isleta de arena". Viene su comentario al margen: "Creo quiere dezir cañaveral".

Hubo muchas discusiones académicas sobre el grado de credibilidad de la biografía de Colón escrita por su hijo. Hoy, las similitudes entre la obra de Hernando y la del cronista abogan a favor de dos transcripciones paralelas —y bastante fieles— de una sola y misma fuente: la copia a dos manos. Si nos caben dudas legítimas sobre el contenido del *Diario* colombino, la culpa ha de recaer en el rey Fernando, quien

escondió el original, y no en los dos transcriptores del documento, quienes, cada uno a su manera, se encargaron de transmitir su tenor a la posteridad.

¿Debemos por ello considerar el original del *Diario* como definitivamente perdido? Todavía no. Sabemos que en 1554, Luis Colón, el nieto de Cristóbal Colón, el hijo de Diego, intentó vender el original del *Diario*. Agobiado por sus deudas de juego, arruinado por su vida festiva, enredado en increíbles asuntos de poligamia, Luis, tercer almirante, necesitaba obtener dinero a toda costa. La idea de vender los papeles de la familia cabe en el carácter del nieto. Oficialmente, el comprador desistió en el último momento y la transacción no se llevó a cabo. Lo interesante del asunto es que en el año de 1554 la copia a dos manos está en posesión de Las Casas; luego entonces, el manuscrito que posee Luis y que intenta vender no puede ser otro que el original. No sería extraño que Diego, su padre, lo haya recuperado tiempo después de la muerte del Almirante y que Luis heredara el documento. Podemos considerar que a mediados del siglo XVI todavía existía el original. Pero desapareció desde entonces e ignoramos su paradero.

El testimonio de Colón

A través de las dos versiones indirectas aquí reproducidas, el *Diario* del primer viaje nos permite penetrar en la mente de Colón y revela importantes rasgos de su personalidad.

Hay que reconocer que la técnica narrativa del Almirante es rudimentaria y que raya en lo decepcionante. Ante la novedad que hubiera podido inspirarlo, no manifiesta muchas chispas de talento. La falta de emoción es patente: realiza más bien un trabajo de notario, ajeno a toda elevación literaria. Éste no será el caso de Cortés unos años más tarde; al

hacer la descripción de su entrada a Tenochtitlan, el entusiasmo transportará su pluma y el análisis de lo desconocido desembocará en una reflexión casi filosófica. En el *Diario*, Colón se conforma con respetar su compromiso: los reyes quieren que componga un documento con valor jurídico que sea prueba fehaciente del descubrimiento. Entonces, el navegador hace su trabajo y redacta un informe descriptivo.

Esta primera descripción de las islas y sus habitantes es un testimonio de gran valor, pero resulta evidente que el Almirante acaricia el sueño de los soberanos y exagera en varias ocasiones. Exagera con respecto a las facilidades portuarias que ofrecen las islas: la verdad es que los arrecifes (Colón dice "las restingas") impiden el acercamiento de los navíos en muchas islas y que las acogedoras bahías no son tan numerosas. Pues ¿de qué valdría una conquista sin puertos para comerciar? Exagera con respecto a las capacidades de producción agrícola de ciertas tierras descubiertas, que no son más que bancos de arena azotados por el viento. En fin, sobrevalúa los recursos auríferos potenciales de su hallazgo. Es cierto, Colón encontró oro, pero poco. Los indígenas, astutos, entendieron perfectamente la obsesión española; cada vez que eran interrogados al respecto respondían que el oro no era un producto local. Decían que venía del Levante lejano, de una gran isla misteriosa, allende el mar. Pronunciaban dos nombres que se volvieron míticos: Babeque y Bohío. Ése es el mito que Colón vendió a los reyes; el Descubridor regresó a España sin lingotes, pero con promesas de oro. A final de cuentas, de 1493 a 1510, con la única explotación minera de la isla de la Española (Haití), ¡los españoles sí lograron extraer cinco toneladas de oro! A costa

de la extinción de la mitad de la población, agotada por aquella inhumana búsqueda…

Lo que escribe Colón es un libro de bitácora, bien encuadernado. Desde el inicio, lo llena día tras día y lo que está escrito no se puede borrar. Recordemos: el documento constituirá la prueba del viaje de descubrimiento. Esta peculiaridad obliga al navegante a pujar de manera permanente sus propias alabanzas.

La primera isla encontrada, San Salvador, "es bien grande, y muy llana, y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer de mirarla". Unos días después, descubre la isla Fernandina (Long Island) y Colón escribe: "Crean vuestras Altezas que es esta tierra la mejor e más fértil, y temperada, y llana, y buena que haya en el mundo". El día 21 de octubre, el Almirante prosigue su reconocimiento y encuentra otra isla; apunta: "si las otras islas ya vistas son muy hermosas y verdes y fértiles, ésta es mucho más". Luego explora Cuba, y Las Casas traslada: "Dice el Almirante que nunca tan hermosa cosa vio, lleno de árboles, todo cercado el río, hermosos y verdes". Un poco más adelante: "Hay aquí, en la boca de dicho río, el mejor puerto que hasta hoy vi, limpio y ancho y hondo y buen lugar y asiento para hacer una villa y fuerte, y que cualesquier navíos se puedan llegar el bordo a los muros, y tierra muy temperada y alta y muy buenas aguas". Luego llega el navegante a la Española; se siente obligado a superar las descripciones anteriores: "Crean Vuestras Altezas que estas tierras son en tanta cantidad y buenas y fértiles y en especial éstas de esta isla Española, que no hay persona que lo sepa decir, y nadie lo puede creer si no lo viese". Al actuar así, Colón pone en evidencia el artificio de su énfasis sistemático;

la tentación es comprensible, pero el proceso algo marchita la frescura del relato. La forma misma del informe dirigido a los reyes implica repeticiones y reiteraciones.

*

Al igual que el propio Las Casas, la mayoría de los comentaristas del *Diario* intentó hallar la localización geográfica correspondiente a los lugares citados por Colón. En 1825, Navarrete agregó a su publicación muchas notas al pie de página, dedicadas a la identificación de los sitios que aparecen en el texto del Almirante. Tiempo después, cada especialista se sintió obligado a validar o invalidar las ubicaciones de los anteriores. El colmo de la investigación marítima fue la de Samuel Morison en 1939, dedicándose durante cuatro meses a rehacer el viaje de Colón a bordo de un *ketch* de 15 metros con siete compañeros, patrocinado por la Universidad de Harvard. Su libro *Admiral of the Ocean Sea* obtuvo el premio Pulitzer en 1943. Setenta años después, su obra parece un poco surrealista: se basa en una fe absoluta en las palabras del Almirante, como si éstas fueran la expresión de la verdad, como si correspondieran a la descripción de la realidad. La tendencia de hoy matiza esa manera de leer el *Diario*. En primer lugar porque Colón toma el papel de demiurgo al nombrar todos los elementos del paisaje; no hay una bahía, un estero, un cabo, una sierra, un lago, una punta, una playa que no haya recibido del Descubridor su bautizo. Puerto de los Mares, Cabo del Elefante, Cabo Francés, Punta de Hierro, Cabo del Padre y del Hijo, Puerto de Plata, Golfo de las Flechas, Isla Amiga, Cabo de los dos Hermanos, Cabo del Enamorado, Punta Pierna, Punta Lanzada, Punta Aguda, Cabeza de la Tortuga… La letanía se extiende a lo largo del relato. A decir verdad, son nombres de pila poco cristianos y

poco tradicionales entre los exploradores. Aunque es cierto que en la lista constan una isla de la Concepción, alusión a la Virgen María; un Monte Christi, claramente religioso; un puerto San Nicolás, y un cabo San Theramo, éstos parecen aislados en esa nomenclatura profana. ¿Cómo podemos entender la geografía íntima que el padrino Colón impone a *su* territorio? ¿Cómo, cinco siglos después, podríamos identificar la lógica secreta de estos nombramientos: a qué se parece físicamente un cabo en forma de enamorado? ¿Por qué es "francés" el cabo epónimo? La manera de nombrar de Colón corresponde a una virtual toma de posesión. El Almirante se apodera de mares e islas; ¡no hace un recorrido de geógrafo!

Por otra parte, el acto de escribir su cuaderno de bitácora implicó para el navegante, sin la menor duda, un esfuerzo permanente. Hubo días de mal tiempo, de tormenta, de cansancio, de enfermedad. Es fácil imaginar que Colón haya tenido que tomarse ciertas libertades con esa obligación diaria. En ocasiones escribió en su diario con días de atraso, describiendo de memoria, sin tener el modelo ante los ojos. En este contexto, la fiabilidad de los datos merma; aunque no nos impacte la impresión general que nos transmite Colón, correríamos peligro si la tomáramos al pie de la letra. La geografía colombina es en gran medida ficticia, aunque varios topónimos pasaron a la posteridad —Monte Cristi y Puerto Plata, herencias del primer viaje, todavía existen en la costa norte de la República Dominicana—. Y el Golfo de las Flechas, en la península de Samaná, conmemora el primer encuentro conflictivo de los españoles con los indígenas.

*

El documento colombino nos transmite otra información

de primer orden: pone en evidencia los límites de la navegación de aquella época. Todo lo que se ha escrito sobre la revolución técnica en la construcción de embarcaciones de finales del siglo XV no resiste la lectura de Colón. Se esfuma la idea que sostiene que el descubrimiento de América sería la consecuencia del perfeccionamiento de las técnicas de navegación. El lector puede asistir a los esfuerzos permanentes del navegante para salir de tal puerto o para avanzar contra el viento. ¿Cuántas veces dice Colón que se ve obligado a permanecer en un fondeadero en espera de vientos favorables para alzar las velas? ¿Cuántas veces confiesa que renuncia a visitar tal o cual isla al no poder maniobrar la nave adecuadamente? Una realidad se impone, impactante: los navíos de aquella época navegan sólo con viento trasero y son incapaces de luchar contra una corriente contraria. Llegado a las Canarias, al inicio de su travesía, el Almirante hace cambiar la vela "latina" (triangular) de la Pinta por una vela "redonda" (cuadrada): sabe que el viaje transatlántico se hará con viento trasero y corrientes constantes de este a oeste. Y sabe que el regreso no será posible más que con viento del sur; así, cuando por fin aparece dicha providencia el día 16 de enero, "cuando refrescó el viento muy bueno para ir a España", Colón decide aprovechar las condiciones climáticas que lo llevan hacia la "autopista" de la Corriente del Golfo orientada hacia el nornordeste y luego hacia el nordeste, en dirección de las Azores. Los secretos de la navegación en aquella época no radican en la arquitectura de los navíos, ni en el timón de codaste, ni en el diseño de las velas, sino en el conocimiento de los vientos y de las corrientes.

Las Indias

Se ha repetido mil veces que Colón estaba buscando las

Indias y que murió persuadido de que las había encontrado. Sin embargo, no es la impresión que se impone con la lectura del *Diario*. El Descubridor no milita mucho a favor de esta idea. Nunca afirma rotundamente haber encontrado las Indias, nunca expresa certeza a ese respecto. Con cierta prudencia, cita una vez Cathay, dos veces Quinsay —reminiscencias de Marco Polo—. Y el texto de su hijo borra por completo esas referencias. Cuando habla de Cipango, emplea el modo condicional: "Quisiera hoy partir para la isla de Cuba, que creo que debe ser Cipango, según las señas que dan esta gente de la grandeza della y riqueza" (23 de octubre). En cuanto al Gran Can, asocia su nombre a la palabra Caniba, de la cual saldrá el nombre caníbal. Colón enfatiza un parentesco fonético: si los caníbales se llaman así es porque "deben de ser la gente del Gran Can".

Si volvemos al objetivo del cuaderno de bitácora del Almirante, nos queda patente que escribe lo que los soberanos quieren leer. Aparentemente, los Reyes Católicos están interesados en la perspectiva de una eventual ruta marítima hacia las Indias. El navegador sabe pertinazmente que las islas caribeñas no se hallan cerca de Asia, pero no quiere defraudar a sus mecenas. Su *Diario* se dedica a alimentar el sueño castellano, no a sembrar la desilusión. ¡De hecho, el tratado de Tordesillas firmado entre Portugal y Castilla en 1494 autorizará a Castilla a llegar a las Indias por la ruta marítima del oeste! ¡Veintisiete años antes de la circunnavegación del globo de Magallanes y Elcano!

*

En realidad, si Colón no dice haber llegado a las Indias se debe al hecho de que defiende otra lectura: intenta describir las islas como si fueran una extensión de España. Algo así

como si fueran otras Canarias. Las semejanzas entre la península ibérica y las islas justifican la anexión pura y simple. El Almirante escribe por ejemplo, a manera de letanía: “Toda esta isla le pareció de más peñas que ninguna otra que haya hallado: los árboles más pequeños, y muchos de ellos de la naturaleza de España” (6 de diciembre). “Toda aquella tierra era muy alta y no de árboles grandes sino como carrascos y madroños, propia, dice, que tierra de Castilla [...] y vido por la tierra dentro muy grandes valles y campiñas y montañas altísimas, todo a semejanza de Castilla” (7 de diciembre). “Este día llovió e hizo tiempo de invierno como en Castilla por octubre [...]. En frente del cabo hay unas vegas las más hermosas del mundo y casi semejables a las tierras de Castilla” (9 de diciembre). “Pescaron muchos pescados como los de Castilla, albures, salmones, pijotas, gallos, pámpanos, lisas, corvinas, camarones, y vieron sardinas” (11 de diciembre). “Los aires eran como en abril en Castilla, cantaba el ruiseñor y otros pajaritos como en el dicho mes en España” (13 de diciembre).

En este contexto, el nombre que Colón le confiere a la isla que considera mayor por su tamaño y riqueza, La Española, es significativo: es una toma de posesión. Y el Descubridor lo escribe en su cuaderno: “Crean Vuestras Altezas que esta isla y todas las otras son así suyas como Castilla” (16 de diciembre). En su mente, es suficiente descubrir, describir y redactar un acta notarial para apoderarse del territorio, el cual es presentado como una ampliación natural de Castilla.

*

Se plantea entonces la pregunta principal: ante los ojos del Almirante, ¿qué importancia tienen los habitantes de esas tierras? ¿Qué estatuto les confiere? La percepción que tuvo

Colón de los indios ha generado una voluminosa bibliografía, pero la sencilla lectura del *Diario* da a entender lo que opina el Almirante. La característica principal de los indígenas, que después serán llamados taínos, es su desnudez. Con matiz obsesivo, Colón repite la misma fórmula a lo largo de su texto: “Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres”. ¡Un mundo donde todas las mujeres andan desnudas es un sueño de navegante! Es una suerte de paraíso terrenal anterior al pecado original. De ahí que se pueda deducir que los indios son por naturaleza representantes de la humanidad primitiva. De esta visión edénica nace la incomprensión inicial: los invasores deciden que los nativos no conocen las armas; son pacíficos por esencia, fáciles de engañar y subyugar. “Esta gente es muy mansa y muy temerosa, desnuda como dicho tengo, sin armas y sin ley” (4 de noviembre). Evidentemente, Colón se equivoca: no entiende nada del comité de bienvenida que recibe a los navegantes el día 12 de octubre de 1492. Esos hombres desnudos, de pie en la playa, llevan pinturas corporales; el Descubridor detalla los colores —blanco, negro, rojo— sin entender que son pinturas de guerra. También los arcos y las azagayas de diente de tiburón son armas ofensivas. ¿Cómo él, recién llegado, podría entender que el arreglo de los cabellos de sus visitantes, “atados con un hilo grueso alrededor de la cabeza, casi como a modo de trenza”, es el atavío de los guerreros? Colón opta por instalarse en la negación inconsciente: no quiere ver la realidad, no la quiere escribir, no quiere mandar señales de alarma a los reyes. Los habitantes de las islas son dóciles, infantiles, serviles. El control territorial no necesitará el despliegue de un ejército numeroso. Tal es su credo.

Sin embargo, en muchas bahías, los españoles en búsqueda de fondeaderos recibieron vuelos de flechas, imposibilitando el desembarque. Es evidente que los insulares querían conservar sus tierras y muchos se opusieron a todo contacto con los españoles. Se preguntó entonces Colón cómo podría combinar el mito edénico y la realidad de las flechas hostiles. Lo pensó y desarrolló una extraña teoría binaria del poblamiento caribeño. El Almirante imaginó de hecho dos grupos autóctonos: los buenos —así nace la figura del "buen salvaje"— y los malos —¡que serán los caníbales!—. Los primeros son pacíficos, mansos, de buena disposición, de buen trato, nacidos para ser súbditos y vasallos de los lejanos reyes de Castilla. Los segundos viven fuera de la ley natural, son belicosos, guerreros, matan a sus enemigos y comen carne humana: capturados por los españoles, harán excelentes esclavos. Es una ficción que legitimará la futura esclavitud de los autóctonos.

La realidad es diferente. Todos los amerindios, sea en las islas o en el continente, tienen una religión sacrificial que impone la captura de prisioneros al exterior del grupo para transformarlos en víctimas. Y todos los pueblos indígenas practicaban ritos de antropofagia, que, de hecho, eran ritos religiosos. Pero Colón no quiere reconocer ninguna huella de religión entre los insulares. "Esta gente no tiene secta ninguna ni son idólatras", escribe en su texto con fecha del 12 de noviembre. Tampoco quiere aceptar la existencia de una sociedad compleja, con sus estructuras familiares codificadas, sus reglas de organización sociopolítica y territorial, su cosmovisión propia, etcétera. El ojo del Almirante es ambiguo: por un lado, da paso al mito del buen salvaje, que será un tema humanista del siglo XVI; por otro, coloca al

"indio" en una situación de desigualdad ontológica que se mantendrá perdurable.

En verdad, no sé si es pertinente denunciar la ceguera del Descubridor. Con la lectura del *Diario* surge una duda. El navegante está en un acto de servicio. Tiene la obligación de complacer a sus protectores. Gusta de su título de almirante y no lo quiere perder al decepcionar a sus soberanos. Por ello, no sabemos si no ha visto la realidad por incapacidad de pensar al otro, por insensibilidad a la alteridad, o si, de manera intencional, no quiso poner esta realidad a la vista de Fernando e Isabel. Es cierto, Colón navega entre mentiras y silencios. Puede ser por cálculo.

La gran mayoría de los historiadores apunta la equivocación del Almirante, que se pensaba en las Indias y siguió buscando especies y perfumes: la canela, la pimienta negra, el clavo, el cardamomo, el almizcle, el lignáloe. La verdad puede ser diferente. El Descubridor, que sabe que no llegó a Asia, reunió plantas características de las islas y las trajo a los reyes: su texto habla en particular del *ají*, que es el chile, y del *ñame*, que es el camote. Pero esas plantas decepcionaron al rey Fernando: no le gustó el chile y tampoco la batata. Quería oro y especies de India. De la falta de éxito del chile en España no podemos culpar a Colón. Tendremos que esperar dos generaciones y a la nao de Manila para asistir al éxito del chile mexicano, que, desde Filipinas, se vendió a China a precio de oro antes de difundirse en todo el mundo asiático. Y la falta de interés inicial de la Corona por la botánica americana no impedirá la llegada a Europa del tomate, el maíz, el frijol, la calabaza, el aguacate y el chocolate.

Colón y Portugal

Quizá el detalle más extraño del *Diario* resida en el léxico

del Almirante. Como es bien sabido, mucho se ha inquirido sobre los orígenes de Colón. Al hojear el *Diario*, el lector atento puede encontrarse con sorpresas que llevan a la pista portuguesa. Por ejemplo, en lugar de hablar de frijoles escribe *fexoes*, que es la grafía portuguesa de esa época. Hoy, en Portugal y en Brasil, los frijoles son *feijões*. Cuando Colón intenta describir las aves que acompañan los tres navíos al inicio del viaje, habla del *garjao*, designación portuguesa de la golondrina de mar, especie de pequeña gaviota (hoy se escribe *garajau*). También menciona el *rabo de junco*, nombre que los portugueses dan a un ave que nidifica en las islas de Cabo Verde, posesión portuguesa. Nos resulta extraño que el Almirante se atreva a evaluar el precio del algodón nativo con una moneda en curso en Portugal, el ceutí. Consciente de lo impropio de su fórmula, se siente obligado a dar la equivalencia en moneda castellana: "tres ceutís de Portugal, que es una blanca de Castilla". Hasta la palabra *ñame,* que emplea para designar al camote, podría pasar por un portuguesismo; en realidad es palabra africana, introducida a través de los viajes portugueses hacia la Mina, actual Ghana, en la segunda mitad del siglo XV.

Estos detalles traicionan una manera espontánea de hablar. Si relacionamos lo anterior con las famosas escalas del regreso, se dibuja la figura de un Cristóbal Colón portugués o, por lo menos, de cultura portuguesa. Recordemos que las Azores son posesiones de Portugal y que los acuerdos vigentes entre Castilla y Portugal prohibían a los navíos españoles el acceso marítimo a las islas de las Azores, Madeira y Cabo Verde. La escala colombina en las Azores resulta entonces inexplicable, a menos que postulemos que el Almirante pensaba estar en su derecho de ser personalmente

reconocido como portugués.

Todavía más provocadora es la escala en Lisboa. He aquí al oscuro Colón, nombrado Almirante de las mares océanas por los reyes de España, que acaba de realizar un viaje de descubrimiento que rompe con el monopolio lusitano, y que ahora entra en la rada de Lisboa, se entrevista con el rey de Portugal, Juan II, y con la reina Leonor. En lugar de ir directamente a Sevilla para rendir su informe a sus protectores, Colón se demora en Lisboa. Es estupendo. Incomprensible si no se plantea el origen portugués del Descubridor. ¿Cuáles fueron los secretos intercambiados con el rey de Portugal? Conocemos sólo los efectos de la decisión de Juan II: el soberano luso renuncia a las Indias occidentales, rechazando el trato oculto del Almirante. Colón despliega las velas y toma el rumbo de Palos. América será hispánica.

La Carta a Santángel y la sospecha del predescubrimiento

El tercer documento aquí publicado es la famosa Carta a Santángel. Fue el primer texto impreso que dio a conocer el descubrimiento de Colón. En sí, esta carta escrita por el Almirante al regreso de su primer viaje constituye una fuente de información de primer rango. Pero su existencia misma encierra muchos misterios. La carta está escrita en castellano, fechada el 15 de febrero de 1493. El documento impreso no lleva título ni lugar de edición, pero se deduce del contexto que se trata de Barcelona. También se desconoce la fecha de publicación, suponiéndose en general que debió ser hacia mediados de abril de 1493. También falta la autorización para publicar. La edición es pésima. No se sabe cuántos ejemplares se editaron dado que se conoce uno solo. Éste fue puesto a la venta en París en 1889 en condiciones poco claras. Este ejemplar único fue comprado en 65,000 francos —una

fortuna— por el anticuario y coleccionista inglés Bernard Quaritch, quien a su vez vendió el fascículo en 1892 a la Lenox Library, hoy parte de la Public Library de Nueva York, donde se conserva. Existe una copia manuscrita del impreso en el archivo de Simancas, en España, que los especialistas consideran poco posterior a la edición prínceps.

Se presenta como si fuera una carta dirigida a un lector anónimo: empieza con un lacónico "Señor". Sigue la relación del primer viaje, dirigida a este indiferenciado señor. Al final aparece la fecha del 15 de febrero de 1493 y la firma "El Almirante". Luego figura un último párrafo, pospuesto de manera burda: aquí solamente aparecen los nombres del autor de la carta, "Colom", a secas, y del destinatario, el "escribano de ración de las Islas halladas en las Indias". La tradición ha identificado tras ese título a Luis de Santángel, consejero de la reina Isabel y financiero de la primera expedición transoceánica. De ahí su nombre. En este post scríptum, se encuentra otra fecha, más apegada a la verdad —el día 14 de marzo de 1493—, y se menciona el lugar de expedición de la carta: ¡Lisboa! Supuestamente, el párrafo añadido corresponde al contenido de un "anima que venia dentro en la carta". De hecho, nunca se llamó "ánima" a un pequeño papel insertado en una carta plegada. Probablemente debemos leer "nema" (cierre o sello de una carta). Pero la técnica del post scríptum aquí utilizada sorprende mucho.

Esta carta impresa de cuatro folios llegó a Roma, donde se mandó traducir al latín de manera casi instantánea. Su publicación —el 29 de abril, por el papado— transformó la relación colombina en documento oficial, que selló la toma de posesión del Nuevo Mundo por España. Esta vez, el editor puso título al opúsculo: *Epistola Christofori Colom*. Aparece la

fecha de publicación expresa en el calendario propio de la Iglesia católica: "tercio día de las calendas de mayo del año 1493, primer año del pontificado de Alejandro VI". El destinatario ya no es Santángel, hombre de todas las confianzas de la reina, sino Gabriel Sánchez, (¡Aquí llamado Raphael Sanxis!), tesorero del reino de Aragón, miembro del círculo del rey Fernando. Éste tiene el honor de ser mencionado en el preámbulo, pero no Isabel.

Comparado con la primigenia "Carta a Santángel", el texto de la edición latina incluye unos cambios; en particular desapareció el post scríptum y el firmante se volvió "Christoforus Colom Oceanice classis Praefectus". La puesta en perspectiva de ciertas fechas llama la atención. Observemos:

15 de marzo de 1493: llegada de Colón a Palos, agotado por su viaje de ocho meses.

15 de abril (?): publicación en Barcelona (?) de la "Carta a Santángel".

20 de abril: los reyes Isabel y Fernando reciben a Colón en Barcelona.

29 de abril: edición de la traducción latina de la "Carta a Santángel" por el papa, en Roma.

3 de mayo: publicación de la bula *Inter caetera* del papa Alejandro VI Borgia que otorga las tierras descubiertas por Colón a España.

Hay algo extraño en esta cronología: su brevedad. Apenas seis semanas separan la llegada de Colón y la bula alejandrina. Una eficiencia tan perfecta y tan expedita al respecto de una cuestión que involucraba de manera cruzada a los reyes católicos, la administración castellana, las oficinas aragonesas

y el papado es poco creíble. Un asunto tan redondo induce a la sospecha.

La redacción de la primera bula es, por lo tanto, evasiva. Refiriéndose nominalmente al descubrimiento de "Christoforus Colon", el papa le da a España "islas y tierras firmes remotísimas", situadas "por las partes occidentales, hacia los indios", "por el mar donde hasta ahora no se hubiese navegado". La bula pudo haber sido preparada de antemano, tal como la carta destinada a la imprenta. El contexto apoya la hipótesis de un documento prerredactado. Es muy probable que la descripción de las islas y sus habitantes provenga de un viaje anterior al colombino, viaje secreto por supuesto. El modelo del texto es el de la carta-relación no dirigida a un destinatario específico, sino al público: es un manifiesto que da a conocer el descubrimiento. Sólo una redacción anterior puede explicar ciertos detalles: el tiempo de recorrido transatlántico es estimado en 20 días en vez de los 33 de la realidad; el lugar de redacción está ubicado en las Canarias, lo que no se corresponde con lo sucedido; la fecha del 15 de febrero era posiblemente la fecha de llegada esperada, pero en un contexto real se vuelve absurda. Por precipitación o por inadvertencia, en esa loca carrera de velocidad entre Castilla y Portugal, el texto salió de la imprenta con los dos elementos: el texto previamente establecido, tal cual, y el "ánima", con sus componentes actualizados, pegada al final como una parte adicional. Error imperdonable que firma la dimensión humana de la fabricación de la historia. Y que permite finalmente recuperar los datos que se querían ocultar.

Los misterios de la Carta a Santángel se esfuman si se toma en cuenta la afirmación de varios cronistas de la época — Bartolomé de las Casas, Francisco López de Gómara, Gonzalo

Fernández de Oviedo, Garcilaso de la Vega—, quienes afirman que Colón se habría beneficiado de la información proporcionada por un piloto que habría muerto en su casa. Este informante no sólo le habría revelado la existencia de la Española, sino que le habría revelado el secreto de la ruta de regreso. De hecho, no vemos al Almirante titubear en su jornada; a la ida, toma la trayectoria ideal a lo largo de la línea divisora entre aguas portuguesas y españolas antes de desviarse hacia el suroeste de último momento para llegar directamente a las Lucayas (hoy Bahamas). Tampoco se equivoca en la ruta de regreso: espera el viento del sur y toma el rumbo del norte hasta conectarse con la Corriente del Golfo que lo conduce por la vía corta a las Azores. Colón aprovecha un saber; no experimenta, como hubiera sido normal en una primera vez.

Otro indicio a favor de un predescubrimiento es el tono del *Diario*. La pluma del Almirante no revela la menor huella de sorpresa. Describe de manera llana a los habitantes que viven desnudos en medio de una vegetación exuberante, que navegan en sus canoas, que duermen en sus hamacas. Contempla con desprendimiento las iguanas, las serpientes antediluvianas, los papagayos, las inmensas palmas, los arrecifes. Como si fueran seres y paisajes familiares. No hallamos en el libro de bitácora de Colón la marca de decepción del navegante que pensaba descubrir las Indias y que se encuentra con chozas en lugar de palacios. Por lo anterior puede deducirse que Colón sabía antes de llegar lo que iba a encontrar: una vida silvestre en las antípodas de las míticas ciudades de plata de Cipango.

Finalmente, puede proponerse otro argumento que apuntala la tesis de un descubrimiento anterior al viaje oficial.

Todos los navegadores que exploran rumbos nuevos llevan consigo elementos de trueque. Colón no va a diferenciarse en este punto. Quiere obtener oro por conducto del “rescate”, como se decía en aquellos tiempos. Resulta entonces útil analizar lo que carga en sus navíos: puños de clavos de hierro, hojas de acero, cuchillos, navajas, cascabeles de cobre, pedazos de metal, objetos de vidrio transparente y de color verde. No es la lista que hubiera establecido un embajador de España con destino a las Indias; los navegantes siempre llevaban textiles cuya ventaja consistía en ser preciados en cualquier parte del mundo, no pesar mucho y no ser frágiles. Si realmente Colón había pensado abordar las Indias, habría cargado vestidos de gala, textiles refinados y gorros elegantes. El hecho de no llevar ropa en su cargamento es un indicio muy firme que aboga a favor del conocimiento previo de la situación prevaleciente en las Islas: los textiles son de poca consideración en un mundo donde todos andan desnudos. Al contrario, el éxito del metal, incluso en forma de desechos, y la fascinación por el vidrio, incluso piezas rotas, no era de preverse. ¡Si lleva el Almirante cargamentos como éstos, es porque sabe que podrá intercambiar clavos por oro!

*

Para el lector, lo importante es tener a la vista los textos. Así, cada quien puede apreciar, juzgar, forjar su opinión. La lectura clásica del *Diario* se apega a la dramaturgia propia del primer viaje: la espera en Canarias, las mentiras del Almirante sobre las distancias recorridas, las amenazas de amotinamiento, el primer contacto con las islas, el naufragio y la pérdida de la Santa María en una suave noche navideña, la búsqueda del oro, el ambiguo trato con el cacique Guanacagari, la traición de Pinzón, que intentó actuar por

cuenta propia, el regreso en la tormenta, las sorprendentes escalas en Portugal… Es cierto, esos acontecimientos saben a epopeya. Pero existe un segundo nivel de lectura del *Diario de a bordo*, más discreto, más íntimo, escondido en los detalles reveladores: una manera de hablar, de ver al otro, de describir la alteridad, un discurso oficial que disimula silencios elocuentes, un testimonio que revela el carácter profundo de Colón, ese hombre que intenta dar nombre a la naturaleza para volver a crear un mundo que no lo había esperado, ese aventurero que se atreve a escribir: *la Española es maravilla… Esta es para desear, y vista, para nunca dejar*.

El primer viaje del Almirante Cristóbal Colón

Extracto de *Historie del S. D. Fernando Colombo. Vita y fatti dell' Ammiraglio Christoforo Colombo, suo padre.*
Venecia, 1571.

Según el libro escrito por su hijo Hernando Colón (1536-1539) traducido al veneciano por Alfonso Ulloa y nuevamente traducido al castellano.

Capítulo XVI. Cómo el Almirante armó tres carabelas para llevar a cabo la empresa de su descubrimiento[1]

Concedidas, pues, las mencionadas capitulaciones por los serenísimos Reyes Católicos al Almirante, éste, poco después, el doce de mayo de dicho año 1492, salió de Granada para Palos, que es el puerto donde tenía que hacer su armada, por estar aquella tierra obligada a servir a Sus Altezas tres meses con dos carabelas, las cuales mandaron que fuesen entregadas al Almirante. Armó éstas y otro navío con la solicitud y diligencia necesarias. La Capitana, en la que iba él, se llamaba Santa María;[2] otra fue denominada la Pinta, en la que era capitán Martín Alonso Pinzón; la última, la Niña, era latina, y su capitán fue Vicente Yáñez Pinzón, hermano del mencionado Alonso, de dicha tierra de Palos. Estando las tres provistas de todas las cosas necesarias, con noventa hombres, el 3 de agosto, al amanecer, dieron vela con rumbo a las Canarias; y desde aquel punto fue diligentísimo el Almirante en escribir de día en día, minuciosamente, todo aquello que sucedía en el viaje, especificando los vientos que soplaban, cuánto recorrido hacía con cada uno y con qué velas y corrientes, y las cosas que veía por el camino, aves, peces o algunos otros indicios. Lo cual él siempre acostumbró hacer en los cuatro viajes que hizo de Castilla a las Indias. No quiero yo, sin embargo, escribirlo todo en detalle, porque si bien entonces era muy conveniente describir el camino y navegación, y exponer qué impresiones y efectos correspondían a los cursos y aspectos de las estrellas, y el declarar qué diferencia había en esto con nuestros mares y nuestras regiones, no me parece, sin embargo, que al presente, tanta minucia pueda dar satisfacción a los lectores,

quienes se aburrirían si aumentase este escrito con largos y extensos discursos. Por lo cual solamente atenderé a exponer lo que me parezca necesario y conveniente.

Capítulo XVII. Cómo el Almirante llegó a las Canarias y allí se proveyó completamente de todo lo que necesitaba

Partido el Almirante de Palos hacia las Canarias, el día siguiente, que fue sábado, a cuatro días de agosto, a una de las carabelas de la armada, llamada la Pinta, se le saltaron fuera los hierros del timón; y como, con tal defecto, los que allí navegaban tenían que amainar las velas, pronto el Almirante se les acercó, bien que por la fuerza del temporal no pudiese darles socorro, pero tal es la costumbre de los capitanes en el mar, para dar ánimo a los que padecen algún daño. Y lo hizo con presteza, porque sospechaba que tal accidente había sobrevenido por astucia o malignidad del patrón, creyendo de este modo librarse de aquel viaje, como antes de la salida ya había intentado hacer. Pero como quiera que Pinzón, capitán de dicho navío, era hombre práctico y marinero diestro, lo arregló con algunas cuerdas, de tal modo que pudieron seguir su camino, hasta que el martes siguiente, con la fuerza del viento, se rompieron dichas cuerdas y fue necesario que todos amainasen para volver a componerlos.

De cuyo trastorno y mala suerte que tuvo dicha carabela en perder dos veces el timón, al principio de su camino, quien fuera supersticioso habría podido conjeturar la desobediencia y contumacia que aquélla tuvo después contra el Almirante, alejándose dos veces de él, por malignidad de dicho Pinzón, como más adelante se referirá.

Volviendo, pues, a lo que yo contaba, digo, que procuraron entonces remediarse lo mejor que pudieron, hasta que llegasen a las Canarias, las cuales descubrieron los tres navíos

el jueves 9 de agosto, a hora del alba; mas por el viento contrario, y por la calma, no les fue posible, ni aquel día, ni los dos siguientes, tomar tierra en la gran Canaria, a la cual estaban entonces muy próximos. Entonces el Almirante dejó allí a Pinzón, a fin de que, saliendo a tierra pronto, procurase conseguir otro navío, y él para el mismo objeto corrió a la isla de la Gomera, juntamente con la Niña, para que, si en una de aquellas islas no hallase navío, buscarlo en la otra.

Con tal propósito, siguiendo su camino, el domingo siguiente, que fue 12 de agosto, por la tarde llegó a la Gomera, y luego mandó el batel a tierra, el cual regresó en la mañana siguiente a la nave, diciendo que entonces no había ningún navío en aquella isla; pero que de una hora a otra, los del país esperaban a Doña Beatriz de Bobadilla, señora de la misma isla, que estaba en la gran Canaria, que llevaba un navío de un cierto Grajeda, de Sevilla, de cuarenta toneles; el cual, por ser a propósito para su viaje, podría tomarlo. Por esto, el Almirante resolvió esperar en aquel puerto, creyendo que si Pinzón no hubiese podido aderezar su nave, él podría conseguir una en la Gomera. Estuvo allí los dos días siguientes, pero viendo que dicho navío no se presentaba, y que partía para la gran Canaria un carabelón de la isla de Gomera, mandó en él un hombre para que anunciase a Pinzón su arribada y le ayudase a componer su navío, escribiéndole, que si él no volvía para darle ayuda, era porque su nao no podía navegar. Pero como después de la salida del carabelón tardó mucho en saber noticias, el Almirante resolvió, a 23 de agosto, volver con sus dos naves a la gran Canaria, y así, partiendo el día siguiente, encontró en el camino al carabelón, que no había podido todavía llegar a la gran Canaria por serle el viento muy contrario. Recogió al

hombre que lo guiaba, y pasó aquella noche cerca de Tenerife, de cuya montaña se veían salir grandísimas llamas, de lo que maravillándose su gente, les dio a entender el fundamento y la causa de tal fuego, comprobando todo con el ejemplo del monte Etna de Sicilia y de otros muchos montes donde se veía lo mismo.

Pasada después aquella isla, el sábado 25 de agosto, llegaron a la isla de la gran Canaria, donde Pinzón, con gran fatiga, había arribado el día antes. De éste supo el Almirante cómo el lunes anterior, Doña Beatriz había marchado con aquel navío que él con tanta dificultad y molestia procuraba tomar, y aunque los otros recibieron de esto gran pesar, él se conformaba con aquello que sucedía, echando todo a la mejor parte, y afirmando que si no agradaba a Dios que encontrase aquella nave, quizá sucedía esto, porque, si la hubiese hallado, habría tenido juntamente impedimento y dificultad en obtenerlo, y pérdida de tiempo en el traspaso de las mercancías que se llevaban, y por tanto, dilación en el viaje. Por cuyo motivo, sospechando no encontrarlo otra vez en el camino, si tornase a buscarlo hacia la Gomera, se propuso arreglar en Canaria dicha carabela, lo mejor que pudiese, haciéndole un nuevo timón, por si, como le habían dicho, había perdido el suyo. Además de esto hizo cambiar la vela de la Niña, de latina en redonda,[3] a fin de que siguiese a las otras naves con más seguridad y menor peligro.

Capítulo XVIII. Cómo el Almirante salió de la isla de la gran Canaria para seguir, o dar principio a su descubrimiento, y lo que le sucedió en el Océano

Después que los navíos estuvieron bien arreglados y dispuestos para su partida, el viernes, que fue primero de

septiembre, a la tarde, el Almirante hizo desplegar las velas al viento, saliendo de la gran Canaria, y al día siguiente llegaron a la Gomera, donde en proveerse de carne, de agua y de leña, se detuvieron otros cuatro días, de modo que el jueves siguiente, de mañana, esto es, a 6 de septiembre de dicho año de 1492, que se puede contar como principio de la empresa y del viaje por el Océano, el Almirante salió de la Gomera con rumbo al Occidente, y por el poco viento y las calmas que tuvo, no pudo alejarse mucho de aquellas islas.

El domingo, al amanecer, halló que estaba a nueve leguas, hacia el Occidente, de la isla de Hierro, donde perdieron de vista la tierra, y temiendo no volver en mucho tiempo a verla, muchos suspiraban y lloraban. Pero el Almirante, después que hubo animado a todos con largas promesas de muchas tierras y riquezas, para que tuviesen esperanza y disminuyese el miedo que tenían de tan largo viaje, aunque aquel día los navíos caminaron diez y ocho leguas, dijo no haber contado más de quince, habiendo resuelto aminorar, en la relación del viaje, parte de la cuenta, para que no supiese la gente que estaban tan lejos de España como de hecho lo estaba; pero él había decidido anotar la verdad en secreto.

Continuando así su viaje, el martes 11 de septiembre, a la puesta del sol, estando entonces ya cerca de ciento cincuenta leguas al Occidente de la isla de Hierro, se vio un grueso mástil de una nave de ciento veinte toneles, el cual parecía que había ido mucho tiempo llevado por el agua. En aquel paraje, y más adelante al Occidente, las corrientes eran muy recias hasta el Nordeste. Pero habiendo corrido después otras cincuenta leguas al Poniente, el 13 de septiembre, halló que a las primeras horas de la noche, noroesteaban las agujas de las brújulas por media cuarta, y al alba, noroesteaban poco más

de otra media de lo que conoció que la aguja no iba derecha a la estrella que llaman Polar, sino a otro punto fijo e invisible. Cuya variación hasta entonces nadie había conocido, y así tuvo justa causa para maravillarse de esto. Pero mucho más se asombró el tercer día, cuando había ya ido cien leguas más adelante de aquel paraje, porque las agujas, al principio de la noche noroesteaban con la cuarta, y a la mañana, se dirigían a la misma estrella.

El sábado 15 de septiembre, estando casi trescientas leguas hacía el occidente de la isla de Hierro, de noche cayó del cielo al mar un maravillos relámpago, cuatro o cinco leguas distantes de los navíos, con rumbo al Sudoeste, aunque el tiempo era templado, como en abril, y los vientos del Nordeste al Suroeste bonancibles, el mar tranquilo, y las corrientes de continuo hacia el Noroeste. Los de la carabela Niña dijeron al Almirante que el viernes pasado habían visto un garjao[4] y otro pájaro llamado rabo de junco, de lo que, por ser éstas las primeras aves que habían visto, se admiraron mucho.

Pero mayor fue su asombro al día siguiente, domingo, por la gran cantidad de hierba entre verde y amarilla que se veía en la superficie del agua, la cual parecía que fuese nuevamente separada de alguna isla o escollo. De esta hierba vieron mucha al día siguiente, de donde muchos afirmaron que estaban ya cerca de tierra, especialmente, porque vieron un pequeño cangrejo vivo, entre aquellas matas de hierba; decían que ésta era semejante a la hierba estrella, salvo que no tenía pié y los ramos eran altos, y estaba toda cargada de frutos como de lentisco; notaron también que el agua del mar era la mitad menos salada que la anterior. Además de esto, aquella noche les siguieron muchos atunes, que se acercaban tanto a los

navíos y nadaban junto a ellos tan ligeramente, que uno fue matado con un tridente por los de la carabela Niña. Estando ya trescientas sesenta leguas al oeste de la isla de Hierro, vieron otro rabo de junco, pájaro llamado así porque tiene una larga y delgadita pluma por cola. Y en la lengua española, rabo quiere decir cola.[5]

El martes siguiente, que fue 18 de septiembre, Martín Alonso Pinzón, que se había adelantado con la carabela Pinta, que era muy velera, esperó al Almirante y le dijo haber visto una gran multitud de aves que volaban hacia poniente, por lo que esperaba encontrar tierra aquella noche. Cuya tierra le parecía verla hacia el Norte, a distancia de quince leguas, cubierta de nubes oscuras. Pero como el Almirante sabía con certeza que no era tierra, no quiso perder el tiempo en ir a reconocerla, como todos deseaban, porque no se encontraba en el sitio donde, por sus indicios y razonamientos, esperaba que se descubriese. Aquella noche, quitaron una boneta, porque el viento arreciaba, habiendo pasado ya once días que no amainaban las velas un palmo, pues navegaban de continuo con viento en popa hacia el Occidente.

Capítulo XIX. Cómo todos estaban muy atentos a las señales que había en el mar, con deseo de llegar a tierra

Como toda la gente de la armada era nueva en semejante navegación y peligro, y se veían tan alejada de todo socorro, no dejaban entre ellos de murmurar; y no viendo más que agua y cielo, notaban siempre con atención cualquier señal que se les presentaba, como aquellos que estaban de hecho más lejanos de tierra, que nadie lo había estado hasta entonces. Por lo que referiré todo aquello a que daban alguna importancia, y esto será cuanto a la relación de este primer viaje; pues de los otros detalles menores que se presentan con

frecuencia, y se ven ordinariamente, no quiero ocuparme.

Digo, pues, que el 19 de septiembre, por la mañana, vino a la nave del Almirante un pájaro llamado alcatraz, y otros vinieron por la tarde, que daban alguna esperanza de tierra, porque juzgaba que tales aves no se habrían alejado mucho de aquélla. Con cuya esperanza, cuando hubo calma sondaron con doscientas brazas de cuerda; y aunque no pudieron hallar fondo, conocieron que todavía las corrientes iban hacia el Sudoeste. Igualmente, el jueves 20 del mismo mes, dos horas antes de mediodía llegaron dos alcatraces a la nave, y aún vino otro al cabo de poco, y tomaron un pájaro semejante al garjao, sólo que era negro, con un penacho blanco en la cabeza, y con patas semejantes a las del ánade, como suelen tener las aves acuáticas; un pez pequeño se lanzó a la cubierta de la nave; vieron mucha hierba de la mencionada, y al salir el día vinieron a la nave tres pajarillos de tierra, cantando, pero al salir el sol desaparecieron, dejando algún consuelo, porque se pensaba que las otras aves, por ser marinas y grandes, podían mejor alejarse de tierra, y que estos pajarillos no debían venir de tanta lejanía. Luego, tres horas después, fue visto otro alcatraz, que venía del Oesnoroeste; al día siguiente, a la tarde, vieron otro rabo de junco y un alcatraz, y se descubrió más cantidad de hierba que en todo el tiempo pasado, hacia el Norte, por cuanto se podía extender la vista, de lo cual recibían aliento, creyendo que vendría de alguna tierra próxima; esto, a veces, les causaba gran temor, porque había allí matas de tanta espesura, que en algún modo detenían los navíos, y como quiera que el miedo lleva la imaginación a las cosas peores, temían hallarla tan espesa que quizá les sucediese lo que se cuenta de San Amaro,[6] en el mar helado, del cual se dice que no deja avanzar a los navíos; por

esto desviaban los navíos de las matas de hierba, todas las veces que podían.

Volviendo a las señales, digo que otro día vieron una ballena, y al sábado siguiente, que fue el 22 de septiembre, fueron vistas algunas pardelas; y soplaron aquellos tres días algunos vientos del Sudoeste, unas veces más al Poniente, y otras menos, los cuales eran contrarios a la navegación. El Almirante dice que los tuvo secretamente por muy oportunos y de gran provecho por que la gente perdiese su errada opinión. Y esta era una causa para que murmurase más la gente, aumentando su miedo: puesto que siempre tenían el viento en popa, decían que en aquellos mares no le tendrían nunca próspero para volver a España. Y aun dado que alguna vez sucediese lo contrario, decían que el viento no era estable, ni bastante a volverlos por el camino que dejaban atrás. Aunque el Almirante replicaba, diciéndoles que los navíos se debían a estar ya cerca de tierra, que no dejaba levantar las olas, y les diese las razones que mejor podía, él afirma que tuvo entonces necesidad de la ayuda de Dios, igual que Moisés, cuando sacó a los hebreos de Egipto, los cuales se abstenían de poner las manos en él, por los muchos prodigios con que Dios le favorecía; así dice el Almirante le sucedió en aquel viaje, porque pronto, el domingo siguiente, a 23, se levantó un viento Oesnoroeste, con el mar algún tanto agitado, como la gente deseaba; e igualmente, tres horas antes de mediodía, vieron una tórtola, que volaba sobre la nave, y a la tarde siguiente vieron un alcatraz, una avecilla de río y otros pajarillos blancos; en la hierba encontraron algunos cangrejillos; al día siguiente vieron otro alcatraz, muchas pardelas que venían de hacia Poniente, y algunos pececillos, algunos de los cuales mataron con tridentes los marineros de

las otras naves, porque no picaban en el anzuelo.

Capítulo XX. Cómo la gente murmuraba con deseo de volverse, y viendo otras señales y demostraciones de tierra, caminó hacia ella con alegría

Cuanto más vanos resultaban las mencionadas señales tanto más crecía el miedo de la gente y la ocasión de murmurar, retirándose dentro de los navíos y diciendo que el Almirante, con su loca fantasía, indiferente a los peligros, se había propuesto hacerse gran señor a costa de sus vidas y morir en aquella empresa; y puesto que ellos habían ya cumplido con su obligación de tentar la fortuna, y se habían apartado de tierra y de todo socorro más que nadie, no debían ser autores de su propia ruina ni seguir aquel camino hasta que después tuvieran que arrepentirse, faltándoles los bastimentos y navíos, los cuales, como sabían, estaban llenos de defectos y de vías de agua, de modo que mal podrían salvar a hombres que tanto se habían internado en el mar. Que nadie juzgaría mal hecho lo que en tal caso hubiesen resuelto, más bien, al contrario, serían juzgados muy animosos por haberse puesto a tal empresa, y haber ido tan adelante; y que, por ser extranjero el Almirante, y no gozar de ningún favor, y por haber siempre reprobado y censurado su opinión tantos hombres sabios y doctos, no habría ahora quien le favoreciese y defendiese, y a ellos les sería creído cuanto dijeran, y sería atribuido a culpa de ignorancia y mal gobierno lo que él dijera en contra para justificarse. No faltaron algunos que propusieron dejarse de discusiones, y si él no quería apartarse de su propósito, podían resueltamente echarlo al mar, publicando luego que el Almirante, al observar las estrellas y los indicios, se había caído por descuido; que nadie andaría investigando la verdad de ello; y que esto era el fundamento

más cierto de su regreso y de su salvación. En esta forma continuaban murmurando de día en día, lamentándose y haciendo maquinaciones, aunque el Almirante no estaba sin sospecha de su inconstancia y de su mala voluntad hacia él; por lo que, unas veces con buenas palabras, y otras con ánimo dispuesto a recibir la muerte, les amenazaba con el castigo que les podría venir si impidiesen el viaje; con ello templaba algo sus propósitos y sus temores; y para confirmación de la esperanza que les daba, recordaba las muestras y los indicios sobredichos, prometiéndoles que en breve tiempo hallarían alguna tierra; a las cuales señales andaban ellos tan atentos que cada hora les parecía un año hasta ver tierra.

Por fin, el martes 25 de septiembre, a la puesta del sol, razonando el Almirante con Pinzón, que se le había acercado con su nave, Pinzón gritó en alta voz: «Tierra, tierra, señor; que no pierda mi buena mano»; y le mostró, en dirección al Sudoeste, un bulto que tenía clara semejanza de isla, que distaba veinticinco leguas de los navíos, de lo cual se puso la gente tan alegre y consolada, que daban a Dios muchas gracias; el Almirante, que hasta ser de noche prestó alguna fe a lo que se le había dicho, por consolar a su gente, y a más, porque no se le opusieran e impidieran su camino, navegó hacia allí por gran parte de la noche; pero la mañana siguiente conocieron que lo que habían visto eran nubes que muchas veces parecen ser muestra de clara tierra.

Por lo cual, con mucho dolor y enojo de la mayor parte de la gente, tornaron a seguir el rumbo de Occidente, como siempre habían llevado a no ser que el viento se lo impidiese, y teniendo los ojos atentos a indicios, vieron un alcatraz y un rabo de junco y otros pájaros semejantes a ellos; el jueves 27 de septiembre, vieron otro alcatraz que venía de Poniente e

iba hacia Levante, y se mostraron muchos peces dorados, de los que mataron uno con una fisga; pasó cerca de ellos un rabo de junco, y conocieron después que las corrientes, en los últimos días no eran tan constantes y ordenadas como solían, sino que volvían atrás con las mareas, y la hierba se veía por el mar en menor cantidad que antes.

El viernes siguiente mataron en todos los navíos algunos peces dorados, y el sábado vieron un rabiforcado,[7] el cual, aunque sea ave marina, no descansa allí, sino que va por el aire persiguiendo a los alcatraces hasta que les hace echar, de miedo, la inmundicia de su vientre, la que recoge por el aire, para su alimento, y con tal astucia y caza se sustenta en aquellos mares; dícese que se ven muchos en los alrededores de las islas de Cabo Verde. Poco después vieron otros dos alcatraces, y muchos peces golondrinos, que son de tamaño de un palmo, con dos aletas semejantes a las del murciélago, y vuelan de cuando en cuando, tanto como una lanza sobre el agua, el tiro de un arcabuz, unas veces más y otras menos, y en ocasiones caen en los navíos. También, después de comer, vieron mucha hierba en dirección del Norte al Mediodía, como solían antes, y otros tres alcatraces y un rabiforcado que los perseguía.

El domingo, a la mañana, vinieron a la nave cuatro rabos de junco, los que por haber venido juntos, se creyó que estaban próximos a tierra, y especialmente, porque de allí a poco pasaron otros cuatro alcatraces; vieron muchas hiladas de hierba que iban de Oesnoroeste al Sureste;[8] vieron también muchos peces emperadores,[9] análogos a los llamados chopos, que tienen la piel durísima y no son buenos para comerlos. Pero, aunque el Almirante tuviese atención a todas estas

señales, observaba los del cielo y el curso de las estrellas, por donde notó en aquel paraje, con gran admiración, que de noche, las Guardas[10] estaban justamente en el brazo del Occidente, y cuando era de día, se encontraban en la línea bajo el brazo, al Nordeste. De lo que deducía que en toda la noche no caminaban sino tres líneas, que son nueve horas, y esto lo comprobaba todas las noches. Igualmente notó que desde las primeras horas de la noche, las agujas noroesteaban toda una cuarta, y cuando amanecía, miraban derechamente a la estrella polar. Por cuyos motivos, los pilotos estaban con grande inquietud y confusión, hasta que él les dijo que de esto era causa el círculo que hace la estrella polar, rodeando el polo, cuya explicación les dio algún consuelo, porque en presencia de tales novedades temían los peligros del camino, en regiones tan distintas y diferentes.

Capítulo XXI. Cómo no sólo vieron los indicios y las señales anteriores, sino otros mejores, que les dieron algún consuelo

El lunes, que fue el primero de octubre, salido el sol, vino a la nave un alcatraz; dos horas antes de mediodía llegaron otros dos; la dirección de la hierba era del Este al Oeste; y aquel día, de mañana, el piloto de la nave del Almirante dijo que estaba quinientas setenta y ocho leguas al Poniente de la isla del Hierro; el Almirante afirmó que pensaba estar algo más distante, a quinientas setenta y cuatro leguas, aunque en secreto sabía haberse alejado setecientas siete; de modo que su cuenta superaba en ciento veintinueve leguas a la de dicho piloto. Aún era mucho más diferente el cómputo de las otras dos naves, porque el piloto de la Niña, el miércoles siguiente por la tarde, dijo que, a su juicio, habían caminado quinientas cuarenta leguas; y el de la Pinta, seiscientas treinta y cuatro, quitando lo que caminaron aquellos tres días. Quedaban

todavía muy apartados de la razón y de la verdad, porque siempre tuvieron buen viento en popa y habían caminado más. Pero el Almirante, como se ha dicho, disimulaba y aceptaba el error, para que la gente no desmayara viéndose tan lejos.

El día siguiente, que fue 2 de octubre, vieron muchos peces, y mataron un atún pequeño; se presentó un pájaro blanco, como gaviota, y muchas pardelas, y la hierba que veían era muy vieja, casi reducida a polvo.

Al día siguiente, no viendo más aves que algunas pardelas, temieron grandemente haber dejado al lado algunas islas, pasando por medio de ellas sin verlas; creían que los muchos pájaros vistos hasta entonces, eran de paso, y que irían de una isla a otra a descansar. Queriendo ellos ir de uno a otro lado para buscar aquellas tierras, el Almirante se opuso, para no perder el viento favorable que le favorecía para ir derecho hacia las Indias rumbo a Occidente, que era el camino que tenía por más cierto. Además, le parecía que perdía la autoridad y la credibilidad de su viaje, andando a tientas, de un lugar a otro, buscando aquello que siempre afirmó saberlo muy ciertamente. Por esto fue a punto de amotinarse la gente, perseverando en murmuraciones y conjuras. Pero quiso Dios socorrerle, como arriba se ha dicho, con nuevas señales. De hecho, el jueves 4 de octubre, después de mediodía, vieron más de cuarenta pardelas juntas, y dos alcatraces, los cuales se acercaron tanto a los navíos, que un grumete mató uno con una piedra. Antes de esto habían visto otro pájaro, como rabo de junco, y otro como gaviota; y cayeron volando en la nave muchos peces voladores. El día siguiente, también vino a la nave un rabo de junco, y un alcatraz de la parte de Occidente; y se vieron muchas pardelas.

El domingo siguiente, 7 de octubre, al salir el sol, se vio hacia el Poniente una apariencia de tierra, pero como era poco discernible, ninguno se atrevió a declararlo, no sólo por no quedar con la vergüenza de afirmar lo que no era, cuanto por no perder la merced de diez mil maravedís anuales, concedidos por toda la vida a quien primero viese tierra, la cual habían prometido los Reyes Católicos; porque, como ya hemos dicho, para evitar que a cada momento se diesen vanas alegrías con decir falsamente: ¡tierra, tierra!, se había establecido pena a quien dijese verla, si esto no se comprobaba en término de tres días: él quedaría privado de dicha merced, aunque después verdaderamente la viese. Y porque todos los de la nave del Almirante tenían esta advertencia, ninguno se arriesgaba a gritar: ¡tierra, tierra! Pero, los de la carabela Niña, que, por ser más velera, iba delante, creyendo ciertamente que fuese tierra, dispararon una pieza de artillería y alzaron las banderas en señal de tierra.

Pero, cuanto más adelante anduvieron, tanto más comenzó a faltar la alegría de todos, hasta que totalmente se deshizo aquella apariencia. Bien que, no mucho después, quiso Dios tornar a consolarles algo, porque vieron grandísimas bandadas de aves de varios géneros, y algunas otras de pajarillos de tierra, que iban desde la parte de Occidente a buscar su alimento en el Sudoeste. Por lo cual, el Almirante, teniendo por muy cierto, porque se hallaba muy lejano de Castilla, que aves tan pequeñas no irían a reposar muy lejos de tierra, dejó de seguir la vía del Oeste, hacia donde iba, y dio la vuelta hacia el Sudoeste, diciendo que, si cambiaba la dirección, lo hacía porque no se apartaba mucho de su principal camino, y por seguir el discurso y el ejemplo de la

experiencia de los portugueses, quienes habían descubierto la mayor parte de las islas, por el indicio del vuelo de tales aves; y tanto más, porque las que entonces se veían, seguían casi el mismo camino en el que siempre tuvo por cierto encontrar tierra, dado el sitio en que estaban. Pues bien sabían que muchas veces les había dicho que no esperaba tierra hasta tanto que no hubiesen caminado setecientas cincuenta leguas al Occidente de Canarias, en cuyo paraje había dicho también que encontraría la Española, llamada entonces Cipango; y no hay duda que la habría encontrado porque sabía que la longitud de aquélla se afirmaba ir de Norte a Mediodía, por lo cual él no había ido más al Sur, a fin de dar en ella, y por esto quedaban aquella y las otras islas de los Caribes, a mano izquierda, hacia Mediodía, adonde aquellas aves enderezaban su camino.

Por estar tan cercanos a tierra se veía tanta abundancia y variedad de pájaros, que, el lunes 8 de octubre, vinieron a la nave doce de los pajaritos de varios colores que suelen cantar por los campos; y después de haber volado un rato alrededor de la nave, siguieron su camino. Vieron también desde los navíos muchos otros pájaros que iban hacia el Suroeste, y aquella misma noche se mostraron muchas aves grandes, y bandadas de pajarillos que venían de hacia el Norte y volaban a la derecha de los anteriores. Fueron también vistos muchos atunes; a la mañana vieron un garjao y un alcatraz, patos y pajarillos que volaban por el mismo camino que los otros; y sentían que el aire era muy fresco y odorífero, como en Sevilla en el mes de abril.

Pero entonces era tanta el angustia y el deseo de ver tierra, que no daban crédito a señal alguna, de tal modo que aunque el miércoles 10 de octubre, de día y de noche vieron pasar

muchos de los mismos pajarillos, no por eso dejaba la gente de lamentarse, ni el Almirante de reprenderles el poco ánimo, haciéndoles saber que, bien o mal, debían salir con la empresa de las Indias, a que les enviaban los Reyes Católicos.

Capítulo XXII. Cómo el Almirante encontró la primera tierra, que fue una isla de los Lucayos

Viendo entonces Nuestro Señor cuán difícilmente luchaba el Almirante contra tantos contradictores, quiso que el jueves 11 de octubre, después de mediodía, cobrasen mucho ánimo y alegría, porque tuvieron manifiestos indicios de estar ya próximos a tierra. Pues los de la Capitana vieron pasar cerca de la nave un junco verde, y después un gran pez verde, de los que no se alejan mucho de los escollos; luego, los de la carabela Pinta vieron una cana y un palo, y tomaron otro palo labrado con artificio, y una tablilla, y una mata arrancada de la hierba que nace en la costa. Otros semejantes indicios vieron los de la carabela Niña, y un espino cargado de fruto rojo, que parecía recién cortado. Por cuyas señales y por lo que le dictaba su razonamiento, teniendo el Almirante por cosa cierta que estaba próxima a tierra, ya de noche, a la hora en que se acababa de decir la Salve Regina que los marineros acostumbran cantar al atardecer, les habló a todos en general, refiriendo las mercedes que Nuestro Señor les había hecho en llevarlos tan seguros y con tanta prosperidad, con buenos vientos y buena navegación, y en consolarlos con señales que cada día se veían más abundantes; y les rogó que aquella noche velasen con atención, recordándoles que bien sabían, según se lo había ordenado en el primer capítulo de la instrucción dada por él a todos los navíos en Canarias, que después que hubiesen navegado setecientas leguas al Poniente sin haber hallado tierra, no caminasen desde media noche

hasta ser de día, a fin de que, si el deseo de tierra no daba resultado, al menos, la buena vigilancia supliese a su buen ánimo. Y porque tenía certísima esperanza de hallar tierra, mandó que aquella noche, cada uno vigilase por su parte, pues a más de la merced que Sus Altezas habían prometido de diez mil maravedís anuales de por vida al primero que viese tierra, él le daría un jubón de terciopelo.

Dicho esto, dos horas antes de medianoche, estando el Almirante en el castillo de popa, vio una luz en tierra; pero dice que fue una cosa tan tenue, que no se atrevió a afirmar que fuese tierra, aunque llamó a Pedro Gutiérrez, oficial[11] del Rey Católico, y le dijo que mirase si veía dicha luz. Aquél respondió que la veía; por lo cual en seguida llamaron a Rodrigo Sánchez de Segovia, para que mirase hacia la misma parte; mas no pudo verla, porque no subió con bastante rapidez donde podía verse. Ni después la vieron, sino una o dos veces. Por lo cual juzgaron que podía ser candela o antorcha de pescadores, o de caminantes, que alzaban y bajaban dicha luz, o, por ventura, pasaban de una casa a otra, y por ello desaparecía y volvía de repente con tanta presteza que pocos por aquella señal creyeron estar cercanos a tierra.

Sin embargo, andando ahora con mucha vigilancia, siguieron su camino hasta que dos horas después de medianoche la carabela Pinta, que por ser gran velera, iba muy delante, dio señal de tierra, la cual vio primeramente un marinero llamado Rodrigo de Triana cuando estaban a dos leguas de distancia de la tierra. Pero, la merced de los 10,000 maravedís no fue concedida por los Reyes Católicos a éste, sino al Almirante, que había visto la luz en medio de las tinieblas, espero de la luz espiritual que él estaba por introducir en aquellas obscuridades. Estando entonces cerca

de tierra, todos los navíos se pusieron a la corda,[12] pareciéndoles muy largo el tiempo que quedaba hasta el día, para gozar de una cosa tan deseada.

Capítulo XXIII. Cómo el Almirante salió a tierra y tomó posesión de aquélla en nombre de los Reyes Católicos

Llegado el día, vieron que era una isla de quince leguas de larga, llana, sin cerros, llena de árboles muy verdes, y de buenísimas aguas, con una gran laguna en medio, poblada de muchas gentes, que con mucho afán acudían a la playa, todos atónitos y maravillados a la vista de los navíos, creyendo que fuesen algunos animales, y deseando saber con certeza qué cosa eran. No menos prisa tenían los cristianos de saber quiénes eran ellos; pero presto fue satisfecho su deseo, porque tan pronto como echaron las áncoras en el agua, el Almirante bajó a tierra con el batel armado y el estandarte real desplegado. Lo mismo hicieron los capitanes de los dos otros navíos, entrando en sus bateles con la bandera de la empresa, que tenía pintada una cruz verde con una F de un lado y [una Y en el otro, y encima de las letras][13] unas coronas, en memoria de Fernando y de Isabel.

Habiendo todos dado gracias a Nuestro Señor, arrodillados en tierra, y besándola con lágrimas de alegría por la inmensa gracia que les había hecho, el Almirante se levantó y puso a la isla el nombre de San Salvador. Después, con la solemnidad y palabras que se requerían, tomó posesión de ella en nombre de los Reyes Católicos, estando presente mucha gente de la tierra que allí se había reunido. Acto seguido, los cristianos le recibieron por su Almirante y Visorey, y le juraron obediencia, como a quien que representaba la persona de Sus Altezas, con tanta alegría y placer como era justo que tuviesen

con tal victoria, pidiéndole todos perdón de las ofensas que por miedo e inconstancia le habían hecho.

Asistieron a esta fiesta y alegría muchos indios, y viendo el Almirante que eran gente mansa, tranquila y de gran sencillez, les dio algunos bonetes rojos y cuentas de vidrio, las que se ponían al cuello, y otras cosas de poco valor, que fueron más estimadas por ellos que si fueran piedras de mucho precio.

Capítulo XXIV. De la índole y costumbre de aquella gente, y de lo que el Almirante vio en la isla

Retirado el Almirante a sus barcas, los indios le siguieron hasta ellas y hasta los navíos, los unos nadando, y otros en sus barquillas o canoas, y llevaban papagayos, algodón hilado en ovillos, azagayas y otras cosillas para cambiarlas por cuentas de vidrio, cascabeles y otros objetos de poco valor. Como gente llena de la primera simplicidad, iban todos desnudos, como nacieron, y también una mujer que allí estaba no vestía de otra manera; eran todos jóvenes, que no pasaban de treinta años, de buena estatura; los cabellos lacios, recios, muy negros y cortos, cortados a lo alto de las orejas, aunque, algunos pocos, los habían dejado crecer, largos, hasta la espalda y los habían atado con un hilo grueso alrededor de la cabeza, casi como a modo de trenza. Eran de agradable rostro y de bellas facciones, aunque les afease algo la frente, que tenían muy ancha. Eran de estatura mediana, bien formados, de buenas carnes, y de color aceitunado, como los canarios o los campesinos tostados por el sol; algunos iban pintados de negro, otros de blanco, y otros de rojo; algunos en la cara, otros todo el cuerpo, y algunos solamente los ojos o la nariz. No tenían armas como las nuestras, ni las conocían, porque mostrándoles los cristianos una espada desnuda, la tomaban

por el filo, estúpidamente, y se cortaban. Menos aún conocían cosa alguna de hierro, porque hacen sus azagayas, que ya hemos mencionado, con varillas de punta aguda y bien tostadas al fuego, armándola en un diente de pez, en lugar de hierro. Como algunos tenían cicatrices de heridas, se les preguntó, por señas, la causa de tales marcas, y respondieron, también por señas, que los habitantes de otras islas venían a cautivarlos, y que al defenderse, recibían tales heridas. Parecían personas de buena lengua e ingenio, porque fácilmente repetían las palabras que una vez se les había dicho. No había allí ninguna especie de animales fuera de papagayos, que llevaban a cambiar juntamente con las otras cosas que hemos dicho; y este trato duró hasta la noche.

Después, al día siguiente, que fue 13 de octubre, de mañana, salieron muchos de ellos a la playa, y en sus barquillas denominadas canoas, venían a los navíos. Estas canoas eran de una sola pieza, hechas del tronco de un árbol excavado como artesas. Las mayores eran tan grandes que cabían cuarenta o cuarenta y cinco personas; las menores eran de distinto tamaño, y algunas tan pequeñas que no llevaban más que una persona. Bogaban con una pala semejante a las palas de los hornos, o aquellas con las que se espada el cáñamo, sólo que los remos no descansaban en el borde de los costados, como hacemos nosotros, sino que las meten en el agua y empujan hacia atrás como los zapadores. Estas canoas son tan ligeras y hechas con tal artificio que, si se vuelcan, los indios, echándose al mar en seguida y nadando, las enderezan y sacan el agua, meciéndolas, como hace el tejedor, cuando voltea la canilla de un lado a otro; y luego que está ya vacía la mitad, sacan el agua que queda con calabazas secas, que para tal efecto llevan divididas por medio en dos partes.

Aquel día llevaron para cambiar las mismas cosas que el anterior, cediendo todas por cualquier cosilla que en trueque les fuese dada. No se vieron entre ellos joyas de metal, sino algunas hojillas de oro que llevaban pendiente en la parte exterior de la nariz; y preguntándoles de dónde venía aquel oro, respondieron, por señas, que de hacia el mediodía, donde había un rey que tenía muchos tejuelos y vasos de oro, añadiendo e indicando que hacia el mediodía y al sudoeste había muchas otras islas y grandes tierras. Como eran muy deseosos de tener cosas de las nuestras, y por ser pobres, que no tenían qué dar en cambio, pronto, los que habían entrado en los navíos, si podían coger algo, aunque fuese un pedacillo roto de un plato de tierra, o de una escudilla de vidrio, se echaban al mar con aquella, y nadando, se iban a tierra; y si llevaban alguna cosa, por cualquier mercancía de las nuestras, o por algún pedacillo de vidrio roto, daban a gusto lo que tenían; de modo que hubo alguno de ellos que dio diez y seis ovillos de algodón, por tres ceutís[14] de Portugal que no valen más que un cuatrín de Italia; dichos ovillos pesaban más de veinticinco libras, y el algodón estaba muy bien hilado. En este comercio se pasó el día hasta la tarde, que todos se retiraron a tierra. Es, sin embargo, de advertir, en este caso, que la liberalidad que mostraban en el vender no procedía de que estimasen mucho la materia de las cosas que nosotros les dábamos, sino porque les parecía que por ser nuestras, eran dignas de mucho aprecio, teniendo como hecho cierto que los nuestros eran gente bajada del cielo, y por ello deseaban que les quedase alguna cosa como recuerdo.

Capítulo XXV. Cómo el Almirante salió de aquella isla y fue a ver otras

El domingo siguiente, que fue 14 de octubre, el Almirante

fue con los bateles por la costa de aquella isla, hacia el noroeste, por ver lo que había alrededor de ella. Y en aquella parte por donde fue halló una gran ensenada o puerto capaz para todos los navíos de los cristianos; los moradores, viendo que iba de lejos, corrían tras de él por la playa, gritando y ofreciéndole dar cosas de comer; llamándose unos a otros, se apresuraban a ver los hombres del cielo, y postrados en tierra, alzaban las manos al cielo, como dándole gracias por la llegada de aquellos. Muchos también, nadando, o en sus canoas, como podían, llegaban a las barcas, a preguntar, por señas, si bajaban del cielo, rogándoles que saliesen a tierra, para descansar. Pero el Almirante, dando a todos cuentas de vidrio o alfileres gozaba mucho de ver en ellos tanta sencillez; al fin llegó a una península que con trabajo se podría rodear por agua, en tres días, habitable, y donde se podía hacer una buena fortaleza. Allí vio seis casas de los indios, con muchos jardines alrededor, tan hermosos como los de Castilla en el mes de mayo. Pero como la gente estaba ya fatigada de remar tanto, y él conocía claramente, por lo que habla visto, que no era aquella tierra la que él andaba buscando, ni de tanto provecho que debiese permanecer en ella, tomó siete indios de aquellos, para que le sirviesen de intérpretes; y, vuelto a los navíos, salió para otras islas que se veían desde la península, y parecían ser llanas y verdes, muy pobladas, como los mismos indios afirmaban. A una de las cuales, que distaba siete leguas, llegó el día siguiente, que fue lunes 15 de octubre; y le puso nombre de Santa María de la Concepción. La parte de aquella isla, que mira a San Salvador, se extendía de norte a sur por espacio de cinco leguas de costa. Pero el Almirante fue por la costa del este al oeste, que es más larga de diez leguas, y después que surgió hacia occidente, bajó a tierra para hacer

allí lo mismo que en las anteriores. Los habitantes de la isla acudieron prestamente, para ver a los cristianos, con la misma admiración que los otros. Habiendo visto el Almirante que todo aquello era lo mismo, al día siguiente, que fue martes, navegó al oeste, ocho leguas, a una isla bastante mayor, y llegó a la costa de aquélla, que tiene de noroeste a sudeste más de veintiocho leguas. También ésta era muy llana, de hermosa playa; y acordó ponerle nombre de la Fernandina.

Antes que llegase a esta isla y a la otra de la Concepción, hallaron un hombre en una pequeña canoa, que llevaba un pedazo de su pan, una calabaza de agua, y un poco de tierra semejante al cinabro, con el que se pintan aquellos hombres el cuerpo, como ya hemos dicho, y ciertas hojas secas que estiman mucho, por ser muy olorosas y sanas; en una cestilla llevaba una sarta de cuentas verdes de vidrio, y dos blancas,[15] por cuya muestra se juzgó que venía de San Salvador, había pasado por la Concepción, y luego iba a la Fernandina, llevando noticias de los cristianos, por estos países. Pero, como la jornada era larga y estaba ya cansado, pronto fue a los navíos, donde le recibieron dentro, con su canoa, y tratado afablemente por el Almirante, quien tenía propósito, tan pronto como llegase a tierra, de mandarlo con su mensaje, como hizo; y le dio prestamente algunas cosillas para que las distribuyese entre los otros indios. La buena relación que hizo éste motivó que muy pronto la gente de la Fernandina viniese a las naves, en sus canoas, para cambiar aquellas mismas cosas que habían trocado los anteriores; porque aquella gente y todo el resto era de igual condición. Y cuando el batel fue a tierra para proveerse de agua, los indios mostraban con grande alegría donde la había, y llevaban a cuestas muy a gusto los barriles, para llenar los toneles dentro del batel. En

verdad, parecían hombres de más aviso y juicio que los primeros, y como tales regateaban sobre el trueque y pago de lo que llevaban; en sus casas tenían paños de algodón, es a saber mantas de cama; las mujeres cubrían sus partes vergonzosas con una media faldilla tejida de algodón, y otras, con un paño tejido que parecía de telar.

Entre las cosas notables que vieron en aquella isla fueron algunos árboles que tenían ramas y hojas diferentes entre sí, sin que otros árboles estuviesen allí injertos, sino naturalmente, teniendo los ramos un mismo tronco, y hojas de cuatro y cinco maneras tan diferentes la una de la otra, como lo es la hoja de la caña, de la del lentisco. Igualmente, vieron peces de distintas maneras, y de finos colores, pero no vieron género alguno de animales terrestres fuera de lagartos y alguna sierpe. A fin de reconocer mejor la isla, salidos de allí hacia noroeste, surgieron en la boca de un bellísimo puerto que tenía una islilla a la entrada; más no pudieron penetrar por el poco fondo que tenía, ni tampoco lo procuraron, para no alejarse de un pueblo grande que no muy lejos estaba, aunque, en la mayor isla de las que hasta entonces habían visto, no los hubiera con más de doce o quince casas, de hechura de alfaneques o pabellones. Entrados en ellas, no vieron otro ornamento, ni muebles, más de aquello mismo que llevaban a cambiar a las naves. Eran sus lechos como una red colgada, en forma de honda, en medio de la cual se acuestan, y atan los cabos a dos postes de la casa.[16] También allí vieron algunos perros, como podencos, que no ladraban.

Capítulo XXVI. Cómo el Almirante pasó a otras islas que desde allí se veían

Como en dicha isla Fernandina no hallaron cosa alguna de importancia, el viernes 19 de octubre, fueron a otra isla

llamada Saometo, a la que puso el Almirante nombre de la Isabela, para proceder con orden en los nombres; porque la primera, llamada por los indios Guanahani, a gloria de Dios que se la había manifestado, y salvado de muchos peligros, la llamó San Salvador; la segunda, por la devoción que tenía a la concepción de Nuestra Señora, y porque su amparo es el principal que tienen los cristianos, la llamó Santa María de la Concepción; la tercera, que llamaban los indios [...],[17] en memoria del católico Rey Don Fernando, la llamó Fernandina y la cuarta, Isabela, en honor de la serenísima Reina Doña Isabel; y después, la que primeramente encontró, esto es Cuba, la llamó Juana, en memoria del príncipe Don Juan, heredero de Castilla, a fin de que con estos nombres quedara satisfecha la memoria de lo espiritual y de lo temporal.

Bien es verdad que, en cuanto a bondad, grandeza y hermosura, dice que esta isla Fernandina aventajaba con mucho a las otras, porque, a más de ser abundante de muchas aguas y de bellísimos prados y árboles, entre los cuales había muchos de lináloe,[18] se veían también ciertos montes y collados que no había en las otras islas, porque eran muy llanas. Enamorado el Almirante de la belleza de esta isla, para las solemnidades de la toma de posesión, bajó a tierra en unos prados de tanta amenidad y belleza como los de España en el mes de abril; allí se oía el canto de ruiseñores y otros pajarillos, tan suave que el Almirante casi no podía arrancarse de allí; no solamente volaban en lo alto de los árboles, sino que por el aire pasaban tantas bandadas de pájaros que oscurecían la luz del sol, la mayor parte de los cuales eran muy diferentes de los nuestros. Como aquel país era de muchas aguas y lagos, cerca de uno de estos vieron una sierpe de siete pies de largo, que tenía el vientre de un buen pie de

ancho; la cual, siendo perseguida por los nuestros, se echó en la laguna, pero como ésta no era muy profunda, la mataron con las lanzas, no sin algún miedo y asombro, por su ferocidad y feo aspecto. Andando el tiempo, supieron apreciarla como cosa agradable, pues era el mejor alimento que tenían los indios, ya que, una vez quitada aquella espantosa piel y las escamas de que está cubierta, tiene la carne muy blanca, de suavísimo y grato gusto; la llamaban los indios iguana.

Hecha esta caza, deseando conocer más aquella tierra, por ser ya tarde, dejando esta sierpe para el día siguiente, en el que mataron otra, como antes habían hecho, caminando por aquel país hallaron un pueblo cuyos habitantes se echaron a correr, llevando consigo a la montaña todo lo que pudieron coger de sus ajuares. Pero el Almirante no consintió que se les quitase cosa alguna de lo que habían dejado, para que no tuviesen por ladrones a los cristianos; de donde vino que a los indios se les quitase el miedo, y vinieron gustosos a los navíos a cambiar sus cosas, como habían hecho los otros.

Capítulo XXVII. Cómo el Almirante descubrió la isla de Cuba, y lo que allí encontró

A la sazón, el Almirante, habiendo ya entendido los secretos de la isla Isabela, la condición de aquella gente y su manera de hacer negocios, no quiso perder más tiempo recorriendo aquellas islas, porque eran muchas y semejantes entre sí, según decían los indios. Así que, salido con viento favorable, para ir a una tierra muy grande, por todos ellos grandemente alabada, que se llamaba Cuba, la cual estaba hacia mediodía, el domingo 28 de octubre, llegó a la costa de aquella, en la región del norte. Se vio muy pronto que esta isla era de mayor bondad y calidad que las otras ya nombradas,

tanto por la belleza de los collados y de los montes, como por la variedad de los árboles, por sus campiñas y por la grandeza y longitud de sus costas y riberas. A fin de entrar en contacto con sus moradores, fue a echar las áncoras a un caudaloso río, donde los árboles eran muy espesos y muy altos, adornados de flores y frutos distintos de los nuestros, en los que había una gran cantidad de pájaros, con una amenidad increíble; porque se veía la hierba alta y muy diferente de las nuestras; y aunque allí había verdolagas, bledos y otras semejantes, por su diversidad no las conocían. Habiendo ido a dos casas que se veían no muy lejos, hallaron que la gente había huido de miedo, dejando todas las redes y otros utensilios necesarios para la pesca, y un perro que no ladraba. Pero, por orden del Almirante, no se tocó cosa alguna, porque le bastaba por entonces ver la calidad de las cosas que para su manutención y servicio usaban.

Vueltos después a los navíos, siguieron rumbo al Occidente, y llegaron a otro río mayor, que el Almirante llamó río de Mares. Éste aventajaba mucho al anterior, pues por su boca podía entrar un navío volteado, y sus riberas estaban muy pobladas; pero la gente del país, al ver aparecer los navíos, se puso en fuga hacia los montes, que se veían muchos, altos y redondos, llenos de árboles y de plantas amenísimas, donde los indios escondieron todo lo que pudieron llevar. Por esto, no pudiendo el Almirante, a causa del temor de aquella gente, conocer la calidad de la isla, y considerando que si volvía a saltar a tierra con mucha gente se les aumentaría el miedo, acordó enviar a dos cristianos, con un indio de los que llevaba consigo de San Salvador, y otro de aquellas tierras, que se había atrevido a venir en una pequeña canoa a los navíos. A los cuales mandó que se adentrasen en

el país y se informasen, tratando afablemente a los habitantes que encontrasen por el camino. A fin de que, mientras éstos iban, no se perdiese tiempo, mandó que se sacase la nave a tierra, para calafatearla. Y casualmente reconocieron que toda la leña de la lumbre que habían encendido para esto, era almáciga, de la que se veía grandísima cantidad por todo el país; es éste un árbol, que, en la hoja y en el fruto, se asemeja al lentisco, salvo que es bastante mayor.

Capítulo XXVIII. Cómo volvieron los dos cristianos, y lo que contaron haber visto

Estando ya la nave aderezada y a punto para navegar, volvieron los cristianos con los dos indios, el 5 de noviembre, diciendo que habían caminado doce leguas tierra adentro, y habían llegado a un pueblo de cincuenta casas muy grandes, todas de madera, cubiertas de paja, hechas a modo de alfaneques, como las otras. Habría allí unos mil hogares, porque en una casa habitaban todos los de una familia. Contaron que los principales de la tierra salieron a su encuentro a recibirlos, y los llevaron en brazos a la ciudad, donde les dieron por alojamiento una gran casa de aquéllas, y allí les hicieron sentarse en ciertos banquillos hechos de una pieza, de extraña forma, casi semejantes a un animal que tuviese los brazos y las piernas cortas y la cola un poco alzada, para apoyarse, la cual era no menos ancha que la silla, para la comodidad del apoyo; tenían delante una cabeza, con los ojos y las orejas de oro. A estos asientos les llaman duho;[19] en ellos hicieron sentar a los nuestros; y luego, todos los indios se sentaron en tierra, alrededor de aquéllos, y uno a uno iban después a besarles los pies y las manos, creyendo que venían del cielo; y les daban a comer algunas raíces cocidas, que sabían a castañas, y les rogaban con instancia que

permaneciesen en aquel lugar junto a ellos, o que al menos descansasen allí cinco o seis días, porque los dos indios que habían llevado como intérpretes, les hablaban muy bien de los cristianos. De allí a poco, entraron muchas mujeres a verlos, y salieron fuera los hombres; y aquéllas, con no menos asombro y reverencia, les besaban también los pies y las manos, como cosa sagrada, ofreciéndoles lo que consigo habían llevado. Cuando después pareció tiempo de volver a los navíos, muchos indios quisieron ir en su compañía, pero ellos no consintieron que fuesen más que el rey, un hijo suyo, y un criado, a los cuales hizo mucha honra el Almirante. Y los cristianos le contaron cómo, al ir y al tornar, habían hallado muchos pueblos donde se les había hecho la misma cortesía y grato recibimiento; cuyos pueblos o aldeas no eran mayores de cinco casas juntas.

Por el camino, habían hallado mucha gente que llevaba un tizón ardiendo, para encender el fuego y perfumarse con algunas hierbas que consigo traían, y para asar aquellas raíces de que les habían dado, como quiera que éstas eran su principal alimento. Vieron también infinitas especies de árboles y de hierbas que no se habían visto en la costa del mar, y gran variedad de pájaros, muy diferentes de los nuestros, aunque había también perdices y ruiseñores. Animales de cuatro patas no vieron alguno, excepto perros que no ladraban. Sembraban muchas raíces, como también habichuelas, cierta especie de habas, y de otro grano, como panizo, llamado por ellos maíz, que cocido es de buenísimo sabor, o tostado o molido en polenta. Había grandísima cantidad de algodón hilado en ovillos, tanto que en una sola casa vieron más de 12,500 libras de algodón hilado; las plantas del cual no siembran con las manos, sino que nacen por los

campos, como las rosas, y por sí mismas se abren cuando están maduras, aunque no todas a un tiempo, porque en una misma planta se veía un capullo pequeño, y otro abierto, y otro que se caía de maduro. De cuyas plantas los indios llevaron después a los navíos gran cantidad, y por una agujeta de cuero daban una cesta llena; aunque, a decir la verdad, ninguno de ellos aprovechaba el algodón para vestirse; solo les sirve para hacer sus redes y sus lechos que llamaban hamacas, y en tejer faldillas de las mujeres, que son los paños con que se cubren las partes deshonestas.

Preguntados éstos si tenían oro, o perlas, o especias, decían por señas que de todo ello había gran cantidad hacia el Este, en una tierra denominada Bohio,[20] que ahora es la isla Española, llamada por ellos Babeque,[21] sin que sepamos todavía de cierto a cuál aludían.

Capítulo >XXIX. Cómo el Almirante dejó de seguir la costa occidental de Cuba y se volvió por Oriente hacia La Española

Oída por el Almirante dicha relación, no queriendo permanecer más tiempo en el río de Mares, mandó que se tomase algún habitante de aquella isla, pues tenía propósito de llevar a Castilla uno de cada parte, para que diese cuenta de las cosas de su país; y así fueron cogidas doce personas, entre mujeres, niños, y hombres, tan mansamente, sin ruido ni tumulto, que cuando se iban a dar a la vela con aquéllos, fue a la nave en una canoa el marido de una de las mujeres cautivas, padre de dos niños que con la madre se habían llevado a la nave, y por señas rogó con instancia que lo llevaran también a Castilla, para no separarse de su mujer y de sus hijos, de lo que el Almirante se puso contentísimo y mandó que todos fuesen bien agasajados y tratados.

De repente, aquel mismo día, que fue 13 de noviembre, hizo rumbo a Oriente para ir a la isla que llamaban de Babeque, o de Bohío; pero, a causa del viento del Norte, que era muy recio, fue obligado a fondear de nuevo en la misma tierra de Cuba, entre algunas altísimas isletas que estaban cerca de un gran puerto que llamó del Príncipe, y llamó al paraje el Mar de Nuestra Señora. Eran estas isletas tantas y tan vecinas, que de la una a la otra no había un cuarto de legua, y la mayor parte de ellas distaban, a lo sumo, un tiro de arcabuz. Y eran tan profundos los canales y tan adornados de árboles y de hierba fresca, que daba mucho placer ir por ellos, y entre muchos árboles que eran diversos de los nuestros, se veía mucha almástiga y lináloe y palmas con el tronco verde y liso y otras plantas de varios suertes.

Aunque estas islas no estuviesen pobladas, se veían restos de muchos fuegos de pescadores; porque como se ha visto luego por experiencia, los habitantes de la isla de Cuba van en cuadrillas, con sus canoas, a estas islas y a otras innumerables que por allí están deshabitadas; y se alimentan de los peces que cogen, de los pájaros, de los cangrejos y de otras cosas que hallan en la tierra; es cosa conocida que los indios suelen comer generalmente muchas inmundicias, como arañas gordas y grandes, gusanos blancos que nacen en maderos podridos y en otros lugares corrompidos, también muchos peces casi crudos, a los que tan pronto como los cogen, antes de asarlos, les sacan los ojos para comérselos; y comen de estas cosas y otras muchas que, a más de dar náuseas, bastarían a matar a cualquiera de nosotros que las comiese. A estas cazas y pescas van, según los tiempos, de una isla en otra, como quien muda de pasto por estar cansado del primero.

Pero volviendo a dichas islas del Mar de Nuestra Señora, diré que, en una de ellas, los cristianos mataron con sus espadas un animal que parecía tejón; en el mar hallaron muchas conchas de nácar, y echando las redes, entre otros géneros de peces que cogieron, había uno que tenía la forma de un puerco, todo cubierto de un pellejo muy duro, en el que no había de blando más que la cola.

Notaron también que, en este mar y en las islas, subía y bajaba el agua mucho más que en los otros lugares donde habían estado hasta entonces; y por consiguiente, las mareas eran al contrario que las nuestras, porque cuando la luna estaba hacia el Sudoeste, a la cuarta del Mediodía, era la bajamar.

Capítulo XXX. Cómo el Almirante volvió a seguir su camino hacia Oriente para ir a la Española, y separóse de su compañía uno de los navíos

El lunes 19 de noviembre, el Almirante salió de Cuba, del Puerto del Príncipe y del mar de Nuestra Señora para ir hacia Levante, a la isla de Babeque y a la Española; mas por ser los vientos contrarios, que no le dejaban navegar como deseaba, fue obligado a barloventear tres o cuatro días entre la isla Isabela, que los indios llamaban Saometo, y el mencionado Puerto del Príncipe, que está a veinticinco leguas de uno y otro lugar; en cuyos mares aún hallaba hiladas de hierba como antes había encontrado en el Océano. Y notó que iban siempre a lo largo de las corrientes sin atravesarlas.

En aquel viaje, habiendo sido advertido Martín Alonso Pinzón por algunos indios que llevaba presos en su carabela, de que en la isla de Bohio, que, como hemos dicho, así llamaban a la Española, había mucho oro, impulsado por su gran codicia, se alejó del Almirante a 21 de noviembre, sin

verse forzado por el viento, ni por otra causa; porque, con viento en popa, podía llegarse a él; mas no quiso, antes bien, procuró adelantar su camino cuanto podía, por ser su navío muy velero, y habiendo navegado todo el jueves siguiente, uno a visto de otro; llegada la noche, desapareció del todo, de manera que el Almirante se quedó con los dos navíos, y no siendo el viento a propósito para ir con su nave a la Española, le fue conveniente volverse a Cuba, no lejos del mencionado Puerto del Príncipe, en otro que llamó de Santa Catalina, para proveerse de agua y de leña.

En aquel puerto vio por casualidad, en un río donde tomaban el agua, ciertas piedras que daban muestras de oro; y en esta región había montes poblados de pinos tan altos que podían hacerse de ellos mástiles para navíos y carracas; ni faltaba madera para tablazón y fabricar buenos navíos, tantos como se quisiera; también había encinas, madroños y otros árboles semejantes a los de Castilla. Pero, viendo que todos los indios le encaminaban a la Española, siguió la costa abajo, más a Sudeste, diez o doce leguas, por parajes llenos de puertos muy buenos y de muchos y caudalosos ríos. De la amenidad y hermosura de esta región, es tanto lo que dice el Almirante, que me gusta poner aquí sus palabras acerca de la entrada de un río que desemboca en el puerto que llamó Puerto Santo; dice lo siguiente:

Cuando fui con las barcas frente a la boca del puerto, hacia el Mediodía, hallé un río en que podía entrar cómodamente una galera, y era su entrada de tal modo que no se veía sino estando muy cerca. Su hermosura me movió a entrar, si bien no más de cuan larga era la barca; hallé de fondo de cinco a ocho brazas; siguiendo mi camino, fui no poco tiempo río arriba, con las barcas, porque era tanta la amenidad y la

frescura de este río, la claridad del agua, en donde llegaba la vista hasta las arenas del fondo; multitud de palmas de varias formas, las más altas y hermosas que había hallado, y otros infinitos árboles grandes y verdes; los pajarillos, y la verdura de los campos, que me movían a permanecer allí siempre. Es este país, Príncipes serenísimos, en tanta maravilla hermoso, que sobrepuja a los demás en amenidad y belleza, como el día en luz a la noche. Por lo cual, solía yo decir a mi gente muchas veces, que por mucho que me esforzase a dar entera relación de él a vuestras Altezas, no podría mi lengua decir toda la verdad, ni la pluma escribirla. Y en verdad, quedé tan asombrado viendo tanta hermosura, que no sé cómo expresarme. Porque yo he escrito de otras regiones, de sus árboles y frutos, de sus hierbas, de sus puertos y de todas sus calidades, cuanto podía escribir, no lo que debía; de donde todos afirmaban ser imposible que hubiera otra región más hermosa. Ahora callo, deseando que ésta la vean otros que quieran escribir de ella, Para que se vea, dada la excelencia de aquel paraje, cuanto más afortunado que, yo se puede ser en escribir o razonar acerca de esto.

Navegando el Almirante en sus bateles, vio entre los árboles de este puerto una canoa echada en tierra, bajo una enramada, labrada del tronco de un árbol, y tan grande como una fusta de doce bancos; en algunas casas cerca de allí encontraron un pan de cera y una cabeza de muerto, en dos cestillas colgadas de un poste; en otra casa hallaron después lo mismo, por lo que imaginaron ser del fundador de aquella casa. Mas no había gente alguna de quien los nuestros pudieran informarse de cosa alguna; porque en cuanto veían a los cristianos huían, y se pasaban a la otra parte del puerto. Después hallaron otra canoa larga de noventa y cinco palmos,

capaz para ciento cincuenta hombres, hecha como la que antes hemos mencionado.

Capítulo XXXI. Cómo el Almirante se dirigió a la Española, y lo que en ella vio

Habiendo navegado el Almirante ciento siete leguas hacia Levante por la costa de Cuba, llegó al cabo oriental de ella, y le puso de nombre Alfa. De allí, el miércoles 5 de diciembre, salió para ir a la Española, que distaba diez y seis leguas de Alfa, con rumbo al Este; mas por algunas corrientes que allí hay, no pudo llegar hasta el día siguiente, que entró en el puerto de San Nicolás, llamado así en memoria de su fiesta, que cae en aquel día. Este puerto es grandísimo, muy bueno, rodeado de muchos y grandes árboles, y muy profundo; mas la tierra tiene pocas peñas, y son los árboles menores, semejantes a los de Castilla, entre los que había robles pequeños, madroños y mirtos; corría por un llano, a un lado del puerto, un río muy apacible. Por todo el puerto se veían canoas grandes, como fustas de quince bancos; mas porque el Almirante no podía platicar con aquella gente, siguió la costa hacía el Norte, hasta que llegó a un puerto que llamó la Concepción, que está casi al mediodía de una isla pequeña, a la que puso nombre de Tortuga, que es tan espaciosa como la Gran Canaria. Viendo que la isla de Bohio era muy grande, que las tierras y los árboles de ella se asemejaban a los de España, y que en un lance que los de las naves echaron con sus redes, cogieron muchos peces como los de España, a saber: caballos, lizas, salmones, sábalos, gallos, pámpanos, corvinas, sardinas y cangrejos, resolvió dar a la isla un nombre conforme al de España, y así, el domingo 9 de diciembre, la llamó Española.

Como todos tenían mucho deseo de saber la calidad de

aquella isla, mientras la gente estaba pescando en la playa, tres cristianos se echaron a caminar por el monte, y dieron con una tropa de indios tan desnudos como los anteriores, los cuales, viendo que los cristianos se les acercaban mucho, con gran espanto echaron a correr por la espesura del bosque, como quienes no podían ser estorbados por la ropa. Y los cristianos, por tener lengua de aquellos, fueron corriendo detrás; pero, sólo pudieron alcanzar a una moza, que llevaba colgando de la nariz una lámina de oro. A ésta, luego que fue llevada a los navíos, el Almirante le dio muchas cosillas, a saber, algunas baratijas y cascabeles; después la hizo volver a tierra sin que se le hiciese mal alguno; y mandó que fueran con ella tres indios de los que llevaba de otras islas, y tres cristianos, que la acompañaron hasta su pueblo.

Al día siguiente mandó nueve hombres a tierra, bien armados, los que, habiendo caminado cuatro leguas, hallaron un pueblo de más de mil casas repartidas en un valle, cuyos moradores, viendo a los cristianos, todos abandonaron el lugar y huyeron a los bosques; pero el guía indio que llevaban los nuestros, de San Salvador, fue detrás de ellos, y tanto los llamó y exhortó, y tanto bien dijo de los cristianos, afirmando que era gente bajada del cielo, que les hizo volver confiados y seguros. Y luego, llenos de asombro y de admiración, ponían la mano sobre la cabeza de los nuestros, como por honor. Les llevaban de comer, daban cuanto se les pedía, sin demandar por ello cosa alguna, y rogábanles que permaneciesen aquella noche en el pueblo. Pero, los cristianos no quisieron aceptar la invitación sin tornar antes a los navíos llevando noticia de que la tierra era muy amena y abundante de las comidas de los indios; y que estos eran gente mucho más blanca y más hermosa que toda la que habían visto hasta entonces por

todas las otras islas, afable y de buenísimo trato; decían que la tierra donde se cogía el oro estaba más al Oriente.

El Almirante, sabido esto, hizo pronto desplegar las velas, aunque los vientos eran muy contrarios. Por lo cual el domingo siguiente, 16 de diciembre, barloventeando entre la Española y la Tortuga, encontró un indio solo en una pequeña canoa, y se maravillaban de que no se la hubiera tragado el mar, pues tan recios eran el viento y las olas. Recogido en la nave, lo llevó a la Española, y lo mandó a tierra con muchos regalos; el cual refirió a los indios los halagos que se le habían hecho, y tanto bien dijo de los cristianos, que pronto vinieron muchos de aquellos a la nave; pero no llevaban cosa de valor, excepto algunos granillos de oro, colgados de las orejas y en la nariz. Siendo preguntados de dónde habían aquel oro, dijeron, por señas que, más abajo de allí, había gran cantidad.

Al día siguiente vino una gran canoa de la isla de la Tortuga, vecina al sitio donde el Almirante estaba fondeado, con cuarenta hombres, a tiempo que el cacique o señor de aquel puerto de la Española estaba en la playa con su gente trocando una lámina de oro que había llevado. Y cuando él y los suyos vieron la canoa, se sentaron todos en tierra, en señal de que no querían pelear; entonces, casi todos los indios de la canoa, salieron agresivamente a tierra, contra los cuales el cacique de la Española se levantó solo, y con palabras amenazadoras les hizo volver a su canoa. Después, les echaba agua, y tomando cantos de la playa los arrojaba al mar, contra la canoa.

Cuando todos, con aire de obediencia, hubieron vuelto a su canoa, tomó una piedra y la puso en la mano de un criado del Almirante, para que la tirase a los de la canoa, en

demostración de que tenía al Almirante a su favor, contra los indios; pero el criado no llegó a tirarla, viendo que en breve se marcharon con la canoa. Después de esto, hablando el cacique sobre las cosas de aquella isla, a la que el Almirante había puesto nombre de Tortuga, afirmaba que en ella había mucho más oro que en la Española, e igualmente en Babeque había mucho más que en ninguna otra; la cual distaría unas catorce jornadas del paraje donde estaban.

Capítulo XXXII. Cómo fue a las naves el rey principal de aquella isla, y la majestad con que iba

Después, el martes 18 de diciembre, el rey que había venido el día antes adonde estaba la canoa de la Tortuga, y que habitaba cinco leguas de aquel paraje donde estaban los navíos, a la hora de tercia llegó al poblado que estaba próximo al mar, donde también se hallaban algunos de la nave, a quienes el Almirante había mandado para ver si llevaban alguna mayor muestra de oro. Estos, viendo que venía el rey, se lo fueron a decir al Almirante, diciendo que llevaba consigo más de doscientos hombres, y que no venía a pie sino en unas andas, llevado por cuatro hombres con gran veneración, aunque era muy joven. Llegado este rey no lejos de las naves, después que hubo descansado un poco, se acercó a la nave con todos los suyos. Acerca de lo cual, escribe el Almirante en su Diario:

Sin duda pareciera bien a vuestras Altezas su estado y acatamiento que todos le tienen, puesto que todos andan desnudos. El, así como entró en la nao, halló que estaba comiendo a la mesa, debajo del castillo de popa, y a buen andar, se vino a sentar a la par de mí, y no quiso dar lugar que yo me saliese a él, ni me levantase de la mesa; salvo que yo comiese; y cuando entró debajo del castillo, hizo señas, con la

mano, que todos los suyos quedasen fuera, y así lo hicieron con la mayor prisa y acatamiento del mundo, y se asentaron todos en la cubierta, salvo dos hombres de una edad madura, que yo estimé por sus consejeros y ayos, que se asentaron a sus pies. Yo pensé que el tendría a bien de comer de nuestras viandas; mandé luego traerle cosas que comiese. De las viandas que le pusieron delante, tomaba de cada una tanto como se toma para hacer la salva, y lo demás enviábalo a los suyos, y todos comían dello; y así hizo en el beber, que solamente llegaba a la boca, y después lo daba a los otros; todo con un estado maravilloso y muy pocas palabras; y aquéllas que él decía, según yo podía entender, eran muy asentadas, y de seso; y aquellos dos le miraban, y hablaban por él y con él, y con mucho acatamiento. Después de haber comido, un escudero suyo traía un cinto, que es propio como los de Castilla en la hechura, salvo que es de otra obra, y me lo dio, y dos pedazos de oro labrados, que eran muy delgados, que creo que aquí alcanzan poco de él, puesto que tengo que están muy vecinos de donde nasce, y ay muncho. Yo vide que le agradaba un arambel que yo tenía sobre mi cama, y se le di, e unas cuentas muy buenas de ámbar que yo traía al pescuezo; y unos zapatos colorados, y una almarraza de agua de azahar, de que quedó tan contento que fue maravilla. Y él y sus consejeros llevaron gran pena porque no me entendían, ni yo a ellos; con todo, le cognosci que me dijo que si me cumplía algo de aquí, que toda la isla estaba a mi mandar. Yo envié por unas cuentas mías, adonde, por señal tengo un excelente de oro, en que están esculpidos vuestras Altezas, y se lo amostré, y le dije otra vez, como ayer, que vuestras Altezas mandaban y señoreaban todo lo mejor del mundo, y que no avía tan grandes Príncipes; y le mostré las banderas reales y las otras de la cruz, que él tuvo en

mucho; y qué grandes señores serían vuestras Altezas, decía él con sus consejeros, pues de tan lejos y del cielo me habían enviado hasta aquí sin miedo; y otras cosas munchas se pasaron que yo no entendía, salvo que bien veía que todo tenía a grande maravilla.

Siendo ya tarde y queriéndose ir, lo envié a tierra, en la barca, muy honradamente, e hice disparar muchas lombardas. Puesto en tierra, subió a sus andas, y se fue con más de doscientos hombres. Un hijo suyo era llevado en hombros por un nombre muy principal; mandó dar de comer a todos los marineros y demás gente de los navíos que halló en tierra, y ordenó que se les hiciera mucho agasajo. Después, un marinero que lo halló en el camino, me dijo que todas las cosas que yo le había dado, las llevaba delante de aquél un hombre muy principal, y que el hijo no iba con aquél, sino que le seguía un poco detrás, con otros tantos hombres; y con una compañía casi igual, caminaba a pie un hermano, apoyado en los brazos de dos hombres principales; también a éste le había dado yo algunas cosillas cuando fue a las naves después que su hermano.

Capítulo XXXIII. Cómo el Almirante perdió su nave en unos bajos, por negligencia de los marineros, y el auxilio que le dio el rey de aquella isla

Siguiendo en la narración de lo que sucedió, el Almirante dice que el lunes 24 de diciembre hubo mucha calma, sin el menor viento, excepto un poco que le llevó desde el Mar de Santo Tomás hasta la Punta Santa, de la cual se acercó de una legua. Pasado el primer cuarto, que sería una hora antes de medianoche, se fue a descansar, porque hacía ya dos días y una noche que no había dormido; y, por haber calma, el marinero que tenía el timón, lo entregó a un grumete del

navío; *lo cual*, dice el Almirante, *yo había prohibido en todo el viaje, mandándoles que, con viento, o sin viento, no confiasen nunca el timón a mozos. A decir la verdad, yo me creía seguro de bajos y de escollos, porque el domingo que yo envié las barcas al rey, habían pasado al Este de la Punta Santa, unas tres leguas y media, y los marineros habían visto toda la costa, y las peñas que hay desde la Punta Santa al Este Sudoeste, por tres leguas, y habían también visto por dónde se podía pasar. Lo cual en todo el viaje yo no hice; y quiso Nuestro Señor que, a media noche, hallándome echado en el lecho, estando en calma muerta, y el mar tranquilo como el agua de una escudilla, todos fueron a descansar, dejando a un mozo al timón. Por lo cual sucedió que, corriendo las aguas, llevaron la nave muy despacio encima de unas elevaciones de marea baja, de las cuales aunque era de noche se oía el rugido de tal manera que a distancia de una legua larga se podían ver y sentir. Entonces, el mozo que sintió arar el timón, y oyó el ruido comenzó a gritar alto; y oyéndole yo, me levanté pronto, porque antes que nadie sentí que habíamos encallado en aquel paraje. Muy luego, el patrón de la nave a quien tocaba la guardia, salió, y le dije a él y a los otros marineros que entrasen en el batel que llevaban fuera de la nave, y echasen un áncora por la popa. Por esto, él con otros muchos, entraron en el batel, y pensando yo que harían lo que les había dicho, bogaron adelante, huyendo con el batel a otra carabela que estaba a distancia de media legua. Viendo yo que huían con el batel, que bajaban las aguas y que la nave estaba en peligro, hice cortar pronto el mástil, y aligerarla lo más que se pudo, para ver si podíamos sacarla a flote. Pero bajando más las aguas, la carabela no pudo moverse, por lo que se ladeó algún tanto y se abrieron nuevas grietas y se llenó toda por abajo de agua. En tanto llegó la*

barca de la carabela para darme socorro, porque viendo los marineros de aquélla que huía el batel, no quisieron recogerlo, por cuyo motivo fue obligado a volver a la nave.

No viendo yo remedio alguno para poder salvar ésta, me fui a la carabela, para salvar la gente. Como venía el viento de tierra, había pasado ya gran parte de la noche, y no sabíamos por dónde salir de aquellos bajíos, temporicé con la carabela hasta que fue de día, y muy luego fui a la nao caminando por el banco de arena, habiendo antes mandado el batel a tierra con Diego de Arana, de Córdoba, alguacil mayor de justicia de la armada, y Pedro Gutiérrez, oficial de vuestras Altezas, para que hiciesen saber al rey lo que pasaba, diciéndole que quería ir a visitarle a su puerto, como el sábado anterior me lo había propuesto, que había perdido la nave frente a su pueblo, a legua y media, en un bajío que allí había. Enterado el rey de lo que había ocurrido, mostró grandísimo dolor de nuestro daño y, al instante, mandó a la nave toda la gente del pueblo, con muchas y grandes canoas. Y con esto, ellos y nosotros comenzamos a descargar y, en breve tiempo, descargamos toda la cubierta porque fue grande la ayuda que nos dio este rey. Después, él en persona, con sus hermanos y parientes, ponía toda diligencia, así en la nave como en tierra, para que todo fuese bien dispuesto; y de cuando en cuando mandaba a alguno de sus parientes, llorando, a rogarme que no sintiese pena, que él me daría todo cuanto tenía. Doy por cierto a vuestras Altezas que, en ninguna parte de Castilla, tan buen recaudo en todas las cosas se pudiera poner, sin faltar una agujeta, porque todas nuestras cosas las hizo poner juntas cerca de su palacio, donde las tuvo hasta que desocuparon las casas que él daba para conservarlas. Puso cerca, para custodiarlas, hombres armados, a los cuales hizo estar toda la noche, y él con

todos los de la tierra lloraba como si nuestro daño les importase mucho. Tan amable y generosa, afable y mansa es la gente, que certifico a vuestras Altezas, que en el mundo creo que no la hay mejor, ni mejor tierra; ellos aman a sus próximos como a sí mismos, y tienen la habla más suave y mansa del mundo y alegre y siempre con risa. Es cierto, ellos andan desnudos, hombres y mujeres, como sus madres los parió; mas crean vuestras Altezas que entre sí tienen costumbres muy loables; el rey es servido como gran majestad, y muestra tan prestancia que es placer de verlo; y también es admirable la memoria de este pueblo, su deseo de saberlo todo lo, su manera de preguntar qué es y para qué, buscando la causa y efecto de todas cosas.

Capítulo XXXIV. Cómo el Almirante decidió poblar en la tierra de aquel rey, y llamó al poblado Navidad

El miércoles 26 de diciembre, llegó el rey principal de aquella isla a la carabela del Almirante, y mostrando gran tristeza y dolor, le consolaba ofreciéndole generosamente todo aquello de lo suyo que le gustase recibir, diciendo que ya había dado tres casas a los cristianos, para que guardasen todo lo que habían sacado de la nave; y que daría muchas más si fuese necesario. En tanto llegó una canoa, con ciertos indios de otra isla, que llevaban algunas hojas de oro, para cambiarlas por cascabeles, estimados por ellos más que otra cosa. También de tierra vinieron los marineros, diciendo que de otros lugares concurrían muchos indios al pueblo, llevaban muchos objetos de oro, y los daban por agujetas y cosas similares de poco valor, ofreciendo llevar mucho más oro si querían los cristianos. Viendo el gran cacique que esto gustaba al Almirante, le dijo que él le haría traer gran cantidad de Cibao, la región donde más oro había.

Luego, ido a tierra, invitó al Almirante a comer ajíes y cazabe, que es su principal comida, y le dio algunas mascaras con los ojos de oro y grandes orejeras de oro, y otras cosas bellas que se colgaban al cuello. Después, lamentándose de los caribes,[22] que hacían esclavos a los suyos y se los llevaban para comérselos, se alentó mucho cuando el Almirante, para consolarlo, le mostró nuestras armas, diciendo que con aquellas lo defendería. Se asombró mucho viendo nuestra artillería, y era tanto el asombro de los indios, que al oír el tiro caían en tierra como muertos.

Habiendo el Almirante hallado en aquella gente tanto amor y tan grandes muestras de oro casi olvidó el dolor de la perdida de la nave, pareciéndole que Dios lo había permitido así para que hiciese allí un pueblo y dejase cristianos que traficaran y se informasen del país y de sus moradores, aprendiendo la lengua y teniendo conversación con aquel pueblo, para que, cuando volviese allí de Castilla con refuerzo, tendría quien le guiase en todo aquello que hiciera falta para la población y el dominio de la tierra. A lo que se inclinó tanto más, porque entonces se le ofrecían muchos, diciendo que se quedarían allí gustosos y harían su morada en aquella tierra. Por lo cual, resolvió el Almirante fabricar un fuerte con la madera de la nave perdida, de la que ninguna cosa dejó que no sacase fuera, y no llevara todo lo útil.

A esto ayudó mucho que, al día siguiente, que fue jueves 27 de diciembre, vino noticia de que la carabela Pinta estaba en el río, hacia el cabo de Levante de la isla. Para saber esto de cierto, mandó el cacique Guacanagari una canoa con algunos indios, que llevaron a dicho lugar un cristiano. Este, habiendo navegado veinte leguas por la costa abajo, se volvió sin traer noticia de la Pinta. De donde resultó no darse fe a otro indio

que dijo haberla visto algunos días antes. Pero, no obstante, el Almirante no dejó de ordenar la estancia de los cristianos en aquel lugar, pues todos conocían bien la bondad y riqueza de la tierra; los indios llevaban a presentar a los nuestros muchas máscaras y cosas de oro, y daban noticia de muchas provincias de aquella isla donde tal oro nacía.

Estando ya para partir el Almirante, trató con el rey acerca de los caribes, de quienes se lamentan y tienen gran miedo. Y tanto para dejarlo contento con la compañía de los cristianos, como también para que tuviese miedo de nuestras armas, hizo disparar una lombarda al costado de la nave, que atravesó a ésta de una banda a otra, y la pelota cayó al agua, de lo que recibió el cacique mucho espanto. Hizo también mostrarle todas nuestras armas, y cómo herían, y cómo con otras se defendían; y le dijo que quedando tales armas en su defensa, no tuviese miedo ya de caribes, porque los cristianos matarían a todos; que los quería dejar para guardarle, y que los tendría en su defensa mientras volvía a Castilla para buscar joyas y otras cosas que llevarle de regalo. Luego le recomendó mucho a Diego de Arana, hijo de Rodrigo de Arana, de Córdoba, de quien se ha hecho mención. A éste, a Pedro Gutiérrez y a Rodrigo de Escovedo, dejaba el gobierno de la fortaleza y de treinta y seis hombres, con muchas mercancías y mantenimientos, armas y artillería, con la barca de la nave, y carpinteros, calafates y con todo lo demás necesario para cómodamente poblar, esto es, médico, sastre, lombardero, y otras tales personas.

Después, con mucha diligencia, se preparó para venir derecho a Castilla, sin más descubrir, temiendo que, pues ya no le quedaba más que un sólo navío, le sucediera cualquier desgracia que diese motivo para que los Reyes Católicos no

tuviesen conocimiento de los reinos que acababa de ganar.

Capítulo XXXV. Cómo el Almirante salió para Castilla, y encontró la otra carabela con Pinzón

El viernes 4 de enero, al salir el sol, el Almirante desplegó las velas, con las barcas por la proa para guiar los navíos hacia el Noroeste y salir de los bajos que había en esta zona. Dejó el puerto de los cristianos, que llamó Puerto de la Navidad en memoria de que tal día había encallado, salvándose del peligro del mar, y había dado principio a dicha población. Se extienden los mencionados bajos y arrecifes desde el Cabo Santo al Cabo de la Sierpe, que son seis leguas, y entran al mar más de tres leguas a lo largo de toda la costa, del Noroeste al Sureste. Es playa y tierra llana hasta cuatro leguas tierra adentro, donde luego hay altos montes y pueblos más grandes y numerosos que en las otras islas.

Después navegó hacia un alto monte, al que puso nombre de Monte Christo,[23] que está diez y ocho leguas al Este del Cabo Santo; de tal modo que, quien quiera ir al pueblo de la Navidad, después que descubra Monte Christo, que es redondo como un pabellón, y casi como un acantilado, debe entrarse en el mar dos leguas lejos de aquél, y navegar al Oeste hasta que halle el mencionado Cabo Santo; entonces quedará distante el pueblo de la Navidad cinco leguas, y entrará por ciertos canales que hay entre los bajos que están delante. El Almirante juzgó conveniente mencionar estas señales para que se supiese dónde estuvo el primer pueblo y tierra de cristianos que hubo en aquel mundo occidental.

Después que con vientos contrarios navegó más al Este de Monte Christo, el domingo 6 de enero por la mañana, desde la gavia del mástil un calafate vio la carabela Pinta, que con

viento en popa venía caminando hacia el Oeste. Llegada que fue donde estaba el Almirante, Martín Alonso Pinzón, capitán de aquélla, subido presto a la carabela del Almirante, comenzó a fingir ciertos motivos y disculparse de haberse apartado, diciendo que le había acontecido contra su voluntad y porque no pudo hacer otra cosa. El Almirante, aunque sabía bien lo contrario y la mala intención de aquel hombre, y se acordaba de la sobrada licencia que había tomado en muchas cosas de aquel viaje, sin embargo, disimuló con él, y todo lo soportó, por no poner en peligro el proyecto de su empresa, lo que fácilmente hubiera podido acontecer, porque la mayor parte de la gente que llevaba consigo era de la patria de Martín Alonso, y aún muchos eran parientes suyos. La verdad es que, cuando se apartó del Almirante, que fue en la isla de Cuba, salió con propósito de ir a las islas de Babeque, porque los indios de su carabela le decían que allí había mucho oro. Llegado allí, se dio cuenta que no era cierto lo que le habían dicho, y volvió a la Española, donde le habían afirmado otros indios que había mucho oro.

En este viaje, que duró veinte días, no había caminado más de quince leguas al Este de la Navidad, hasta un riachuelo que el Almirante llamó Río de Gracia; allí había estado Martín Alonso diez y seis días, y había rescatado mucho oro, como lo había hecho el Almirante en la Navidad, dando por ello cosas de poco valor. De cuyo oro, Pinzón había repartido la mitad entre la gente de su carabela para ganársela y tenerla quieta y contenta, quedándose con la otra mitad, a título de capitán. Él dio a entender al Almirante que sería mejor que ignore el asunto.

Después, continuando el Almirante su camino, para surgir

cerca de Monte Christo, como el viento no le dejaba ir adelante, entró con la barca en un río que está al Suroeste del monte, y lleva en su arena gran muestra de oro menudo; por esto, lo llamó el Río del Oro. Hallase este río a diez y siete leguas de la Navidad, a la parte del Este, y es poco menor que el río Guadalquivir que pasa por Córdoba.

Capítulo XXXVI. Cómo en el golfo de Samaná, de la isla Española, ocurrió la primera escaramuza entre los indios y los cristianos

El domingo13 de enero, estando cerca del Cabo Enamorado, en el golfo de Samaná, de la isla Española, el Almirante mandó la barca a tierra, donde los nuestros hallaron en la playa algunos hombres de fiero aspecto, con arcos y flechas, que mostraban estar aparejados para guerra, y tener el ánimo tan alterado que daba miedo. Sin embargo, entraron en plática con ellos y trocaron dos arcos y algunas saetas; con gran dificultad se logró que uno de ellos fuese a la carabela, para hablar con el Almirante; de hecho, su habla estaba conforme con su fiereza, la cual parecía mayor que de toda la otra gente que hasta entonces habían visto. Tenían la cara embadurnada de carbón; como quiera que todos aquellos pueblos tienen la costumbre de pintarse, unos de negro, otros de rojo, otros de blanco, unos de un modo, y otros de otro; llevaban los cabellos muy largos y recogidos atrás en una redecilla de plumas de papagayos.

Estando uno de ellos delante del Almirante, desnudo como lo había parido su madre, como van todos los de aquellas tierras hasta ahora descubiertas, dijo, con hablar altivo, que así iban todos en aquella región. Creyendo el Almirante que este fuese de los caribes y que a éstos el golfo los separaba de la Española, le preguntó dónde habitaban los caribes; y él

mostró con un dedo que más al Oriente, en otras islas, en las que había pedazos de guanin[24] tan grandes como el mastelero de popa de una carabela; y dijo que la isla de Matinino[25] estaba toda poblada de mujeres, con las cuales, en cierto tiempo del año, iban a echarse los caribes; y si luego parían varones, se los daban a sus padres para que los criasen. A lo que se le preguntaba, éste había comunicado por señas y por lo poco que podían entender los indios de San Salvador; el Almirante mandó darle de comer y regalarle algunas cosillas, como cuentas de vidrio y paño verde y rojo. Luego lo envió a tierra, para que llevase muestra del oro que, según él, tenían los otros indios.

Llegando la barca a tierra, los nuestros encontraron en la playa, escondidos entre los árboles, cincuenta y cinco indios, todos desnudos, con cabellos largos, como acostumbran las mujeres en Castilla, y detrás de la cabeza penachos de papagayos y de otras aves; todos armados de arcos y flechas. A éstos, cuando los nuestros saltaron a tierra, les hizo aquel indio dejar los arcos, las flechas, y un recio palo que llevaban en lugar de espada, porque, como hemos dicho, no tienen hierro alguno. Una vez en tierra, cuando los indios estuvieron cerca de la barca, los cristianos empezaron a comprar arcos, flechas y otras armas, por encargo del Almirante; aquéllos, después de vender dos arcos, no sólo no quisieron vender más, sino que con desprecio y con muestras de querer hacer prisioneros a los cristianos, fueron muy prestos a coger sus arcos y saetas donde las habían dejado, y también cuerdas para atarles a los nuestros las manos. Pero éstos, estando sobre aviso y viéndoles venir tan osados, aunque no eran más que siete, animosamente les resistieron, e hirieron a uno con una espada en las nalgas y a otro en el pecho con una saeta.

Por lo cual, los indios, asustados del valor de los nuestros y de las heridas que hacían nuestras armas, echaron a correr, dejando caer arcos y flechas. Y ciertamente habrían quedado muchos muertos, si no lo hubiese prohibido el piloto de la carabela, a quien mandó el Almirante al cargo de la barca, y por jefe de los hombres que estaban en ella.

Esta escaramuza no desagradó al Almirante, quien se convenció de que esta gente era de los mismos caribes, de quienes todos los otros indios tienen tanto miedo; o que al menos confinaban con ellos. Es gente arriscada y animosa, según lo demostraban su aspecto, su ánimo, y lo que habían hecho. Esperaba el Almirante que oyendo los isleños lo que siete cristianos habían hecho contra cincuenta y cinco indios de aquella tierra, tan feroces, serían más estimados y respetados los que dejaba en la Navidad, y que nadie tendría atrevimiento de hacerles daño. Aquellos indios, después, por la tarde, hicieron humos en tierra, para mostrar más ánimo, por lo que la barca tornó a ver qué querían; pero rechazaron todo contacto, y por ello la barca se volvió. Eran los mencionados arcos de tejo, casi tan grandes como los de Francia e Inglaterra; las flechas son de tallos que producen las cañas en la punta donde echan la semilla, los cuales son macizos y muy derechos, por largura de un brazo y medio; y arman la extremidad con un palillo de una cuarta y media de largo, agudo y tostado al fuego, en cuya punta hincan un diente o una espina de pez, con veneno. Por cuyo motivo, el Almirante llamó a dicho golfo, que los indios nombraban de Samana, Golfo de las Flechas. Allá se veía mucho algodón fino, y ají, que es la pimienta usada por ellos, que abrasa mucho la boca, y es en parte alargado y en parte redondo; cerca de tierra, a poco fondo, brotaba mucha de aquella

hierba que hallaron los nuestros, en hiladas, por el mar Océano, de lo que conjeturaron que nacía toda cerca de tierra, y que después de madura se separaba y era llevada por las corrientes del mar a mucha distancia.

Capítulo XXXVII. Cómo el Almirante salió para Castilla, y por una gran tempestad se separó de su compañía la carabela Pinta

El miércoles 16 de enero del año 1493, con buen tiempo, el Almirante salió del mencionado Golfo de las Flechas, que ahora llaman de Samana, con rumbo a Castilla; porque ya las dos carabelas hacían mucha agua y era muy grande el trabajo que se padecía para mantenerlas en uso. La última tierra que se perdió de vista fue el Cabo de San Telmo; veinte leguas hacia Nordeste, vieron mucha hierba de aquella otra, y veinte leguas más adelante, hallaron el mar casi cubierto de atuncillos, de los que vieron también un gran número los dos días siguientes, que fueron el 19 y el 20 de enero, y muchas aves de mar; todavía, había bancos de hierba, moviéndose con las corrientes de Este a Oeste; ya sabían que éstas toman la hierba de muy lejos, como quiera que no siguen constantemente un camino, pues unas veces van hacia una parte y otras hacia otra; y esto sucedía casi todos los días, hasta pasada casi la mitad del mar. Siguiendo luego su camino con buenos vientos, corrieron tanto que, al parecer de los pilotos, el 9 de febrero, estaban hacia el Sur de las islas de los Azores. Pero el Almirante decía que estaba mucho más atrás, a 150 leguas mar adentro, y esta era la verdad, porque aún encontraban hiladas de mucha hierba, la cual, yendo a las Indias no habían visto hasta estar 263 leguas al Occidente de la isla del Hierro.

Navegando así con buen tiempo, de día en día comenzó a crecer el viento, y a levantarse la mar muy brava, de modo

que con gran fatiga lo podían soportar. Por lo cual, el jueves 14 de febrero, corrieron de noche donde la fortuna del viento quiso llevarlos, y como la carabela Pinta, en la que iba Pinzón, no se podía sostener tanto en el mar, se fue derecha al Norte, con el viento de Mediodía, y el Almirante siguió al Nordeste para acercarse más a España; lo cual, por la obscuridad, no pudieron hacer los de la carabela Pinta, aunque el Almirante llevaba siempre su farol encendido. Así, cuando fue de día, se encontraron perdidos de vista los unos y los otros. Y tenía por cierto cada uno que los otros habían naufragado; por cuyos motivos, encomendándose a las oraciones y a la religión, los del Almirante echaron a suerte el voto de que uno de ellos fuese en peregrinación por todos a Nuestra Señora de Guadalupe;[26] y tocó la suerte al Almirante. Después sortearon otro peregrino para Nuestra Señora de Loreto,[27] y cayó la suerte a un marinero del puerto de Santa María de Santoña, llamado Pedro de la Villa. Luego, echaron suertes sobre un tercer peregrino que fuese a velar una noche en Santa Clara de Moguer,[28] y tocó también al Almirante. Pero creciendo todavía la tormenta, todos los de la carabela hicieron voto de ir descalzos y en camisa a hacer oración, en la primera tierra que encontrasen, a una iglesia de la advocación de la Virgen. Aparte de estos votos generales, se hicieron otros muchos de personas particulares; porque la tormenta era ya muy grande y el navío del Almirante la soportaba difícilmente, por falta de lastre, que se había disminuido con los bastimentos consumidos. Para suplirle, pensaron que sería bueno llenar de agua del mar todos los toneles que tenían vacíos, lo que fue de algún provecho e hizo que se pudiese sustentar mejor el navío, sin tan grande peligro de zozobrar. De tan áspera tempestad, escribe el Almirante estas palabras:

Yo habría soportado esta tormenta con menor pena, si solamente hubiese estado en peligro mi persona, tanto porque yo sé que soy deudor de la vida al Sumo Creador, como también porque otras veces me he hallado tan próximo a la muerte, que el menor paso era lo que quedaba para sufrirla. Pero, lo que me ocasionaba infinito dolor y congoja, era el considerar que, después que a nuestro Señor le había placido iluminarme con la fe y con la certeza de esta empresa, de la que me había dado ya la victoria, cuando mis contradictores quedarían desmentidos, y vuestras Altezas servidas por mí, con gloria y acrecentamiento de su alto estado, quisiera su Divina Majestad impedir esto, con mi muerte; la que todavía sería más tolerable si no sobreviniese también a la gente que llevé conmigo, con promesa de un éxito muy próspero. Los cuales, viéndose en tanta aflicción, no sólo renegaban de su venida, sino también del miedo y del freno que por mis persuasiones tuvieron, para no volver atrás del camino, según que muchas veces estuvieron resueltos de hacer. A más de todo esto, se me redoblaba el dolor al ponérseme delante de los ojos el recuerdo de dos hijos que había dejado al estudio en Córdoba, abandonados de socorro y en país extraño, y sin haber yo hecho, o al menos sin que fue manifiesto, mi servicio, por el que se pudiese esperar que vuestras Altezas tendrían memoria de aquéllos. Y aunque de otro lado me confortase la fe que yo tenía de que nuestro Señor no permitiría que una cosa de tanta exaltación de su Iglesia, que yo había llevado a cabo con tanta contrariedad y trabajos, quedase imperfecta y yo quedara deshecho; de otra parte, pensaba que por mis deméritos, o porque yo no gozase de tanta gloria en este mundo, le agradaba humillarme, y así, confuso en mí mismo, pensaba en la suerte de vuestras Altezas, que, aun muriendo yo, o hundiéndose el

navío, podrían hallar manera de no perder la conseguida victoria, y que sería posible que por cualquier camino llegara a vuestra noticia el éxito de mi viaje; por lo cual, escribí en un pergamino, con la brevedad que el tiempo requería, cómo yo dejaba descubiertas aquellas tierras que les había prometido; en cuántos días, y por qué camino lo había logrado; la bondad del país y la condición de sus habitantes, y cómo quedaban los vasallos de vuestras Altezas en posesión de todo lo que por mí se había descubierto. Cuya escritura, cerrada y sellada, dirigí a vuestras Altezas con el porte, es a saber: promesa de mil ducados a aquel que la presentara sin abrir; a fin de que si hombres extranjeros la encontrasen, no se valiesen del aviso que dentro había, a cambio de la recompensa. Muy luego, hice llevar un gran barril, y habiendo envuelto la escritura en una tela encerada, y metido ésta dentro de una torta u hogaza de cera, la puse en el barril, bien sujeto con sus cercos, y lo eché al mar, creyendo todos que sería alguna devoción; y porque pensé que podría suceder que no llegase a salvamento, y los navíos aún caminaban para acercarse a Castilla, hice otro atado semejante al primero, y lo puso en lo alto de la popa, para que sumergiéndose el navío, quedase el barril sobre las olas a merced de la tormenta.

Capítulo XXXVIII. Cómo el Almirante llegó a las islas de los Azores, y los moradores de la isla de Santa María le tomaron la barca con la gente

Navegando con extremo peligro y con tanta tormenta, el viernes 15 de febrero, al amanecer, cierto Ruy García, del puerto de Santoña, desde lo alto vio tierra al Este Nordeste; los pilotos y los marineros creían que era la roca de Sintra en Portugal; pero el Almirante afirmaba que eran las islas de los Azores, y aquella tierra una de éstas, y aunque no estaban

muy lejos, aquel día no pudieron llegar a ella, por la tempestad; antes bien, barloventeando, porque soplaba el viento del Este, perdieron de vista aquella isla, y descubrieron otra, alrededor de la cual corrieron temporizando con gran dificultad y mal tiempo, sin poder llegar a tierra, con trabajo continuo, sin reposo alguno. Por lo que, el Almirante, en su Diario, dice:

Sábado, a 16 de febrero de noche, llegué a una de estas islas, y por la tormenta, no pude conocer cuál de ellas era; a la noche descansé algo, porque desde el miércoles hasta entonces, no había dormido ni podido conciliar el sueño; y quedé después tullido de las piernas por haber estado siempre a la intemperie del aire y del agua; no menos sufría, también de hambre. El lunes por la mañana, ya que estaba surto, supe por los de la tierra que aquella isla era la de Santa María, una de las islas de los Azores. Todos se maravillaban de que yo hubiese podido escapar, considerando la grandísima tempestad que había durado quince días continuos en aquella parte.

Aquéllos, sabiendo lo que el Almirante había descubierto, mostraron sentir alegría, dando gracias por ello a Nuestro Señor; y vinieron tres al navío, con algunos refrescos y con muchos saludos en nombre del capitán de la isla, que estaba lejos de la población; y porque cerca de allí no se veía más que una ermita que, según dijeron, era de la advocación de la Virgen, recordando el Almirante y todos los del navío que el jueves antes habían hecho voto de ir descalzos y en camisa, en la primera tierra que hallasen, a una iglesia de la Virgen, pareció a todos que se debía cumplirlo, especialmente tratándose de tierra donde la gente y el capitán de ella les mostraban tanto amor y compasión; y siendo, como era, de un rey muy amigo de los Reyes Católicos de Castilla. Por lo

cual, el Almirante demandó que aquellos tres hombres fuesen a la población e hiciesen venir al capellán que tenía la llave de la ermita, para que dijese allí una misa; y ellos, conformes con esto, entraron en la barca del navío, con la mitad de la gente de éste, para que comenzase a cumplir el voto, y cuando volvieran, bajasen los demás a cumplirlo también. Ido, pues, a tierra, en camisa y descalzos, como habían hecho voto de hacerlo, el capitán, con mucha gente de la población, escondida en una emboscada, salió de improviso contra ellos y los hizo prisioneros, quitándoles la barca, sin la que, le parecía, que el Almirante no podía huir de sus manos.

Capítulo XXXIX. Cómo el Almirante padeció otra tormenta, y al fin recuperó su gente con la barca

Pareciendo al Almirante que tardaban mucho los que habían ido en la barca a tierra, porque era ya casi mediodía y habían salido al alba, sospechó que algo malo les habría sucedido en mar o en tierra, y porque desde el lugar en que había surgido no se podía ver la ermita donde habían ido, resolvió salir con el navío e ir detrás de una punta, desde la cual se descubría la iglesia. Llegado más cerca, vio en tierra muchos hombres a caballo que se apearon y entraron en la barca con armas para ir a asaltar la carabela. Por lo cual, temiendo el Almirante lo que podría suceder, mandó a los suyos que se pusiesen en orden y se armasen, pero que no hiciesen muestra de quererse defender, a fin de que los portugueses se acercaran más confiados. Caminando éstos al encuentro del Almirante, cuando lo tuvieron ya cerca, el capitán se levantó, pidiendo seguro, lo que fue dado por el Almirante, creyendo que subiría a la nave, y que así como éste, a pesar del salvoconducto que dio había tomado la barca juntamente con la gente, así él pretendía retenerle con buenas

palabras hasta que le restituyese lo que había mal adquirido. Pero el portugués no se atrevió a acercarse más de lo que bastaba para ser oído; entonces el Almirante le dijo que se maravillaba de tal innovación, y de que no viniese alguno de los suyos a la barca, pues eran bajados a tierra con salvoconducto y con ofertas de regalos y socorro, después de que el capitán había mandado mensajeros para saludarle. A más de esto, le rogaba considerar que, lo hecho por él no se usa ni aun entre enemigos, no es conforme a las leyes de caballería, y ofendería mucho al rey de Portugal, cuyos súbditos, en tierras de los Reyes Católicos, sus señores, son bien tratados y reciben mucha cortesía, arribando y estando, sin algún salvoconducto, con mucha seguridad, no de otro modo que si estuvieran en Lisboa; añadiendo que Sus Altezas le habían dado cartas de recomendación para todos los príncipes y señores y naciones del mundo, las cuales le mostraría si se hubiese acercado; porque si en todas partes eran respetadas estas letras, y él era bien acogido, y todos sus vasallos, mucha más razón había para que fuesen recibidos y agasajados en Portugal, por la vecindad y el parentesco de sus príncipes; especialmente, siendo él, como era, su Almirante mayor del Océano, y Visorey de las Indias, por él recientemente descubiertas, de todo lo cual mostraría las provisiones firmadas de sus Reales nombres y selladas con su sello. Y así, de lejos, se las enseñó, y le dijo que podía acercarse sin miedo, pues por la paz y la amistad que había entre los Reyes Católicos y el rey de Portugal, le habían mandado que hiciese toda honra y cortesía que pudiese a los navíos de portugueses que encontrara. Añadiendo que, aunque él quisiera obstinadamente y con descortesía retener su gente, no por esto quedaría impedido de ir a Castilla,

porque le quedaban bastantes hombres en el navío para navegar hasta Sevilla, y aún para hacerle daño, si era necesario, del cual él mismo habría dado ocasión, y tal castigo se atribuiría justamente a su culpa; a más, que, por ventura, su rey lo castigaría por haberle hecho tan malvada obra contra derecho de las gentes y toda razón. Entonces el capitán de los portugueses respondió: "No cognoscemos acá al rey e reina de Castilla, ni sus cartas, ni le habían miedo, antes les darían a entender que cosa era Portugal". De cuya respuesta tuvo el Almirante gran sentimiento y temió que después de su partida habría sucedido algún alboroto o discordia entre ambos reinos; sin embargo, se inclinó a responderle como a su locura convenía. Tornó el capitán otra vez a levantarse y desde lejos le dijo que debía ir al puerto con la carabela y que todo lo que hacía y había hecho, se lo había encargado el Rey, su señor, por cartas. De lo que había oído, el Almirante hizo testigos a todos los de la carabela. Y llamados el capitán y los portugueses, juró no bajar de la carabela hasta que no hubiese hecho prisioneros un centenar de portugueses para llevarlos a Castilla y despoblar toda aquella isla. Dicho esto, volvió a surgir en el puerto donde antes estaba, porque el viento no permitía hacer otra cosa.

Pero al siguiente día, arreciando mucho más el viento, y siendo desventajoso aquel lugar donde había fondeado, perdió las anclas y no tuvo más remedio que desplegar las velas hacia la isla de San Miguel; en caso de no poder llegar a ella por la gran tormenta y temporal que todavía duraba, había resuelto ponerse a la corda, no sin infinito peligro, tanto por causa del mar que estaba muy alborotado, como porque no le quedaban más que tres marineros y algunos grumetes; toda la otra gente era de tierra, y los indios no tenían práctica

alguna de manejar velas y jarcias. Pero supliendo con su persona la falta de los ausentes, con bastante fatiga y no leve peligro pasó aquella noche hasta que, venido el día, viendo que había perdido de vista la isla de San Miguel, y que el tiempo había abonanzado algo, decidió volver a la isla de Santa María, para intentar, si podía, recuperar su gente y las anclas y la barca, donde arribó el jueves 21 de febrero, a la tarde.

Poco después de llegar vino la barca con cinco marineros, y todos ellos con un notario, confiados con el seguro que les dio, entraron en la carabela, en la que, por ser ya tarde, durmieron aquella noche. Al día siguiente, dijeron que venían de parte del capitán a saber con certeza de dónde y cómo venía aquel navío, y si navegaba por comisión del rey de Castilla; porque, constando la verdad de esto, estaban dispuestos a darle toda honra. Este cambio de actitud se debió a que veían claro que no podían tomar el navío y la persona del Almirante, y que les podría resultar daño de lo que habían hecho. Pero el Almirante, disimulando lo que sentía, respondió que les daba gracias por su ofrecimiento y cortesía; y pues lo que pedían era según uso y costumbre de la mar, él estaba dispuesto a satisfacer su demanda; y así les mostró la carta general de recomendación de los Reyes Católicos, dirigida a todos sus súbditos, y a los otros príncipes; y también la comisión y mandato que aquéllos le habían hecho para que emprendiese tal viaje. Lo cual visto por los portugueses, se fueron a tierra satisfechos y devolvieron pronto la barca y los marineros; de los cuales supo el Almirante que en la isla, se decía que el rey de Portugal había dado aviso a todos sus vasallos, para que hiciesen prisionero al Almirante por cualquier medio que pudieran.

Capítulo XL. Cómo el Almirante salió de las islas de los Azores y llegó con temporal a Lisboa

El domingo 24 de febrero, el Almirante salió de la isla de Santa María para Castilla, con gran necesidad de lastre y leña, de cuyas cosas, por el mal tiempo, no se había podido proveer, y estando a distancia de cien leguas de la tierra más vecina, vino al navío una golondrina que los malos tiempos habían aparentemente empujado mar adentro, lo que se conoció luego con más claridad al día siguiente, que fue el 28 de febrero, porque llegaron otras muchas golondrinas y aves de tierra, y también vieron una ballena.

A 3 de marzo tuvieron tan gran tempestad que, pasada la media noche, les desgarró las velas, de modo que teniendo la vida en gran peligro, hicieron voto de enviar un peregrino a la Virgen de la Cinta, cuya venerada casa está en Huelva, adonde aquél debía ir descalzo y en camisa. Tocó también la suerte al Almirante, como si con tantos votos como le tocaban, Dios glorioso quisiera demostrar serle más gratas las promesas de él que las de los otros. Además de este voto, hubo también otros de muchos particulares.

Corriendo todavía sin un palmo de vela, con el mástil desnudo, con terrible mar, gran viento y espantosos truenos y relámpagos por todo el cielo, que cualquiera de estas cosas parecía que se iba a llevar la carabela por el aire, quiso Nuestro Señor mostrarles tierra, casi a media noche. De lo que no menor peligro les resultaba; de modo que, para no estrellarse o dar en paraje donde no se pudieran salvar, fue necesario que diesen un poco de vela, para sostenerse contra el temporal, hasta que quiso Dios que viniese el día y, amanecido, vieron que estaban cerca de la roca de Sintra, en los confines del reino de Portugal. Allí se vio precisado a

entrar el Almirante, para sorpresa y asombro de la gente del país y de los marineros de la tierra, los cuales corrían de todas partes a ver como cosa maravillosa un navío que escapaba de tan cruel tormenta, especialmente, habiendo recibido nuevas de muchos navíos que, hacia Flandes y en otros mares, habían perecido aquel día.

Entrando en la ría de Lisboa el lunes 4 de marzo, surgió junto al Restelo, y muy presto mandó un correo a los Reyes Católicos, para dar noticia de su venida. También escribió al Rey de Portugal, pidiendo licencia de poder fondear junto a la ciudad, por no ser lugar seguro aquel donde se hallaba, contra quien le hubiese querido ofender con falso y cauteloso pretexto de que el mismo rey de Portugal lo ordenaba, creyendo que con hacerle daño podía impedir la victoria del rey de Castilla.

Capítulo XLI. Cómo los de Lisboa iban a ver al Almirante, como a una maravilla, y luego fue a visitar al Rey de Portugal

El martes 5 de marzo, el patrón de la nao grande que el rey de Portugal tenía en el Restelo para guarda del puerto,[29] fue con su batel armado a la carabela del Almirante, y le intimó que fuera consigo a dar cuenta de su venida a los ministros de rey, según la obligación y uso de todas las naves que allí arribaban. Respondió el Almirante que los Almirantes del rey de Castilla, como lo era él, no estaban obligados a ir donde por alguno fuesen llamados, ni debían separarse de sus navíos, pena de vida, para dar tales relaciones, y que así había resuelto hacerlo. Entonces, el patrón le dijo que al menos mandase a su maestre. Pero el Almirante le respondió que, en su opinión, todo esto era lo mismo, a no ser que enviase un grumete, y que en vano le mandaba que fuese otra persona de su navío.

Viendo el patrón que el Almirante hablaba con tanta razón y atrevimiento, replicó que, cuando menos, para que le constase que venía en nombre y como vasallo del rey de Castilla, le mostrase las cartas de éste, con las que pudiera satisfacer a su capitán. A cuya demanda, porque parecía justa, consintió el Almirante, y le enseñó la cartas de los Reyes Católicos; con lo que aquél quedó satisfecho y se volvió a su nao para dar cuenta de esto a don Álvaro de Acuña,[30] que era su capitán. El cual, muy luego, con muchas trompetas, con pífanos, tambores, y con gran pompa, fue a la carabela del Almirante, donde le hizo gran festejo y muchos ofrecimientos.

Al día siguiente, que se supo en Lisboa la venida del Almirante de las Indias, la gente que iba a la carabela para ver los indios que traía y por saber las novedades era tanta que no cabía dentro; y el mar estaba casi lleno de barcas y bateles de los portugueses. Algunos de los cuales daban gracias a Dios por tanta victoria, otros se desesperaban y les disgustaba mucho ver que se les había ido de las manos aquella empresa, por la incredulidad y la poca cuenta que había mostrado su rey; de modo que paso aquel día con gran concurso y visitas de la gente.

Al día siguiente escribió el rey de Portugal a sus factores para que presentasen al Almirante todo el bastimento y lo demás de que tuviese necesidad para su persona y para su gente; y que no le pidiesen por ello cosa alguna. También escribió al Almirante alegrándose de su próspera venida, y que hallándose en su reino, se alegraría que fuese a visitarlo. El Almirante estuvo un tanto dudoso; pero considerada la amistad que había entre aquél y los Reyes Católicos, la cortesía que había mandado hacerle, y también para quitar la

sospecha de que no venía de los países que Portugal estaba por conquistar, determinó ir a Valparaíso, donde el rey estaba, a nueve leguas del puerto de Lisboa, y llegó la noche del sábado 9 de marzo.

Entonces, el rey mandó que fuesen a su encuentro todos los caballeros de la Corte, y cuando estuvo en su presencia le hizo mucha honra y grande acogimiento, mandándole que se cubriese, y haciéndole asentar. Luego que el rey oyó con muestras de alegría y congratulación los detalles de su victoria, le ofreció todo aquello que necesitase para el servicio de los Reyes Católicos, aunque le parecía que, por lo capitulado con éstos, le pertenecía aquella conquista. A lo que el Almirante respondió que él nada sabía de tal capitulación, y lo que a él se le había mandado era que no fuese a la Mina de Portugal, ni en otra parte en Guinea, lo que había fielmente cumplido. A lo que replicó el rey que todo estaba bien, y tenía certeza de que todo se arreglaría como la razón demandase. Habiendo pasado largo tiempo en esta conversación, el rey mandó al prior de Crato, que era el hombre más principal y de mayor autoridad, de cuantos había con él, que hospedase al Almirante, haciéndole todo agasajo y buena compañía; y aquél así lo hizo.

Después de estar allí el domingo y el lunes, después de comer en aquel lugar, el Almirante se despidió del rey, quien le demostró mucho amor y le dio muy señalado tratamiento y muchas honras y favores y mandó a don Martín de Noroña que fuese con él; no dejaron muchos otros caballeros de acompañarle, por honrarle y saber los notables hechos de su viaje.

Y así, regresándose por el camino de Lisboa, pasó por un monasterio donde se hallaba la reina de Portugal; la que con

gran instancia le había enviado pedir que no pasara sin visitarla. Presentado a la reina, ésta se alegró mucho y le hizo todo el agasajo y cortesía que correspondía a tan gran señor. Aquella noche alcanzó al Almirante un gentilhombre del rey, diciéndole, en su nombre, que si quería ir por tierra a Castilla, él le acompañaría y le hospedaría en todas partes, dándole cuanto fuese menester hasta los confines de Portugal.

Capítulo XLII. Cómo el Almirante salió de Lisboa para venir a Castilla por mar

El miércoles 13 de marzo, a las dos horas de la tarde, el Almirante dio velas para ir a Sevilla; el viernes siguiente, a mediodía, entró en Saltes, y surgió dentro del puerto de Palos, de donde había salido el 3 de Agosto del año pasado de 1492, siete meses y once días antes. Allí fue recibido por todo el pueblo en procesión, dando gracias a Nuestro Señor por tan excelsa gracia y victoria, de la que tanto acrecentamiento se esperaba para la religión cristiana y para el estado de los Reyes Católicos. Todos los vecinos tomaban en gran consideración que el Almirante, cuando salió, hubiese desplegado velas en aquel lugar, y que la mayor parte y más noble de la gente que había llevado, saliese de aquella tierra; aunque muchos de éstos, por culpa de Pinzón, usasen alguna perfidia y desobediencia.

Al mismo tiempo que el Almirante llegó a Palos, Pinzón arribó a Galicia, y quería ir él solo a Barcelona para dar cuenta del suceso a los Reyes Católicos; pero éstos le intimaron que no fuera sino con el Almirante, con el cual había ido al descubrimiento; de lo que recibió tanto dolor y enojo que se fue a su patria, doliente, y en pocos días murió de dolor.

Antes que éste volviese a Palos, el Almirante fue por tierra a Sevilla, con ánimo de ir de allí a Barcelona, donde estaban los

Reyes Católicos. Y en el viaje tuvo que detenerse algo, aunque poco, por la mucha admiración de los pueblos por donde pasaba, pues de todos ellos y de sus cercanías, corría la gente a los caminos para verle, y a los indios y las otras cosas y novedades que llevaba. Así continuando su camino, llegó a mitad de abril a Barcelona, habiendo hecho antes saber a Sus Altezas el próspero suceso de su viaje. De lo que mostraron infinita alegría y contento; y como a hombre que tan gran servicio les había prestado, mandaron que fuese solemnemente recibido. Salieron a su encuentro todos los que estaban en la ciudad y en la corte; y los Reyes Católicos le esperaron sentados públicamente, con toda majestad y grandeza, en un riquísimo trono, bajo un baldaquino de brocado de oro, y cuando fue a besarles las manos, se levantaron ante él, como a gran señor, e hincadas las rodillas, suplícales que le den las manos; rogáronse a se la dar y le hicieron sentarse a su lado. Después de conversar acerca de las cosas que le acaecieron en su viaje, le dieron licencia para que se fuese a su posada, hasta donde fue acompañado por toda la corte.

---

[1] En la edición veneciana, este capítulo, que corresponde a la página 38, lleva el número XV. De hecho existen dos capítulos XII, lo que explica el atraso sistemático de la numeración de los capítulos posteriores al XII. Sigo la corrección hecha en las ediciones modernas.

[2] Este texto de 1571 utiliza este nombre por la primera vez; anteriormente, no se nombraba así a la nao de Colón.

[3] Esto comprueba que Colón sabía que tendría que navegar de manera permanente con viento trasero, tanto a la ida como al regreso.

[4] Charrán; *gorgiao* en el texto veneciano.

[5] *Y en lengua española…* es una aclaración del texto veneciano.

[6] De acuerdo con la leyenda medieval, San Amaro fue un abad y navegante que realizó un viaje por mar hasta el Paraíso Terrenal.

[7] Fregata. *Rabiforcado* es un portuguesismo.

[8] *Esoeste*, en el texto veneciano.

[9] Probablemente peces espada.

[10] Las estrellas Kocab y Pherkard de la Osa Menor.

[11] *Credentiere*, en el texto veneciano; *repostero de estrados* según Las Casas.

[12] A la capa; navegando de cara al viento. Fray Bartolomé de las Casas da la explicación siguiente: "que es las velas tendidas, pero vuelven de tal manera el navío, como de esquina al viento, que no puede andar".

[13] Estas palabras faltan en el texto veneciano; la restitución se puede hacer a partir del texto de fray Bartolomé de las Casas. Cf. p. 113.

[14] *Bagattini*, en el texto veneciano. Moneda veneciana de cobre de poco valor.

[15] Monedas de Castilla.

[16] Se refiere a las *hamacas*, a las que llamará por este nombre más adelante. *Hamaca* es uno de los dos primeros americanismos incorporados al idioma español (junto con *canoa*). Se trata en realidad de una alteración de la palabra taína *panamac*, que designaba el algodón.

[17] Espacio en blanco en el texto veneciano.

[18] Árbol de genero *Bursera*, que produce una resina llamada copal en México.

[19] *Duchi*, en el texto veneciano, escrito en forma plural.

[20] *Bochio*, en el texto veneciano.

[21] *Baueche*, en el texto veneciano.

[22] *Caribi*, en el texto veneciano.

[23] Hoy Monte Cristi, en República Dominicana.

[24] Especie de oro mezclado con cobre.

[25] Martinica.

[26] Monasterio en Extremadura, España.

[27] Santuario en Italia, cerca de Ancona.

[28] Monasterio en Andalucía, España.

[29] Ocupaba el puesto Bartolomé Díaz, navegante portugués, descubridor del Cabo de Buena Esperanza.

[30] Álvaro Damán, según fray Bartolomé de las Casas.

Diario de a bordo del Almirante Cristóbal Colón Primer viaje

Según el resumen hecho por Bartolomé de las Casas hacia 1552.

Publicado por primera vez por Martín Fernández de Navarrete en Madrid en 1825.

ESTE ES EL PRIMER VIAJE Y LAS DERROTAS Y CAMINO QUE HIZO EL ALMIRANTE DON CRISTÓBAL COLÓN CUANDO DESCUBRIÓ LAS INDIAS, PUESTO SUMARIAMENTE, SIN EL PRÓLOGO QUE HIZO A LOS REYES, QUE VA A LA LETRA Y COMIENZA DE ESTA MANERA.

In Nomine Domini Nostri Jesu Christi

Porque, cristianísimos, y muy altos, y muy excelentes, y muy poderosos Príncipes, Rey y Reina de las Españas y de las islas de la mar, nuestros Señores, este presente año de 1492, después de vuestras Altezas haber dado fin a la guerra de los moros que reinaban en Europa y haber acabado la guerra en la muy grande ciudad de Granada, adonde este presente año, a dos días del mes de Enero, por fuerza de armas vide poner las banderas Reales de vuestras Altezas en las torres de Alhambra, que es la fortaleza de la dicha ciudad, y vide salir al Rey Moro a las puertas de la ciudad y besar las Reales manos de vuestras Altezas y del Príncipe mi Señor, y luego en aquel presente mes, por la información que yo había dado a vuestras Altezas de las tierras de India, y de un Príncipe que es llamado Gran Can, que quiere decir en nuestro romance Rey de los Reyes, cómo muchas veces él y sus antecesores habían enviado a Roma a pedir doctores en nuestra santa fe, porque le enseñasen en ella, y que nunca el Santo Padre le había proveído, y se perdían tantos pueblos creyendo en idolatrías é recibiendo en sí sectas de perdición, vuestras Altezas, como católicos cristianos y Príncipes amadores de la santa fe cristiana y acrecentadores della, y enemigos de la secta de Mahoma y de todas idolatrías y herejías, pensaron de enviarme a mí, Cristóbal Colón, a las dichas partidas de India para ver los dichos príncipes, y los pueblos y tierras, y la disposición dellas y de todo, y la manera que se pudiera tener para la conversión dellas a nuestra santa fe; y ordenaron que

yo no fuese por tierra al Oriente, por donde se costumbra de andar, salvo por el camino de Occidente, por donde hasta hoy no sabemos por cierta fe que haya pasado nadie.

Así que, después de haber echado fuera todos los judíos de todos vuestros reinos y señoríos, en el mismo mes de Enero mandaron vuestras Altezas a mí que con armada suficiente me fuese a las dichas partidas de India, y para ello me hicieron grandes mercedes, y me anoblecieron que dende en adelante yo me llamáse Don, y fuese Almirante mayor de la mar océana e Visorey y Gobernador perpetuo de todas las islas y Tierra firme que yo descubriese y ganase, y de aquí adelante se descubriesen y ganasen en la mar océana, y así sucediese mi hijo mayor, y así de grado en grado para siempre jamás; y partí yo de la ciudad de Granada a doce días del mes de Mayo del mismo año de 1492, en sábado; vine a la villa de Palos, que es puerto de mar, adonde armé yo tres navíos muy aptos para semejante hecho; y partí del dicho puerto, muy abastecido de muy muchos mantenimientos y de mucha gente de la mar, a tres días del mes de Agosto del dicho año, en un Viernes, antes de la salida del sol con media hora, y llevé el camino de las islas de Canaria de vuestras Altezas, que son en la dicha mar océana, para de allí tomar mi derrota y navegar tanto que yo llegase a las Indias, y dar la embajada de vuestras Altezas a aquellos príncipes y cumplir lo que así me habían mandado; y para esto pensé de escribir todo este viaje muy puntualmente de día en día todo lo que yo hiciese y viese y pasase, como adelante se vera. También, Señores Príncipes, allende de escribir cada noche lo que el día pasare, y el día lo que la noche navegare, tengo propósito de hacer carta nueva de navegar, en la cual situaré toda la mar y tierras del mar Océano en sus propios lugares, debajo su viento; y más,

componer un libro y poner todo por el semejante por pintura, por latitud del equinoccial y longitud del Occidente, y sobre todo cumple mucho que yo olvide el sueño y tiente mucho el navegar porque así cumple, las cuales serán gran trabajo.

Viernes 3 de Agosto

Partimos viernes tres días de agosto de 1492 años de la barra de Saltes a las ocho horas; anduvimos con fuerte virazón hasta el poner del sol, hacia el Sur, sesenta millas, que son quince leguas; después, al Sudueste y al Sur cuarta del Sudueste, que era camino para las Canarias.

Sábado 4 de Agosto

Anduvieron al Sudueste cuarta del Sur.

Domingo 5 de Agosto

Anduvieron su vía entre día y noche, más de cuarenta leguas.

Lunes 6 de Agosto

Saltó o desencajóse el gobernario a la carabela Pinta, donde iba Martín Alonso Pinzón, a lo que se creyó y sospechó por industria de un Gómes Rascón y Cristóbal Quintero, cuya era la carabela, porque le pesaba ir aquel viaje; y dice el Almirante que antes que partiese hablan hallado en ciertos reveses y grisquetas, como dicen, a los dichos. Vídose allí el Almirante en gran turbación por no poder ayudar a la dicha carabela sin su peligro, y dice que alguna pena perdía con saber que Martín Alonso Pinzón era persona esforzada y de buen ingenio; en fin, anduvieron entre día y noche veintinueve leguas.

Martes 7 de Agosto

Tornóse a saltar el gobernalle a la Pinta, y adobáronlo y

anduvieron en demanda de la isla del Lanzarote, que es una de las islas de Canarias, y anduvieron entre día y noche veinticinco leguas.

Miércoles 8 de Agosto

Hubo entre los pilotos de las tres carabelas opiniones diversas donde estaban, y el Almirante salió más verdadero, y quisiera ir a Gran Canaria por dejar la carabela Pinta, porque iba mal acondicionada del gobernario y hacía agua, y quisiera tomar allí otra si la hallara; no pudieron tomarla aquel día.

Jueves 9 de Agosto

Hasta el Domingo en la noche no pudo el Almirante tomar la Gomera, y Martín Alonso quedóse en aquella costa de Gran Canaria por mandato del Almirante, porque no podía navegar. Después tomó el Almirante a Canaria, o a Tenerife, y adobaron muy bien la Pinta, con mucho trabajo y diligencias del Almirante, de Martín Alonso y de los demás; y al cabo vinieron a la Gomera. Vieron salir gran fuego de la sierra de la isla de Tenerife, que es muy alta en gran manera. Hicieron la Pinta redonda, porque era latina; tornó a la Gomera domingo a 2 de setiembre con la Pinta adobada.

Dice el Almirante que juraban muchos hombres, honrados españoles, que en la Gomera estaban con Doña Inés Peraza, madre de Guillen Peraza, que después fue el primer Conde de la Gomera, que eran vecinos de la isla de Hierro, que cada año veían tierra al Oueste de las Canarias, que es al Poniente; y otros de la Gomera afirmaban otro tanto con juramento. Dice aquí el Almirante que se acuerda que estando en Portugal el año de 1484 vino uno de la isla de la Madera al Rey a le pedir una carabela para ir a esta tierra que veía, el cual juraba que cada año la veía, y siempre de una manera; y también dice que se acuerda que lo mismo decían en las islas de los Azores, y

todos estos en una derrota, y en una manera de señal, y en una grandeza. Tomada, pues, agua y leña y carnes, y lo demás que tenían los hombres que dejó en la Gomera el Almirante cuando fue a la isla de Canaria a adobar la carabela Pinta, finalmente se hizo a la vela de la dicha isla de la Gomera, con sus tres carabelas, Jueves a seis días de Setiembre.

Jueves 6 de Setiembre

Partió aquel día por la mañana del puerto de la Gomera, y tomó la vuelta para ir su viaje, y supo el Almirante, de una carabela que venía de la isla del Hierro, que andaban por allí tres carabelas de Portugal para lo tomar; debía de ser de envidia quel Rey tenía por haberse ido a Castilla, y anduvo todo aquel día y noche en calma, y a la mañana se halló entre la Gomera y Tenerife.

Viernes 7 de Setiembre

Todo el viernes y el sábado, hasta tres horas de noche, estuvo en calma.

Sábado 8 de Setiembre

Tres horas de noche sábado comenzó a ventar Nordeste, y tomó su vía y camino al Oueste; tuvo mucha mar por proa, que le estorbaba el camino, y andarla aquel día nueve leguas, con su noche.

Domingo 9 de Setiembre

Anduvo aquel día diecinueve leguas, y acordó contar menos de las que andaba, por que si el viaje fuese luengo no se espantase ni desmayase la gente. En la noche anduvo ciento veinte millas, a diez millas por hora, que son treinta leguas. Los marineros gobernaban mal, decayendo sobre la cuarta del Nordeste, y aun a la media partida; sobre lo cual les riñó el Almirante muchas veces.

Lunes 10 de Setiembre

En aquel día con su noche anduvo sesenta leguas, a diez millas por hora, que son dos leguas y media; pero no contaba sino cuarenta y ocho leguas por que no se asombrase la gente si el viaje fuese largo.

Martes 11 de Setiembre

Aquel día navegaron a su vía, que era el Oueste, y anduvieron veinte leguas y más, y vieron un gran trozo de mástel de nao, de ciento veinte toneles, y no lo pudieron tomar. La noche anduvieron cerca de veinte leguas, y contó no más de dieciséis por la causa dicha.

Miércoles 12 de Setiembre

Aquel día, yendo su vía, anduvieron en noche y día treinta y tres leguas, contando menos por la dicha causa.

Jueves 13 de Setiembre

Aquel día con su noche, yendo a su vía, que era al Oueste, anduvieron treinta y tres leguas, y contaba tres o cuatro menos.

Las corrientes le eran contrarias. En este día, al comienzo de la noche, las agujas noruesteaban, y a la mañana noruesteaban algún tanto.

Viernes 14 de Setiembre

Navegaron aquel día su camino al Oueste, con su noche, y anduvieron veinte leguas; contó alguna menos; aquí dijeron los de la carabela Niña que habían visto un garjao[1] y un rabo de junco,[2] y estas aves nunca se apartan de tierra, cuando más, veinticinco leguas.

Sábado 15 de Setiembre

Navegó aquel día con su noche veintisiete leguas su camino

al Oueste, y algunas más, y en esta noche, al principio della, vieron caer del cielo un maravilloso ramo de fuego en la mar, lejos de ellos cuatro o cinco leguas.

Domingo 16 de Setiembre

Navegó aquel día y la noche a su camino, el Oueste; andarían treinta y nueve leguas, pero no contó sino treinta y seis; tuvo aquel día algunos nublados; lloviznó; dice aquí el Almirante que hoy y siempre, de allí adelante, hallaron aires temperantísimos; que era placer grande el gusto de las mañanas, que no faltaba sino oír ruiseñores. Dice él: *y era el tiempo como Abril en el Andalucía*. Aquí comenzaron a ver muchas manadas de yerba muy verde, que poco había, según le parecía, que se había desapegado de tierra, por la cual todos juzgaban que estaba cerca de alguna isla; pero no de tierra firme, según el Almirante, que dice: *porque la tierra firme hago más adelante*.

Lunes 17 de Setiembre

Navegó a su camino, el Oueste, y andarían en día y noche cincuenta leguas y más: no asentó sino cuarenta y siete; ayudábales la corriente; vieron mucha yerba y muy a menudo, y era yerba de peñas, y venía la yerba de hacia Poniente; juzgaban estar cerca de tierra ; tomaron los pilotos el Norte marcándolo, y hallaron que las agujas noruesteaban una gran cuarta, y temían los marineros, y estaban penados y no decían de qué. Conociólo el Almirante, mandó que tornasen a marcar el Norte en amaneciendo, y hallaron que estaban buenas las agujas; la causa fue porque la estrella parece que hace movimiento y no las agujas. En amaneciendo aquel Lunes vieron muchas más yerbas, y que parecían yerbas de ríos, en las cuales hallaron un cangrejo vivo, el cual guardó el Almirante, y dice que aquellas fueron señales ciertas de

tierras, porque no se hallan ochenta leguas de tierra; el agua de la mar hallaban menos salada desde que salieron de las Canarias; los aires, siempre más suaves; iban muy alegres todos, y los navíos quien más podía andar andaba por ver primero tierra; vieron muchas toninas, y los de la Niña mataron una. Dice aquí el Almirante que aquellas señales eran del Poniente, *donde espero, en aquel alto Dios en cuyas manos están todas las victorias, que muy presto nos dará tierra*. En aquella mañana dice que vido un ave blanca que se llama rabo de junco, que no suele dormir en la mar.

Martes 18 de Setiembre

Navegó aquel día con su noche, y andarían más de cincuenta y cinco leguas; pero no asentó sino cuarenta y ocho; llevaba todos estos días mar muy bonanza, como en el rio de Sevilla. Este día Martín Alonso, con la Pinta, que era gran velera, no esperó, porque dijo al Almirante desde su carabela que había visto gran multitud de aves ir hacia el Poniente y que aquella noche esperaba ver tierra, y por eso andaba tanto. Apareció a la parte del Norte una gran cerrazón, qués señal de estar sobre la tierra.

Miércoles 19 de Setiembre

Navegó su camino, y entre día y noche andarla veinticinco leguas, porque tuvieron calma; escribió veintidós. Este día, a las diez horas, vino a la nao un alcatraz, y a la tarde vieron otro, que no suelen apartarse veinte leguas de tierra; vinieron unos llovizneros sin viento, lo que es señal cierta de tierra; no quiso detenerse barloventeando el Almirante para averiguar si había tierra; más de que tuvo por cierto que a la banda del Norte y del Sur había algunas islas, como en la verdad lo estaban, y él iba por medio dellas; porque su voluntad era seguir adelante hasta las Indias, *y el tiempo es bueno, porque*

placiendo a Dios a la vuelta se vería todo: estas son sus palabras… Aquí descubrieron sus puntos los pilotos: el de la Niña se hallaba de las Canarias cuatrocientas cuarenta leguas; el de la Pinta cuatrocientos veinte; el de la donde iba el Almirante, cuatrocientas justas.

JUEVES 20 DE SETIEMBRE

Navegó este día al Oueste cuarta del Norueste, y a la media partida, porque se mudaron muchos vientos con la calma que había; andarían hasta siete u ocho leguas. Vinieron a la nao dos alcatraces, y después otro, que fue señal de estar cerca de tierra, y vieron mucha yerba, aunque el día pasado no habían visto de ella. Tomaron un pájaro con la mano que era como un garjao; era pájaro de rio y no de mar; los pies tenía como gaviota; vinieron al navío en amaneciendo dos o tres pajaritos de tierra cantando, y después, antes del sol salido, desaparecieron; después vino un alcatraz; venía del Ouesnorueste; iba al Sudeste, que era señal que dejaba la tierra al Ouesnorueste, porque estas aves duermen en tierra y por la mañana van a la mar a buscar su vida, y no se alejan veinte leguas.

VIERNES 21 DE SETIEMBRE

Aquel día fue todo lo más calma, y después algún viento; andarían entre día y noche, dello a la vía y dello no, hasta trece leguas; en amaneciendo hallaron tanta yerba que parecía ser la mar cuajada de ella, y venía del Oueste; vieron un alcatraz, la mar muy llana, como un rio, y los aires los mejores del mundo. Vieron una ballena, que es señal que estaban cerca de tierra, porque siempre andan cerca.

SÁBADO 22 DE SETIEMBRE

Navegó al Ouesnorueste más o menos, acostándose a una y

otra parte; andarían treinta leguas; no veían casi yerba; vieron unas pardelas y otra ave; dice aquí el Almirante: mucho me fue necesario este viento contrario, porque mi gente andaban muy estimulados, que pensaban que no ventaban estos mares vientos para volver a España; por un pedazo de día no hubo yerba; después, muy espesa.

Domingo 23 de Setiembre

Navegó al Norueste, y a las veces a la cuarta del Norte, y a las veces a su camino, que era el Oueste, y andaría hasta veintidós leguas; vieron una tórtola y un alcatraz, y otro pajarito de rio, y otras aves blancas; las yerbas eran muchas, y hallaban cangrejos en ellas, y como la mar estuviese mansa y llana, murmuraba la gen te diciendo que pues por allí no había mar grande, que nunca ventaría para volver a España; pero después alzóse mucho la mar y sin viento, que los asombraba, por lo cual dice aquí el Almirante: *así, que muy necesario me fue la mar alta, que no pareció, salvo el tiempo de los judíos cuando salieron de Egipto contra Moysen, que los sacaba de captiverio*.

Lunes 24 de Setiembre

Navegó a su camino al Oueste día y noche, y andarían catorce leguas y media; contó doce; vino al navío un alcatraz, y vieren muchas pardelas.[3]

Martes 25 de Setiembre

Este día hubo mucha calma, y después ventó; y fueron su camino al Oueste hasta la noche. Iba hablando el Almirante con Martín Alonso Pinzón, capitán de la otra carabela, Pinta, sobre una carta que le había enviado tres días hacía a la carabela, donde, según parece, tenía pintadas el Almirante ciertas islas por aquella mar, y decía Martín Alonso que

estaban en aquella comarca, y respondía el Almirante que así le parecía a él; pero puesto que no hubiesen dado con ellas, lo debía haber causado las corrientes, que siempre habían echado los navíos al Nordeste, y que no habían andado tanto como los pilotos decían; y estando en esto dijo el Almirante que le enviase la carta dicha, y enviada con alguna cuerda comenzó el Almirante a cartear en ella con su piloto y marineros; al sol puesto subió el Martín Alonso en la popa de su navío, y con mucha alegría llamó al Almirante, pidiéndole albricias, que vía tierra, y cuando se lo oyó decir con afirmación el Almirante, dice que se echó a dar gracias a nuestro Señor de rodillas, y el Martín Alonso decía: *Gloria in excelsis Deo*, con su gente; lo mismo hizo la gente del Almirante, y los de la Niña subiéronse todos sobre el mástel y en la jarcia, y todos afirmaron que era tierra, y al Almirante así pareció, y que habría a ella veinticinco leguas; estuvieron hasta la noche afirmando todos ser tierra; mandó el Almirante dejar su camino, que era el Oueste, y que fuesen todos al Sudueste, adonde había parecido la tierra; habrían andado aquel día al Oueste cuatro leguas y media, y en la noche, al Sudeste, diecisiete leguas, que son veintiuna, puesto que decía a la gente trece leguas, porque siempre fingía a la gente que hacia poco camino porque no les pareciese largo; por manera que escribió por dos caminos aquel viaje: el menor fue el fingido, y el mayor, el verdadero; anduvo la mar muy llana, por lo cual se echaron a nadar muchos marineros; vieron muchos dorados y otros peces.

Miércoles 26 de Setiembre

Navegó a su camino al Oueste hasta después de mediodía. De allí fueron al Sudueste hasta conocer que lo que decían que había sido tierra no lo era, sino cielo; anduvieron día y

noche treinta y una leguas, y contó a la gente veinticuatro. La mar era como un río; los aires, dulces y suavísimos.

Jueves 27 de Setiembre

Navegó a su vía al Oueste; anduvo entre día y noche veinticuatro leguas; contó a la gente veinte leguas; vinieron muchos dorados; mataron uno; vieron un rabo de junco.

Viernes 28 de Setiembre

Navegó a su camino al Oueste; anduvieron día y noche, con calmas, catorce leguas; contaron trece; hallaron poca yerba; tomaron dos peces dorados, y en los otros navíos, más.

Sábado 29 de Setiembre

Navegó a su camino al Oueste; anduvieron veinticuatro leguas; contó a la gente veintiuna; por calmas que tuvieron anduvieron entre día y noche poco. Vieron un ave que se llama rabiforcado,[4] que hace vomitar a los alcatraces lo que comen para comerlo ella, y no se mantiene de otra cosa; es ave de la mar, pero no posa en la mar ni se aparta de tierra veinte leguas; hay de estas muchas en las islas de Cabo Verde; después vieron dos alcatraces; los aires eran muy dulces y sabrosos, que dice que no faltaba sino oír al ruiseñor, y la mar, llana como un río; parecieron después en tres veces tres alcatraces y un forcado; vieron mucha yerba.

Domingo 30 de Setiembre

Navegó su camino al Oueste; anduvo entre día y noche, por las calmas, catorce leguas; contó once; vinieron al navío cuatro rabos de junco, que es gran señal de tierra, porque tantas aves de una naturaleza juntas es señal que no andan desmandadas ni perdidas; viéronse cuatro alcatraces en dos veces; yerba, mucha.

Nota. *Que las estrellas que se llaman las guardias,*[5] *cuando anochece están junto al brazo de la parte del Poniente y cuando amanece están en la línea debajo del brazo al Nordeste, que parece que en toda la noche no andan salvo tres líneas, que son nueve horas, y esto cada noche*; esto dice aquí el Almirante. También en anocheciendo las agujas noruestean una cuarta, y en amaneciendo están con la estrella justo, por lo cual parece que la estrella hace movimiento como las otras estrellas, y las agujas piden siempre la verdad.

Lunes 1° de Octubre

Navegó su camino al Oueste; anduvieron veinticinco leguas; contó a la gente veinte leguas; tuvieron grande aguacero. El piloto del Almirante temía hoy en amaneciendo que habían andado desde la isla de Hierro hasta aquí quinientas setenta y ocho leguas al Oueste; la cuenta menor que el Almirante mostraba a la gente eran quinientas ochenta y cuatro leguas; pero la verdadera que el Almirante juzgaba y guardaba era setecientas siete.

Martes 2 de Octubre

Navegó su camino al Oueste noche y día, treinta y nueve leguas; contó a la gente obra de treinta leguas; la mar, llana y buena siempre: *a Dios muchas gracias sean dadas*, dijo aquí el Almirante; yerba venía del Este al Oueste, por el contrario de lo que solía; parecieron muchos peces; matóse uno; vieron una ave blanca que parecía gaviota.

Miércoles 3 de Octubre

Navegó su vía ordinaria; anduvieron cuarenta y siete leguas; contó a la gente cuarenta leguas. Aparecieron pardelas; yerba, mucha, alguna muy vieja, y otra muy fresca, y traía como fruta, y no vieron aves algunas; creía el Almirante

que le quedaban atrás las islas que traía pintadas en su carta. Dice aquí el Almirante que no se quiso detener barloventeando la semana pasada, y estos días que había tantas señales de tierra, aunque tenía noticia de ciertas islas en aquella comarca, por no se detener, pues su fin era pasar a las Indias; y si detuviera, dice él que no fuera buen seso.

Jueves 4 de Octubre

Navegó a su camino al Oueste; anduvieron entre día y noche sesenta y tres leguas; contó a la gente cuarenta y seis leguas; vinieron al navío más de cuarenta pardelas juntas y dos alcatraces, y al uno dio una pedrada un mozo de la carabela; vino a la nao un rabiforcado y una blanca como gaviota.

Viernes 5 de Octubre

Navegó a su camino; andarían once millas por hora por noche y día andarían cincuenta y siete leguas, porque aflojó la noche algo el viento; contó a su gente cuarenta y cinco; la mar, en bonanza y llana: *a Dios*, dice, *muchas gracias sean dadas*; el aire, muy dulce y templado; yerba, ninguna; aves pardelas, muchas; peces golondrinas volaron en la nao muchos.

Sábado 6 de Octubre

Navegó su camino al Vueste o Oueste, qués lo mismo; anduvieron cuarenta leguas entre día y noche; contó a la gente treinta y tres leguas. Esta noche dijo Martín Alonso que sería bien navegar a la cuarta del Oueste, a la parte del Sudueste; y al Almirante pareció que no decía esto Martín Alonso por la isla de Cipango, y el Almirante veía que si la erraban que no pudieran tan presto tomar tierra, y que era mejor una vez ir a la tierra firme y después a las islas.

Domingo 7 de Octubre

Navegó a su camino al Oueste; anduvieron doce millas por hora dos horas, y después ocho millas por hora, y andaría hasta una hora de sol veintitrés leguas; contó a la gente dieciocho. En este día, al levantar del sol, la carabela Niña, que iba delante por ser velera, y andaban quien más podía por ver primero tierra, por gozar de la merced que los Reyes a quien primero la viese habían prometido, levantó una bandera en el topo del mástil, y tiró una lombarda por señal que veían tierra, porque así lo había ordenado el Almirante. Tenía también ordenado que al salir del sol y al ponerse se juntasen todos los navíos con él, porque estos dos tiempos son más propios para que los humores den más lugar a ver más lejos. Como en la tarde no viesen la tierra que pensaban los de la carabela Niña que habían visto, y porque pasaban gran multitud de aves de la parte del Norte al Sudueste, por lo cual era de creer que se iban a dormir a tierra o huían quizá del invierno, que en las tierras de donde venían debía de querer venir, porque sabía el Almirante que las más de las islas que tienen los portugueses por las aves las descubrieron, por esto el Almirante acordó dejar el camino del Oueste y poner la proa hacia Ouesudueste, con determinación de andar dos días por aquella vía. Esto comenzó antes una hora del sol puesto. Andarían en toda la noche obra de cinco leguas, y veintitrés del día; fueron por todas veintiocho leguas noche y día.

Lunes 8 de Octubre

Navegó al Ouesudueste, y andarían entre día y noche once leguas y media o doce, y a ratos parece que anduvieron en la noche quince millas por hora, si no está mentirosa la letra; tuvieron la mar como el río de Sevilla: gracias a Dios, dice el

Almirante; los aires, muy dulces, como en Abril en Sevilla, qués placer estar a ellos, tan olorosos son. Pareció la yerba muy fresca; muchos pajaritos del campo, y tomaron uno que iba huyendo al Sudueste, garjaos y ánades y un alcatraz.

Martes 9 de Octubre

Navegó al Sudueste; anduvo cinco leguas; mudóse el viento y corrió al Oueste cuarta al Norueste, y anduvo cuatro leguas; después, con todas, once leguas de día, y a la noche, veinte leguas y media; contó a la gente diecisiete leguas. Toda la noche oyeron pasar pájaros.

Miércoles 10 de Octubre

Navegó al Ouesudueste; anduvieron a diez millas por hora y a ratos doce y algún rato a siete, y entre día y noche cincuenta y nueve leguas; contó a la gente cuarenta y cuatro leguas no más. Aquí la gente ya no lo podía sufrir: quejábase del largo viaje; pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber. Y añadía que por demás era quejarse, pues que él había venido a las Indías, y que así lo había de proseguir hasta hallarlas, con el ayuda de nuestro Señor.

Jueves 11 de Octubre

Navegó al Ouesudueste; tuvieron mucha mar, más que en todo el viaje habían tenido. Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao. Vieron los de la carabela Pinta una caña y un palo, y tomaron otro palillo, labrado a lo que parecía con hierro, y un pedazo de caña y otra yerba que nace en tierra, y una tablilla. Los de la carabela Niña también vieron otras señales de tierra y un palillo cargado de escaramujos.[6] Con estas señales respiraron y alegráronse todos. Anduvieron en este día, hasta puesto el sol, veintisiete leguas.

Después del sol puesto navegó a su primer camino, al Oueste; andarían doce millas cada hora, y hasta dos horas después de media noche andarían noventa millas, que son veintidós leguas y media. Y porque la carabela Pinta era más velera é iba delante del Almirante, halló tierra y hizo las señas quel Almirante había mandado. Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana; puesto que el Almirante, a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbre; aunque fue cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra; pero llamó a Pero Gutiérrez, respostero destrados del Rey, e díjole que parecía lumbre, que mirase él, y así lo hizo y vídola; díjolo también a Rodrigo Sánchez de Segovia, quel Rey y la Reina enviaban en el armada por veedor, el cual no vido nada porque no estaba en lugar do la pudiese ver. Después quel Almirante lo dijo se vido una vez ó dos, y era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba, lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra. Pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra. Por lo cual, cuando dijeron la *Salve*, que la acostumbran decir y cantar a su manera todos los marineros, y se hallan todos, rogó y amonestólos el Almirante que hiciesen buena guardia al castillo de proa, y mirasen bien por la tierra, y que al que le dijese primero que vía tierra le daría luego un jubón de seda, sin las otras mercedes que los Reyes habían prometido, que eran diez mil maravedís de juro a quien primero la viese. A las dos horas después de media noche pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amainaron todas las velas, y quedaron con el treo,[7] que es la vela grande y sin bonetas, y pusiéronse a la corda,[8] temporizando hasta el día viernes, que llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de indios Guanahani.[9] Luego vieron gente desnuda, y el Almirante salió

a tierra en la barca armada, y Martín Alonso Pinzón y Vicente Anes, su hermano, que era capitán de la Niña. Sacó el Almirante la bandera Real, y los capitanes con dos banderas de la Cruz Verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por señal, con una F y una Y; encima de cada letra, su corona, una de un cabo de la cruz y otra de otro. Puestos en tierra, vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo Descovedo, escribano de toda el armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen por fe y testimonio cómo él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesión de la dicha isla por el Rey e por la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron por escripto. Luego se ayuntó allí mucha gente de la isla. Esto que se sigue son palabras formales del Almirante, en su libro de su primera navegación y descubrimiento de estas Indias. *Yo* (dice él), *porque nos tuviesen mucha amistad, porque conoscí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra Santa Fe con amor que no por fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrios, que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor, con que hubieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos adonde nos estábamos, nadando, y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos, y azagayas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban, y daban de aquello que tenían, de buena voluntad. Más me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre*

los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una, harto moza, y todos lo que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años, muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras; los cabellos, gruesos cuasi como sedas de cola de caballos, e cortos; los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás, que traen largos, que jamás cortan; dellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y dellos se pintan de blanco, y dellos de colorado, y dellos de lo que hallan, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, y dellos solo los ojos, y dellos solo el nariz. Ellos no traen armás ni las cognocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban, con ignorancia. No tienen algún fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro, y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza, y buenos gestos, bien hechos; yo vide algunos que tenían señales de heridas en sus cuerpos, y les hice señas qué era aquello, y ellos me amostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban acerca y les querían tomar, y se defendían; y yo creí, e creo, que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por captivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía, y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo a nuestro Señor, levaré de aquí al tiempo de mi partida seis a V. A. para que deprendan hablar. Ninguna bestia, de ninguna manera, vide, salvo papagayos, en esta isla. Todas son palabras del Almirante.

Sábado 13 de Octubre

Luego que amaneció vinieron a la playa muchos destos hombres, todos mancebos, como dicho tengo, y todos de buena

estatura, gente muy hermosa; los cabellos no crespos, salvo corredizos y gruesos como sedas de caballo, y todos de la frente y cabeza muy ancha, más que otra generación que hasta aquí haya visto, y los ojos muy hermosos y no pequeños, y ellos ninguno prieto, salvo de la color de los canarios, ni se debe esperar otra cosa, pues está Lesteoueste con la isla del Hierro, en Canaria, sobre una línea. Las piernas muy derechas, todos a una mano, y no barriga, salvo muy bien hecha. Ellos vinieron a la nao con almadías, que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy a maravilla, según la tierra, y grandes en que en algunas venían cuarenta o cuarenta y cinco hombres, y otras más pequeñas, hasta haber dellas en que venía un solo hombre. Remaban con una pala como de hornero, y anda a maravilla; y si se le trastorna, luego se echan todos a nadar, y la enderezan y vacían con calabazas que traen ellos. Traían ovillos de algodón hilado, y papagayos, y azagayas, y otras cositas que sería tedio de escribir, y todo daban por cualquiera cosa que se los diese. Y yo estaba atento y trabajaba de saber sí había oro, y vide que algunos dellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur o volviendo la isla por el Sur que estaba allí un rey que tenía grandes vasos dello, y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen allá, y después vide que no entendían en la ida. Determiné de aguardar hasta mañana en la tarde, y después partir para Sudueste, que según muchos dellos me enseñaron decían que había tierra al Sur y al Sudueste y al Norueste, y questas del Norueste les venían a combatir muchas veces, y así, ir al Sudueste a buscar el oro y piedras preciosas. Esta isla es bien grande, y muy llana, y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y

toda ella verde, qués placer de mirarla; y esta gente, harto mansa, y por la gana de haber de nuestras cosas, y teniendo que no se les ha de dar sin que den algo y no lo tienen, toman lo que pueden y se echan luego a nadar; más todo lo que tienen lo dan por cualquiera cosa que les den; que hasta los pedazos de las escudillas y de las tazas de vidrio rotas rescataban, hasta que vi dar dieciséis ovillos de algodón por tres ceutís[10] *de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos habría más de una arroba de algodón hilado. Esto defendiera y no dejara tomar a nadie, salvo que yo lo mandara tomar todo para V. A., si hubiera en cantidad. Aquí nace en esta isla, mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe; y también aquí nace el oro que traen colgado a la nariz; mas por no perder tiempo quiero ir a ver si puedo topar a la isla de Cipango. Ahora, como fue noche, todos se fueron a tierra con sus almadías.*

Domingo 14 de Octubre

En amaneciendo mandé aderezar el batel de la nao y las barcas de las carabelas, y fue al luengo de la isla, en el camino del Nornordeste, para ver la otra parte, que era de la otra parte del Leste que había, y también para ver las poblaciones, y vide luego dos o tres y la gente, que venían todos a la playa llamándonos y dando gracias a Dios; los unos nos traían agua; otros, otras cosas de comer; otros, cuando veían que yo no curaba de ir a tierra, se echaban a la mar nadando y venían, y entendíamos que nos preguntaban si éramos venidos del cielo; y vino uno viejo en el batel dentro, y otros a voces grandes llamaban todos, hombres y mujeres: venid a ver los hombres que vinieron del cielo; traedles de comer y de beber. Vinieron muchos y muchas mujeres, cada uno con algo, dando gracias a Dios, echándose al suelo, y levantaban las manos al cielo, y después a voces nos llamaban que fuésemos a tierra; mas yo

temía de ver una grande restinga de piedras que cerca toda aquella isla al rededor, y entre medias queda hondo y puerto para cuantas naos hay en toda la cristiandad, y la entrada dello muy angosta. Es verdad que dentro desta cinta hay algunas bajas; mas la mar no se mueve más que dentro en un pozo. Y para ver todo esto me moví esta mañana, porque supiese dar de todo relación a vuestras Altezas, y también adonde pudiera hacer fortaleza, y vide un pedazo de tierra que se hace como isla, aunque no lo es, en que había seis casas, el cual se pudiera atajar en dos días por isla; aunque yo no veo ser necesario, porque esta gente es muy simplice en armas, como verán vuestras Altezas de siete que yo hice tomar para le llevar y deprender nuestra habla y volverlos, salvo que vuestras Altezas, cuando mandaren, puédenlos todos llevar a Castilla, o tenerlos en la misma isla captivos, porque con cincuenta hombres los tendrán todos sojuzgados y les hará hacer todo lo que quisiere; y después, junto con la dicha isleta están huertas de árboles las más hermosas que yo vi, y tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de Abril y de Mayo, y mucha agua. Yo miré todo aquel puerto, y después me volví a la nao y di la vela, y vide tantas islas, que yo no sabía determinarme a cual iría primero, y aquellos hombres que yo tenía tomado me decían por señas que eran tantas y tantas que no había número, y anombraron por su nombre más de cien. Por ende, yo miré por la más grande, y aquella determiné andar, y así hago, y será lejos desta de San Salvador cinco leguas; y las otras, dellas más, dellas menos; todas son muy llanas, sin montañas, y muy fértiles, y todas pobladas, y se hacen guerra la una a la otra, aunque éstos son muy simplices y muy lindos cuerpos de hombres.

Lunes 15 de Octubre

Había temporejado esta noche con temor de no llegar a tierra a surgir antes de la mañana, por no saber si la costa era limpia de bajas, y en amaneciendo cargar velas. Y como la isla fuese más lejos de cinco leguas, antes será siete, y la marea me detuvo, sería medio día cuando llegué a la dicha isla, y hallé que aquella haz, qués de la parte de la isla de San Salvador, se corre Norte Sur, y hay en ella cinco leguas, y la otra que yo seguí se corría Leste Oueste, y hay en ella más de diez leguas. Y como desta isla vide otra mayor al Oueste, cargué las velas por andar todo aquel día hasta la noche, porque aún no pudiera haber andado al cabo del Oueste, a la cual puse nombre la isla de Santa María de la Concepción, y cuasi al poner del sol surgí acerca del dicho cabo, por saber si había allí oro, porque estos que yo había hecho tomar en la isla de San Salvador me decían que ahí traían manillas de oro muy grandes a las piernas y a los brazos. Yo bien creí que todo lo que decían era burla para se huir. Con todo, mi voluntad era de no pasar por ninguna isla de que no tomáse posesión, puesto que tomado de una se puede decir de todas; y surgí y estuve hasta hoy Martes, que en amaneciendo fui a tierra con las barcas armadas, y salí, y ellos, que eran muchos, así desnudos y de la misma condición de la otra isla de San Salvador, nos dejaron ir por la isla y nos daban lo que les pedía. Y porque el viento cargaba a la traviesa Sueste no me quise detener y partí para la nao, y una almadía grande estaba abordo de la carabela Niña, y uno de los hombres de la isla de San Salvador, que en ella era, se echó a la mar y se fue en ella, y la noche de antes a medio echado el otro […][11] *y fue atrás la almadía, la cual huyó que jamás fue barca que le pudiese alcanzar, puesto que le teníamos grande avante. Con todo dio en tierra, y dejaron la almadía, y alguno de los de mi compañía salieron en tierra tras ellos, y todos fugeron como*

gallinas, y la almadía que habían dejado la llevamos abordo de la carabela Niña, adonde ya de otro cabo venía otra almadía pequeña con un hombre, que venía a rescatar un ovillo de algodón, y se echaron algunos marineros a la mar porque él no quería entrar en la carabela, y le tomaron; y yo, que estaba a la popa de la nao, que vide todo, envié por él, y le di un bonete colorado y unas cuentas de vidrio verdes pequeñas, que le puse al brazo, y dos cascabeles, que le puse a las orejas, y le mandé volver su almadía, que también tenía en la barca, y le envié a tierra; y di luego la vela para ir a la otra isla grande que yo veía al Oueste, y mandé largar también la otra almadía que traía la carabela Niña por popa, y vide después en tierra al tiempo de la llegada del otro a quien yo había dado las cosas susodichas, y no le había querido tomar el ovillo de algodón, puesto quel me lo quería dar, y todos los otros se llegaron a él, y tenía a gran maravilla y bien le pareció que éramos buena gente y que el otro que se había huido nos había hecho algún daño y que por esto lo llevábamos, y a esta razón usé esto con él de le mandar alargar, y le di las dichas cosas porque nos tuviesen en esta estima, porque otra vez cuando vuestras Altezas aquí tornen a enviar no hagan mala compañía; y todo lo que yo le di no valía cuatro maravedís. Y así partí, que serían las diez horas, con el viento Sueste, y tocaba de Sur para pasar a estotra isla, la cual es grandísima, y adonde todos estos hombres que yo traigo de la de San Salvador hacen señas que hay muy mucho oro, y que lo traen en los brazos en manillas, y a las piernas, y a las orejas, y al nariz, y al pescuezo. Y había de esta isla de Santa María a esta otra nueve leguas Leste Oueste, y se corre toda esta parte de la isla Norueste Sueste, y se parece que bien habría en esta costa más de veintiocho leguas en esta faz, y es muy llana, sin montaña ninguna, así como aquellas de San Salvador y de

Santa María, y todas playas sin roquedos, salvo que a todas hay algunas peñas acerca de tierra debajo del agua, por donde es menester abrir el ojo cuando se quiere surgir y no surgir mucho acerca de tierra, aunque las aguas son siempre muy claras y se ve el fondo. Y desviado de tierra dos tiros de lombarda, hay en todas estas islas tanto fondo que no se puede llegar a él. Son estas islas muy verdes y fértiles, y de aires muy dulces, y puede haber muchas cosas que yo no sé, porque no me quiero detener por calor y andar muchas islas para hallar oro. Y pues éstas dan así estas señas que lo traen a los brazos y a las piernas, y es oro, porque les amostré algunos pedazos del que yo tengo, no puedo errar, con el ayuda de nuestro Señor, que yo no le halle adonde nace. Y estando a medio golfo destas dos islas, es de saber de aquella de Santa María y de esta grande, a la cual pongo nombre la Fernandina, hallé un hombre solo en una almadía que se pasaba de la isla de Santa María a la Fernandina, y traía un poco de su pan, que sería tanto como el puño, y una calabaza de agua, y un pedazo de tierra bermeja hecha en polvo y después amasada, y unas hojas secas[12] *que debe ser cosa muy apreciada entre ellos, porque ya me trajeron en San Salvador dellas en presente, y traía un cestillo a su guisa, en que tenía un ramalejo de cuentecillas de vidrio y dos blancas, por las cuales conoscí quel venía de la isla de San Salvador, y había pasado a aquella de Santa María, y se pasaba a la Fernandina, el cual se llegó a la nao; yo le hice entrar, que así lo demandaba él, y le hice poner su almadía en la nao, y guardar todo lo que él traía, y le mandé dar de comer pan y miel, y de beber, y así le pasaré a la Fernandina, y le daré todo lo suyo, porque dé buenas nuevas de nos para, a nuestro Señor aplaciendo, cuando vuestras Altezas envíen acá que aquellos que vinieren resciban honra y nos den de todo lo que*

hubiere.

Martes 16 de Octubre

Partí de la isla de Santa María de la Concepción, que sería ya cerca del medio día, para la isla Fernanda, la cual amuestra ser grandísima al Oueste y navegué todo aquel día con calmería; no pude llegar a tiempo de poder ver el fondo para surgir en limpio, porque es en esto mucho de haber gran diligencia por no perder las anclas; y así, temporicé toda esta noche hasta el día, que vine a una población, adonde yo surgí, y adonde había venido aquel hombre que yo hallé ayer en aquella almadía a medio golfo, el cual había dado tantas buenas nuevas de nos que toda esta noche no faltó almadías abordo de la nao, que nos traían agua y de lo que tenían. Yo a cada uno le mandaba dar algo, es a saber, algunas cuentecillas: diez o doce dellas de vidrio en un filo, y algunas sonajas de latón destas que valen en Castilla un maravedí cada una, y algunas agujetas, de que todo tenían en grandísima excelencia, y también los mandaba dar, para que comiesen cuando venían en la nao, miel de azúcar; y después, a horas de tercia, envié el batel de la nao en tierra por agua, y ellos de muy buena gana le enseñaban a mi gente adonde estaba el agua, y ellos mismos traían los barriles llenos al batel, y se holgaban mucho de nos hacer placer. Esta isla es grandísima y tengo determinado de la rodear, porque, según puedo entender, en ella, o cerca della, hay mina de oro. Esta isla esta desviada de la de Santa María ocho leguas cuasi Leste Oueste, y este cabo adonde yo vine, y toda esta costa, se corre Nornorueste y Sursueste, y vide bien veinte leguas de ella, más ahí no acababa. Ahora escribiendo esto di la vela con el viento Sur para pujar a rodear toda la isla, y trabajar hasta que halle Samoet, que es la isla o ciudad adonde es el oro, que así lo dicen todos estos que aquí vienen en

la nao y nos lo decían los de la isla de San Salvador y de Santa María. Esta gente es semejante a aquellas de las dichas islas, y una habla y unas costumbres, salvo questos ya me parecen algún tanto más doméstica gente, y de tracto, y más sutiles, porque veo que han traído algodón aquí a la nao y otras cositas: que saben mejor refutar el pagamento que no hacían los otros; y aun en esta isla vide paños de algodón hechos como mantillos, y la gente más dispuesta, y las mujeres traen por delante su cuerpo una cosita de algodón que escasamente les cobija su natura. Ella es isla muy verde y llana y fertilísima, y no pongo duda que todo el año siembran panizo y cogen, y así todas otras cosas; y vide muchos árboles muy disformes de los nuestros, y dellos que tenían los ramos de muchas maneras y todo en un pie, y un ramito es de una manera y otro de otra, y tan disforme que es la mayor maravilla del mundo cuanta es la diversidad de la una manera a la otra, verbi gracia: un ramo tenía las hojas a manera de cañas y otro de manera de lentisco; y así, en un solo árbol, de cinco o seis de estas maneras, y todos tan diversos; ni éstos son enjeridos, porque se pueda decir que el enjerto lo hace, antes son por los montes, ni cura dellos esta gente. No le conozco secta ninguna, y creo que muy presto se tornarían cristianos, porque ellos son de muy buen entender. Aquí son los peces tan disformes de los nuestros qués maravilla. Hay algunos hechos como gallos de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todas colores, y otros pintados de mil maneras; y las colores son tan finas que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos. También hay ballenas; bestias en tierra no vide ninguna de ninguna manera, salvo papagayos y lagartos; un mozo me dijo que vido una grande culebra. Ovejas ni cabras ni otra ninguna bestia vide, aunque yo he estado aquí muy poco, que es medio

día; mas si las hubiese no pudiera errar de ver alguna. El cerco desta isla escribiré después que yo la hubiere rodeado.

Miércoles 17 de Octubre

A medio día partí de la población adonde yo estaba surgido, y adonde tomé agua para ir rodear esta isla Fernandina, y el viento era Sudueste y Sur; y como mi voluntad fuese de seguir esta costa desta isla adonde yo estaba al Sueste, porque así se corre toda Nornorueste y Sursueste, y quería llevar el dicho camino de Sur y Sudeste, porque aquella parte todos estos indios que traigo y otro de quien hube señas en esta parte del Sur a la isla a que ellos llaman Samoet, adonde es el oro; y Martín Alonso Pinzón, capitán de la carabela Pinta, en la cual yo mandé a tres de estos indios, vino a mí y me dijo que uno dellos muy certificadamente le había dado a entender que por la parte del Nornorueste muy más presto arrodearía la isla. Yo vide que el viento no me ayudaba por el camino que yo quería llevar, y era bueno por el otro; di la vela al Nornorueste, y cuando fue acerca del cabo de la isla, a dos leguas, hallé un muy maravilloso puerto con una boca, aunque dos bocas se le puede decir, porque tiene un isleo en medio, y son ambas muy angostas, y dentro muy ancho para cien navíos si fuera hondo y limpio, y hondo al entrada; parecióme razón del ver bien y sondear, y así surgí fuera del, y fui en él con todas las barcas de los navíos, y vimos que no había fondo. Y porque pensé cuando yo le vi que era boca de algún rio, había mandado llevar barriles para tomar agua, y en tierra hallé unos ocho o diez hombres, que luego vinieron a nos, y nos amostraron ahí cerca la población, adonde yo envié la gente por agua, una parte con armas, otros con barriles, y así la tomaron; y porque era lejuelos me detuve por espacio de dos horas. En este tiempo anduve así por aquellos árboles, que era la cosa más hermosa

de ver que otra que se haya visto, viendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de Mayo en el Andalucía, y los árboles todos están tan disformes de los nuestros como el día de la noche; y así las frutas, y así las yerbas y las piedras y todas las cosas. Verdad es que algunos árboles eran de la naturaleza de otros que hay en Castilla, por ende había muy gran diferencia, y los otros árboles de otras maneras eran tantos que no hay persona que lo pueda decir ni asemejar a otros de Castilla. La gente toda era una con los otros ya dichos, de las mismas condiciones, y así desnudos y de la misma estatura, y daban de lo que tenían por cualquiera cosa que les diesen; y aquí vide que unos mozos de los navíos les trocaron azagayas por unos pedazuelos de escudillas rotas y de vidrio, y los otros que fueron por el agua me dijeron cómo habían estado en sus casas, y que eran de dentro muy barridas y limpias, y sus camas y paramentos de cosas que son como redes de algodón;[13] *ellas las casas son todas a manera de alfaneques, y muy altas y buenas chimeneas; mas no vide entre muchas poblaciones que yo vide ninguna que pasase de doce hasta quince casas. Aquí hallaron que las mujeres casadas traían bragas de algodón; las mozas no, sino salvo algunas que eran ya de edad de dieciocho años. Y ahí había perros mastines y branchetes, y ahí hallaron uno que había al nariz un pedazo de oro que sería como la mitad de un castellano, en el cual vieron letras; reñí yo con ellos porque no se lo rescataron y dieron cuanto pedía, por ver qué era y cuya esta moneda era; y ellos me respondieron que nunca se le osó rescatar. Después de tomada la agua volví a la nao, y di la vela, y salí al Norueste tanto que yo descubrí toda aquella parte de la isla hasta la costa que se corre Leste Oueste, y después todos estos indios tornaron a decir que esta isla era más pequeña que no la isla Samoet, y que sería bien volver*

atrás por ser en ella más presto. El viento allí luego más calmó y comenzó a ventar Ouesnorueste, el cual era contrarío para donde habíamos venido, y así tomé la vuelta y navegué toda esta noche pasada al Lestesueste, y cuando al Leste todo y cuando al Sueste; y esto para apartarme de la tierra porque nacía muy gran cerrazón y el tiempo muy cargado; él era poco y no me dejó llegar a tierra a surgir. Así que esta noche llovió muy fuerte después de media noche, hasta cuasi el día, y aún está nublado para llover; y nos, al cabo de la isla de la parte del Sueste, adonde espero surgir hasta que aclarezca, para ver las otras islas adonde tengo de ir; y así, todos estos días después que en estas Indias estoy ha llovido poco o mucho. Crean vuestras Altezas que es esta tierra la mejor e más fértil, y temperada, y llana, y buena que haya en el mundo.

Jueves 18 de Octubre

Después que aclaresció seguí el viento, y fui en derredor de la isla cuanto pude, y surgí al tiempo que ya no era de navegar; mas no fui en tierra, y en amaneciendo di la vela.

Viernes 19 de Octubre

En amaneciendo levanté las anclas y envié la carabela Pinta al Leste y Sueste y la carabela Niña al Sursueste, y yo con la nao fui al Sueste, y dado orden que llevasen aquella vuelta hasta medio día, y después que ambas se mudasen las derrotas y se recogieran para mí; y luego, antes que andásemos tres horas, vimos una isla al Leste, sobre la cual descargamos, y llegamos a ella todos tres navíos antes de medio día a la punta del Norte, adonde hace un isleo y una restinga de piedra fuera de él, al Norte, y otro entre él y la isla grande, la cual nombraron estos hombres de San Salvador que yo traigo la isla Saometo, a la cual puse nombre la Isabela. El viento era Norte, y quedaba el dicho isleo en derrota de la isla Fernandina, de

donde yo había partido, Leste Oueste, y se corría después la costa desde el isleo al Oueste, y había en ella doce leguas hasta un cabo, a quien yo llamé el Cabo Hermoso, que es de la parte del Oueste; y así es hermoso, redondo y muy hondo, sin bajas fuera de él, y al comienzo es de piedra y bajo, y más adentro es playa de arena, como cuasi la dicha costa es, y ahí surgí esta noche, Viernes, hasta la mañana. Esta costa toda y la parte de la isla que yo vi es toda cuasi playa, y la isla más hermosa cosa que yo vi; que si las otras son muy hermosas, esta es más: es de muchos árboles y muy verdes, y muy grandes, y esta tierra es más alta que las otras islas halladas, y en ella algún altillo, no que se le pueda llamar montaña, más cosa que hermosea lo otro, y parece de muchas aguas allá al medio de la isla; de esta parte al Nordeste hace una grande angla,[14] *y hay muchos arboledos, y muy espesos y muy grandes. Yo quise ir a surgir en ella para salir a tierra y ver tanta hermosura; mas era el fondo bajo y no podía surgir salvo largo de tierra, y el viento era muy bueno para venir a este cabo adonde yo surgí ahora, al cual puse nombre Cabo Hermoso, porque así lo es; y así, no surgí en aquella angla, y aun porque vide este cabo de allá tan verde y tan hermoso, así como todas las otras cosas y tierras destas islas, que yo no sé adónde me vaya primero, ni me sé cansar los ojos de ver tan hermosas verduras y tan diversas de las nuestras, y aun creo que ha en ella muchas yerbas y muchos árboles que valen mucho en España para tinturas y para medicinas de especería; más yo no los cognozco, de que llevo grande pena. Y llegando yo aquí a este cabo vino el olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra, que era la cosa más dulce del mundo. De mañana, antes que yo de aquí vaya, iré en tierra a ver qué es aquí en el cabo; no es la población salvo allá más adentro, adonde dicen estos hombres que yo*

traigo que esta el Rey y que trae mucho oro; y yo de mañana quiero ir tanto avante que hallé la población y vea o haya lengua con este Rey, que según estos dan las señas él señorea todas estas islas comarcanas, y va vestido, y trae sobre sí mucho oro; aunque no doy mucha fe a sus decires, así por no los entender yo bien, como en cognoscer quellos son tan pobres de oro que cualquiera poco que este Rey traiga les parece a ellos mucho. Este a quien yo digo Cabo Hermoso creo que es isla apartada de Saometo y aun hay ya otra entremedias pequeña; yo no curo así de ver tanto por menudo, porque no lo podía hacer en cincuenta años, porque quiero ver y descubrir lo más que yo pudiere, para volver a vuestras Altezas, a nuestro Señor aplaciendo, en Abril. Verdad es que hallando adonde haya oro o especería en cantidad me detendré hasta que yo haya dello cuanto pudiere; y por esto no hago sino andar para ver de topar en ello.

Sábado 20 de Octubre

Hoy al sol salido levanté las anclas de donde yo estaba con la nao surgido en esta isla de Saometo, al cabo del Sudueste, adonde yo puse nombre el Cabo de la Laguna, y a la isla la Isabela, para navegar al Nordeste y al Leste de la parte del Sueste y Sur, adonde entendí de estos hombres que yo traigo que era la población y el Rey de ella, y hallé todo tan bajo el fondo que no pude entrar ni navegar a ello, y vide que siguiendo el camino del Sudueste era muy gran rodeo, y por esto determiné de me volver por el camino que yo había traído del Nornordeste de la parte del Oueste, y rodear esta isla para [reconocerla], el viento me fue tan escaso que yo nunca pude haber la tierra al longo de la costa, salvo en la noche; y porque es peligro surgir en estas islas, salvo en el día, que se vea con el ojo adonde se echa el ancla, porque es todo manchas, una de

limpio y otra de non, yo me puse a temporejar a la vela toda esta noche del Domingo. Las carabelas surgieron porque se hallaron en tierra temprano, y pensaron que a sus señas, que eran costumbradas de hacer, iría a surgir; mas no quise.

Domingo 21 de Octubre

A las diez horas llegué aquí a este cabo del isleo y surgí, y asimismo las carabelas; y después de haber comido fui en tierra, adonde aquí no había otra población que una casa, en la cual no hallé a nadie: que creo que con temor se habían huido, porque en ella estaban todos sus aderezos de casa. Yo no les dejé tocar nada, salvo que me salí con estos capitanes y gente a ver la isla; que si las otras ya vistas son muy hermosas y verdes y fértiles, esta es mucho más y de grandes arboledos y muy verdes. Aquí es unas grandes lagunas, y sobre ellas y a la rueda es el arboledo en maravilla, y aquí y en toda la isla son todos verdes y las yerbas como en el Abril en el Andalucía; y el cantar de los pajaritos, que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos, que oscurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras, que es maravilla; y después hay árboles de mil maneras, y todos de su manera fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los cognoscer, porque soy bien cierto que todos son cosa de valía, y de ellos traigo la demuestra, y asimismo de las yerbas. Andando así en cerco de una destas lagunas vide una sierpe, la cual matamos y traigo el cuero a vuestras Altezas. Ella como nos vido, se echó en la laguna, y nos le seguimos dentro, porque no era muy honda, hasta que con lanzas la matamos: es de siete palmos en largo; creo que destas semejantes hay aquí en esta laguna muchas. Aquí cognoscí del linstore, y mañana he determinado de hacer traer a la nao diez

quintales, porque me dicen que vale mucho. También andando en busca de muy buena agua fuimos a una población aquí cerca, adonde estoy surto media legua; y la gente della como nos sintieron, dieron todos a huir, y dejaron las casas, y escondieron su ropa y lo que tenían por el monte; yo no dejé tomar nada ni la valía de un alfiler. Después se llegaron a nos unos hombres dellos, y uno se llegó del todo aquí; yo di unos cascabeles y unas cuentecillas de vidrio, y quedó muy contento y muy alegre, y porque la amistad creciese más y los requiriese algo le hice pedir agua, y ellos, después que fui en la nao, vinieron luego a la playa con sus calabazas llenas y holgaron mucho de dárnosla, y yo les mandé dar otro ramalejo de cuentecillas de vidrio, y dijeron que de mañana vendrían acá. Yo quería henchir aquí toda la vasija de los navíos de agua; por ende, si el tiempo me da lugar, luego me partiré a rodear esta isla hasta que yo haya lengua con este Rey, y ver si puedo haber de él el oro que oyó que trae, y después partir para otra isla grande mucho, que creo que debe ser Cipango, según las señas que me dan estos indios que yo traigo, a la cual ellos llaman Colba,[15] *en la cual dicen que hay naos y mareantes muchos y muy grandes, y de esta isla otra que llaman Bosio, que también dicen que es muy grande, y a las otras que son entremedio veré así de pasada, y según yo hallare recaudo de oro o especería determinaré lo que he de hacer. Más todavía tengo determinado de ir a la tierra firme y a la ciudad de Guisay,*[16] *y dar las cartas de vuestras Altezas al Gran Can y pedir respuesta, y venir con ella.*

Lunes 22 de Octubre

Toda esta noche y hoy estuve aquí aguardando si el rey de aquí u otras personas traerían oro u otra cosa de sustancia, y vinieron muchos de esta gente, semejantes a los otros de las

otras islas, así desnudos y así pintados, dellos de blanco, dellos de colorado, dellos de prieto y así de muchas maneras. Traían azagayas y algunos ovillos de algodón a rescatar, el cual trocaban aquí con algunos marineros por pedazos de vidrio, de tazas quebradas y por pedazos de escudillas de barro. Algunos dellos traían algunos pedazos de oro colgados al nariz, el cual de buena gana daban por un cascabel destos de pie de gavilano y por cuentecillas de vidrio: mas es tan poco, que no es nada: que es verdad que cualquiera poca cosa que se les dé. Ellos también tenían a gran maravilla nuestra venida, y creían que éramos venidos del cielo. Tomamos agua para los navíos en una laguna que aquí está cerca del Cabo del Isleo, que así la nombré; y en la dicha laguna Martín Alonso Pinzón, capitán de la Pinta, mató otra sierpe tal como la otra de ayer de siete palmos, e hice tomar aquí del lináloe cuanto se halló.

Martes 23 de Octubre

Quisiera hoy partir para la isla de Cuba, que creo que debe ser Cipango, según las señas que dan esta gente de la grandeza della y riqueza, y no me detendré más aquí ni […][17] *esta isla alrededor para ir a la población, como tenía determinado, para haber lengua con este Rey o Señor, que es por no me detener mucho, pues veo que aquí no hay mina de oro; y al rodear de estas islas ha menester muchas maneras de viento, y no vienta así como los hombres querrían. Y pues es de andar donde haya trato grande, digo que no es razón de se detener, salvo ir a camino y calar mucha tierra hasta topar en tierra muy provechosa, aunque mi entender es questa sea muy provechosa de especiería, mas que yo no la cognozco que llevo la mayor pena del mundo, que veo mil maneras de árboles que tienen cada uno su manera de fruta y verde ahora como en España en el mes de mayo y junio y mil maneras de hierbas, eso mismo*

con flores, y de todo no se cognosció salvo este lináloe de que hoy mandé también traer a la nao mucho para llevar a Vuestras Altezas. Y no he dado ni doy la vela para Cuba porque no hay viento, salvo calma muerta, y llueve mucho. Y llovió ayer mucho sin hacer ningún frío; antes el día hace calor y las noches temperadas como en mayo en España en el Andalucía.

Miércoles 24 de Octubre

Esta noche a media noche levanté las anclas de la isla Isabela del cabo del Isleo, que es de la parte del Norte, adonde yo estaba posado para ir a la isla de Cuba, adonde oí desta gente que era muy grande y de gran trato y había en ella oro y especierías y naos grandes y mercaderes, y me mostró que al Oesudoeste iría a ella; y yo así lo tengo, porque creo que si es así, como por señas que me hicieron todos los indios de estas islas y aquellos que llevo yo en los navíos, porque por lengua no los entiendo, es la isla de Cipango, de que se cuentan cosas maravillosas, y en las esferas que yo vi y en las pinturas de mapamundos es ella en esta comarca. Y así navegué hasta el día al Oesudoeste, y amaneciendo calmó el viento y llovió, y así casi toda la noche. Y estuve así con poco viento hasta que pasaba de medio día y entonces tornó a ventear muy amoroso, y llevaba todas mis velas de la nao: maestra y dos bonetas y trinquete y cebadera y mezana y vela de gavia, y el batel por popa. Así anduve el camino hasta que anocheció; y entonces me quedaba el Cabo Verde de la isla Fernandina, el cual es de la parte del Sur a la parte de Oeste. Me quedaba al Noroeste, y hacía de mí a él siete leguas. Y porque ventaba ya recio y no sabía yo cuánto camino hubiese hasta la dicha isla de Cuba, y por no la ir a demandar de noche, porque todas estas islas son muy hondas a no hallar fondo todo en derredor salvo a tiro de

dos lombardas, y esto es todo manchado un pedazo de roquedo y otro de arena, y por esto no se puede seguramente surgir salvo a vista de ojo, y por tanto acordé de amainar las velas todas, salvo el trinquete, y andar con él; y de a un rato crecía mucho el viento y hacía mucho camino de que dudaba, y era muy gran cerrazón y llovía. Mandé amainar el trinquete y no anduvimos esta noche dos leguas, etc.

Jueves 25 de Octubre

Navegó después del sol salido al OuesteSudueste hasta las nueve horas. Andarían cinco leguas. Después mudó el camino al Oueste. Andaban ocho millas por hora hasta la una después de mediodía, y de allí hasta las tres y andarían cuarenta y cuatro millas. Entonces vieron tierra, y eran siete u ocho islas, en luengo todas de Norte a Sur; distaban de ellas cinco leguas, etcétera.

Viernes 26 de Octubre

Estuvo de las dichas islas de la parte del Sur. Era todo bajo cinco o seis leguas; surgió por allí. Dijeron los indios que llevaba que había dellas a Cuba andadura de día y medio con sus almadías, que son navetas de un madero adonde no llevan vela. Estas son las canoas. Partió de allí para Cuba, porque por las señas que los indios le daban de la grandeza y del oro y perlas della, pensaba que era ella, conviene a saber: Cipango.

Sábado 27 de Octubre

Levantó las anclas salido el sol, de aquellas islas, que llamó las islas de Arena por el poco fondo que tenían de la parte del Sur hasta seis leguas. Anduvo ocho millas por hora hasta la una del día al Sursudueste, y habrían andado cuarenta millas, y hasta la noche andarían veintiocho millas al mismo camino; y antes de noche vieron tierra. Estuvieron la noche al reparo

con mucha lluvia que llovió. Anduvieron el sábado hasta el poner del sol diecisiete leguas al Sursudueste.

Domingo 28 de Octubre

Fue de allí en demanda de la isla de Cuba al Sursudueste, a la tierra della más cercana, y entró en un río muy hermoso y muy sin peligro de bajas ni otros inconvenientes; y toda la costa que anduvo por allí era muy hondo y muy limpio hasta tierra: tenía la boca del río doce brazas, y es bien ancha para barloventear. Surgió dentro, dice que a tiro de lombarda. Dice el Almirante que nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles, todo cercado el río, hermosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y con su fruto, cada uno de su manera. Aves muchas y pajaritos que cantaban muy dulcemente; había gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea y de las nuestras, de una estatura mediana y los pies sin aquella camisa y las hojas muy grandes, con las cuales cobijan las casas; la tierra muy llana. Saltó el Almirante en la barca y fue a tierra, y llegó a dos casas que creyó ser de pescadores y que con temor se huyeron, en una de las cuales halló un perro que nunca ladró; y en ambas casas halló redes de hilo de palma y cordeles y anzuelo de cuerno y fisgas de hueso y otros aparejos de pescar y muchos fuegos dentro, y creyó que en cada una casa se juntan muchas personas. Mandó que no se tocase en cosa de todo ello, y así se hizo. La hierba era grande como en el Andalucía por abril y mayo. Halló verdolagas muchas y bledos. Tornóse a la barca y anduvo por el río arriba un buen rato, y dice que era gran placer ver aquellas verduras y arboledas, y de las aves que no podía dejarlas para se volver. Dice que es aquella isla la más hermosa que ojos hayan visto, llena de muy buenos puertos y ríos hondos, y la mar que parecía que nunca se debía de alzar porque la hierba

de la playa llegaba hasta casi el agua, la cual no suele llegar donde la mar es brava. Hasta entonces no había experimentado en todas aquellas islas que la mar fuese brava. La isla dice ques llena de montañas muy hermosas, aunque no son muy grandes en longura, salvo altas, y toda la otra tierra es alta de la manera de Sicilia; llena es de muchas aguas, según pudo entender de los indios que consigo lleva, que tomó en la isla de Guanahani, los cuales le dicen por señas que hay diez ríos grandes y que con sus canoas no la pueden cercar en veinte días. Cuando iba a tierra con los navíos salieron dos almadías o canoas, y como vieron que los marineros entraban en la barca y remaban para ir a ver el fondo del río para saber dónde habían de surgir, huyeron las canoas. Decían los indios que en aquella isla había minas de oro y perlas, y vido el Almirante lugar apto para ellas y almejas, ques señal dellas, y entendía el Almirante que allí venían naos del Gran Can, y grandes, y que de allí a tierra firme había jornada de diez días Llamó el Almirante aquel río y puerto de San Salvador.

Lunes 29 de Octubre

Alzó las anclas de aquel puerto y navegó al Poniente para ir dice que a la ciudad donde le parecía que le decían los indios que estaba aquel rey. Una punta de la isla le salía a Norueste seis leguas. Andada otra legua vido un río no de tan grande entrada, al cual puso nombre de río de la Luna; anduvo hasta hora de vísperas. Vido otro río más grande que los otros, y así se lo dijeron por señas los indios, y cerca de él vido buenas poblaciones de casas: llamó al río el río de Mares. Envió dos barcas a una población por haber lengua, y a una de ellas un indio de los que traía, porque ya los entendían algo y mostraban estar contentos con los cristianos, de los cuales todos los hombres y mujeres y criaturas huyeron,

desamparando las casas con todo lo que tenían; y mandó el Almirante que no se tocase en cosa. Las casas dice que eran ya más hermosas que las que había visto, y creía que cuanto más se allegase a la tierra firme serían mejores. Eran hechas a manera de alfaneques, muy grandes, y parecían tiendas en real, sin concierto de calles, sino una acá y otra acullá y dentro muy barridas y limpias y sus aderezos muy compuestos. Todas son de ramas de palma muy hermosas.

Hallaron muchas estatuas en figura de mujeres y muchas cabezas en manera de caratula muy bien labradas. No sé si esto tienen por hermosura o adoran en ellas. Había perros que jamás ladraron; había avecitas salvajes mansas por sus casas; había maravillosos aderezos de redes y anzuelos y artificios de pescar. No le tocaron en cosa dello. Creyó que todos los de la costa debían de ser pescadores que llevan el pescado la tierra dentro, porque aquella isla es muy grande y tan hermosa que no se hartaba de decir bien della. Dice que halló árboles y frutas de muy maravilloso sabor; y dice que debe haber vacas en ella y otros ganados, porque vido cabezas en hueso que le parecieron de vaca. Aves y pajaritos y el cantar de los grillos en toda la noche con que se holgaban todos: los aires sabrosos y dulces de toda la noche, ni frío ni caliente. Mas por el camino de las otras islas a aquélla dice que hacía gran calor y allí no, salvo templado como en mayo; atribuye el calor de las otras islas por ser muy llanas y por el viento que traían hasta allí ser Levante y por eso cálido. El agua de aquellos ríos era salada a la boca: no supieron de dónde bebían los indios, aunque tenían en sus casas agua dulce. En este río podían los navíos voltejar para entrar y para salir, y tiene muy buenas señas o marcas: tiene siete u ocho brazas de fondo a la boca y dentro cinco. Toda aquella mar

dice que le parece que debe ser siempre mansa como el río de Sevilla y el agua aparejada para criar perlas. Halló caracoles grandes, sin sabor, no como los de España. Señala la disposición del río y del puerto que arriba dijo y nombró San Salvador, que tiene sus montañas hermosas y altas como la Peña de los Enamorados, y una de ellas tiene encima otro montecillo a manera de una hermosa mezquita. Este otro río y puerto en que ahora estaba tiene de la parte del Sudueste dos montañas así redondas y de la parte del Oestenorueste un hermoso cabo llano que sale fuera.

Martes 30 de Octubre

Salió del río de Mares al Noroeste, y vido un cabo lleno de palmas y púsole Cabo de Palmas, después de haber andado quince leguas. Los indios que iban en la carabela Pinta dijeron que detrás de aquel cabo había un río y del río a Cuba había cuatro jornadas; y dijo el capitán de la Pinta que entendía que esta Cuba era ciudad y que aquella tierra era tierra firme muy grande que va mucho al Norte, y que el rey de aquella tierra tenía guerra con el Gran Can, al cual ellos llamaban Cami, y a su tierra o ciudad Fava, y otros muchos nombres. Determinó el Almirante de llegar a aquel río y enviar un presente al rey de la tierra y enviarle la carta de los reyes, y para ella tenía una marinero que había andado en Guinea en lo mismo, y ciertos indios de Guanahani que querían ir con él, con que después los tornasen a su tierra. Al parecer del Almirante, distaba de la línea equinoccial cuarenta y dos grados hacia la banda del Norte si no está corrupta la letra de donde trasladé esto, y dice que había de trabajar de ir al Gran Can, que pensaba que estaba allí, o en la ciudad de Catay, ques del Gran Can,[18] que dice que es muy grande, según le fue dicho antes que partiese de España. Toda aquesta tierra dice ser baja y hermosa y

honda la mar.

Miércoles 31 de Octubre

Toda la noche martes anduvo barloventeando, y vido un río donde no pudo entrar por ser baja la entrada; y pensaron los indios que pudieran entrar los navíos como entraban sus canoas. Y, navegando adelante, halló un cabo que salía muy fuera y cercado de bajos, y vido una concha o bahía donde podían estar navíos pequeños, y no lo pudo encabalgar porque el viento se había tirado del todo al Norte y toda la costa se corría al Nornorueste y Sudeste, y otro cabo que vido adelante le salía más afuera. Por esto y porque el cielo mostraba de ventar recio se hubo de tornar al río de Mares.

Jueves 1° de Noviembre

En saliendo el sol envió el Almirante las barcas a tierra a las casas que allí estaban, y hallaron que era toda la gente huida, y desde a buen rato pareció un hombre y mandó el Almirante que lo dejasen asegurar, y volvieron las barcas. Y después de comer tornó a enviar a tierra uno de los indios que llevaba, el cual desde lejos le dio voces diciendo que no hubiesen miedo porque era buena gente y no hacían mal a nadie, ni eran del Gran Can, antes daban de lo suyo en muchas islas que habían estado; y echóse a nadar el indio y fue a tierra, y dos de los de allí lo tomaron de brazos y lleváronlo a una casa donde se informaron de él. Y como fueron ciertos que no se les había de hacer mal, se aseguraron y vinieron luego a los navíos más de dieciséis almadías o canoas con algodón hilado y otras cosillas suyas, de las cuales mandó el Almirante que no se tomase nada, porque supiesen que no buscaba el Almirante salvo oro, al que ellos llamaban *nucay*. Y así en todo el día anduvieron y vinieron de tierra a los navíos, y fueron de los cristianos a tierra muy seguramente. El Almirante no vido a

alguno de ellos oro, pero dice el Almirante que vido a uno de ellos un pedazo de plata labrado colgado a la nariz, que tuvo por señal que en la tierra había plata. Dijeron por señas que antes de tres días vendrían muchos mercaderes de la tierra dentro a comprar de las cosas que allí llevan los cristianos y darían nuevas del rey de aquella tierra, el cual, según se pudo entender por las señas que daban, que estaba de allí cuatro jornadas, porque ellos habían enviado muchos por toda la tierra a le hacer saber del Almirante. *Esta gente* —dice el Almirante— *es de la misma calidad y costumbre de los otros hallados, sin ninguna secta que yo conozca, que hasta hoy aquestos que traigo no he visto hacer ninguno oración, antes dicen la Salve y el Ave María, con las manos al cielo como le muestran, y hacen la señal de la cruz. Toda la lengua también es una y todos amigos, y creo que sean todas estas islas y que tengan guerra con el Gran Can, a que ellos llaman Cavila y a la provincia Bafan. Y así andan también desnudos como los otros.* Esto dice el Almirante. El río dice ques muy hondo, y en la boca pueden llegar los navíos con el bordo hasta tierra; no llega el agua dulce a la boca con una legua, y es muy dulce. *Y es cierto* —dice el Almirante— *que ésta es la tierra firme y que estoy* —dice él— *ante Zaito y Quinsay cien leguas poco más o poco menos lejos de lo uno y de lo otro, y bien se muestra por la mar que viene de otra suerte que hasta aquí no ha venido, y ayer que iba al Norueste hallé que hacía frío.*[19]

Viernes 2 de Noviembre

Acordó el Almirante enviar dos hombres españoles: el uno se llamaba Rodrigo de Jerez, que vivía en Ayamonte, y el otro era un Luis de Torres, que había vivido con el Adelantado de Murcia y había sido judío, y sabía dice que hebraico y caldeo y aun algo arábigo; y con éstos envió dos indios, uno de los que

consigo traía de Guanahani y el otro de aquellas casas que en el río estaban poblados. Dioles sartas de cuentas para comprar de comer si los faltase y seis días de término para que volviesen. Dioles muestras de especiería para ver si alguna dellas topasen. Dioles instrucción de cómo habían de preguntar por el rey de aquella tierra y lo que le habían de hablar de parte de los Reyes de Castilla, cómo enviaban al Almirante para que les diese de su parte sus cartas y un presente y para saber de su estado y cobrar amistad con él y favorecerle en lo que hubiese dellos menester, etc., y que supiesen de ciertas provincias y puertos y ríos de que el Almirante tenía noticia y cuánto distaban de allí, etc. Aquí tomó el Almirante el altura con un cuadrante esta noche, y halló que estaba 42 grados de la línea equinoccial, y dice que por su cuenta halló que había andado desde la isla de Hierro mil y ciento y cuarenta y dos leguas, y todavía afirma que aquella es tierra firme.

Sábado 3 de Noviembre

En la mañana entró en la barca el Almirante, y porque hace el río en la boca un gran lago, el cual hace un singularísimo puerto muy hondo y limpio de piedras, muy buena playa para poner navíos a monte[20] y mucha leña, entró por el río arriba hasta llegar al agua dulce, que sería cerca de dos leguas, y subió en un montecillo por descubrir algo de la tierra, y no pudo ver nada por las grandes arboledas, las cuales eran muy frescas, odoríferas, por lo cual dicen no tener duda que no haya hierbas aromáticas. Dice que todo era tan hermoso lo que veía, que no podía cansar los ojos de ver tanta lindeza y los cantos de las aves y pajaritos. Vinieron en aquel día muchas almadías o canoas a los navíos a rescatar cosas de algodón hilado y redes en que dormían, que son hamacas.

Domingo, 4 de Noviembre

Luego, en amaneciendo, entró el Almirante en la barca, y salió a tierra a cazar de las aves que el día antes había visto. Después de vuelto, vino a él Martín Alonso Pinzón con dos pedazos de canela,[21] y dijo que un portugués que tenía en su navío había visto a un indio que traía dos manojos della muy grandes, pero que no se la osó rescatar por la pena quel Almirante tenía puesta que nadie rescatase. Decía más: que aquel indio traía unas cosas bermejas como nueces. El contramaestre de la Pinta dijo que había hallado árboles de canela. Fue el Almirante luego allá y halló que no eran. Mostró el Almirante a unos indios de allí canela y pimienta —parece que de la que llevaba de Castilla para muestra— y conosciéronla, dice que, y dijeron por señas que cerca de allí había mucho de aquello al camino del Sueste. Mostróles oro y perlas, y respondieron ciertos viejos que en un lugar que llamaron Bohío había infinito y que lo traían al cuello y a las orejas y a los brazos y a las piernas, y también perlas. Entendió más: que decían que había naos grandes y mercaderías, y todo esto era al Sudeste. Entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían los hombres y que en tomando uno lo degollaban y le bebían su sangre y le cortaban su natura. Determinó de volver a la nao el Almirante a esperar los dos hombres que había enviado para determinar de partirse a buscar aquellas tierras, si no trajesen aquéllos alguna buena nueva de lo que deseaban. Dice más el Almirante: *Esta gente es muy mansa y muy temerosa, desnuda como dicho tengo, sin armas y sin ley. Estas tierras son muy fértiles: ellos las tienen llenas de mames,[22] que son como zanahorias, que tienen sabor de*

castañas, y tienen faxones[23] *y habas muy diversas de las nuestras y mucho algodón, el cual no siembran, y nacen por los montes árboles grandes, y creo que en todo tiempo lo hay para coger, porque vi los cogujos abiertos y otros que se abrían y flores todo en un árbol, y otras mil maneras de frutas que me no es posible escribir; y todo debe ser cosa provechosa.* Todo esto dice el Almirante.

Lunes 5 de Noviembre

En amaneciendo mandó poner la nao a monte y los otros navíos, pero no todos juntos, sino que quedasen siempre dos en el lugar donde estaban, por la seguridad, aunque dice que aquella gente era muy segura y sin temor se pudieran poner todos los navíos juntos en monte. Estando así vino el contramaestre de la Niña a pedir albricias al Almirante porque había hallado almáciga, mas no traía la muestra porque se le había caído. Prometióselas el Almirante y envió a Rodrigo Sánchez y a Maestre Diego a los árboles y trajeron un poco de ella, la cual guardó para llevar a los Reyes y también del árbol; y dice que se cognosció que era almáciga, aunque se ha de coger a sus tiempos, y que había en aquella comarca para sacar mil quintales cada año. Halló dice que allí mucho de aquel palo que le pareció lináloe. Dice más, que aquel puerto de Mares es de los mejores del mundo y mejores aires y más mansa gente, y porque tiene un cabo de peña altillo se puede hacer una fortaleza, para que si aquello saliese rico y cosa grande estarían allí los mercaderes seguros de cualquiera otras naciones. Y dice: *Nuestro Señor, en cuyas manos están todas las victorias, aderezca todo lo que fuere a su servicio.* Dice que dijo un indio por señas que el almáciga era buena para cuando les dolía el estómago.

Martes 6 de Noviembre

Ayer en la noche, dice el Almirante, vinieron los dos hombres que había enviado a ver a la tierra dentro, y le dijeron cómo habían andado doce leguas que había hasta una población de cincuenta casas, donde dice que había mil vecinos, porque viven muchos en una casa. Estas casas son de manera de alfaneques grandísimos. Dijeron que los habían rescibido con gran solemnidad, según su costumbre, y todos, así hombres como mujeres, los venían a ver, y aposentáronlos en las mejores casas; los cuales los tocaban y les besaban las manos y los pies, maravillándose y creyendo que venían del cielo, y así se lo daban a entender. Dábanles de comer de lo que tenían. Dijeron que en llegando los llevaron de brazos los más honrados del pueblo a la casa principal, y diéronles dos sillas en que se asentaron, y ellos todos se asentaron en el suelo en derredor dellos. El indio que con ellos iba les notificó la manera de vivir de los cristianos y cómo eran buena gente. Después, saliéronse los hombres y entraron las mujeres, y sentáronse de la misma manera en derredor dellos, besándoles las manos y los pies, atentándolos si eran de carne y de hueso como ellos. Rogábanles que se estuviesen allí con ellos al menos por cinco días. Mostraron la canela y pimienta y otras especias que el Almirante les había dado, y dijéronles por señas que mucha de ella había cerca de allí al Sudeste; pero que en allí no sabían si la había. Visto cómo no tenían recaudo de ciudades, se volvieron, y que si quisieran dar lugar a los que con ellos se querían venir, que más de quinientos hombres y mujeres vinieran con ellos, porque pensaban que se volvían al cielo. Vino empero, con ellos, un principal del pueblo y un su hijo y un hombre suyo. Habló con ellos el Almirante, hízoles mucha honra, señaló muchas tierras e islas que había en aquellas partes, pensó de traerlos a los Reyes, y

dice que no supo qué se le antojó; parece que de miedo, y de noche oscuro quisose ir a tierra. Y el Almirante dice que porque tenía la nao en seco en tierra, no le queriendo enojar, le dejó ir, diciendo que en amaneciendo tornaría; el cual nunca tornó. Hallaron los dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaba a sus pueblos, mujeres y hombres, con un tizón en la mano, hierbas para tomar sus sahumerios que acostumbra. No hallaron población por el camino de más de cinco casas, y todas les hacían el mismo acatamiento. Vieron muchas maneras de árboles e hierbas y flores odoríferas. Vieron aves de muchas maneras diversas de las de España, salvo perdices y ruiseñores que cantaban y ánsares, y de esto hay allí harto; bestias de cuatro pies no vieron, salvo perros que no ladraban; la tierra muy fértil y muy labrada de aquellos mames y fexoes y habas muy diversas de las nuestras; eso mismo panizo y mucha cantidad de algodón cogido e hilado y obrado, y que en una sola casa habían visto más de quinientas arrobas y que se pudiera haber allí cada año cuatro mil quintales. Dice el Almirante que le parecía que no lo sembraban y que da fruto todo el año: es muy fino, tiene el capullo muy grande. Todo lo que aquella gente tenía dice que daba por muy vil precio, y que una gran espuerta de algodón daba por cabo de agujeta u otra cosa que se le dé. Son gente, dice el Almirante, muy sin mal ni guerra: desnudos todos, hombres y mujeres, como su madre los parió. Verdad es que las mujeres traen una cosa de algodón solamente tan grande que les cobija su natura y no más, y son ellas de muy buen acatamiento, ni muy negras, salvo menos que canarias. *Tengo por dicho, serenísimos Príncipes* —dice el Almirante— *que sabiendo la lengua dispuesta suya personas devotas religiosas [lograrían] que luego todos se tornarían cristianos; y así espero*

en Nuestro Señor que Vuestras Altezas se determinarán a ello con mucha diligencia para tornar a la Iglesia tan grandes pueblos, y los convertirán, así como han destruido aquellos que no quisieron confesar el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo; y después de sus días, que todos somos mortales, dejarán sus reinos en muy tranquilo estado y limpios de herejía y maldad, y serán bien rescibidos delante del Eterno Criador, al cual plega de les dar larga vida y acrecentamiento grande de mayores reinos y señoríos y voluntad y disposición para acrecentar la santa religión cristiana, así como hasta aquí tienen hecho, amén. Hoy tiré la nao de monte y me despacho para partir el jueves en nombre de Dios e ir al Sueste a buscar del oro y especierías y descubrir tierra. Estas todas son palabras del Almirante, el cual pensó partir el jueves; pero porque le hizo el viento contrario no pudo partir hasta doce días de noviembre.

Lunes 12 de Noviembre

Partió del puerto y río de Mares al rendir del cuarto de alba para ir a una isla que mucho afirmaban los indios que traía, que se llamaba Babeque, adonde, según dicen por señas, que la gente della coge el oro con candelas de noche en la playa, y después con martillo dice que hacían vergas dello, y para ir a ella era menester poner la proa al Leste cuarta del Sueste. Después de haber andado ocho leguas por la costa delante, halló un río que parecía muy caudaloso y mayor que ninguno de los otros que había hallado. No se quiso detener ni entrar en algunos dellos por dos respectos: el uno y principal porque el tiempo y viento era bueno para ir en demanda de la dicha isla de Babeque; el otro, porque si en él hubiera alguna populosa o famosa ciudad cerca de la mar se pareciera, y para ir por el río arriba era menester navíos pequeños, lo que no

eran los que llevaban; y así se perdiera también mucho tiempo, y los semejantes ríos son cosa para descubrirse por sí. Toda aquella costa era poblada mayormente cerca del río, a quien puso por nombre el Río del Sol. Dijo quel domingo antes, 11 de noviembre, le había parecido que fuera bien tomar algunas personas de las de aquel río para llevar a los Reyes porque aprendieran nuestra lengua, para saber lo que hay en la tierra y porque volviendo sean lenguas de los cristianos y tomen nuestras costumbres y las cosas de la Fe, *porque yo vi y cognozco* —dice el Almirante— *questa gente no tiene secta ninguna ni son idólatras, salvo muy mansos y sin saber qué sea mal ni matar a otros ni prender, y sin armas y tan temerosos que a una persona de los nuestros huyen ciento de ellos, aunque burlen con ellos, y crédulos y cognoscedores que hay Dios en el cielo, y firmes que nosotros habemos venido del cielo, y muy presto a cualquiera oración que nos les digamos que digan y hacen el señal de la cruz. Así que deben Vuestras Altezas determinarse a los hacer cristianos, que creo que si comienzan, en poco tiempo acabarán de los haber convertido a nuestra Santa Fe multidumbre de pueblos, y cobrando grandes señoríos y riqueza y todos sus pueblos de la España, porque sin duda es en estas tierras grandísimas sumas de oro, que no sin causa dicen estos indios que yo traigo, que hay en estas islas lugares adonde cavan el oro y lo traen al pescuezo, a las orejas y a los brazos y a las piernas, y son manillas muy gruesas, y también hay piedras y hay perlas preciosas e infinitas especierías; y en este río de Mares, de donde partí esta noche, sin duda hay grandísima cantidad de almáciga y mayor si mayor se quisiere hacer, porque los mismos árboles plantándolos prenden de ligero y hay muchos y muy grandes y tienen la hoja como lentisco y el fruto, salvo que*

es mayor, así los árboles como la hoja, como dice Plinio, y yo he visto en la isla de Xíos,[24] *en el Archipiélago, y mandé sangrar muchos destos árboles para ver si echarían resina para traer, y como haya siempre llovido el tiempo que yo he estado en el dicho río, no he podido haber della, salvo muy poquita que traigo a Vuestras Altezas, y también puede ser que conviene al tiempo que los árboles comienzan a salir del invierno y quieren echar la flor; y acá ya tienen el fruto casi maduro ahora. Y también aquí se habría grande suma de algodón y creo que se vendería muy bien acá sin le llevar a España, salvo a las grandes ciudades del Gran Can que se descubrirán sin duda y otras muchas de otros señores que habrán en dicha servir a Vuestras Altezas, y adonde se les darán de otras cosas de España y de las tierras de Oriente, pues éstas son a nos en Poniente. Y aquí hay también infinito lináloe, aunque no es cosa para hacer gran caudal, mas del almáciga es de entender bien, porque no la hay salvo en dicha isla de Xío, y creo que sacan dello bien cincuenta mil ducados, si mal no me acuerdo. Y hay aquí, en la boca de dicho río, el mejor puerto que hasta hoy vi, limpio y ancho y hondo y buen lugar y asiento para hacer una villa y fuerte, y que cualesquier navíos se puedan llegar el bordo a los muros, y tierra muy temperada y alta y muy buenas aguas. Así que ayer vino a bordo de la nao una almadía con seis mancebos, y los cinco entraron en la nao; estos mandé detener y los traigo. Y después envié a una casa que es de la parte del río del Poniente, y trajeron siete cabezas de mujeres entre chicas y grandes y tres niños. Esto hice porque mejor se comportan los hombres en España habiendo mujeres de su tierra que sin ellas, porque ya otras muchas veces se acaeció traer los hombres de Guinea para que aprendiesen la lengua en Portugal, y después que volvían y pensaban de se*

aprovechar de ellos en su tierra por la buena compañía que les había hecho y dádivas que se les había dado, en llegando en tierra jamás parecían. Otros no lo hacían así. Así que, teniendo sus mujeres, tendrán ganas de negociar lo que se les encargare, y también estas mujeres mucho enseñarán a los nuestros su lengua, la cual es toda una en todas estas islas de India, y todos se entienden y todas las andan con sus almadías, lo que no han en Guinea, adonde es mil maneras de lenguas que la una no entiende la otra. Esta noche vino a bordo en una almadía el marido de una de estas mujeres y padre de tres hijos, un macho y dos hembras, y dijo que yo le dejase venir con ellos, y a mí me aplogó mucho, y quedan ahora todos consolados con el que deben todos ser parientes, y él es ya hombre de cuarenta y cinco años. Todas estas palabras son formales del Almirante. Dice también arriba que hacía algún frío, y por esto que no le fuera buen consejo en invierno navegar al Norte para descubrir. Navegó este lunes, hasta el sol puesto, dieciocho leguas al Leste cuarta del Sudeste hasta un cabo, al que puso por nombre el Cabo de Cuba.

Martes 13 de Noviembre

Esta noche toda estuvo a la corda, como dicen los marineros, que es andar barloventeando y no andar nada, por ver un abra, que es una abertura de sierras como entre sierra y sierra, que le comenzó a ver al poner del sol, adonde se mostraban dos grandísimas montañas, y parecía que se apartaba la tierra de Cuba con aquella de Bohío, y esto decían los indios que consigo llevaban, por señas. Venido el día claro, dio las velas sobre la tierra y pasó una punta que le pareció anoche obra de dos leguas, y entró en un grande golfo, cinco leguas al Sursudueste, y le quedaban otras cinco para llegar al cabo adonde, en medio de dos grandes montes,

hacía un degollado, el cual no pudo determinar si era entrada de mar. Y porque deseaba ir a la isla que llamaban Babeque, adonde tenía nueva, según él entendía, que había mucho oro, la cual isla le salía al Leste, como no vido alguna grande población para ponerse al rigor del viento que le crecía más que nunca hasta allí, acordó de hacerse a la mar y andar al Leste con el viento que era Norte; y andaba ocho millas cada hora, y desde las diez del día que tomó aquella derrota hasta el poner del sol anduvo cincuenta y seis millas, que son catorce leguas al Leste, desde el Cabo de Cuba. Y de la otra tierra del Bohío que le quedaba a sotaviento comenzando del cabo del sobredicho golfo, descubrió a su parecer ochenta millas, que son veinte leguas, y corríase toda aquella costa Lesueste y Oesnoroeste.

Miércoles 14 de Noviembre

Toda la noche de ayer anduvo al reparo y barloventeando (porque decía que no era razón de navegar entre aquellas islas de noche hasta que las hubiese descubierto), porque los indios que traía le dijeron ayer martes que habría tres jornadas desde el río de Mares hasta la isla de Babeque, que se debe entender jornadas de sus almadías, que pueden andar siete leguas, y el viento también le escaseaba, y habiendo de ir al Leste no podía sino a la cuarta del Sudeste, y por otros inconvenientes que allí refiere se hubo de detener hasta la mañana. Al salir del sol determinó de ir a buscar puerto, porque de Norte se había mudado el viento al Nordeste, y si puerto no hallara fuérale necesario volver atrás a los puertos que dejaba en la isla de Cuba. Llegó a tierra habiendo andado aquella noche veinticuatro millas al Leste cuarta del Sudeste. Anduvo al Sur [...][25] millas hasta tierra, adonde vido muchas entradas y muchas isletas y puertos, y porque el viento era mucho y la

mar muy alterada no osó acometer a entrar; antes corrió por la costa al Norueste cuarta del Oueste, mirando si había puerto, y vido que había muchos, pero no muy claros. Después de haber andado así sesenta y cuatro millas halló una entrada muy honda, ancha un cuarto de milla, y buen puerto y río, donde entró y puso la popa al Sursudueste y después al Sur hasta llegar al Sudeste, todo de buena anchura y muy hondo, donde vido tantas islas que no las pudo contar todas, de buena grandeza y muy altas tierras llenas de diversos árboles de mil maneras e infinitas palmas. Maravillóse en gran manera ver tantas islas y tan altas, y certifica a los Reyes que las montañas que desde antayer ha visto por estas costas y las destas islas que le parece que no las hay más altas en el mundo ni tan hermosas y claras, sin niebla ni nieve, y al pie dellas grandísimo fondo; y dice que cree que estas islas son aquellas innumerables que en los mapamundos en fin de Oriente se ponen. Y dijo que creía que había grandísimas riquezas y piedras preciosas y especiería en ellas, y que duran muy mucho al Sur y se ensanchan a toda parte. Púsoles nombre la Mar de Nuestra Señora, y al puerto que está cerca de la boca de la entrada de las dichas islas puso Puerto del Príncipe, en el cual no entró, mas de verlo desde fuera hasta otra vuelta que dio el sábado de la semana venidera, como allí parecerá. Dice tantas y tales cosas de la fertilidad y hermosura y altura de estas islas que halló en este puerto, que dice a los Reyes que no se maravillen de encarecerlas tanto, porque les certifica que cree que no dice la centésima parte: algunas dellas que parecía que llegan al cielo y hechas como puntas de diamantes; otras que sobre su gran altura tienen encima como una mesa y al pie de ellas fondo grandísimo, que podrá llegar a ella una grandísima carraca todas llenas de arboledas y sin

peñas.

Jueves 15 de Noviembre

Acordó de andarlas estas islas con las barcas de los navíos, y dice maravillas dellas y que halló almáciga e infinito lináloe, y algunas de ellas eran labradas de las raíces de que hacen su pan los indios, y halló haber encendido fuego en algunos lugares. Agua dulce no vido; gente había alguna y huyeron. En todo lo que anduvo halló fondo de quince y dieciséis brazas, y todo basa, que quiere decir que el suelo de abajo es arena y no peñas, lo que mucho desean los marineros, porque las peñas cortan los cables de las anclas de las naos.

Viernes 16 de Noviembre

Porque en todas las partes, islas y tierras donde entraba dejaba siempre puesta una cruz, entró en la barca y fue a la boca de aquellos puertos y en una punta de la tierra halló dos maderos muy grandes, uno más largo que el otro y el uno sobre el otro hechos una cruz, que dice que un carpintero no los pudiera poner más proporcionados; y, adorada aquella cruz, mandó hacer de los mismos maderos una muy grande y alta cruz. Halló cañas por aquella playa que no sabía dónde nacían, y creía que las traería algún río y las echaba a la playa, y tenía en esto razón. Fue a una cala dentro de la entrada del puerto de la parte del sudeste (cala es una entrada angosta que entra el agua del mar en la tierra): allí había un alto de piedra y peña como cabo y al pie dél era muy hondo, que la mayor carraca del mundo pudiera poner el bordo en tierra, y había un lugar o rincón donde podían estar seis navíos sin anclas como en una cala. Parecióle que se podía hacer allí una fortaleza a poca costa, si en algún tiempo en aquella mar de islas resultase algún rescate famoso. Volviéndose a la nao, halló los indios que consigo traía que pescaban caracoles muy

grandes que en aquellas mares hay, e hizo entrar la gente allí y buscar si había nácaras, que son las ostias donde se crían las perlas, y hallaron muchas, pero no perlas, y atribuyó a que no debía de ser el tiempo dellas; que creía él que era por mayo y junio. Hallaron los marineros un animal que parecía *taso* o *taxo*.[26] Pescaron también con redes y hallaron un pez, entre otros muchos, que parecía un propio puerco, no como tonina, el cual dice que era todo concha muy tiesta y no tenía cosa blanda sino la cola y los ojos, y un agujero debajo de ella para expeler sus superfluidades. Mandólo salar para llevarlo que viesen los Reyes.

Sábado 17 de Noviembre

Entró en la barca por la mañana y fue a ver las islas que no había visto por la banda del Sudueste. Vido muchas otras y muy fértiles y muy graciosas, y entre medio de ellas muy gran fondo: algunas de ellas dividían arroyos de agua dulce, y creía que aquella agua y arroyos salían de algunas fuentes que manaban en los altos de las sierras de las islas. De aquí yendo adelante, halló una ribera de agua muy hermosa y dulce, y salía muy fría por lo enjuto della: había un prado muy lindo y palmas muchas y altísimas más que las que había visto. Halló nueces grandes de la India, creo que dice, y ratones grandes de los de India también y cangrejos grandísimos. Aves vido muchas y olor vehemente de almizque, y creyó que lo debía de haber allí. Este día, de seis mancebos que tomó en el río de Mares, que mandó que fuesen en la carabela Niña, se huyeron los dos más viejos.

Domingo 18 de Noviembre

Salió en las barcas otra vez con mucha gente de los navíos y fue a poner la gran cruz que había mandado hacer de los

dichos dos maderos a la boca de la entrada de dicho puerto del Príncipe, en un lugar vistoso y descubierto de árboles: ella muy alta y muy hermosa vista. Dice que la mar crece y descrece allí mucho más que en otro puerto de lo que por aquella tierra haya visto, y que no es más maravilla por las muchas islas, y que la marea es al revés de las nuestras, porque allí la luna al Sudueste cuarta del Sur es bajamar en aquel puerto. No partió de aquí por ser domingo.

Lunes 19 de Noviembre

Partió antes que el sol saliese y con calma; y después al medio día ventó algo el Leste y navegó al Nornordeste. Al poner del sol le quedaba el puerto del Príncipe al Sursudueste, y estaría dél siete leguas. Vido la isla de Babeque al Leste justo, de la cual estaría sesenta millas. Navegó toda esta noche al Nordeste escaso, andaría sesenta millas y hasta las diez del día martes otras doce, que son por todas diez y ocho leguas, y al Nordeste cuarta del Norte.

Martes 20 de Noviembre

Quedábanle el Babeque o las islas del Babeque al Lesueste, de donde salía el viento que llevaba contrario. Y viendo que no se mudaba y la mar se alteraba, determinó de dar la vuelta al puerto del Príncipe, de donde había salido, que le quedaba veinticinco leguas. No quiso ir a la isleta que llamó Isabela, que le estaba doce leguas, que pudiera ir a surgir aquel día, por dos razones. La una porque vido dos islas al Sur: las quería ver; la otra porque los indios que traía, que había tomado en Guanahani, que llamó San Salvador, que estaba a ocho leguas de aquella Isabela, no se le fuesen, de los cuales dice que tiene necesidad y por traerlos a Castilla, etc. Tenían dice que entendido que en hallando oro los había el Almirante de dejar tornar a su tierra. Llegó en paraje del

puerto del Príncipe; pero no lo pudo tomar, porque era de noche y porque le decayeron las corrientes al Norueste. Tornó a dar la vuelta y puso la proa al Nordeste con viento recio; amansó y mudóse el viento al tercero cuarto de la noche, puso la proa en el Leste cuarta del Nordeste: el viento era Susueste y mudóse al alba de todo en Sur, y tocaba en el Sueste. Salido el sol marcó el puerto del Príncipe, y quedábale al Sudueste y casi a la cuarta del Oueste, y estaría dél a cuarenta y ocho millas, que son doce leguas.

Miércoles 21 de Noviembre

Al sol salido navegó al Leste con viento Sur; anduvo poco por la mar contraria. Hasta horas de vísperas hubo andado veinticuatro millas. Después se mudó el viento al Leste y anduvo al Sur cuarta del Sueste, y al poner del sol había andado doce millas. Allí se halló el Almirante en cuarenta y dos grados de la línea equinoccial a la parte del Norte, como en el puerto de Mares; pero aquí dice que tiene suspenso el cuadrante hasta llegar a tierra que lo adobe. Por manera que le parecía que no debía distar tanto, y tenía razón, porque no era posible como no estén estas islas sino en [...][27] grados. Para creer quel cuadrante andaba bueno le movía ver dice que el Norte tan alto como en Castilla, y si esto es verdad mucho allegado y alto andaba con la Florida; pero ¿dónde están luego ahora estas islas que entre manos traía? Ayudaba a esto que hacia dice que gran calor; pero claro es que si estuviera en la costa de Florida que no hubiera calor sino frío. Y es también manifiesto que en cuarenta y dos grados en ninguna parte de la tierra se cree hacer calor, y si no fuese por alguna causa de *per accidens*, lo que hasta hoy no creo yo que se sabe. Por este calor que allí el Almirante dice que padecía, arguye que en estas Indias y por allí donde andaba debía de haber mucho

oro.

Este día se apartó Martín Alonso Pinzón con la carabela Pinta, sin obediencia y voluntad del Almirante, por codicia, dice que pensando que un indio que el Almirante había mandado poner en aquella carabela le había de dar mucho oro, y así se fue sin esperar, sin causa de mal tiempo, sino porque quiso. Y dice aquí el Almirante: *otras muchas me tiene hecho y dicho*.

Jueves 22 de Noviembre

Miércoles en la noche navegó al Sur cuarta del Sueste con el viento Leste, y era cuasi calma. Al tercer cuarto ventó Nornordeste. Todavía iba al Sur por ver aquella tierra que por allí le quedaba, y cuando salió el sol se halló tan lejos como el día pasado por las corrientes contrarias, y quedábale la tierra a cuarenta millas. Esta noche Martín Alonso siguió el camino del Este para ir a la isla de Babeque, donde dicen los indios que hay mucho oro, el cual iba a vista del Almirante, y habría hasta él dieciséis millas. Anduvo el Almirante toda la noche la vuelta de tierra e hizo tomar algunas de las velas y tener farol toda la noche, porque le pareció que venía hacia él, y la noche hizo muy clara y el vientecillo bueno para venir a él.

Viernes 23 de Noviembre

Navegó el Almirante todo el día hacia la tierra, al Sur siempre, con poco viento, y la corriente nunca le dejó llegar a ella, antes estaba hoy tan lejos della al poner del sol como en la mañana. El viento era Lesnordeste y razonable para ir al Sur, sino que era poco; y sobre este cabo encabalga otra tierra o cabo que va también al Leste, a quien aquellos indios que llevaba llamaban Bohío, la cual decían que era muy grande y que había en ella gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamaban canibales, a quien mostraban tener gran

miedo. Y desde que vieron que lleva este camino, dice que no podían hablar, porque los comían y que son gente muy armada. El Almirante dice que bien cree que había algo de ello, mas que, pues eran armados, sería gente de razón, y creía que habrían captivado algunos y que porque no volvían a sus tierras dirían que los comían. Lo mismo creían de los cristianos y del Almirante al principio que algunos los vieron.

Sábado 24 de Noviembre

Navegó aquella noche toda, y a la hora de tercia del día tomó la tierra sobre la isla Llana, en aquel mismo lugar donde había arribado la semana pasada cuando iba a la isla de Babeque. Al principio no osó llegar a la tierra, porque le parecía que aquella abra de sierras rompía la mar mucho en ella. Y en fin llegó a la mar de Nuestra Señora, donde había las muchas islas, y entró en el puerto que está junto a la boca de la entrada de las islas, y dice que si él antes supiera este puerto y no se ocupara en ver las islas de la mar de Nuestra Señora, no le fuera necesario volver atrás, aunque dice que lo da por bien empleado por haber visto las dichas islas. Así que llegando a tierra envió la barca y tentó el puerto y halló muy buena barra, honda de seis brazas hasta veinte y limpio, todo basa. Entró en él, poniendo la proa al Sudueste y después volviendo al Oueste, quedando la isla Llana de la parte del Norte, la cual, con otra su vecina, hacen una laguna de mar en que cabrían todas las naos de España y podían estar seguras, sin amarras, de todos los vientos. Y esta entrada de la parte del Sueste, que se entra poniendo la proa al Sursudueste, tiene la salida al Oueste muy honda y muy ancha; así que se puede pasar entremedio de las dichas islas; y por cognoscimiento dellas a quien viniese de la mar de la parte del Norte, que es su travesía desta costa, están las dichas islas al pie de una grande

montaña que es su longura de Leste Oueste, y es harto luenga y más alta y luenga que ninguna de todas las otras questán en esta costa, adonde hay infinitas; y hace fuera una restinga al luengo de la dicha montaña como un banco que llega hasta la entrada. Todo esto de la parte del Sueste, y también de la parte de la isla Llana hace otra restinga, aunque ésta es pequeña, y así entremedias de ambas hay grande anchura y fondo grande, como dicho es. Luego a la entrada, a la parte del Sueste, dentro, en el mismo puerto, vieron un río grande y muy hermoso y de más agua que hasta entonces habían visto, y que venía el agua dulce hasta la mar. A la entrada tiene un banco, mas después adentro es muy hondo de ocho y nueve brazas. Está todo lleno de palmas y de muchas arboledas como los otros.

Domingo 25 de Noviembre

Antes del sol salido entró en la barca y fue a ver un cabo o punta de tierra al Sudeste de la isleta Llana, obra de una legua y media, porque le parecía que había de haber algún río bueno. Luego, a la entrada del cabo de la parte del Sueste, andando dos tiros de ballesta, vido venir un grande arroyo de muy linda agua que descendía de una montaña abajo y hacía gran ruido. Fue al río y vido en él unas piedras relucir, con unas manchas en ellas de color de oro, y acordándose que en el río Tejo, al pie de él, junto a la mar, se halla oro, y parecióle que cierto debía tener oro, y mandó coger ciertas de aquellas piedras para llevar a los Reyes. Estando así dan voces los mozos grumetes, diciendo que veían pinales Miró por la sierra y viólos tan grandes y maravillosos que no podía encarecer su altura y derechura como husos gordos y delgados, donde conoció que se podían hacer navíos e infinita tablazón y mástiles para las mayores naos de España. Vido

robles y madroños, y un buen río y aparejo para hacer sierras de agua. La tierra y los aires más templados que hasta allí, por la altura y hermosura de las sierras. Vido por la playa muchas otras piedras de color de hierro, y otras que decían algunos que eran minas de plata, todas las cuales trae el río. Allí cogió una entena y mástil para la mezana de la carabela Niña. Llegó a la boca del río y entró en una cala al pie de aquel cabo de la parte del Sudeste muy honda y grande, en que cabrían cien naos sin alguna amarra ni anclas; y el puerto, que los ojos otro tal nunca vieron. Las sierras altísimas, de las cuales descendían muchas aguas lindísimas; y todas las sierras llenas de pinos y por todo aquello diversísimas y hermosísimas florestas de árboles. Otros dos o tres ríos le quedaban atrás. Encarece todo esto en gran manera a los Reyes y muestra haber recibido de verlo, y mayormente los pinos, inestimable alegría y gozo, porque se podían hacer allí cuantos navíos desearen, trayendo los aderezos, si no fuere madera y pez, que allí se hará harta; y afirma no encarecerlo la centésima parte de lo que es, y que plugo a Nuestro Señor de le mostrar siempre una cosa mejor que otra, y siempre en lo que hasta aquí había descubierto iba de bien en mejor, así en las tierras y arboledas y hierbas y frutos y flores como en las gentes, y siempre de diversa manera, y así en un lugar como en otro, lo mismo en los puertos y en las aguas. Y finalmente dice que, cuando el que lo ve le es tanta la admiración, cuánto más será a quien lo oyere, y que nadie lo podrá creer si no lo viere.

Lunes 26 de Noviembre

Al salir el sol levantó las anclas del puerto de Santa Catalina, adonde estaba dentro de la isla Llana, y navegó de luengo de la costa con poco viento Sudueste al camino del Cabo del Pico, que era al Sueste. Llegó al cabo tarde, porque le

calmó el viento, y, llegado, vido al Sueste cuarta del Leste otro cabo que estaría dél sesenta millas, y de allí vido otro cabo que estaría hacia el navío al Sueste cuarta del Sur, y parecióle que estaría dél veinte millas, al cual puso nombre el Cabo de Campana, al cual no pudo llegar de día porque le tornó a calmar del todo el viento. Andaría en todo aquel día treinta y dos millas, que son ocho leguas; dentro de las cuales notó y marcó nueve puertos muy señalados, los cuales todos los marineros hacían maravillas, y cinco ríos grandes, porque iba siempre junto con tierra para verlo bien todo. Toda aquella tierra es montañas altísimas muy hermosas, y no secas ni de peñas sino todas andables y valles hermosísimos. Y así los valles como las montañas eran llenos de árboles altos y frescos, que es gloria mirarlos, y parecía que eran muchos pinales. Y también detrás del dicho Cabo del Pico, de la parte del Sueste, están dos isletas que tendrán cada una en cerco dos leguas y dentro de ellas tres maravillosos puertos y dos grandes ríos. En toda esta costa no vido poblado ninguno desde la mar; podría ser haberlo, y hay señales dello, porque donde quiera que saltaban en tierra hallaban señales de haber gente y fuegos muchos. Estimaba que la tierra que hoy vido de la parte Sudeste del Cabo de Campana era la isla que llamaban los indios Bohío: parécelo porque el dicho cabo está apartado de aquella tierra. Toda la gente que hasta hoy ha hallado dice que tiene grandísimo temor de los de Caniba o Canima, y dicen que viven en esta isla de Bohío, la cual debe ser muy grande, según le parece y cree que van a tomar a aquellos a sus tierras y casas, como sean muy cobardes y no saber de armas. Y a esta causa le parecía que aquellos indios que traía no suelen poblarse a la costa de la mar, por ser vecinos a esta tierra, los cuales dice que después que le vieron

tomar la vuelta de esta tierra no podían hablar temiendo que los habían de comer, y no les podía quitar el temor, y decían que no tenían sino un ojo y la cara de perro, y creía el Almirante que mentían, y sentía el Almirante que debían de ser del señorío del Gran Can, que los captivaban.

Martes 27 de Noviembre

Ayer al poner del sol llegó cerca de un cabo, que llamó Campana, y porque el cielo claro y el viento poco no quiso ir a tierra a surgir, aunque tenía de sotavento cinco o seis puertos maravillosos, porque se detenía más de lo que quería por el apetito y deleitación que tenía y recibía de ver y mirar la hermosura y frescura de aquellas tierras donde quiera que entraba, y por no se tardar en proseguir lo que pretendía. Por estas razones se tuvo aquella noche a la corda y temporejar hasta el día. Y porque los aguajes y corrientes lo habían echado aquella noche más de cinco o seis leguas al Sueste adelante de donde había anochecido y le había parecido la tierra de Campana; y allende aquel cabo parecía una grande entrada que mostraba dividir una tierra de otra y hacía como isla en medio, acordó volver atrás con viento Sudueste, y vino adonde le había parecido la abertura, y halló que no era sino una grande bahía, y al cabo della, de la parte del Sueste, un cabo, en el cual hay una montaña alta y cuadrada que parecía isla. Saltó el viento en el Norte y tornó a tomar la vuelta del Sueste, por correr la costa y descubrir todo lo que allí hubiese. Y vido luego al pie de aquel Cabo de Campana un puerto maravilloso y un gran río, y de allí a un cuarto de legua otro río, y de allí a media legua otro río, y dende a media legua otro río, y dende a otra otro río, y dende a otro cuarto, otro río, y dende a otra legua otro río grande, desde el cual hasta el Cabo de Campana habría veinte millas, y le quedaban al

Sudeste. Y los más de estos ríos tenían grandes entradas y anchas y limpias, con sus puertos maravillosos para naos grandísimas, sin bancos de arena ni de peña ni restingas. Viniendo así por la costa a la parte del Sueste del dicho postrero río halló una grande población, la mayor que hasta hoy haya hallado, y vido venir infinita gente a la ribera de la mar dando grandes voces, todos desnudos, con sus azagayas en la mano. Deseó hablar con ellos y amainó las velas, y surgió y envió las barcas de la nao y de la carabela por manera ordenados que no hiciesen daño alguno a los indios ni lo rescibiesen, mandando que les diesen algunas cosillas de aquellos rescates. Los indios hicieron ademanes de no los dejar saltar en tierra y resistirlos. Y viendo que las barcas se allegaban más a tierra y que no les habían miedo, se apartaron de la mar. Y creyendo que saliendo dos o tres hombres de las barcas no temieran, salieron dos cristianos diciendo que no hubiesen miedo en su lengua, porque sabían algo de ella por la conversación de los que traen consigo. En fin, dieron todos a huir, que ni grande ni chico quedó. Fueron los tres cristianos a las casas, que son de paja y de la hechura de las otras que habían visto, y no hallaron a nadie ni cosa en alguna de ellas. Volviéronse a los navíos y alzaron velas a mediodía, para ir a un cabo hermoso que quedaba al Leste, que habría hasta él ocho leguas. Habiendo andado media legua por la misma bahía, vido el Almirante a la parte del Sur un singularísimo puerto, y de la parte del Sudeste unas tierras hermosas a maravilla, así como una vega montuosa dentro en estas montañas, y parecían grandes humos y grandes poblaciones en ella, y las tierras muy labradas; por lo cual determinó de se bajar a este puerto y probar si podía haber lengua o práctica con ellos, el cual era tal que, si a los otros

puertos había alabado, éste dice que alababa más con las tierras y templanza y comarca de ellas y población. Dice maravillas de la lindeza de la tierra y de los árboles, donde hay pinos y palmas, y de la grande vega, que aunque no es llana de llano que va al Sursueste, pero es llana de montes llanos y bajos, la más hermosa cosa del mundo, y salen por ella muchas riberas de agua que descienden de estas montañas. Después de surgida la nao, saltó el Almirante en la barca para sondar el puerto, que es como una escudilla; y cuando fue frontero de la boca al Sur halló una entrada de un río que tenía de anchura que podía entrar una galera por ella y de tal manera que no se veía hasta que se llegase a ella y, entrando por ella tanto como longura de la barca tenía cinco brazas y de ocho de hondo. Andando por ella fue cosa maravillosa ver las arboledas y frescuras y el agua clarísima y las aves y la amenidad, que dice que le parecía que no quisiera salir de allí. Iba diciendo a los hombres que llevaba en su compañía que para hacer relación a los Reyes de las cosas que veían no bastaran mil lenguas a referirlo ni su mano para lo escribir, que le parecía que estaba encantado. Deseaba que aquello vieran muchas otras personas prudentes y de crédito, de las cuales dice ser cierto que no encarecieran estas cosas menos que él. Dice más el Almirante aquí estas palabras: *Cuánto será el beneficio que de aquí se puede haber, yo no lo escribo. Es cierto, Señores Príncipes, que donde hay tales tierras que debe haber infinitas cosas de provecho, mas yo no me detengo en ningún puerto, porque querría ver todas las más tierras que yo pudiese para hacer relación de ellas a Vuestras Altezas, y también no sé la lengua, y la gente de estas tierras no me entienden, ni yo ni otro que yo tenga a ellos. Y estos indios que yo traigo muchas veces les entiendo una cosa por otra al*

contrario, ni fío mucho dellos, porque muchas veces han probado a huir. Mas ahora, placiendo a Nuestro Señor, veré lo más que yo pudiere, y poco a poco andaré entendiendo y conosciendo y haré enseñar esta lengua a personas de mi casa, porque veo que es toda lengua una hasta aquí; y después se sabrán los beneficios y se trabajará de hacer todos estos pueblos cristianos porque de ligero se hará, porque ellos no tienen secta ninguna ni son idólatras, y Vuestras Altezas mandarán hacer en estas partes ciudad y fortaleza y se convertirán estas tierras. Y certifico a Vuestras Altezas que debajo del sol no me parece que las pueda haber mejores en fertilidad, en temperancia de frío y calor, en abundancia de aguas buenas y sanas, y no como los ríos de Guinea, que son todos pestilencia, porque, loado Nuestro Señor, hasta hoy de toda mi gente no ha habido persona que le haya mal de cabeza ni estado en cama por dolencia, salvo un viejo de dolor de piedra, de que él estaba toda su vida apasionado,[28] *y luego sanó al cabo de dos días. Esto que digo es en todos tres navíos. Así que placerá a Dios que Vuestras Altezas enviarán acá o vendrán hombres doctos y verán después la verdad de todo. Y porque atrás tengo hablado del sitio de villa y fortaleza en el río de Mares, por el buen puerto y por la comarca, es cierto que todo es verdad lo que yo dije, mas no hay ninguna comparación de allá aquí, ni de la mar de Nuestra Señora; porque aquí debe haber infra la tierra grandes poblaciones y gente innumerable y cosas de grande provecho, porque aquí y en todo lo otro descubierto y tengo esperanza de descubrir antes que yo vaya a Castilla, digo que tendrá la cristiandad negociación en ellas, cuanto más la España, a quien debe estar sujeto todo. Y digo que Vuestras Altezas no deben consentir que aquí trate ni haga pie ningún extranjero, salvo católicos cristianos, pues esto fue el fin y el*

comienzo del propósito, que fuese por acrecentamiento y gloria de la religión cristiana, ni venir a estas partes ninguno que no sea buen cristiano. Todas son sus palabras. Subió allí por el río arriba y halló unos brazos del río, y, rodeando el puerto, halló a la boca del río estaban unas arboledas muy graciosas, como una muy deleitable huerta, y allí halló una almadía o canoa, hecha de un madero tan grande como una fusta de doce bancos, muy hermosa, varada debajo de una atarazana o ramada hecha de madera y cubierta de grandes hojas de palma, por manera que ni el sol ni el agua le podían hacer daño. Y dice que allí era el propio lugar para hacer una villa o ciudad y fortaleza por el buen puerto, buenas aguas y tierras, buenas comarcas y mucha leña.

Miércoles 28 de Noviembre

Estúvose en aquel puerto aquel día porque llovía y hacía gran cerrazón, aunque podía correr toda la costa con el viento, que era Sudueste; y fuera a popa, pero porque no pudiera ver bien la tierra, y no sabiéndola es peligroso a los navíos, no se partió. Salieron a tierra la gente de los navíos y entraron algunos de ellos un rato por la tierra adentro a lavar su ropa. Hallaron grandes poblaciones y las casas vacías, porque se habían huido todos. Tornáronse por otro río abajo, mayor que aquel donde estaban en el puerto.

Jueves 29 de Noviembre

Porque llovía y el cielo estaba de la manera cerrado, no se partió. Llegaron algunos de los cristianos a otra población cerca de la parte de Norueste, y no hallaron en las casas a nadie ni nada. Y en el camino toparon con un viejo que no les pudo huir; tomáronle y dijéronle que no le querían hacer mal, y diéronle algunas cosillas del rescate y dejáronlo. El Almirante quisiera verlo para vestirlo y tomar lengua dél,

porque le contentaba mucho la felicidad de aquella tierra y disposición que para poblar en ella había, y juzgaba que debía de haber grandes poblaciones. Hallaron en una casa un pan de cera, que trajo a los Reyes, y dice que donde cera hay también debe haber otras mil cosas buenas. Hallaron también los marineros en una casa una cabeza de hombre dentro de un cestillo cubierto con otro cestillo y colgado de un poste de la casa, y de la misma manera hallaron otra en otra población. Creyó el Almirante que debía ser de algunos principales de linaje, porque aquellas casas eran de manera que se acogen en ellas mucha gente en una sola, y deben ser parientes descendientes de uno solo.

Viernes 30 de Noviembre

No se pudo partir, porque el viento era Levante muy contrario a su camino. Envió ocho hombres bien armados y con ellos dos indios de los que traía, para que viesen aquellos pueblos de la tierra dentro y por haber lengua. Llegaron a muchas casas y no hallaron a nadie ni nada, que todos se habían huido. Vieron cuatro mancebos que estaban cavando en sus heredades. Así como vieron los cristianos dieron a huir; no los pudieron alcanzar. Anduvieron dice que mucho camino. Vieron muchas poblaciones y tierra fertilísima y toda labrada y grandes riberas de agua, y cerca de una vieron una almadía o canoa de noventa y cinco palmos de longura, de un solo madero, muy hermosa, y que en ella cabrían y navegarían ciento cincuenta personas.

Sábado 1° de Diciembre

No se partió, por la misma causa del viento contrario y porque llovía mucho. Asentó una cruz grande a la entrada de aquel puerto que creo llamó el Puerto Santo, sobre unas peñas vivas. La punta es aquella que está a la parte del Sueste, a la

entrada del puerto, y quien hubiere de entrar en este puerto se debe llegar más sobre la parte del Norueste a aquella punta que sobre la otra del Sueste; puesto que al pie de ambas, junto con la peña, hay doce brazas de hondo y muy limpio. Más a la entrada del puerto, sobre la punta del Sueste, hay una baja que sobreagua, la cual dista de la punta tanto que se podría pasar entre medias, habiendo necesidad, porque al pie de la baja y del cabo todo es fondo de doce y de quince brazas, y a la entrada se ha de poner la proa al Sudueste.

Domingo 2 de Diciembre

Todavía fue contrario el viento y no pudo partir; dice que todas las noches del mundo vienta terral, y que todas las naos que allí estuvieren no hayan miedo de toda la tormenta del mundo, porque no puede recalar dentro por una baja que está al principio del puerto, etc. En la boca de aquel río dice que halló un grumete ciertas piedras que parecen tener oro; trájolas para mostrar a los Reyes. Dice que hay por allí, a tiro de lombarda, grandes ríos.

Lunes 3 de Diciembre

Por causa de que hacía siempre tiempo contrario, no partía de aquel puerto, y acordó de ir a ver un cabo muy hermoso un cuarto de legua del puerto de la parte del Sueste. Fue con las barcas y alguna gente armada. Al pie del cabo había una boca de un buen río, puesta la proa al Sueste para entrar, y tenía cien pasos de anchura; tenía una braza de fondo a la entrada o en la boca; pero dentro había doce brazas, y cinco, y cuatro, y dos, y cabrían en él cuantos navíos hay en España. Dejando un brazo de aquel río fue al Sueste y halló una caleta en que vido cinco muy grandes almadías que los indios llaman canoas, como fustas muy hermosas y labradas que dice era placer verlas, y al pie del monte vido todo labrado.

Estaban debajo de árboles muy espesos, y yendo por un camino que salía a ellas fueron a dar a una atarazana muy bien ordenada y cubierta, que ni sol ni agua no les podía hacer daño, y debajo de ella había otra canoa hecha de un madero como las otras, como una fusta de diecisiete bancos. Era placer ver las labores que tenía y su hermosura. Subió una montaña arriba y después hallóla toda llana y sembrada de muchas cosas de la tierra y calabazas, que era gloria verla; y en medio de ella estaba una gran población. Dio de súbito sobre la gente del pueblo, y, como los vieron, hombres y mujeres dan de huir. Aseguróles el indio que llevaba consigo de los que traía, diciendo que no hubiesen miedo, que gente buena era. Hízolos dar el Almirante cascabeles y sortijas de latón y cuentezuelas de vidrio verdes y amarillas, con que fueron muy contentos, visto que no tenían oro ni otra cosa preciosa y que bastaba dejarlos seguros y que toda la comarca era poblada y huidos los demás de miedo, acordó volverse. Y certifica el Almirante a los Reyes que diez hombres hagan huir a diez mil: tan cobardes y medrosos son que ni traen armas, salvo unas varas, y en el cabo de ellas un palillo agudo tostado. Dice que las varas se las quitó todas con buena maña, rescatándoselas de manera que todas las dieron. Tornados adonde habían dejado las barcas, envió ciertos cristianos al lugar por donde subieron, porque le había parecido que había visto un gran colmenar. Antes de que viniesen los que habían enviado, ajuntáronse muchos indios y vinieron a las barcas donde ya se había el Almirante recogido con su gente toda; uno de ellos se adelantó en el río junto con la popa de la barca e hizo una grande plática que el Almirante no entendía, salvo que los otros indios de cuando en cuando alzaban las manos al cielo y daban una grande voz. Pensaba el Almirante que lo

aseguraban y que les placía de su venida; pero vido al indio que consigo traía demudarse la cara y amarillo como la cera, y temblaba mucho, diciendo por señas que el Almirante se fuese fuera del río, que los querían matar, y llegóse a un cristiano que tenía una ballesta armada y mostróla a los indios, y entendió el Almirante que los decía que los matarían todos, porque aquella ballesta tiraba lejos y mataba. También tomó una espada y la sacó de la vaina, mostrándola diciendo lo mismo; lo cual oído por ellos dieron todos en huir, quedando todavía temblando el dicho indio de cobardía y poco corazón, y era hombre de buena estatura y recio. No quiso el Almirante salir del río; antes hizo remar en tierra hacia donde ellos estaban, que eran muy muchos, todos tintos de colorado y desnudos como su madre los parió, y alguno de ellos con penachos en la cabeza y otras plumas, todos con sus manojos de azagayas. *Lleguéme a ellos y diles algunos bocados de pan y demandéles las azagayas, y dábales por ellas a unos un cascabelito, a otros una sortijuela de latón, a otros unas cuentezuelas; por manera que todos se apaciguaron y vinieron todos a las barcas y daban cuanto tenían por cualquiera cosa que les daban. Los marineros habían muerto una tortuga y la cáscara estaba en la barca en pedazos, y los grumetes dábanles de ella como la una y los indios les daban un manojo de azagayas. Ellos son gente como los otros que he hallado* —dice el Almirante—, *y de la misma creencia, y creían que veníamos del cielo; y de lo que tienen luego lo dan por cualquier cosa que les den, sin decir que es poco, y creo que así harían de especiería y de oro si lo tuviesen. Vi una casa hermosa no muy grande y de dos puertas, porque así son todas, y entré en ella y vi una obra maravillosa, como cámaras hechas por una cierta manera que no lo sabría decir, y colgando al cielo de ella caracoles y*

otras cosas. Yo pensé que era templo y los llamé y dije por señas si hacían en ella oración; dijeron que no, y subió uno de ellos arriba y me daba todo cuanto allí había, y de ello tomé algo.

Martes 4 de Diciembre

Hízose a la vela con poco viento y salió de aquel puerto que nombró Puerto Santo. A las dos leguas vido un buen río de que ayer habló. Fue de luengo de costa, y corríase toda la tierra, pasado el dicho cabo, Lesueste y Ouesnorueste hasta el Cabo Lindo, que está al cabo del Monte al Leste cuarta del Sueste, y hay de uno a otro cinco leguas. Del cabo del Monte a legua y media hay un gran río algo angosto; pareció que tenía buena entrada y era muy hondo. Y de allí a tres cuartos de legua vido otro grandísimo río, y debe venir de muy lejos. En la boca tenía cien pasos y en ella ningún banco, y en la boca ocho brazas y buena entrada: porque lo envió a ver y sondar con la barca, y tiene el agua dulce hasta dentro en la mar, y es de los caudalosos que había hallado, y debe haber grandes poblaciones. Después del Cabo Lindo hay una grande bahía que sería buen paso por Lesnordeste y Sueste y Sursudueste.

Miércoles 5 de Diciembre

Toda esta noche anduvo a la corda sobre el Cabo Lindo, adonde anocheció por ver la tierra que iba al Leste; y al salir del sol vio otro cabo al Leste a dos leguas y media. Pasado aquél, vio que la costa volvía al Sur y tomaba del Sudeste, y vio luego un cabo muy hermoso y alto a la dicha derrota, y distaba de ese otro siete leguas. Quisiera ir allá, pero por el deseo que tenía de ir a la isla de Babeque, que le quedaba, según decían los indios que llevaban, al Nordeste, lo dejó. Tampoco pudo ir al Babeque, porque el viento que llevaba era Nordeste. Yendo así, miró al Sueste y vio tierra y era una isla muy grande, de la cual tenía dice que información de los

indios, a que llamaban ellos Bohío, poblada de gente. De esta gente dice que los de Cuba o Juana y de todas estas otras islas tienen gran miedo, porque dice que comían los hombres. Otras cosas le contaban los dichos indios, por señas, muy maravillosas: mas el Almirante no dice que las creía, sino que debían tener más astucia y mejor ingenio los de aquella isla Bohío para los captivar quellos, porque eran muy flacos de corazón. Así que porque el tiempo era Nordeste y tomaba del Norte, determinó dejar a Cuba o Juana, que hasta entonces había tenido por tierra firme por su grandeza, porque bien habría andado en un paraje ciento y veinte leguas; y partió al Sueste cuarta del Leste. Puesto que la tierra que él había visto se hacía al Sudeste, daba este resguardo porque siempre el viento rodea el Norte para el Nordeste y de allí al Leste y Sueste. Cargó mucho el viento y llevaba todas sus velas, la mar llana y la corriente que le ayudaba, por manera que hasta la una después de medio día desde la mañana hacía de camino ocho millas por hora, y eran seis horas aún no cumplidas, porque dice que allí eran las noches cerca de quince horas. Después anduvo diez millas por hora; y así andaría hasta poner del sol ochenta y ocho millas, que son veintidós leguas, todo al Sudeste. Y porque se hacía noche, mandó a la carabela Niña que se adelantase para ver con el día el puerto, porque era velera, y llegando a la boca del puerto, que era como la bahía de Cádiz, y porque era ya de noche, envió a su barca que sondase el puerto, la cual llevó lumbre de candela; y antes quel Almirante llegase adonde la carabela estaba barloventeando y esperando que la barca le hiciese señas para entrar en el puerto, apagósele la lumbre a la barca. La carabela, como no vido lumbre, corrió de largo e hizo lumbre al Almirante, y, llegado a ella, contaron lo que había

acaecido. Estando en esto, los de la barca hicieron otra lumbre: la carabela fue a ella, y el Almirante no pudo, y estuvo toda aquella noche barloventeando.

Jueves 6 de Diciembre

Cuando amaneció, se halló cuatro leguas del puerto. Púsole nombre Puerto María, y vio un cabo hermoso al Sur cuarta del Sudueste, al cual puso nombre Cabo del Estrella, y parecióle que era la postrera tierra de aquella isla hacia el Sur; y estaría el Almirante dél veintiocho millas. Parecíale otra tierra como isla no grande al Leste, y estaría dél a cuarenta millas. Quedábale otro cabo muy hermoso y bien hecho, a quien puso nombre Cabo del Elefante, al Leste cuarta del Sueste, y distábale ya cincuenta y cuatro millas. Quedábale otro cabo al Lesueste, al que puso nombre del Cabo de Cinquin;[29] estaría dél veintiocho millas. Quedábale una gran escisura o abertura o abra a la mar, que le pareció ser río, al Sueste, y tomaba de la cuarta del Leste, habría dél a la abra veinte millas. Parecíale que entre el Cabo del Elefante y el de Cinquin había una grandísima entrada, y algunos de los marineros decían que era apartamiento de isla; a aquélla puso por nombre la Isla de la Tortuga. Aquella isla grande parecía altísima tierra, no cerrada con montes, sino rasa como hermosas campiñas, y parece toda labrada o grande parte de ella, y parecían las sementeras como trigo en el mes de mayo en la campiña de Córdoba. Viéronse muchos fuegos aquella noche, y de día muchos humos como atalayas, que parecía estar sobre aviso de alguna gente con quien tuviesen guerra. Toda la costa desta tierra va al Leste. A hora de vísperas entró en el puerto dicho, y púsole nombre Puerto de San Nicolas, porque era el día de San Nicolás, por honra suya, y a la entrada dél se maravilló de su hermosura y bondad. Y aunque

tiene mucho alabados los puertos de Cuba, pero sin duda dice él que no es menos éste, antes los sobrepuja y ninguno le es semejante. En boca y entrada tiene legua y media de ancho, y se pone la proa al Sursueste, puesto que por la grande anchura se puede poner la proa adonde quisieren. Va desta manera al Sursueste dos leguas; y a la entrada dél por la parte del Sur se hace como una angla, y de allí se sigue así igual hasta el cabo, adonde está una playa muy hermosa y un campo de árboles de mil maneras y todos cargados de frutas, que creía el Almirante ser de especiería y nueces moscadas, sino que no estaban maduras y no se conoscía, y un río en medio de la playa. El fondo de este puerto es maravilloso, que hasta llegar a la tierra en longura de una [...][30] nao no llegó la sondaresa o plomada al fondo con cuarenta brazas, y hay hasta esta longura el fondo de quince brazas y muy limpio; y así es todo el dicho puerto de cada cabo, hondo dentro una pasada de tierra de quince brazas, y limpio; y de esta manera es toda la costa, muy hondable y limpia, que no parece una sola baja, y al pie della, tanto como longura de un remo de barca de tierra, tiene cinco brazas. Y después de la longura de dicho puerto, yendo al Sursueste, en la cual longura pueden barloventear mil carracas, bojó un brazo del puerto al Nordeste por la tierra dentro de una grande media legua, y siempre en una misma anchura, como que lo hicieran por un cordel; el cual queda de manera que, estando en aquel brazo, que será de anchura de veinticinco pasos, no se puede ver la boca de la entrada grande, de manera que queda puerto cerrado, y el fondo de este brazo es así en el comienzo hasta el fin de once brazas, y todo basa o arena limpia, y hasta tierra y poner los bordes en las hierbas tiene ocho brazas. Es todo el puerto muy airoso y desavahado, de árboles raso. Toda esta

isla le pareció de más peñas que ninguna otra que haya hallado: los árboles más pequeños, y muchos de ellos de la naturaleza de España, como carrascos y madroños y otros, y lo mismo de las hierbas. Es tierra muy alta, y toda campiña o rasa y de muy buenos aires, y no se ha visto tanto frío como allí, aunque no es de contar por frío, mas díjolo al respecto de las otras tierras. Hacia enfrente de aquel puerto una hermosa vega, y en medio della el río susodicho; y en aquella comarca, dice, debe haber grandes poblaciones según se veían las almadías con que navegan tantas y tan grandes dellas como una fusta de quince bancos. Todos los indios huyeron y huían como veían los navíos. Los que consiguió de las isletas traía, tenían tanta gana de ir a su tierra que pensaba, dice el Almirante, que, después que se partiese de allí, los tenía de llevar a sus casas, y que ya lo tenían por sospechoso porque no llevaba el camino de su casa, por lo cual dice que ni les creía lo que le decían, ni los entendía bien ni ellos a él, y dice que habían el mayor miedo del mundo de la gente de aquella isla. Así que, por querer haber lengua con la gente de aquella isla, le fuera necesario detenerse algunos días en aquel puerto, pero no lo hacía por ver mucha tierra y por dudar que el tiempo le duraría. Esperaba en Nuestro Señor que los indios que traía sabrían su lengua y él la suya, y después tornaría, y hablará con aquella gente, y placerá a Su Majestad, dice él, que hallará algún buen rescate de oro antes que vuelva.

Viernes 7 de Diciembre

Al rendir del cuarto del alba, dio las velas y salió de aquel Puerto de San Nicolás y navegó con el viento Sudueste al Nordeste dos leguas, hasta un cabo que hace el Carenero, y quedábale al Sueste un angla y el Cabo de la Estrella al Sudueste, y distaba del Almirante veinte y cuatro millas. De

allí navegó al Leste, luengo de costa hasta el cabo Cinquin, que sería cuarenta y ocho millas; verdad es que las veinte fueron al Leste cuarta del Nordeste, y aquella costa es tierra toda muy alta y muy grande fondo; hasta dar en tierra es de veinte y treinta brazas, y fuera tanto como un tiro de lombarda no se halla fondo, lo cual todo lo probó el Almirante aquel día por la costa, mucho a su placer con el viento Sudueste. El angla que arriba dijo llega dice que al Puerto de San Nicolás tanto como tiro de una lombarda, que si aquel espacio se atajase y cortase quedaría hecho isla, lo demás bojaría en el cerco tres o cuatro millas. Toda aquella tierra era muy alta y no de árboles grandes sino como carrascos y madroños, propia, dice, que tierra de Castilla. Antes que llegase al dicho cabo Cinquin con dos leguas, halló una anglezuela como la abertura de una montaña, por la cual descubrió un valle grandísimo, y vidolo todo sembrado como cebadas, y sintió que debía de haber en aquel valle grandes poblaciones, y a las espaldas dél había grandes montañas y muy altas. Y cuando llegó al Cabo de Cinquin, le demoraba el Cabo de la Tortuga al Nordeste, y habría treinta y dos millas, y sobre este Cabo Cinquin, a tiro de una lombarda, está una peña en la mar que sale en alto que se puede ver bien; y, estando el Almirante sobre dicho cabo, le demoraba el Cabo del Elefante al Leste cuarta del Sueste, y habría hasta él setenta millas, y toda tierra muy alta. Y a cabo de seis leguas halló una gran angla, y vido por la tierra dentro muy grandes valles y campiñas y montañas altísimas, todo a semejanza de Castilla. Y dende a ocho millas halló un río muy hondo, sino que era angosto, aunque bien pudiera entrar en él una carraca, y la boca todavía sin banco ni bajas. Y dende a dieciséis millas halló un puerto muy ancho y muy hondo, hasta no hallar

fondo en la entrada ni a las bordas a tres pasos, salvo quince brazas, y va dentro un cuarto de legua. Y puesto que fuese aún muy temprano, como la una después de mediodía, y el viento era a popa y recio, pero porque el cielo mostraba querer llover mucho y había gran cerrazón, que es peligrosa aun para la tierra que se sabe, cuanto más en la que no se sabe, acordó entrar en el puerto, al cual llamó Puerto de la Concepción, y salió a tierra en un río no muy grande que está al cabo del puerto, que viene por unas vegas y campiñas que era una maravilla ver su hermosura. Llevó redes para pescar, y antes que llegase a tierra saltó una lisa como las de España propia en la barca, que hasta entonces no había visto peces que pareciesen a los de Castilla. Los marineros pescaron y mataron otras, y lenguados y otros peces como los de Castilla. Anduvo un poco por aquella tierra que es toda labrada, y oyó cantar el ruiseñor y otros pajaritos como los de Castilla. Vieron cinco hombres, mas no les quisieron aguardar sino huir. Halló arrayán y otros árboles y hierbas como los de Castilla, y así es la tierra y las montañas.

Sábado 8 de Diciembre

Allí en aquel puerto les llovió mucho con viento Norte muy recio: el puerto es seguro de todos los vientos excepto Norte, puesto que no le puede hacer daño alguno, porque la resaca es grande, que no da lugar a que la nao vire sobre las amarras ni el agua del río. Después de medianoche se tornó el viento al Nordeste y después al Leste, de los cuales vientos es aquel puerto bien abrigado por la isla de la Tortuga, questá frontera treinta y seis millas.

Domingo 9 de Diciembre

Este día llovió e hizo tiempo de invierno como en Castilla por octubre. No había visto población sino una casa muy

hermosa en el Puerto de San Nicolás, y mejor hecha que en otras partes de las que había visto. La isla es muy grande, y dice el Almirante que no será mucho que boje doscientas leguas: ha visto que es toda muy labrada; creía que debían ser las poblaciones lejos de la mar de donde ven cuando llegaba, y así huían todos y llevaban consigo todo lo que tenían y hacían ahumadas como gente de guerra. Este puerto tiene en la boca mil pasos, que es un cuarto de legua: en ella ni hay banco ni baja, antes no se halla casi fondo hasta en tierra a la orilla de la mar, y hacia dentro, en luengo, va tres mil pasos todo limpio y basa, que cualquiera nao puede surgir en él sin miedo y entrar sin resguardo. Al cabo de él tiene dos bocas de ríos que traen poca agua; enfrente dél hay unas vegas las más hermosas del mundo y casi semejables a las tierras de Castilla, antes éstas tienen ventaja, por lo cual puso nombre a la dicha isla la Isla Española.

Lunes 10 de Diciembre

Ventó mucho el Nordeste, e hízole garrar las anclas medio cable, de que se maravilló el Almirante, y echólo a que las anclas estaban mucho a tierra y venía sobre ella el viento. Y visto que era contrario para ir donde pretendía, envió seis hombres bien aderezados de armas a tierra, que fuesen dos o tres leguas dentro en la tierra para ver si pudieran haber lengua. Fueron y volvieron no habiendo hallado gente ni casas: hallaron empero unas cabañas y caminos muy anchos y lugares donde habían hecho lumbre muchos; vieron las mejores tierras del mundo y hallaron árboles de almáciga muchos, y trajeron de ella y dijeron que había mucha, salvo que no es ahora el tiempo para cogerla, porque no cuaja.

Martes 11 de Diciembre

No partió por el viento, que todavía era Leste y Nordeste.

Frontero de aquel puerto, como está dicho, está la isla de la Tortuga, y parece grande isla, y va la costa de ella casi como la Española, y puede haber de la una a la otra, a lo más, diez leguas; conviene a saber, desde el Cabo de Cinquin a la cabeza de la Tortuga; después la costa della se corre al Sur. Dice que quería ver el entremedio de estas dos islas por ver la isla Española, que es la más hermosa cosa del mundo, y porque, según le decían los indios que traía, por allí se había de ir a la isla de Babeque, los cuales le decían que era isla muy grande y de muy grandes montañas y ríos y valles, y decían que la isla de Bohío era mayor que la Juana a que llaman Cuba, y que no está cercada de agua, y parece dar a entender ser tierra firme, que es aquí detrás de esta Española, a quellos llaman Caritaba, y que es cosa infinita, y casi traen razón que ellos sean trabajados de gente astuta, porque todas estas islas viven con gran miedo de los de Caniba, *y así torno a decir como otras veces dije* —dice él— *que Caniba no es otra cosa sino la gente del Gran Can, que debe ser aquí muy vecino, y tendrá navíos y vendrán a captivarlos, y como no vuelven creen que se los han comido. Cada día entendemos más a estos indios y ellos a nosotros, puesto que muchas veces hayan entendido uno por otro*, dice el Almirante. Envió gente a tierra, hallaron mucha almáciga sin cuajarse; dice que las aguas lo deben hacer, y que en Xio la cogen por marzo, y que en enero la cogerían en aquestas tierras por ser tan templadas. Pescaron muchos pescados como los de Castilla, albures, salmones, pijotas, gallos, pámpanos, lisas, corvinas, camarones, y vieron sardinas; hallaron mucho lináloe.

Miércoles 12 de Diciembre

No partió aqueste día, por la misma causa del viento contrario dicha. Puso una gran cruz a la entrada del puerto de

la parte del Oueste, en un alto muy vistoso, *en señal* —dice él— *que Vuestras Altezas tienen la tierra por suya, y principalmente por señal de Jesucristo nuestro Señor y honra de la cristiandad*; la cual puesta, tres marineros metiéronse por el bosque a ver los árboles y hierbas, y oyeron un gran golpe de gente, todos desnudos como los de atrás, a los cuales llamaron y fueron tras ellos, pero dieron los indios a huir, y, finalmente tomaron una mujer, que no pudieron más, *porque yo* —dice él— *les había mandado que tomasen algunos para honrarlos y hacerles perder el miedo y si hubiesen alguna cosa de provecho, como no parece poder ser otra cosa según la hermosura de la tierra; y así trajeron una mujer muy moza y hermosa a la nao, y habló con aquellos indios, porque todos tenían una lengua*. Hízola el Almirante vestir y diole cuentas de vidrio y cascabeles y sortija de latón y tornóla a enviar a tierra muy honradamente, según su costumbre; envió algunas personas de la nao con ella, y tres de los indios que llevaba consigo, porque hablasen con aquella gente. Los marineros que iban en la barca, cuando la llevaban a tierra, dijeron al Almirante que ya no quisiera salir de la nao, sino quedarse con las otras mujeres indias que había hecho tomar en el puerto de Mares de la isla Juana de Cuba. Todos estos indios que venían con aquella india dice que venían en una canoa, que es su carabela en que navegan, de alguna parte, y cuando asomaron a la entrada del puerto y vieron los navíos, volviéronse atrás y dejaron la canoa por allí en algún lugar y fuéronse camino de su población. Ella mostraba el paraje de la población. Traía esta mujer un pedacito de oro en la nariz, que era señal que había en aquella isla oro.

Jueves 13 de Diciembre

Volvieron los tres hombres que había enviado el Almirante

con la mujer a tres horas de la noche, y no fueron con ella hasta la población, porque les pareció lejos o porque tuvieron miedo. Dijeron que otro día vendría mucha gente a los navíos, porque ya debían de estar asegurados por las nuevas que daría la mujer. El Almirante, con deseo de saber si había alguna cosa de provecho en aquella tierra, y por haber alguna lengua con aquella gente por ser la tierra tan hermosa y fértil, y tomasen gana de servir a los Reyes, determinó de tornar a enviar a la población, confiando en las nuevas que la india habría dado de los cristianos ser buena gente, para lo cual escogió nueve hombres bien aderezados de armas y aptos para semejante negocio, con los cuales fue un indio de los que traía. Estos fueron a la población questaba cuatro leguas y media al Sueste, la cual hallaron en un grandísimo valle y vacía, porque, como sintieron ir los cristianos, todos huyeron, dejando cuanto tenían, la tierra dentro. La población era de mil casas y de más de mil hombres. El indio que llevaban los cristianos corrió tras ellos dando voces, diciendo que no hubiesen miedo, que los cristianos no eran de Cariba, mas antes eran del cielo, y que daban muchas cosas hermosas a todos los que hallaban. Tanto les impresionó lo que decía, que se aseguraron y vinieron juntos de ellos más de dos mil, y todos venían a señal de gran reverencia y amistad, los cuales estaban todos temblando hasta que mucho los aseguraron. Dijeron los cristianos que, después que ya estaban sin temor, iban todos a sus casas, y cada uno les traía de lo que tenía de comer, que es pan de niames, que son unas raíces como rábanos grandes que nacen, que siembran y nacen y plantan en todas sus tierras, y es su vida, y hacen dellas pan y cuecen y asan y tienen sabor propio de castañas, y no hay quien no crea comiéndolas que no sean castañas. Dábanles pan y pescado y

de lo que tenían. Y porque los indios que traía en el navío tenían entendido que el Almirante deseaba tener algún papagayo, parece que aquel indio que iba con los cristianos díjoles algo de esto, y así les trajeron papagayos y les daban cuanto les pedían sin querer nada por ello. Rogábanles que no se viniesen aquella noche y que les darían otras muchas cosas que tenían en la sierra. Al tiempo que toda aquella gente estaba junto con los cristianos, vieron venir una gran batalla o multitud de gente con el marido de la mujer que había el Almirante honrado y enviado, la cual traían caballera sobre sus hombros, y venían a dar gracias a los cristianos por la honra que el Almirante le había hecho y dádivas que le había dado. Dijeron los cristianos al Almirante que era toda gente más hermosa y de mejor condición que ninguna otra de las que habían hasta allí hallado; pero dice el Almirante que no sabe cómo puedan ser de mejor condición que las otras, dando a entender que todas las que habían en las otras islas hallado era de muy buena condición. Cuanto a la hermosura, dicen los cristianos que no había comparación, así en los hombres como en las mujeres, y que son blancos más que los otros, y que entre los otros vieron dos mujeres mozas tan blancas como podían ser en España. Dijeron también de la hermosura de las tierras que vieron, que ninguna comparación tienen las de Castilla las mejores en hermosura y en bondad, y el Almirante así lo veía por las que ha visto y por las que tenía presentes, y decíanle que las que veía ninguna comparación tenían con aquellas de aquel valle, ni la campiña de Córdoba llegaba a aquélla con tanta diferencia como tiene el día de la noche. Decían que todas aquellas tierras estaban labradas y que por medio de aquel valle pasaba un río muy ancho y grande que podía regar todas las tierras. Estaban

todos los árboles verdes y llenos de fruta y las hierbas todas floridas y muy altas; los caminos muy anchos y buenos, los aires eran como en abril en Castilla, cantaba el ruiseñor y otros pajaritos como en el dicho mes en España, que dicen que era la mayor dulzura del mundo. Las noches cantaban algunos pajaritos suavemente; los grillos y ranas se oían muchas; los pescados como en España. Vieron muchos almácigos y lináloe y algodonales; oro no hallaron, y no es maravilla que en tan poco tiempo no se halle. Tomó aquí el Almirante experiencia de qué horas era el día y la noche, y de sol a sol halló que pasaron veinte ampolletas, que son de a media hora, aunque dice que allí puede haber defecto, o porque no la vuelven presto o deja de pasar algo. Dice también que halló por el cuadrante que estaba de la línea equinoccial treinta y cuatro grados.

Viernes 14 de Diciembre

Salió de aquel Puerto de la Concepción con terral, y luego desde a poco calmó, y así lo experimentó cada día de los que por allí estuvo. Después vino viento Levante; navegó con él al Nornordeste, llegó a la isla de la Tortuga, vio una punta de ella que llamó la Punta Pierna, que estaba al Lesnordeste de la cabeza de la isla, y habría doce millas; y de allí descubrió otra punta que llamó la Punta Lanzada, en la misma derrota del Nordeste, que habría dieciséis millas. Y así, desde la cabeza de la Tortuga hasta la Punta Aguda habría cuarenta y cuatro millas, que son once leguas al Lesnordeste. En aquel camino había algunos pedazos de playa grandes. Esta isla de la Tortuga es tierra muy alta, pero no montañosa, y es muy hermosa y muy poblada de gente como la de la isla Española, y la tierra así toda labrada, que parecía ver la campiña de Córdoba. Visto que el viento le era contrario y no podía ir a la

isla Baneque, acordó tornarse al Puerto de la Concepción, de donde había salido, y no pudo cobrar un río questá de la parte del Leste del dicho puerto dos leguas.

Sábado 15 de Diciembre

Salió del puerto de la Concepción otra vez para su camino, pero, en saliendo del puerto, ventó Leste recio, su contrario, y tomó la vuelta de la Tortuga hasta ella, y de allí dio vuelta para ver aquel río que ayer quisiera ver y tomar y no pudo, y de esta vuelta tampoco lo pudo tomar, aunque surgió media legua de sotaviento en una playa, buen surgidero y limpio. Amarrados sus navíos, fue con las barcas a ver el río, y entró por un brazo de mar que está antes de media legua, y no era la boca. Volvió, y halló la boca que no tenía aún una braza, y venía muy recio; entró con las barcas por él, para llegar a las poblaciones que los que anteayer había enviado habían visto, y mandó echar la sirga en tierra, y, tirando los marineros de ella, subieron las barcas dos tiros de lombarda, y no pudo andar más por la reciura del corriente del río. Vido algunas cosas y el valle grande donde están las poblaciones, y dijo que otra cosa más hermosa no había visto, por medio del cual valle viene aquel río. Vido también gente a la entrada del río, mas todos dieron a huir. Dice más, que aquella gente debe ser muy cazada, pues vive con tanto temor, porque en llegando que llegan a cualquier parte, luego hacen ahumadas de las atalayas por toda la tierra, y esto más en esta isla Española y en la Tortuga, que también es grande isla, que en las otras que atrás dejaba. Puso nombre al valle Valle del Paraíso, y al río Guadalquivir, porque dice que así viene tan grande como el Guadalquivir por Córdoba, y a las veras o riberas dél, playa de piedras muy hermosas, y todo andable.

Domingo 16 de Diciembre

A la media noche, con el ventezuelo de tierra, dio las velas por salir de aquel golfo, y viniendo del bordo de la isla Española yendo a la bolina, porque luego a hora de tercia ventó Leste, a medio golfo halló una canoa con un indio solo en ella, de que se maravillaba el Almirante cómo se podía tener sobre el agua siendo el viento grande. Hízole meter en la nao a él y su canoa, y halagado, diole cuentas de vidrio, cascabeles y sortijas de latón y llevólo en la nao hasta tierra a una población que estaba de allí dieciséis millas junto a la mar, donde surgió el Almirante y halló buen surgidero en la playa junto a la población, que parecía ser de nuevo hecha, porque todas las casas eran nuevas. El indio fuese luego con su canoa a tierra, y da nuevas del Almirante y de los cristianos ser buena gente, puesto que ya las tenían por lo pasado de las otras donde habían ido los seis cristianos; y luego vinieron más de quinientos hombres, y desde a poco vino el rey de ellos, todos en la playa junto a los navíos, porque estaban surgidos muy cerca de tierra. Luego uno a uno, y muchos a muchos, venían a la nao sin traer consigo cosa alguna, puesto que algunos traían algunos granos de oro finísimo en las orejas y en la nariz, el cual luego daban de buena gana. Mandó hacer honra a todos el Almirante, y dice él *porque son la mejor gente del mundo y más mansa; y sobre todo, que tengo mucha esperanza en Nuestro Señor que Vuestras Altezas los harán todos cristianos, y serán todos suyos, que por suyos los tengo*. Vido también que el dicho rey estaba en la playa, y que todos le hacían acatamiento. Envióle un presente el Almirante, el cual dice que recibió con mucho estado, y que sería mozo de hasta veintiún años, y que tenía un ayo viejo y otros consejeros que le aconsejaban y respondían, y que él hablaba muy pocas palabras. Uno de los indios que traía el

Almirante habló con él, y le dijo cómo venían los cristianos del cielo, y que andaba en busca de oro y quería ir a la isla de Baneque; y él respondió que bien era, y que en la dicha isla había mucho oro; el cual mostró, al alguacil del Almirante que le llevó el presente, el camino que habían de llevar, y que en dos días iría de allí a ella, y que si de su tierra había menester algo lo daría de muy buena voluntad. Este rey y todos los otros andaban desnudos como sus madres los parieron, y así las mujeres, sin algún empacho, y son los más hermosos hombres y mujeres que hasta allí hubieron hallado: harto blancos, que si vestidos anduviesen y guardasen del sol y del aire, serían casi tan blancos como en España, porque esta tierra es harto fría y la mejor que lengua puede decir. Es muy alta, y sobre el mayor monte podrían arar bueyes, y hecha toda a campiñas y valles. En toda Castilla no hay tierra que se pueda comparar a ella en hermosura y bondad. Toda esta isla y la de la Tortuga son todas labradas como la campiña de Córdoba. Tienen sembrado en ellas ajes,[31] que son unos ramillos que planta, y al pie de ellos nacen unas raíces como zanahorias, que sirven por pan, y rallan y amasan y hacen pan con ellas, y después tornan a plantar el mismo ramillo en otra parte y torna a dar cuatro o cinco de aquellas raíces que son muy sabrosas, propio gusto de castaña. Allí las hay más gordas y buenas que había visto en ninguna parte, porque también dice que de aquéllas había en Guinea. Las de aquel lugar eran tan gordas como la pierna, y aquella gente todos dicen que eran gordos y valientes y no flacos, como los otros que antes había hallado, y de muy dulce conversación, sin secta. Y los árboles de allí dice que eran tan viciosos que las hojas dejaban de ser verdes y eran prietas de verdura. Era cosa de maravilla ver aquellos valles y los ríos y buenas aguas,

y las tierras para pan, para ganados de toda suerte, de que ellos no tienen alguna, para huertas y para todas las cosas del mundo que el hombre sepa pedir. Después a la tarde vino el rey a la nao. El Almirante le hizo la honra que debía y le hizo decir cómo era de los Reyes de Castilla, los cuales eran los mayores príncipes del mundo. Mas ni los indios que el Almirante traía, que eran los intérpretes, creían nada, ni el rey tampoco, sino creían que venían del cielo y que los reinos de los reyes de Castilla eran en el cielo y no en este mundo. Pusiéronle de comer al rey de las cosas de Castilla y él comía un bocado y después dábalo todo a sus consejeros y al ayo y a los demás que metió consigo. *Crean Vuestras Altezas que estas tierras son en tanta cantidad y buenas y fértiles y en especial éstas de esta isla Española, que no hay persona que lo sepa decir, y nadie lo puede creer si no lo viese. Y crean que esta isla y todas las otras son así suyas como Castilla, que aquí no falta salvo asiento y mandarles hacer lo que quisieren, porque yo con esta gente que traigo, que no son muchos, correría todas estas islas sin afrenta, que ya he visto sólo tres de estos marineros descender en tierra y haber multitud de estos indios y todos huir, sin que les quisiesen hacer mal. Ellos no tienen armas, y son todos desnudos y de ningún ingenio en las armas y muy cobardes, que mil no aguardarían tres, y así son buenos para les mandar y les hacer trabajar, sembrar y hacer todo lo otro que fuere menester, y que hagan villas y se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres.*

LUNES 17 DE DICIEMBRE

Ventó aquella noche reciamente viento Lesnordeste; no se alteró mucho la mar porque lo estorba y escuda la isla de la Tortuga questá frontero y hace abrigo. Así estuvo allí aqueste día. Envió a pescar los marineros con redes; holgáronse

mucho con los cristianos los indios y trajéronles ciertas flechas de los de Caniba o de los Canibales, y son de las espigas de cañas, e injértanles unos palillos tostados y agudos, y son muy largos. Mostráronles dos hombres que les faltaban algunos pedazos de carne de su cuerpo e hiciéronles entender que los caníbales los habían comido a bocados; el Almirante no lo creyó. Tornó a enviar ciertos cristianos a la población, y a trueque de cuentezuelas de vidrio rescataron algunos pedazos de oro labrado en hoja delgada. Vieron a uno que tuvo el Almirante por gobernador de aquella provincia, que llamaban *cacique*, un pedazo tan grande como la mano de aquella hoja de oro, y parecía que lo quería rescatar; el cual se fue a su casa y los otros quedaron en la plaza. Y él hacía hacer pedazuelos de aquella pieza, y trayendo cada vez un pedazuelo rescatábalo. Después de que no hubo más, dijo por señas que él había enviado a por más y que otro día lo traerían. *Estas cosas todas y la manera de ellos y sus costumbres y mansedumbre y consejo, muestra de ser gente más despierta y entendida que otros que hasta allí hubiese hallado*, dice el Almirante. En la tarde vino allí una canoa de la isla de la Tortuga con bien cuarenta hombres, y, llegando a la playa, toda la gente del pueblo que estaba junta se asentaron todos en señal de paz, y algunos de la canoa y casi todos descendieron en tierra. El cacique se levantó solo, y con palabras que parecían de amenaza los hizo volver a la canoa y les echaba agua, y tomaba piedras de la playa y las echaba en el agua; y después que ya todos con mucha obediencia se pusieron y embarcaron en la canoa, él tomó una piedra y la puso en la mano a mi alguacil para que la tirase, al cual yo había enviado a tierra y al escribano y a otros para ver si traían algo que aprovechase, y el alguacil no les quiso tirar.

Allí mostró mucho aquel cacique que se favorecía con el Almirante. La canoa se fue luego, y dijeron al Almirante, después de ida, que en la Tortuga había más oro que en la isla Española, porque es más cerca de Baneque. Dijo el Almirante que no creía que en aquella isla Española ni en la Tortuga hubiese minas de oro, sino que lo traían de Baneque, y que traen poco, porque no tienen aquéllos qué dar por ello, y aquella tierra es tan gruesa que no ha menester que trabajen mucho para sustentarse ni para vestirse, como anden desnudos. Y creía el Almirante que estaba muy cerca de la fuente, y que Nuestro Señor le había de mostrar dónde nace el oro. Tenía nueva que de allí al Baneque había cuatro jornadas, que podrían ser treinta o cuarenta leguas, que en un día de buen tiempo se podía andar.

Martes 18 de Diciembre

Estuvo en aquella playa surto este día porque no había viento y también porque había dicho el cacique que habría de traer oro, no porque tuviese en mucho al Almirante el oro, dice, que podía traer, pues allí no había minas, sino por saber mejor de dónde lo traían. Luego en amaneciendo mandó ataviar la nao y la carabela de armas y banderas por la fiesta que era este día de Santa María de la O, o conmemoración de la Anunciación. Tiráronse muchos tiros de lombardas, y el rey de aquella isla Española, dice el Almirante, había madrugado de su casa, que debía distar cinco leguas de allí, según pudo juzgar, y llegó a la hora de tercia a aquella población donde ya estaban algunos de la nao que el Almirante había enviado para ver si venia oro; los cuales dijeron que venían con el rey más de doscientos hombres y que lo traían en unas andas cuatro hombres, y era mozo como arriba se dijo. Hoy, estando el Almirante comiendo debajo del

castillo, llegó a la nao con toda su gente. Y dice el Almirante a los Reyes: *Sin duda pareciera bien a vuestras Altezas su estado y acatamiento que todos le tienen, puesto que todos andan desnudos. Él, así como entró en la nao, halló que estaba comiendo a la mesa debajo del castillo de popa, y él, a buen andar, se vino a sentar a par de mí y no me quiso dar lugar que yo me saliese a él ni me levantase de la mesa, salvo que yo comiese. Yo pensé que él tendría a bien comer de nuestras viandas; mandé luego traerle cosas que él comiese. Y, cuando entró debajo del castillo, hizo señas con la mano que todos los suyos quedasen fuera, y así lo hicieron con la mayor prisa y acatamiento del mundo, y se asentaron todos en la cubierta, salvo dos hombres de una edad madura, que yo estimé por sus consejeros y ayo, que vinieron y se asentaron a sus pies, y de las viandas que yo le puse delante tomaba de cada una tanto como se toma para hacer la salva, y después luego lo demás enviábalo a los suyos, y todos comían de ella; y así hizo en el beber, que solamente llegaba a la boca y después así lo daba a los otros, y todo con un estado maravilloso y muy pocas palabras, y aquellas que él decía, según yo podía entender, eran muy asentadas y de seso, y aquellos dos le miraban a la boca y hablaban por él y con él y con mucho acatamiento. Después de comido, un escudero traía un cinto, ques propio como los de Castilla en la hechura, salvo que es de otra obra, que él tomó y me lo dio, y dos pedazos de oro labrado que eran muy delgados, que creo que aquí alcanzan poco de él, puesto que tengo que están muy vecinos de donde nace y hay mucho. Yo vi que le agradaba un arambel que yo tenía sobre mi cama; yo se lo di y unas cuentas muy buenas de ámbar que yo traía al pescuezo y unos zapatos colorados y una almatraja de agua de azahar, de que quedó tan contento que fue maravilla; y él y su ayo y*

consejeros llevan grande pesar porque no me entendían ni yo a ellos. Con todo, le cognoscí que me dijo que si me cumpliese algo de aquí, que toda la isla estaba a mi mandar. Yo envié por unas cuentas mías adonde por un señal tengo un excelente de oro[32] *en que están esculpidos vuestras Altezas y se lo mostré y le dije otra vez como ayer que vuestras Altezas mandaban y señoreaban todo lo mejor del mundo, y que no había tan grandes príncipes; y le mostré las banderas reales y las otras de la Cruz, de quel tuvo en mucho; y qué grandes señores serían vuestras Altezas, decía él contra sus consejeros, pues de tan lejos y del cielo me habían enviado hasta aquí sin miedo. Y otras cosas muchas se pasaron que yo no entendía, salvo que bien veía que todo tenía a grande maravilla*. Después que ya fue tarde y él se quiso ir, el Almirante le envió en la barca muy honradamente e hizo tirar muchas lombardas, y, puesto en tierra, subió en sus andas y se fue con sus más de doscientos hombres; y a su hijo le llevaban atrás en los hombros de un indio, hombre muy honrado. A todos los marineros y gente de los navíos donde quiera que los topaba les mandaba dar de comer y hacer mucha honra. Dijo un marinero que le había topado en el camino y visto, que todas las cosas que le había dado el Almirante y cada una de ellas llevaba delante del rey un hombre, a lo que parecía de los más honrados. Iba su hijo atrás del rey buen rato, con tanta compañía de gente como él, y otro tanto un hermano del mismo rey, salvo que iba el hermano a pie y llevábanlo del brazo dos hombres honrados. Este vino a la nao después del rey, el cual dio al Almirante algunas cosas de los dichos rescates, y allí supo el Almirante que al rey llamaban en su lengua *cacique*. En este día se rescató dice que poco oro; pero supo el Almirante, de un hombre viejo, que había muchas islas comarcanas a cien

leguas y más, según pudo entender, en las cuales nace mucho oro, hasta decirle que había isla que era todo oro, y en las otras que hay tanta cantidad que lo cogen y ciernen como con cedazos y lo funden y hacen vergas y mil labores: figuraba por señas la hechura. Este viejo señaló al Almirante la derrota y el paraje donde estaba; determinóse el Almirante de ir allá, y dijo que, si no fuera el dicho viejo tan principal persona de aquel rey, que lo detuviera y llevara consigo, o si supiera la lengua que se lo rogara, y creía, según estaba bien con él y con los cristianos, que se fuera con él de buena gana. Pero, porque tenía ya aquellas gentes por de los Reyes de Castilla y no era razón de hacerles agravio, acordó de dejarlo. Puso una cruz muy poderosa en medio de la plaza de aquella población, a lo cual ayudaron los indios mucho, e hicieron dice que oración y la adoraron, y, por la muestra que dan, espera en nuestro Señor el Almirante que todas aquellas islas han de ser cristianas.

Miércoles 19 de Diciembre

Esta noche se hizo a la vela por salir de aquel golfo que hace allí la isla de la Tortuga con la Española, y siendo de día tornó el viento Levante, con el cual todo este día no pudo salir de entre aquellas dos islas, y a la noche no pudo tomar un puerto que por allí parecía. Vido por allí cuatro cabos de tierra y una grande bahía y río, y de allí vido una angla muy grande y tenía una población, y a las espaldas un valle entre muchas montañas altísimas, llenas de árboles, que juzgó ser pinos, y sobre los Dos Hermanos hay una montaña muy alta y gorda que va de Norte al Sudueste, y del Cabo de Torres al Lesueste está una isla pequeña, a la cual puso nombre Santo Tomás, porque es mañana su vigilia. Todo el cerco de aquella isla tiene cabos y puertos maravillosos, según juzgaba él desde la

mar. Antes de la isla, de la parte del Oeste, hay un cabo que entra mucho en la mar alto y bajo, y por eso le puso nombre Cabo Alto y Bajo. Del camino de Torres al Leste cuarta del Sueste hay sesenta millas hasta una montaña más alta que otra, que entra en la mar, y parece desde lejos isla por sí, por un degollado que tiene de la parte de tierra; púsole nombre Monte Caribata porque aquella provincia se llamaba Caribata. Es muy hermoso y lleno de árboles verdes y claros, sin nieve y sin niebla, y era entonces por allí el tiempo, cuanto a los aires y templanza, como por marzo en Castilla, y en cuanto a los árboles y hierbas como por mayo; las noches dice que eran de catorce horas.

Jueves 20 de Diciembre

Hoy, al ponerse el sol, entró en un puerto que estaba entre la isla de Santo Tomás y el Cabo de Caribata, y surgió. Este puerto es hermosísimo y cabrían en él cuantas naos hay en cristianos: la entrada dél parece desde la mar imposible a los que no hubiesen en él entrado, por unas restingas de peñas que pasan desde el monte hasta casi la isla, y no puestas por orden, sino unas acá y otras acullá, unas a la mar y otras a la tierra; por lo cual es menester estar despiertos para entrar por unas entradas que tienen muy anchas y buenas para entrar sin temor, y todo muy hondo de siete brazas, y pasadas las restingas dentro hay doce brazas. Puede la nao estar con una cuerda cualquiera amarrada contra cualesquiera vientos que haya. A la entrada de este puerto dice que había un cañal,[33] que queda a la parte del Oeste de una isleta de arena, y en ella muchos árboles, y hasta el pie de ella hay siete brazas; pero hay muchas bajas en aquella comarca, y conviene abrir el ojo hasta entrar en el puerto; después no hayan miedo a toda la tormenta del mundo. De aquel puerto se parecía un valle

grandísimo y todo labrado, que desciende a él del Sueste, todo cercado de montañas altísimas que parecen que llegan al cielo, y hermosísimas, llenas de árboles verdes, y sin duda que hay allí montañas más altas que la isla de Tenerife en Canaria, ques tenida por de las más altas que puede hallarse. De esta parte de la isla de Santo Tomás está otra isleta a una legua, y dentro de ella otra, y en todas hay puertos maravillosos; mas cumple mirar por las bajas. Vido también poblaciones y ahumadas que se hacían.

Viernes 21 de Diciembre

Hoy fue con las barcas de los navíos a ver aquel puerto; el cual vido ser tal que afirmó que ninguno se le iguala de cuantos haya jamás visto, y excúsase diciendo que ha loado los pasados tanto que no sabe cómo lo encarecer, y que teme que sea juzgado por manifestar excesivo más de lo que es verdad. A esto satisface diciendo: quél trae consigo marineros antiguos, y éstos dicen y dirán lo mismo, y todos cuantos andan en la mar; conviene a saber, todas las alabanzas que ha dicho de los puertos pasados ser verdad, y ser éste muy mejor que todos ser asimismo verdad. Dice más de esta manera: *Yo he andado veintitrés años en la mar, sin salir de ella tiempo que se haya de contar, y vi todo el Levante y Poniente, que hice por ir al camino de Septentrión, que es Inglaterra, y he andado la Guinea, mas en todas estas partidas no se hallaría la perfección de los puertos […]*[34] *hallado siempre lo […]*[35] *mejor que el otro, que yo con buen tiento miraba mi escribir, y torno a decir que afirmo haber bien escripto, y que ahora éste es sobre todos y cabrían en él todas las naos del mundo, y cerrado, que con una cuerda, la más vieja de la nao, la tuviese amarrada*. Desde la entrada hasta el fondo habrá cinco leguas. Vido unas tierras muy labradas, aunque todas son así, y mandó salir dos

hombres fuera de las barcas que fuesen a un alto para que viesen si había población, porque de la mar no se veía ninguna; puesto que aquella noche, cerca de las diez horas, vinieron a la nao en una canoa ciertos indios a ver al Almirante y a los cristianos por maravilla, y les dio de los rescates, con que se holgaron mucho. Los dos cristianos volvieron y dijeron dónde habían visto una población grande, un poco desviada de la mar. Mandó el Almirante remar hacia la parte donde la población estaba hasta llegar cerca de tierra, y vido unos indios que venían a la orilla de la mar, y parecía que venían con temor, por lo cual mandó detener las barcas y que les hablasen los indios que traía en la nao, que no les haría mal alguno. Entonces se allegaron más a la mar, y el Almirante más a tierra; y después que del todo perdieron el miedo, venían tantos que cubrían la tierra, dando mil gracias, así hombres como mujeres y niños; los unos corrían de acá y los otros de allá a nos traer pan que hacen de *niames*, que ellos llaman *ajes*, que es muy blanco y bueno, y nos traían agua en calabazas y en cántaros de barro de la hechura de los de Castilla, y nos traían cuanto en el mundo tenían y sabían que el Almirante quería, y todo con un corazón tan largo y tan contento que era maravilla; *y no se diga que porque lo que daban valía poco por eso lo daban liberalmente* —dice el Almirante—, *porque lo mismo hacían y tan liberalmente los que daban pedazos de oro como los que daban la calabaza de agua; y fácil cosa es de conocer* —dice el Almirante— *cuándo se da una cosa con muy deseoso corazón de dar*. Estas son sus palabras: *Esta gente no tiene varas ni azagayas ni otras ningunas armas, ni los otros de toda esta isla, y tengo que es grandísima: son así desnudos como su madre los parió, así mujeres como hombres, que en las otras tierras de la Juana y*

las otras de las otras islas traían las mujeres delante de sí unas cosas de algodón con que cobijan su natura, tanto como una bragueta de calzas de hombre, en especial después que pasan de edad de doce años; mas aquí ni moza ni vieja; y en los otros lugares todos los hombres hacían esconder sus mujeres de los cristianos por celos, mas allí no, y hay muy lindos cuerpos de mujeres, y ellas las primeras que venían a dar gracias al cielo y traer cuanto tenían, en especial cosas de comer, pan de ajes y gonza avellanada y de cinco o seis maneras frutas, de los cuales mandó curar el Almirante para traer a los Reyes. No menos dice que hacían las mujeres en las otras partes antes que se escondiesen, y el Almirante mandaba en todas partes estar todos los suyos sobre aviso que no enojasen a alguno en cosa ninguna y que nada les tomasen contra su voluntad, y así les pagaban todo lo que de ellos recibían. Finalmente —dice el Almirante— que no puede creer que hombre haya visto gente de tan buenos corazones y francos para dar y tan temerosos, que ellos se deshacían todos por dar a los cristianos cuanto tenían y, en llegando los cristianos, luego corrían a traerlo todo. Después envió el Almirante seis cristianos a la población para que la viesen qué era, a los cuales hicieron cuanta honra podían y sabían y les daban cuanto tenían, porque ninguna duda les queda, sino que creían que el Almirante y toda su gente habían venido del cielo: lo mismo creían los indios que consigo el Almirante traía de las otras islas, puesto que ya se les había dicho lo que debían de tener. Después de haber ido los seis cristianos, vinieron ciertas canoas con gente a rogar al Almirante, de parte de un señor, que fuese a su pueblo cuando de allí se partiese. (Canoa es una barca en que navegan, y son de ellas grandes y de ellas pequeñas). Y visto que el pueblo de aquel señor estaba en el

camino sobre una punta de tierra, esperando con mucha gente al Almirante, fue allá, y antes que se partiese vino a la playa tanta gente que era espanto, hombres y mujeres y niños, dando voces que no se fuese sino que se quedase con ellos. Los mensajeros del otro señor que había venido a convidar estaban aguardando con sus canoas, porque no se fuese sin ir a ver al señor, y así lo hizo, y, en llegando que llegó el Almirante adonde aquel señor le estaba esperando, y tenían muchas cosas de comer, mandó asentar toda su gente; manda que lleven lo que tenía de comer a las barcas donde estaba el Almirante, junto a la orilla de la mar. Y como vido que el Almirante había recibido lo que le habían llevado, todos o los más de los indios dieron a correr al pueblo, que debía estar cerca, para traerle más comida y papagayos y otras cosas de lo que tenían, con tan franco corazón que era maravilla. El Almirante les dio cuentas de vidrio y sortijas de latón y cascabeles, no porque ellos demandasen algo, sino porque le parecía que era razón, y sobre todo —dice el Almirante— porque los tiene ya por cristianos y por de los Reyes de Castilla más que las gentes de Castilla; y dice que otra cosa no falta, salvo saber la lengua y mandarles, porque todo lo que se les mandare harán sin contradicción alguna. Partióse de allí el Almirante para los navíos, y los indios daban voces, así hombres como mujeres y niños, que no se fuesen y se quedasen con ellos los cristianos. Después que se partían venían tras ellos a la nao canoas llenas de ellos, a los cuales hizo hacer mucha honra y darles de comer y otras cosas que llevaron. Había también venido antes otro señor de la parte del Oueste, y aun a nado venían muy mucha gente, y estaba la nao más de grande media legua de tierra. El señor que dije se había tornado; envióle ciertas personas para que le viesen y le

preguntasen de estas islas; y los recibió muy bien, y los llevó consigo a su pueblo para darles ciertos pedazos grandes de oro, y llegaron a un gran río, el cual los indios pasaron a nado: los cristianos no pudieron y así se tornaron. En toda esta comarca hay montañas altísimas que parecen llegar al cielo, que la de la isla de Tenerife parece nada en comparación de ellas en altura y en hermosura, y todas son verdes, llenas de arboledas que es una cosa de maravilla. Entre medio dellas hay vegas muy graciosas, y al pie de este puerto al Sur hay una vega tan grande que los ojos no pueden llegar con la vista al cabo, sin que tenga impedimento de montaña, que parece que debe tener quince o veinte leguas, por la cual viene un río, y es toda poblada y labrada y está tan verde ahora como si fuera en Castilla por mayo o por junio, puesto que las noches tienen catorce horas y sea la tierra tanto septentrional. Así, este puerto es muy bueno para todos los vientos que puedan ventar, cerrado y hondo y todo poblado de gente muy buena y mansa y sin armas buenas ni malas, y puede cualquier navío estar sin miedo en él que otros navíos que vengan de noche a le saltear, porque, puesto que la boca sea bien ancha de más de dos leguas, es muy cerrada de dos restingas de piedra que escasamente la ven sobre agua, salvo una entrada muy angosta en esta restinga, que no parece sino que fue hecho a mano y que dejaron una puerta abierta cuanto los navíos puedan entrar. En la boca hay siete brazas de fondo hasta el pie de una isleta llana que tiene una playa y árboles; al pie de ella de la parte del Oueste tiene la entrada, y se puede llegar una nao sin miedo hasta poner el borde junto a la peña. Hay de la parte del Noroueste tres islas y un gran río a una legua del cabo de este puerto; es el mejor del mundo; púsole nombre el Puerto de la Mar de Santo Tomás, porque era hoy

su día: díjole mar por su grandeza.

Sábado 22 de Diciembre

En amaneciendo, dio las velas para ir su camino a buscar las islas que los indios le decían que tenían mucho oro, y de algunas que tenían más oro que tierra; no le hizo tiempo y hubo de tornar a surgir, y envió la barca a pescar con la red. El señor de aquella tierra, que tenía un lugar cerca de allí, le envió una grande canoa llena de gente, y en ella un principal criado suyo a rogar al Almirante que fuese con los navíos a su tierra y que le daría cuanto tuviese. Envióle con aquél un cinto que, en lugar de bolsa, traía una carátula que tenía dos orejas grandes de oro de martillo, y la lengua y la nariz. *Y como sea esta gente de muy buen corazón, que cuanto le piden dan con la mejor voluntad del mundo, les parece que pidiéndoles algo les hacen grande merced*: esto dice el Almirante. Toparon la barca y dieron el cinto a un grumete, y vinieron con su canoa a bordo de la nao con su embajada. Primero que los entendiesen, pasó alguna parte del día; ni los indios quél traía los entendían bien, porque tienen alguna diversidad de vocablos en nombres de las cosas. En fin, acabó de entender por señas su convite. El cual determinó de partir el domingo para allá, aunque no solía partir de puerto en domingo, sólo por su devoción y no por superstición alguna; pero con esperanza, dice él, que aquellos pueblos han de ser cristianos por la voluntad que muestran y de los Reyes de Castilla, y porque los tiene ya por suyos y porque le sirvan con amor, les quiere y trabaja hacer todo placer. Antes que partiese hoy, envió seis hombres a una población muy grande, tres leguas de allí de la parte del Oueste, porque el señor della vino el día pasado al Almirante y dijo que tenía ciertos pedazos de oro. En llegando allá los cristianos, tomó el señor

de la mano al escribano del Almirante, que era uno dellos, el cual enviaba el Almirante para que no consintiese hacer a los demás cosa indebida a los indios, porque como fuesen tan francos los indios y los españoles tan codiciosos y desmedidos, que no les basta que por un cabo de agujeta y aun por un pedazo de vidrio y de escudilla y por otras cosas de no nada les daban los indios cuanto querían; pero, aunque sin darles algo se lo querían todo haber y tomar, lo que el Almirante siempre prohibía, y aunque también eran muchas cosas de poco valor, si no era el oro, las que daban a los cristianos; pero el Almirante, mirando al franco corazón de los indios, que por seis cuentezuelas de vidrio darían y daban un pedazo de oro, por eso mandaba que ninguna cosa se recibiese dellos que no se les diese algo en pago. Así que tomó por la mano el señor al escribano y lo llevó a su casa con todo el pueblo, que era muy grande, que le acompañaba, y les hizo dar de comer, y todos los indios les traían muchas cosas de algodón labradas y en ovillos hilado. Después que fue tarde, dioles tres ánsares muy gordas el señor y unos pedacitos de oro, y vinieron con ellos mucho número de gente y les traían todas las cosas que allá habían rescatado, y a ellos mismos porfiaban de traerlos a cuestas, y de hecho lo hicieron por algunos ríos y por algunos lugares lodosos. El Almirante mandó dar al señor algunas cosas, y quedó él y toda su gente con gran contentamiento, creyendo verdaderamente que había venido del cielo, y en ver los cristianos se tenían por bienaventurados. Vinieron este día más de ciento y veinte canoas a los navíos, todas cargadas de gente, y todos traen algo, especialmente de su pan y pescado y agua en cantarillos de barro y simientes de muchas simientes que son buenas especias: echaban un grano en una escudilla de agua y

bébenla, y decían los indios que consigo traía el Almirante que era cosa sanísima.

Domingo 23 de Diciembre

No pudo partir con los navíos a la tierra de aquel señor que lo había enviado a rogar y convidar, por falta de viento; pero envió, con los tres mensajeros que allí esperaban, las barcas con gente y al escribano. Entre tanto que aquéllos iban, envió dos de los indios que consigo traía a las poblaciones que estaban por allí cerca del paraje de los navíos, y volvieron con un señor a la nao con nuevas que en aquella isla Española había gran cantidad de oro, y que a ella lo venían a comprar de otras partes, y dijéronle que allí hallaría cuanto quisiese. Vinieron otros que confirmaban haber en ella mucho oro, y mostrábanle la manera que se tenía en cogerlo. Todo aquello entendía el Almirante con pena; pero todavía tenía por cierto que en aquellas partes había grandísima cantidad de ello y que, hallando el lugar donde se saca, habrá gran barato de ello, y según imaginaba que por no nada. Y torna a decir que cree que debe haber mucho, porque en tres días que había que estaba en aquel puerto había habido buenos pedazos de oro, y no puede creer que allí lo traigan de otra tierra. *Nuestro Señor, que tiene en las manos todas las cosas, vea de me remediar y dar como fuere su servicio*; éstas son palabras del Almirante. Dice que aquella hora cree haber venido a la nao más de mil personas y que todas traían algo de lo que poseen; y antes que lleguen a la nao, con medio tiro de ballesta, se levantan en sus canoas en pie y toman en las manos lo que traen diciendo: «Tomad, tomad.» También cree que más de quinientos vinieron a la nao nadando por no tener canoas, y estaba surta cerca de una legua de tierra. Juzgaba que habían venido cinco señores, hijos de señores, con toda su casa, mujeres y niños, a

ver los cristianos. A todos mandaba dar el Almirante, porque todo dice que era bien empleado, y dice: *Nuestro Señor me aderece, por su piedad, que halle este oro, digo su mina, que hartos tengo aquí que dicen que la saben*; éstas son sus palabras. En la noche llegaron las barcas, y dijeron que había gran camino hasta donde venían, y que al monte de Caribatan hallaron muchas canoas con muy mucha gente que venían a ver al Almirante y a los cristianos del lugar donde ellos iban. Y tenía por cierto que si aquella fiesta de Navidad pudiera estar en aquel puerto, viniera toda la gente de aquella isla, que estimaba ya por mayor que Inglaterra, por verlos; los cuales se volvieron todos con los cristianos a la población, la cual dice que afirmaba ser la mayor y la más concertada de calles que otras de las pasadas y halladas hasta allí, la cual dice que es parte de Punta Santa al Sueste casi tres leguas. Y como las canoas andan mucho de remos, fuéronse delante a hacer saber al cacique, que ellos llamaban allí. Hasta entonces no había podido entender el Almirante si lo dicen por rey o por gobernador. También dicen otro nombre por grande que llaman *nitayno*; no sabía si lo dicen por hidalgo o gobernador o juez. Finalmente, el cacique vino a ellos y se ajuntaron en la plaza, que estaba muy barrida, todo el pueblo, que había más de dos mil hombres. Este rey hizo mucha honra a la gente de los navíos, y los populares cada uno les traía algo de comer y de beber. Después el rey dio a cada uno unos paños de algodón que visten las mujeres, y papagayos para el Almirante y ciertos pedazos de oro: daban también los populares de los mismos paños y otras cosas de sus casas a los marineros, por pequeña cosa que les daban, la cual, según la recibían, parecía que la estimaban por reliquias. Ya a la tarde, queriendo despedir, el rey les rogaba que aguardasen hasta otro día; lo

mismo todo el pueblo. Visto que determinaban su venida, vinieron con ellos mucho del camino, trayéndoles a cuestas lo que el cacique y los otros les habían dado hasta las barcas, que quedaban a la entrada del río.

Lunes 24 de Diciembre

Antes de salido el sol, levantó las anclas con el viento terral. Entre los muchos indios que ayer habían venido a la nao, que les habían dado señales de haber en aquella isla oro y nombrado los lugares donde lo cogían, vido uno parece que más dispuesto y aficionado o que con más alegría le hablaba, y halagólo rogándole que se fuese con él a mostrarle las minas del oro. Este trajo otro compañero o pariente consigo, los cuales, entre los otros lugares que nombraban donde se cogía el oro dijeron de Cipango, al cual ellos llaman *Cibao*, y allí afirman que hay gran cantidad de oro, y que el cacique trae las banderas de oro de martillo, salvo que está muy lejos al Leste. El Almirante dice aquí estas palabras a los Reyes: *Crean vuestras Altezas que en el mundo todo no puede haber mejor gente, ni más mansa. Deben tomar vuestras Altezas grande alegría porque luego los harán cristianos y los habrán enseñado en buenas costumbres de sus reinos, que más mejor gente ni tierra puede ser, y la gente y la tierra en tanta cantidad que yo no sé ya cómo lo escriba; porque yo he hablado en superlativo grado la gente y la tierra de la Juana, a que ellos llaman Cuba; mas hay tanta diferencia de ellos y de ella a ésta en todo como del día a la noche, ni creo que otro ninguno que esto hubiese visto hubiese hecho ni dijese menos de lo que yo tengo dicho, y digo que es verdad que es maravilla las cosas de acá y los pueblos grandes de esta isla Española, que así la llamé y ellos la llaman Bohío, y todos de muy singularísimo trato amoroso y habla dulce, no como los otros que parece cuando hablan que*

amenazan, y de buena estatura hombres y mujeres y no negro. Verdad es que todos se tiñen, algunos de negro y otros de otra color, y los más de colorado. He sabido que lo hacen por el sol, que no les haga tanto mal, y las casas y lugares tan hermosos, y con señorío en todos como juez o señor de ellos, y todos le obedecen que es maravilla, y todos estos señores son de pocas palabras y muy lindas costumbres, y su mando es lo más con hacer señas con la mano, y luego es entendido que es maravilla. Todas son palabras del Almirante.

Quien hubiere de entrar en la mar de Santo Tomé, se debe meter una buena legua sobre la boca de la entrada sobre una isleta llana que en el medio hay, que le puso nombre La Amiga, llevando la proa en ella. Y después que llegare a ella con el tiro de una piedra, pase de la parte del Oueste y quédele ella al Leste, y se llegue a ella y no a la otra parte, porque viene una restinga muy grande del Oueste, y aun en la mar fuera de ella hay unas tres bajas, y esta restinga se llega a la Amiga un tiro de lombarda, y entremedias pasará y hallará a lo más bajo siete brazas, y cascajos abajo, y dentro hallará puerto para todas las naos del mundo y que estén sin amarras. Otra restinga y bajas vienen de la parte del Leste a la dicha isla Amiga, y son muy grandes y salen en la mar mucho y llega hasta el cabo casi dos leguas; pero entre ellas pareció que había entrada a tiro de dos lombardas de la Amiga, y al pie del Monte Caribatan de la parte del Oueste hay un muy buen puerto y muy grande.

Martes 25 de Diciembre, día de Navidad

Navegando con poco viento el día de ayer desde la mar de Santo Tomé hasta la Punta Santa, sobre la cual a una legua estuvo así hasta pasado el primer cuarto, que serían a las once horas de la noche, acordó echarse a dormir, porque había dos

días y una noche que no había dormido. Como fuese calma, el marinero que gobernaba la nao acordó irse a dormir, y dejó el gobernario a un mozo grumete, lo que mucho siempre había el Almirante prohibido en todo el viaje, que hubiese visto o que hubiese calma: conviene a saber, que no dejasen gobernar a los grumetes. El Almirante estaba seguro de bancos y de peñas, porque el domingo, cuando envió las barcas a aquel rey, habían pasado al Leste de la dicha Punta Santa bien tres leguas y media, y habían visto los marineros toda la costa y los bajos que hay desde la dicha Punta Santa al Leste bien tres leguas, y vieron por dónde se podía pasar, lo que todo este viaje no hizo. Quiso Nuestro Señor que a las doce horas de la noche, como habían visto acostar y reposar el Almirante y veían que era calma muerta y la mar como en una escudilla, todos se acostaron a dormir, y quedó el gobernalle en la mano de aquel muchacho, y las aguas que corrían llevaron la nao sobre uno de aquellos bancos. Los cuales, puesto que fuese de noche, sonaban que de una grande legua se oyeran y vieran, y fue sobre él tan mansamente que casi no se sentía. El mozo, que sintió el gobernalle y oyó el sonido de la mar, dio voces, a las cuales salió el Almirante y fue tan presto que aún ninguno había sentido que estuviesen encallados. Luego el maestre de la nao, cuya era la guardia, salió; y díjoles el Almirante a él y a los otros que halasen el batel que traían por popa y tomasen un ancla y la echasen por popa, y él con otros muchos saltaron en el batel, y pensaba el Almirante que hacían lo que les había mandado. Ellos no curaron sino de huir a la carabela, que estaba a barlovento media legua. La carabela no los quiso recibir haciéndolo virtuosamente, y por esto volvieron a la nao; pero primero fue a ella la barca de la carabela. Cuando el Almirante vido que se huían y que era su

gente, y las aguas menguaban y estaba ya la nao [con] la mar de través, no viendo otro medio, mandó cortar el mástil y alijar de la nao todo cuanto pudieron para ver si podían sacarla; y como todavía las aguas menguasen no se pudo remediar, y tomó lado hacia la mar traviesa, puesto que la mar era poco o nada, y entonces se abrieron los conventos[36] y no la nao. El Almirante fue a la carabela para poner en cobro la gente de la nao en la carabela y, como ventase ya vientecillo de la tierra y también aún quedaba mucho de la noche, ni supiesen cuánto duraban los bancos, temporejó a la corda hasta que fue de día, y luego fue a la nao por de dentro de la restinga del banco. Primero había enviado el batel a tierra con Diego de Arana, de Córdoba, alguacil del Armada, y Pedro Gutiérrez, repostero de la Casa Real, a hacer saber al rey que los había enviado a convidar y rogar el sábado que se fuese con los navíos a su puerto, el cual tenía su villa adelante obra de una legua y media del dicho banco; el cual como lo supo dicen que lloró, y envió toda su gente de la villa con canoas muy grandes y muchas a descargar todo lo de la nao. Y así se hizo y se descargó todo lo de las cubiertas en muy breve espacio: tanto fue el grande aviamiento y diligencia que aquel rey dio. Y él con su persona, con hermanos y parientes, estaban poniendo diligencia, así en la nao como en la guarda de lo que se sacaba a tierra, para que todo estuviese a muy buen recaudo. De cuando en cuando enviaba uno de sus parientes al Almirante llorando a lo consolar, diciendo que no recibiese pena ni enojo, que él le daría cuanto tuviese. Certifica el Almirante a los Reyes que en ninguna parte de Castilla tan buen recaudo en todas las cosas se pudiera poner sin faltar una agujeta. Mandólo poner todo junto con las casas entretanto que se vaciaban algunas cosas que quería dar,

donde se pusiese y guardase todo. Mandó poner hombres armados en rededor de todo, que velasen toda la noche. Él, con todo el pueblo, lloraban tanto —dice el Almirante—; *son gente de amor y sin codicia y convenibles para toda cosa, que certifico a vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman a sus prójimos como a sí mismos, y tienen un habla la más dulce del mundo y mansa, y siempre con risa. Ellos andan desnudos, hombres y mujeres, como sus madres los parieron. Mas, crean vuestras Altezas que entre sí tienen costumbres muy buenas, y el rey muy maravilloso estado, de una cierta manera tan continente que es placer de verlo todo, y la memoria que tienen, y todo quieren ver, y preguntan qué es y para qué.* Todo esto dice el Almirante.

Miércoles 26 de Diciembre

Hoy, al salir del sol, vino el rey de aquella tierra que estaba en aquel lugar a la carabela Niña, donde estaba el Almirante, y casi llorando le dijo que no tuviese pena, que él le daría cuanto tenía, y que había dado a los cristianos que estaban en tierra dos muy grandes casas, y que más les daría si fuesen menester, y cuantas canoas pudiesen cargar y descargar la nao, y poner en tierra cuanta gente quisiese; y que así lo había hecho ayer, sin que tomase una migaja de pan ni otra cosa alguna; *tanto* —dice el Almirante— *son fieles y sin codicia de lo ajeno y así era sobre todos aquel rey virtuoso*. En tanto que el Almirante estaba hablando con él, vino otra canoa de otro lugar que traía ciertos pedazos de oro, los cuales quería dar por un cascabel, porque otra cosa tanto no deseaban como cascabeles. Que aún no llega la canoa a bordo cuando llamaban y mostraban los pedazos de oro, diciendo *chuq chuq* por cascabeles, que están en puntos de se tornar locos por

ellos. Después de haber visto esto, y partiéndose estas canoas que eran de los otros lugares, llamaron al Almirante y le rogaron que les mandase guardar un cascabel hasta otro día, porque él traería cuatro pedazos de oro tan grandes como la mano. Holgó el Almirante de oír esto, y después un marinero que venía de tierra dijo al Almirante que era cosa de maravilla las piezas de oro que los cristianos que estaban en tierra rescataban por no nada; por una agujeta daban pedazos que serían más de dos castellanos, y que entonces no era nada al respecto de lo que sería dende a un mes. El rey se holgó mucho con ver al Almirante alegre, y entendió que deseaba mucho oro, y díjole por señas que él sabía cerca de allí donde había dello muy mucho en grande suma, y que estuviese de buen corazón, que él le daría cuanto oro quisiese; y dello dice que le daba razón, y en especial que lo había en Cipango, a quellos llamaban Cibao, en tanto grado que ellos no le tienen en nada, y quél lo traería allí, aunque también en aquella Isla Española, a quien llaman Bohio, y en aquella provincia Caribata lo había mucho más. El rey comió en la carabela con el Almirante, y después salió con él en tierra, donde hizo al Almirante mucha honra y le dio colación de dos o tres maneras de ajes y con camarones y caza y otras viandas quellos tenían, y de su pan que llamaban *cazabí*; dende lo llevó a ver unas verduras de árboles junto a las casas, y andaban con él bien mil personas, todos desnudos. El señor ya traía camisa y guantes que el Almirante le había dado, y por los guantes hizo mayor fiesta que por cosa de las que le dio. En su comer, con su honestidad y hermosa manera de limpieza, se mostraba bien ser de linaje. Después de haber comido, que tardó buen rato estar a la mesa, trajeron ciertas hierbas con que se fregó mucho las manos; creyó el Almirante

que lo hacía para ablandarlas, y diéronle aguamanos. Después que acabaron de comer, llevó a la playa al Almirante, y el Almirante envió por un arco turquesco y un manojo de flechas, y el Almirante hizo tirar a un hombre de su compañía, que sabía de ello, y el señor, como no sepa qué sean armas, porque no las tienen ni las usan, le pareció gran cosa; aunque dice que el comienzo fue sobre el habla de los de Caniba, quellos llaman *caribes*, que los vienen a tomar, y traen arcos y flechas sin hierro, que en todas aquellas tierras no había memoria de él ni de otro metal, salvo de oro y cobre, aunque cobre no había visto sino poco el Almirante. El Almirante le dijo por señas que los Reyes de Castilla mandarían destruir a los caribes y que a todos se los mandarían traer las manos atadas. Mandó el Almirante tirar una lombarda y una espingarda, y viendo el efecto que su fuerza hacían y lo que penetraban, quedó maravillado. Y cuando su gente oyó los tiros cayeron todos en tierra. Trajeron al Almirante una gran carátula que tenía grandes pedazos de oro en las orejas y en los ojos y en otras partes, la cual le dio con otras joyas de oro que el mismo rey había puesto al Almirante en la cabeza y al pescuezo; y a otros cristianos que con él estaban dio también muchas. El Almirante recibió mucho placer y consolación destas cosas que veía, y se le templó la angustia y pena que había rescibido y tenía de la pérdida de la nao, y conosció que nuestro Señor había hecho encallar allí la nao porque hiciese allí asiento. *Y a esto* —dice él— *vinieron tantas cosas a la mano, que verdaderamente no fue aquél desastre, salvo gran ventura. Porque es cierto* —dice él— *que si yo no encallara, que yo fuera de largo sin surgir en este lugar, porque él está metido acá dentro en una grande bahía y en ella dos o tres restingas de*

bajas, ni este viaje dejara aquí gente, ni aunque yo quisiera dejarla no les pudiera dar tan buen aviamento ni tantos pertrechos ni tantos mantenimientos ni aderezos para fortaleza. Y bien es verdad que mucha gente de ésta que va aquí me habían rogado y hecho rogar que les quisiera dar licencia para quedarse. Ahora tengo ordenado de hacer una torre y fortaleza, todo muy bien, y una grande cava, no porque crea que haya esto menester por esta gente, porque tengo dicho que con esta gente que yo traigo sojuzgaría toda esta isla, la cual creo que es mayor que Portugal, y más gente al doble, mas son desnudos y sin armas y muy cobardes fuera de remedio. Mas es razón que se haga esta torre y se esté como se ha de estar, estando tan lejos de vuestras Altezas, y porque conozcan el ingenio de la gente de vuestras Altezas y lo que pueden hacer, porque con amor y temor le obedezcan; y así tendrán tablas para hacer todas las fortalezas de ellas y mantenimientos de pan y vino para más de un año y simientes para sembrar y la barca de la nao y un calafate y un carpintero y un lombardero y un tonelero y muchos entre ellos hombres que desean mucho, por servicio de vuestras Altezas y me hacer placer, de saber de la mina donde se coge el oro. Así que todo es venido mucho a pelo para que se haga este comienzo; y sobre todo que, cuando encalló la nao fue tan paso que casi no se sintió ni había ola ni viento. Todo esto dice el Almirante. Y añade más para mostrar que fue gran ventura y determinada voluntad de Dios que la nao allí encallase porque dejase allí gente, que si no fuera por la traición del maestre y de la gente, que eran todos o los más de su tierra, de no querer echar el ancla por popa para sacar la nao, como el Almirante los mandaba, la nao se salvara, y así no pudiera saberse la tierra, dice él, como se supo aquellos días que allí estuvo, y adelante por los que allí

entendía dejar, porque él iba siempre con intención de descubrir y no parar en parte más de un día si no era por falta de los vientos, porque la nao dice que era muy pesada y no para el oficio de descubrir. Y llevar tal nao dice que causaron los de Palos, que no cumplieron con el Rey y la Reina lo que le habían prometido: dar navíos convenientes para aquella jornada, y no lo hicieron. Concluye el Almirante diciendo que de todo lo que en la nao había no se perdió una agujeta, ni tabla ni clavo, porque ella quedó sana como cuando partió, salvo que se cortó y rajó algo para sacar la vasija y todas las mercaderías, y pusiéronlas todas en tierra y bien guardadas, como está dicho; y dice que espera en Dios que a la vuelta que él entendía hacer de Castilla, había de hallar un tonel de oro que habrían rescatado los que había de dejar y que habrían hallado la mina del oro y la especiería, y aquello en tanta cantidad que los Reyes antes de tres años emprendiesen y aderezasen para ir a conquistar la Casa Santa, *que así* —dice él — *protesté a vuestras Altezas que toda la ganancia de esta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalén, y vuestras Altezas se rieron y dijeron que les placía, y que sin esto tenían aquella gana*. Estas son palabras del Almirante.

Jueves 27 de Diciembre

En saliendo el sol, vino a la carabela el rey de aquella tierra, y dijo al Almirante que había enviado por oro y que lo quería cubrir todo de oro antes que se fuese, antes le rogaba que no se fuese; y comieron con el Almirante el rey y un hermano suyo y otro pariente muy privado, los cuales dos le dijeron que querían ir a Castilla con él. Estando en esto, vinieron ciertos indios con nuevas cómo la carabela Pinta estaba en un río al cabo de aquella isla; luego envió el cacique allá una canoa, y en ella el Almirante un marinero, porque amaba

tanto al Almirante que era maravilla. Ya entendía el Almirante con cuánta prisa podía por despacharse para la vuelta de Castilla.

Viernes 28 de Diciembre

Para dar orden y prisa en el acabar de hacer la fortaleza y en la gente que en ella había de quedar, salió el Almirante en tierra y parecióle que el rey le había visto cuando iba en la barca; el cual se entró presto en su casa disimulando, y envió a un su hermano que recibiese al Almirante y llevólo a una de las casas que tenía dadas a la gente del Almirante, la cual era la mayor y mejor de aquella villa. En ella le tenían aparejado un estrado de camisas de palma, donde le hicieron asentar. Después el hermano envió un escudero suyo a decir al rey que el Almirante estaba allí, como que el rey no sabía que era venido, puesto que el Almirante creía que lo disimulaba por hacerle mucha más honra. Como el escudero se lo dijo, dio el cacique dice que a correr para el Almirante, y púsole al pescuezo una gran plasta de oro que traía en la mano. Estuvo allí con él hasta la tarde, deliberando lo que había de hacer.

Sábado 29 de Diciembre

En saliendo el sol, vino a la carabela un sobrino del rey muy mozo y de buen entendimiento y buenos hígados (como dice el Almirante); y como siempre trabajase por saber adónde se cogía el oro, preguntaba a cada uno, porque por señas ya entendía algo, y así aquel mancebo le dijo que a cuatro jornadas había una isla al Leste que se llama Guarionex, y otras que se llamaban Macorix y Mayonic y Fuma y Cibao y Coroay, en las cuales había infinito oro, los cuales nombres escribió el Almirante; y supo esto que le había dicho un hermano del rey, y riñó con él, según el Almirante entendió. También otras veces había el Almirante entendido que el rey

trabajaba porque no entendiese dónde nacía y se cogía el oro, porque no lo fuese a rescatar o comprar a otra parte. *Mas es tanto y en tantos lugares y en esta misma isla Española* —dice el Almirante—, *que es maravilla*. Siendo ya de noche le envió el rey una gran carátula de oro, y envióle a pedir un bacín de agua manos y un jarro; creyó el Almirante que lo pedía para amandar hacer otro, y así se lo envió.

Domingo 30 de Diciembre

Salió el Almirante a comer a tierra, y llegó a tiempo que habían venido cinco reyes sujetos a aqueste que se llamaba Guacanagari, todos con sus coronas, representando muy buen estado, que dice el Almirante a los Reyes que sus Altezas hubieran placer de ver la manera de ellos. En llegando en tierra, el rey vino a rescibir al Almirante, y lo llevó de brazos a la misma casa de ayer, donde tenía un estrado y sillas en que asentó al Almirante; y luego se quitó la corona de la cabeza y se la puso al Almirante, y el Almirante se quitó del pescuezo un collar de buenos alaqueques[37] y cuentas muy hermosas de muy lindos colores, que parecía muy bien en toda parte, y se lo puso a él, y se desnudó un capuz de fina grana, que aquel día se había vestido, y se lo vistió, y envió por unos borceguíes de color que le hizo calzar, y le puso en el dedo un grande anillo de plata, porque habían dicho que vieron una sortija de plata a un marinero y que había hecho mucho por ella. Quedó muy alegre y muy contento, y dos de aquellos reyes que estaban con él vinieron adonde el Almirante estaba con él y trajeron al Almirante dos grandes plastas de oro, cada uno la suya. Y estando así vino un indio diciendo que había dos días que dejara la carabela Pinta al Leste en un puerto. Tornóse el Almirante a la carabela, y Vicente Anes,[38] capitán de ella, afirmó que había visto ruibarbo y que lo había en la isla

Amiga, que está a la entrada de la mar de Santo Tomé, que estaba seis leguas de allí, y que había conocido los ramos y raíz. Dicen que el ruibarbo echa unos ramitos fuera de tierra y unos frutos que parecen moras verdes casi secas, y el palillo que está cerca de la raíz es tan amarillo y tan fino como la mejor color que puede ser para pintar, y debajo de la tierra hace la raíz como una grande pera.

LUNES 31 DE DICIEMBRE

Aqueste día se ocupó en mandar tomar agua y leña para la partida a España por dar noticia presto a los Reyes para que enviasen navíos que descubriesen lo que quedaba por descubrir, porque ya *el negocio parecía tan grande y de tanto tomo que es maravilla*, dijo el Almirante. Y dice que no quisiera partirse hasta que hubiera visto toda aquella tierra que iba hacia el Leste y andarla toda por la costa, por saber también dice el tránsito de Castilla a ella, para traer ganados y otras cosas. Mas, como hubiese quedado con un solo navío, no le parecía razonable cosa ponerse a los peligros que le pudieran ocurrir descubriendo. Y quejábase que todo aquel mal e inconveniente [provenía de] haberse apartado [de él] la carabela Pinta.

MARTES 1° DE ENERO DE 1493

A media noche despachó la barca que fuese a la isleta Amiga para traer el ruibarbo. Volvió a vísperas con un serón dello; no trajeron más porque no llevaron azada para cavar: aquello llevó por muestra a los Reyes. El rey de aquella tierra dice que había enviado muchas canoas por oro. Vino la canoa que fue a saber de la Pinta y el marinero y no la hallaron. Dijo aquel marinero que a veinte leguas de allí habían visto un rey que traía en la cabeza dos grandes plastas de oro, y luego que los indios de la canoa le hablaron se las quitó, y vido también

mucho oro a otras personas. Creyó el Almirante que el rey Guacanagari debía de haber prohibido a todos que no vendiesen oro a los cristianos, porque pasase todo por su mano. Mas él había sabido los lugares, como dije anteayer, donde lo había en tanta cantidad que no lo tenían en precio. También la especiería que, como dice el Almirante, es mucha y más vale que pimienta y malagueta. Dejaba encomendados a los que allí quería dejar que hubiesen cuanta pudiesen.

Miércoles 2 de Enero

Salió de mañana en tierra para se despedir del rey Guacanagari y partirse en el nombre del Señor, y diole una camisa suya y mostróle la fuerza que tenían y efecto que hacían las lombardas, por lo cual mandó armar una y tirar al costado de la nao que estaba en tierra, porque vino a propósito de platicar sobre los caribes, con quien tienen guerra, y vido hasta dónde llegó la lombarda y cómo pasó el costado de la nao y fue muy lejos la piedra por la mar. Hizo hacer también una escaramuza con la gente de los navíos armada, diciendo al cacique que no hubiese miedo a los caribes aunque viniesen. Todo esto dice que hizo el Almirante porque tuviese por amigos a los cristianos que dejaba, y por ponerle miedo que los temiese. Llevólo el Almirante a comer consigo a la casa donde estaba aposentado y a los otros que iban con él. Encomendóle mucho el Almirante a Diego de Arana y a Pedro Gutiérrez y a Rodrigo Escobedo, que dejaba juntamente por sus tenientes de aquella gente que allí dejaba, porque todo fuese bien regido y gobernado a servicio de Dios y de sus Altezas. Mostró mucho amor el cacique al Almirante y gran sentimiento en su partida, mayormente cuando lo vido ir a embarcarse. Dijo al Almirante un privado de aquel rey, que había mandado hacer una estatua de oro puro tan grande

como el mismo Almirante, y que dende a diez días la habían de traer. Embarcóse con propósito de se partir luego, mas el viento no le dio lugar. Dejó en aquella isla Española, que los indios dice que llamaban Bohio, treinta y nueve hombres con la fortaleza, y dice que muchos amigos de aquel rey Guacanagari, y sobre aquéllos, por sus tenientes, a Diego de Arana, natural de Córdoba, y a Pedro Gutiérrez, repostero de estrado del Rey, criado del despensero mayor, y a Rodrigo de Escobedo, natural de Segovia, sobrino de fray Rodrigo Pérez, con todos sus poderes que de los Reyes tenía. Dejóles todas las mercaderías que los Reyes mandaron comprar para los rescates, que eran muchas, para que las trocasen y rescatasen por oro, con todo lo que traía la nao. Dejóles también pan bizcocho para un año y vino y mucha artillería, y la barca de la nao para quellos, como marineros que eran los más, fuesen, cuando viesen que convenía, a descubrir la mina de oro, porque a la vuelta que volviese el Almirante hallase mucho oro, y lugar donde se asentase una villa, porque aquél no era puerto a su voluntad; mayormente que el oro que allí traían venía dice que del Leste, y cuanto más fuesen al Leste tanto estaban cercanos de España. Dejóles también simientes para sembrar, y sus oficiales, escribano y alguacil, y un carpintero de naos y calafate y un buen lombardero, que sabe bien de ingenios, y un tonelero y un físico y un sastre, y todos dice que hombres de la mar.

Jueves 3 de Enero

No partió hoy porque anoche dice que vinieron tres de los indios que traía de las islas que se habían quedado, y dijéronle que los otros y sus mujeres vendrían al salir del sol. La mar también fue algo alterada, y no pudo la barca estar en tierra; determinó partir mañana, mediante la gracia de Dios. Dijo

que si él tuviera consigo la carabela Pinta tuviera por cierto de llevar un tonel de oro, porque osara seguir las costas de estas islas, lo que no osaba hacer por ser solo, porque no le acaeciese algún inconveniente y se impidiese su vuelta a Castilla y la noticia que debía dar a los Reyes de todas las cosas que había hallado. Y si fuera cierto que la carabela Pinta llegara a salvamento en España con aquel Martín Alonso Pinzón, dijo que no dejara de hacer lo que deseaba; pero porque no sabía dél y porque, ya que vaya, podrá informar a los Reyes de mentiras porque no le manden dar la pena que él merecía, como quien tanto mal había hecho y hacía en haberse ido sin licencia y estorbar los bienes que pudieran hacerse y saberse de aquella vez, dice el Almirante, confiaba que Nuestro Señor le daría buen tiempo y se podría remediar todo.

Viernes 4 de Enero

Saliendo el sol, levantó las anclas con poco viento, con la barca por proa el camino del Norueste para salir fuera de la restinga, por otra canal más ancha de la que entró, la cual y otras son muy buenas para ir por delante de la Villa de la Navidad, y por todo aquello el más bajo fondo que halló fueron tres brazas hasta nueve, y estas dos van de Norueste al Sueste, según aquellas restingas eran grandes que duran desde el Cabo Santo hasta el Cabo de Sierpe, que son más de seis leguas, y fuera en la mar bien tres y sobre el Cabo Santo bien tres, y sobre el Cabo Santo a una legua no hay más de ocho brazas de fondo, y dentro del dicho cabo, de la parte del Leste, hay muchos bajos y canales para entrar por ellos, y toda aquella costa se corre Norueste Sueste y es toda playa, y la tierra muy llana hasta bien cuatro leguas la tierra adentro. Después hay montañas muy altas y es toda muy poblada de

poblaciones grandes y buena gente, según se mostraban con los cristianos. Navegó así al Leste, camino de un monte muy alto que quiere parecer isla pero no lo es, porque tiene participación con tierra muy baja, el cual tiene forma de un alfaneque muy hermoso, al cual puso nombre *Monte Cristi*, el cual está justamente al Leste del Cabo Santo, y habrá dieciocho leguas. Aquel día, por ser el viento muy poco, no pudo llegar al Monte Cristi con seis leguas. Halló cuatro isletas de arena muy bajas, con una restinga que salía mucho al Norueste y andaba mucho al Sueste. Dentro hay un grande golfo que va desde dicho monte al Sudeste bien veinte leguas, el cual debe ser todo de poco fondo y muchos bancos, y dentro dél en toda la costa muchos ríos no navegables, aunque aquel marinero que el Almirante envió con la canoa a saber nuevas de la Pinta dijo que vido un río en el cual podían entrar naos. Surgió por allí el Almirante seis leguas de Monte Cristi en diecinueve brazas, dando la vuelta a la mar por apartarse de muchos bajos y restingas que por allí había, donde estuvo aquella noche. Da el Almirante aviso que el que hubiere de ir a la Villa de la Navidad, que cognosciere a Monte Cristi, debe meterse en la mar dos leguas, etc.; pero porque ya se sabe la tierra y más por allí no se pone aquí. Concluye que Cipango estaba en aquella isla y que hay mucho oro y especiería y almáciga y ruibarbo.

Sábado 5 de Enero

Cuando el sol quería salir, dio la vela con el terral; después ventó Leste, y vido que de la parte del Susueste del Monte Cristi, entre él y una isleta, parecía ser buen puerto para surgir esta noche, y tomó el camino al Lesueste, y después al Sursueste bien seis leguas, diecisiete brazas de fondo y muy limpio, y anduvo así tres leguas con el mismo fondo. Después

bajó a doce brazas hasta el morro del monte, y sobre el morro del monte a una legua halló nueve, y limpio todo, arena menuda. Siguió así el camino hasta que entró entre el monte y la isleta, adonde halló tres brazas y media de fondo con bajamar, muy singular puerto adonde surgió. Fue con la barca a la isleta, donde halló fuego y rastro de que habían estado allí pescadores. Vido allí muchas piedras pintadas de colores, o cantera de piedras tales de labores naturales muy hermosas, dice que para edificios de iglesia o de otras obras reales, como las que halló en la isleta de San Salvador. Halló también en esta isleta muchos pies de almáciga. Este Monte Cristi dice que es muy hermoso y alto y andable, de muy linda hechura, y toda la tierra cerca dél es maja, muy linda campiña, y él queda así alto que viéndolo de lejos parece isla que no comunique con alguna tierra. Después del dicho monte, al Leste, vido un cabo a veinticuatro millas al cual llamó Cabo del Becerro, desde el cual hasta el dicho monte pasan en la mar bien dos leguas unas restingas de bajos, aunque le pareció que había entre ellas canales para poder entrar; pero conviene que sea de día y vaya sondando con la barca primero. Desde el dicho monte al Leste hacia el Cabo del Becerro las cuatro leguas es todo playa y tierra muy baja y hermosa, y lo otro es todo tierra muy alta y grandes montañas labradas y hermosas, y dentro de la tierra va una sierra de Nordeste al Sueste, la más hermosa que había visto, que parece propia como la sierra de Córdoba. Parecen también muy lejos otras montañas muy altas hacia el Sur y del Sueste y muy grandes valles y muy verdes y muy hermosos y muy muchos ríos de agua; todo esto en tanta cantidad apacible que no creía encarecerlo la milésima parte. Después vido, al Leste de dicho monte, una tierra que parecía otro monte, así como aquel de Cristi en

grandeza y hermosura. Y dende a la cuarta del Leste al Nordeste es tierra no tan alta, y habría bien cien millas o cerca.

Domingo 6 de Enero

Aquel puerto es abrigado de todos los vientos, salvo de Norte y Norueste, y dice que poco reinan por aquella tierra, y aun de éstos se pueden guarecer detrás de la isleta: tiene tres hasta cuatro brazas. Salido el sol, dio la vela por ir la costa delante, la cual toda corría al Leste, salvo que es menester dar reguardo a muchas restingas de piedra y arena que hay en la dicha costa. Verdad es que dentro de ellas hay buenos puertos y buenas entradas por su canales. Después de medio día ventó Leste recio, y mandó subir a un marinero al topo del mástil para mirar los bajos, y vido venir la carabela Pinta con Leste a popa, y llegó al Almirante, y porque no había donde surgir por ser bajo, volvióse el Almirante al Monte Cristi a desandar diez leguas atrás que había andado, y la Pinta con él. Vino Alonso Pinzón a la carabela Niña, donde iba el Almirante, a se excusar diciendo que se había partido dél contra su voluntad, dando razones por ello; pero el Almirante dice que eran falsas todas, y que con mucha soberbia y codicia se había apartado aquella noche que se apartó dél, y que no sabía, dice el Almirante, de dónde le hubiesen venido las soberbias y deshonestidad que había usado con él aquel viaje, las cuales quiso el Almirante disimular por no dar lugar a las malas obras de Satanás, que deseaba impedir aquel viaje como hasta entonces había hecho, sino que por dicho de un indio de los que el Almirante le había encomendado con otros que llevaba en su carabela, el cual le había dicho que en una isla que se llamaba Baneque había mucho oro, y como tenía el navío sutil y ligero se quiso apartar e ir por sí dejando al Almirante. Pero

el Almirante quísose detener y costear la isla Juana y la Española, pues todo era un camino del Leste. Después que Martín Alonso fue a la isla Baneque dice que no halló nada de oro, y se vino a la costa de la Española por información de otros indios que le dijeron haber en aquella isla Española, que los indios llamaban *Bohio*, mucha cantidad de oro y muchas minas, y por esta causa llegó cerca de la villa de la Navidad, obra de quince leguas, y había entonces más de veinte días; por lo cual parece que fueron verdad las nuevas que los indios daban, por las cuales envió el rey Guacanagari la canoa, y el Almirante el marinero, y debía ser ida cuando la canoa llegó. Y dice aquí el Almirante que rescató la carabela mucho oro, que por un cabo de agujeta le daban buenos pedazos de oro del tamaño de dos dedos y a veces como la mano, y llevaba el Martín Alonso la mitad y la otra mitad se repartía por la gente. Añade el Almirante diciendo a los Reyes: *Así que, señores Príncipes, que yo conozco que milagrosamente mandó quedar allí aquella nao nuestro Señor, porque es el mejor lugar de toda la isla para hacer el asiento y más cerca de las minas del oro*. También dice que supo que detrás de la isla Juana, de la parte del Sur, hay otra isla grande, en que hay muy mayor cantidad de oro que en ésta, en tanto grado que cogían los pedazos mayores que habas, y en la isla Española se cogían pedazos de oro de las minas como granos de trigo. Llamábase, dice, aquella isla Yamaye.[39] También dice que supo el Almirante que allí, hacia el Leste, había una isla adonde no había sino solas mujeres, y esto dice que de muchas personas lo sabía. Y que aquella isla Española, y la otra isla Yamaye, estaban cerca de tierra firme diez jornadas de canoa, que podían ser sesenta o setenta leguas, y que era la gente vestida allí.

Lunes 7 de Enero

Este día hizo tomar una agua que hacía la carabela y calafatearla, y fueron los marineros en tierra a traer leña y dice que hallaron muchos almácigos y lináloe.

Martes 8 de Enero

Por el viento Leste y Sueste mucho que ventaba no partió este día, por lo cual mandó que se guarneciese la carabela de agua y leña y de todo lo necesario para todo el viaje, porque, aunque tenía voluntad de costear toda la costa de aquella Española que andando el camino pudiese, pero, porque los que puso en las carabelas por capitanes eran hermanos, conviene a saber Martín Alonso Pinzón y Vicente Anes, y otros que le seguían con soberbia y codicia estimando que todo era ya suyo, no mirando la honra que el Almirante les había hecho y dado, no habían obedecido ni obedecían sus mandamientos, antes hacían y decían muchas cosas no debidas contra él, y el Martín Alonso lo dejó desde el 21 de noviembre hasta el 6 de enero sin causa alguna ni razón sino por su desobediencia, todo lo cual el Almirante había sufrido y callado por dar buen fin a su viaje, así que, por salir de tan mala compañía, con los cuales dice que cumplía disimular, aunque eran gente desmandada, y aunque tenía dice que consigo muchos hombres de bien, pero no era tiempo de entender en castigo, acordó volverse y no parar más, con la mayor prisa que le fue posible. Entró en la barca y fue al río, que es allí junto, hacia el Sursudoeste del Monte Cristi una grande legua, donde iban los marineros a tomar agua para el navío, y halló que el arena de la boca del río, el cual es muy grande y hondo, era dice que toda llena de oro y en tanto grado que era maravilla, puesto que era muy menudo. Creía el Almirante que por venir por aquel río abajo se

desmenuzaba por el camino, puesto que dice que en poco espacio halló muchos granos tan grandes como lentejas; mas de lo menudito dice que había mucha cantidad. Y, porque la mar era llena y entraba agua salada con la dulce, mandó subir con la barca el río arriba un tiro de piedra: hincharon los barriles desde la barca y, volviéndose a la carabela, hallaron metidos por los aros de los barriles pedacitos de oro, y lo mismo en los aros de la pipa. Puso por nombre el Almirante al río el Río del Oro, el cual de dentro pasada la entrada muy hondo, aunque la entrada es baja y la boca muy ancha, y dél a la villa de la Navidad hay diecisiete leguas. Entremedias hay otros muchos ríos grandes; en especial tres, los cuales creía que debían tener mucho más oro que aquél, porque son más grandes, puesto quéste es casi tan grande como el Guadalquivir por Córdoba; y dellos a las minas del oro no hay veinte leguas. Dice más el Almirante: que no quiso tomar de la dicha arena que tenía tanto oro, pues sus Altezas lo tenían todo en casa y a la puerta de su villa de la Navidad, sino venirse a más andar por llevarles las nuevas y quitarse de la mala compañía que tenía y que siempre había dicho que era gente desmandada.

Miércoles 9 de Enero

A media noche levantó las velas con el viento Sueste y navegó al Lesnordeste; llegó a una punta que llamó Punta Roja, que está justamente al Leste del Monte Cristi sesenta millas. Y al abrigo della surgió a la tarde, que serían tres horas antes de que anocheciese. No osó salir de allí de noche, porque había muchas restingas, hasta que se sepan, porque después serán provechosas si tienen, como deben tener, canales, y tienen mucho fondo y buen surgidero seguro de todos vientos. Estas tierras, desde Monte Cristi hasta allí

donde surgió, son tierras altas y llanas y muy lindas campiñas, y a las espaldas muy hermosos montes que van de Leste a Oueste, y son todos labrados y verdes, que es cosa de maravilla ver su hermosura, y tienen muchas riberas de agua. En toda esta tierra hay muchas tortugas, de las cuales tomaron los marineros en el Monte Cristi que venían a desovar en tierra, y eran muy grandes como una grande tablachina. El día pasado, cuando el Almirante iba al Río del Oro, dijo que vido tres sirenas[40] que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara. Dijo que otras veces vido algunas en Guinea, en la Costa de la Manegueta. Dice que esta noche, con el nombre de nuestro Señor, partiría a su viaje sin más detenerse en cosa alguna, pues había hallado lo que buscaba, porque no quiere más enojo con aquel Martín Alonso hasta que sus Altezas supiesen las nuevas de su viaje y de lo que ha hecho; *y después no sufriré* —dice él— *hechos de malas personas y de poca virtud, las cuales contra quien les dio aquella honra presumen hacer su voluntad con poco acatamiento*.

Jueves 10 de Enero

Partióse de donde había surgido, y al sol puesto llegó a un río, al cual puso nombre Río de Gracia; dista de la parte del Sueste tres leguas. Surgió a la boca, que es buen surgidero, a la parte del Leste. Para entrar dentro tiene un banco, que no tiene sino dos brazas de agua y muy angosto: dentro es buen puerto cerrado, sino que tiene mucha broma.[41] Y de ella iba la carabela Pinta, donde iba Martín Alonso, muy maltratada, porque dice que estuvo allí rescatando dieciséis días, donde rescataron mucho oro, que era lo que deseaba Martín Alonso. El cual, después que supo de los indios quel Almirante estaba

en la costa de la misma isla Española y que no lo podía errar, se vino para él. Y dice que quisiera que toda la gente del navío jurara que no habían estado allí sino seis días. Mas dice que era cosa tan pública su maldad, que no podía encubrir. El cual, dice el Almirante, tenía hechas leyes que fuese para él la mitad del oro que se rescatase o se hubiese. Y cuando hubo de partirse de allí, tomó cuatro hombres indios y dos mozos por fuerza, a los cuales el Almirante mandó dar de vestir y tornar en tierra que se fuesen a sus casas; *lo cual* —dice— *es servicio de vuestras Altezas, así de esta isla en especial como de las otras. Mas aquí, donde tienen ya asiento vuestras Altezas, se debe hacer honra y favor a los pueblos, pues que en esta isla hay tanto oro y buenas tierras y especiería.*

Viernes 11 de Enero

A media noche salió del Río de Gracia con el terral; navegó al Leste, hasta un cabo que llamó Belprado, cuatro leguas; y de allí al Sueste está el monte a quien puso Monte de Plata y dice que hay ocho leguas. De allí del cabo Belprado, al Leste cuarta del Sudeste, está el cabo que dijo del Angel, y hay dieciocho leguas; y de este cabo al Monte de Plata hay un golfo y tierras, las mejores y más lindas del mundo, todas campiñas altas y hermosas, que van mucho la tierra adentro, y después hay una sierra, que va de Leste a Oueste, muy grande y muy hermosa; y al pie del monte hay un puerto muy bueno y en la entrada tiene catorce brazas, y este monte es muy alto y hermoso, y todo esto es poblado mucho. Y creía el Almirante debía haber buenos ríos y mucho oro. Del Cabo del Angel al Leste cuarta del Sueste, hay cuatro leguas a una punta que puso del Hierro; y al mismo camino, a cuatro leguas, está una punta que llamó la Punta Seca; y de allí al mismo camino, a seis leguas, está el cabo que dijo Redondo; y de allí al Leste está el Cabo Francés;

y en este cabo, de la parte de Leste, hay una angla grande, mas no le pareció haber surgidero. De allí a una legua está el Cabo del Buen Tiempo; de éste al Sur cuarta del Sudeste hay un cabo que llamó Tajado, una grande legua; y de éste hacia el Sur vido otro cabo, y parecióle que habría quince leguas. Hoy hizo gran camino, porque el viento y las corrientes iban con él. No osó surgir, por miedo a los bajos, y así estuvo a la corda toda la noche.

Sábado 12 de Enero

Al cuarto del alba navegó al Leste con viento fresco y anduvo así hasta el día, y en este tiempo veinte millas, y en dos horas después andaría veinticuatro millas. De allí vido al Sur tierra, y fue hacia ella, y estaría della cuarenta y ocho millas y dice que, dado resguardo al navío, andaría esta noche veintiocho millas al Nornordeste. Cuando vido la tierra, llamó a un cabo que vio el Cabo de Padre e Hijo, porque a la punta de la parte del Leste tiene dos farallones, mayor el uno que el otro. Después, al Leste dos leguas, vido una grande abra y muy hermosa entre dos grandes montañas, y vido que era grandísimo puerto, bueno y de muy buena entrada; pero, por ser muy de mañana y no perder camino, porque por la mayor parte del tiempo hace por allí Lestes[42] y entonces le lleva Nornorueste, no quiso detenerse más. Siguió su camino al Leste hasta un cabo muy alto y muy hermoso y todo de piedra tajado a quien puso por nombre Cabo del Enamorado, el cual estaba al Leste de aquel puerto a quien llamó Puerto Sacro, treinta y dos millas; y, en llegando a él, descubrió otro muy más hermoso y más alto y redondo, de peña todo, así como el Cabo de San Vicente en Portugal, y estaba del Enamorado al Leste doce millas. Después que llegó a emparejarse con el del Enamorado, vido, entremedias de él y de otro, que se hacía

una grandísima bahía que tiene de anchor tres leguas, y en medio de ella está una isleta pequeñuela; el fondo es mucho a la entrada hasta tierra. Surgió allí en doce brazas, envió la barca en tierra por agua y por ver si había lengua, pero la gente toda huyó. Surgió también por ver si toda era aquella una tierra con la Española; y lo que dijo ser golfo sospechaba no fuese otra isla por sí. Quedaba espantado de ser tan grande la isla Española.

Domingo 13 de Enero

No salió de este puerto por no hacer terral con que saliese. Quisiera salir por ir a otro mejor puerto, porque aquél era algo descubierto, y porque quería ver en qué paraba la conjunción de la Luna con el Sol, que esperaba a 17 de este mes, y la oposición della con Júpiter y conjunción con Mercurio y el Sol en opósito con Júpiter, que es causa de grandes vientos. Envió la barca a tierra en una hermosa playa para que tomasen de los ajes para comer, y hallaron ciertos hombres con arcos y flechas, con los cuales se pararon a hablar, y les compraron dos arcos y muchas flechas y rogaron a uno de ellos que fuese a hablar al Almirante a la carabela; y vino, el cual dice que era muy disforme en el acatadura más que otros que hubiesen visto. Tenía el rostro todo tiznado de carbón, puesto que en todas partes acostumbran de se teñir de diversos colores. Traía todos los cabellos muy largos y encogidos y atados atrás y después puestos en una redecilla de plumas de papagayos, y él así desnudo como los otros. Juzgó el Almirante que debía ser de los caribes que comen los hombres, y que aquel golfo que ayer había visto que hacía apartamiento de tierra y que sería isla por sí. Preguntóle por los caribes y señalóle al Leste, cerca de allí; la cual dice que ayer vido el Almirante antes que entrase en aquella bahía, y

díjole el indio que en ella había muy mucho oro, señalándole la popa de la carabela, que era bien grande, y que pedazos había tan grandes. Llamaba al oro *tuob* y no entendía por *caona*, como le llaman en la primera parte de la isla, ni por *noçay*, como lo nombran en San Salvador y en las otras islas. Al alambre o a un oro bajo llaman en La Española tuob. De la isla de Matinino[43] dijo aquel indio que era toda poblada de mujeres sin hombres, y que en ella hay mucho tuob, que es oro o alambre, y que es más al Leste de Carib. También dijo de la isla de Goanin, adonde hay mucho tuob. De estas islas dice el Almirante que por muchas personas hace días había noticia. Dice más el Almirante; que en las islas pasadas estaban con gran temor de los de Carib, y en algunas le llamaban Caniba, pero en la Española Carib; y que debe de ser gente arriscada, pues andan por todas estas islas y comen la gente que pueden haber. Dice que entendía algunas palabras, y por ellas dice que saca otras cosas, y que los indios que consigo traía entendían más, puesto que hallaba diferencia de lenguas por la gran distancia de las tierras. Mandó dar al indio de comer, y diole pedazos de paño verde y colorado y cuentezuelas de vidrio, a que ellos son muy aficionados, y tornóle a enviar a tierra y díjole que trajese oro si lo había, lo cual creía por algunas cositas suyas quél traía. En llegando la barca a tierra, estaban detrás los árboles bien cincuenta y cinco hombres desnudos, con los cabellos muy largos, así como las mujeres los traen en Castilla. Detrás de la cabeza traían penachos de plumas de papagayos y de otras aves, y cada uno traía su arco. Descendió el indio en tierra e hizo que los otros dejasen sus arcos y flechas, y un pedazo de palo que es como un […][44] muy pesado que traen en lugar de espada; los cuales después se llegaron a la barca, y la gente de la barca

salió a tierra y comenzáronles a comprar los arcos y flechas y las otras armas, porque el Almirante así lo tenía ordenado. Vendidos dos arcos, no quisieron dar más; antes se aparejaron de arremeter a los cristianos y prenderlos. Fueron corriendo a tomar sus arcos y flechas donde los tenían apartados y tornaron con cuerdas en las manos para dice que atar a los cristianos. Viéndolos venir corriendo a ellos, estando los cristianos apercibidos, porque siempre los avisaba de esto el Almirante, arremetieron los cristianos a ellos, y dieron a un indio una gran cuchillada en las nalgas y a otro por los pechos hirieron con una saetada, a lo cual, visto que podían ganar poco aunque no eran los cristianos sino siete y ellos cincuenta y tantos, dieron a huir que no quedó ninguno, dejando uno aquí las flechas y otro allí los arcos. Mataran dice que los cristianos muchos de ellos si el piloto que iba por capitán de ellos no lo estorbara. Volviéronse luego a la carabela los cristianos con su barca, y, sabido por el Almirante, dijo que por una parte le había pesado y por otra no, porque hayan miedo a los cristianos, porque sin duda, dice él, la gente de allí es dice que de mal hacer y que creía que eran los de Carib y que comiesen los hombres, y porque, viniendo por allí la barca que dejó a los treinta y nueve hombres en la fortaleza y villa de la Navidad, tengan miedo de hacerles algún mal. Y que si no son de los caribes, al menos deben ser fronteros y de las mismas costumbres y gente sin miedo, no como los otros de las otras islas, que son cobardes y sin armas fuera de razón. Todo esto dice el Almirante y que querría tomar algunos de ellos. Dice que hacían muchas ahumadas como acostumbraban en aquella isla Española.

Lunes 14 de Enero

Quisiera enviar esta noche a buscar las casas de aquellos

indios por tomar algunos de ellos, creyendo que eran caribes, mas por el mucho Leste y Nordeste y mucha ola que hizo en la mar, [no lo hicieron]; pero, ya de día, vieron mucha gente de indios en tierra, por lo cual mandó el Almirante ir allá la barca con gente bien aderezada, los cuales luego vinieron todos a la popa de la barca, y especialmente el indio que el día antes había venido a la carabela y el Almirante le había dado las cosillas de rescate. Con éste dice que venía un rey, el cual había dado al indio dicho unas cuentas que diese a los de la barca en señal de seguro y de paz. Este rey, con tres de los suyos, entraron en la barca y vinieron a la carabela. Mandóles el Almirante dar de comer bizcocho y miel y diole un bonete colorado y cuentas y un pedazo de paño colorado, y a otros también pedazos de paño, el cual dijo que traería mañana una carátula de oro, afirmando que allí había mucho, y en Carib y Matinino. Después los envió a tierra bien contentos. Dice más el Almirante: que le hacían agua mucha las carabelas por la quilla, y quéjase mucho de los calafates que en Palos las calafatearon muy mal y que cuando vieron que el Almirante había entendido el defecto de su obra y los quisiera constreñir a que la enmendaran, huyeron; pero, no obstante la mucha agua que las carabelas hacían, confía en nuestro Señor que lo trajo, le tornará por su piedad y misericordia, que bien sabía su Alta Majestad cuánta controversia tuvo primero antes que se pudiese expedir de Castilla, que ninguno otro fue en su favor sino Él, porque Él sabía su corazón y, después de Dios, sus Altezas, y todo lo demás le había sido contrario sin razón alguna. Y dice más así: *y han sido causa que la Corona Real de vuestras Altezas no tenga cien cuentos de renta más de la que tiene después que yo vine a les servir, que son siete años ahora a 20 días de enero este mismo mes, y más lo que acrecentado*

sería de aquí en adelante. Mas aquel poderoso Dios remediará todo. Estas son sus palabras.

Martes 15 de Enero

Dice que quiere partir porque ya no aprovecha nada detenerse, por haber pasado aquellos desconciertos (debe decir del escándalo de los indios). Dice también que hoy ha sabido que toda la fuerza del oro estaba en la comarca de la villa de la Navidad de sus Altezas, y que en la isla de Carib había mucho alambre y en Matinino, puesto que será dificultoso en Carib, porque aquella gente dice que come carne humana, y que de allí se parecía la isla de ellos y que tenía determinado de ir allá, pues está en el camino, y a la de Matinino que dice que era poblada toda de mujeres sin hombres, y ver la una y la otra y tomar dice algunos de ellos. Envió el Almirante la barca a tierra, y el rey de aquella tierra no había venido, porque dice que la población estaba lejos; mas envió su corona de oro, como había prometido, y vinieron otros muchos hombres con algodón y con pan de ajes, todos con sus arcos y flechas. Después que todo lo hubieron rescatado, vinieron dice que cuatro mancebos a la carabela, y pareciéronle al Almirante dar tan buena cuenta de todas aquellas islas que estaban hacia el Leste, en el mismo camino que el Almirante había de llevar, que determinó de traer a Castilla consigo. Allí dice que no tenían hierro ni otro metal que se hubiese visto, aunque en pocos días no se puede saber de una tierra mucho, así por la dificultad de la lengua, que no entendía el Almirante, sino por discreción, como por quellos no saben lo quél pretendía en pocos días. Los arcos de aquella gente dice que eran tan grandes como los de Francia e Inglaterra; las flechas son propias como las azagayas de las otras gentes que hasta allí había visto, que son de los

pimpollos de las cañas cuando son simiente, que quedan muy derechas y de longura de una vara y media y de dos, y después ponen al cabo un pedazo de palo agudo de un palmo y medio; y encima de este palillo algunos le injertan un diente de pescado, y algunos y los más le ponen allí hierba, y no tiran como en otras partes, salvo por una cierta manera que no pueden mucho ofender. Allí había mucho algodón y muy fino y luengo y hay muchas almácigas, y parecíale que los arcos eran de tejo, y que hay oro y cobre. También hay mucho ají, ques su pimienta, della que vale más que pimienta, y toda la gente no come sin ella, que la halla muy sana: puédense cargar cincuenta carabelas cada año en aquella Española. Dice que halló mucha hierba en aquella bahía, de la que hallaron en el golfo cuando venía el descubrimiento, por lo cual creía que había islas al Leste hasta en derecho de donde las comenzó a hallar: porque tiene por cierto que aquella hierba nace en poco fondo junto a tierra; y dice que, si así es, muy cerca estaban estas Indias de las islas de Canaria, y por esta razón creía que distaban menos de cuatrocientas leguas.

Miércoles 16 de Enero

Partió antes del día, tres horas, del golfo que llamó el Golfo de las Flechas, con viento de la tierra, después con viento Oueste, llevando la proa al Leste cuarta del Nordeste para ir dice que a la isla de Carib, donde estaba la gente de quien todas aquellas islas y tierras tanto miedo tenían, porque dice que con sus canoas sin número andaban todas aquellas mares y dice que comían los hombres que pueden haber. La derrota dice que le habían mostrado unos indios de aquellos cuatro que tomó ayer en el Puerto de las Flechas. Después de haber andado a su parecer sesenta y cuatro millas, señaláronle los indios quedaría la dicha isla al Sueste; quiso llevar aquel

camino y mandó templar las velas, y, después de haber andado dos leguas, refrescó el viento muy bueno para ir a España. Notó en la gente que comenzó a entristecerse por desviarse del camino derecho, por la mucha agua que hacían ambas carabelas, y no tenían algún remedio salvo el de Dios. Hubo de dejar el camino que creía que llevaba de la isla y volvió al derecho de España, Nordeste cuarta del Leste, y anduvo así hasta el sol puesto cuarenta y ocho millas, que son doce leguas. Dijéronle los indios que por aquella vía hallaría la isla de Matinino, que dice que era poblada de mujeres sin hombres, lo cual el Almirante mucho quisiera por llevar dice que a los Reyes cinco o seis de ellas; pero dudaba que los indios supiesen bien la derrota, y él no se podía detener, por el peligro del agua que cogían las carabelas; mas dice que era cierto que las había, y que cierto tiempo del año venían los hombres a ellas de la dicha isla de Carib, que dice que estaba de ellas diez o doce leguas, y si parían niño enviábanlo a la isla de los hombres, y si niña dejábanla consigo. Dice el Almirante que aquellas dos islas no debían distar de donde había partido quince o veinte leguas, y creía que eran al Sueste, y que los indios no le supieron señalar la derrota. Después de perder de vista el cabo que nombró de San Theramo, de la isla Española, que le quedaba al Oueste dieciséis leguas, anduvo doce leguas al Leste cuarta del Nordeste. Llevaba muy buen tiempo.

Jueves 17 de Enero

Ayer, al poner del sol, calmóse algo el viento; andaría catorce ampolletas, que tenía cada una media hora o poco menos, hasta el rendir del primer cuarto, y andaría cuatro millas por hora, que son veintiocho millas. Después refrescó el viento y anduvo así todo aquel cuarto, que fueron diez ampolletas, y después otras seis, hasta salido el sol, ocho

millas por hora, y así andaría por todas ochenta y cuatro millas que son veintiuna leguas al Nordeste cuarta del Leste, y hasta el sol puesto andaría más de cuarenta y cuatro millas, que son once leguas, al Leste. Aquí vino un alcatraz a la carabela y después otro, y vido mucha hierba de la que está en la mar.

Viernes 18 de Enero

Navegó con poco viento esta noche al Leste cuarta del Sueste cuarenta millas, que son diez leguas, y después al Sueste cuarta del Leste treinta millas, que son siete leguas y media, hasta salido el sol. Después de salido el sol navegó todo el día con poco viento Lesnordeste y Nordeste y con Leste más y menos, puesta la proa a veces al Norte y a veces a la cuarta del Nordeste y al Nornordeste; y así, contando lo uno y lo otro, creyó que andaría sesenta millas, que son quince leguas. Pareció poca hierba en la mar; pero dice que ayer y hoy pareció la mar cuajada de atunes, y creyó el Almirante que de allí debían de ir a las almadrabas del Duque de Conil y de Cádiz. Por un pescado que se llama rabiforcado,[45] que anduvo alrededor de la carabela y después se fue la vía del Sursueste, creyó el Almirante que había por allí algunas islas. Y al Lesueste de la isla Española dijo que quedaba la isla de Carib y la de Matinino y otras muchas.

Sábado 19 de Enero

Anduvo esta noche cincuenta y seis millas al Norte cuarta del Nordeste, y sesenta y cuatro al Nordeste cuarta del Norte. Después del sol salido, navegó al Nordeste con el viento Lesueste, con viento fresco, y después a la cuarta del Norte, y andaría ochenta y cuatro millas, que son veintiuna leguas. Vino la mar cuajada de atunes pequeños: hubo alcatraces,

rabos de junco y rabiforcados.

Domingo 20 de Enero

Calmó el viento esta noche, y a ratos ventaba unos balcos[46] de viento, y andaría por todo veinte millas al Nordeste. Después del sol salido, andaría once millas al Sudeste, después al Nornordeste treinta y seis millas, que son nueve leguas. Vido infinitos atunes pequeños. Los aires dice que muy suaves y dulces, como en Sevilla por abril o mayo, y la mar, dice, a Dios sean dadas muchas gracias, siempre muy llana. Rabiforcados y pardelas y otras aves muchas parecieron.

Lunes 21 de Enero

Ayer, después del sol puesto, navegó al Norte cuarta del Nordeste, con el viento Leste y Nordeste: andaría ocho millas por hora hasta media noche, que serían cincuenta y seis millas. Después anduvo al Nornordeste ocho millas por hora, y así serían, en toda la noche, ciento cuatro millas, que son veintiséis leguas, a la cuarta del Norte de la parte del Nordeste. Después del sol salido, navegó al Nornordeste con el mismo viento Leste, y a veces a la cuarta del Nordeste, y andaría ochenta y ocho millas en once horas que tenía el día, que son veintiuna leguas, sacada una que perdió porque arribó sobre la carabela Pinta por hablarle. Hallaba los aires más fríos, y pensaba dice que hallarlos más cada día cuanto más se llegase al Norte, y también por las noches ser más grandes por la angostura de la esfera. Parecieron muchos rabos de junco y pardelas y otras aves; pero no tantos peces, dice que por ser el agua más fría. Vido mucha hierba.

Martes 22 de Enero

Ayer, después del sol puesto, navegó al Nornordeste con viento Leste y tomaba del Sueste; andaba ocho millas por hora

hasta pasadas cinco ampolletas, y tres antes que se comenzase la guardia, que eran ocho ampolletas. Y así habría andado setenta y dos millas, que son dieciocho leguas. Después anduvo a la cuarta del Nordeste al Norte seis ampolletas, que serían otras dieciocho millas. Después cuatro ampolletas de la segunda guarda al Nordeste, seis millas por hora, que son tres leguas al Nordeste. Después, hasta el salir del sol, anduvo al Lesnordeste once ampolletas, seis leguas por hora, que son siete leguas. Después al Lesnordeste, hasta las once horas del día, treinta y dos millas. Y así calmó el viento y no anduvo más en aquel día. Nadaron los indios. Vieron rabos de junco y mucha hierba.

Miércoles 23 de Enero

Esta noche tuvo muchos mudamientos en los vientos; tanteado todo y dados los resguardos que los marineros buenos suelen y deben dar, dice que andaría esta noche al Nordeste cuarta del Norte ochenta y cuatro millas, que son veintiuna leguas. Esperaba muchas veces a la carabela Pinta, porque andaba mal de la bolina, porque se ayudaba poco de la mezana por el mástil no ser bueno; y dice que si el capitán de ella, que es Martín Alonso Pinzón, tuviera tanto cuidado de proveerse de un buen mástil en las Indias, donde tantos y tales había, como fue codicioso de se apartar dél, pensando de henchir el navío de oro, él lo pusiera bueno. Parecieron muchos rabos de junco y mucha hierba: el cielo todo turbado estos días; pero no había llovido, y la mar siempre muy llana como en un río, a Dios sean dadas muchas gracias. Después del sol salido, andaría al Nordeste franco cierta parte del día treinta millas, que son siete leguas y media, y después lo demás anduvo al Lesnordeste otras treinta, que son siete leguas y media.

Jueves 24 de Enero

Andaría esta noche toda, consideradas muchas mudanzas que hizo el viento al Nordeste, cuarenta y cuatro millas, que fueron once leguas. Después de salido el sol hasta puesto, andaría al Lesnordeste catorce leguas.

Viernes 25 de Enero

Navegó esta noche al Lesnordeste un pedazo de la noche, que fueron trece ampolletas, nueve leguas y media; después anduvo al Nornordeste otras seis millas. Salido el sol todo el día, porque calmó el viento, andaría al Lesnordeste veintiocho millas, que son siete leguas. Mataron los marineros una tonina y un grandísimo tiburón, y dice que lo habían bien menester, porque no traían ya de comer sino pan y vino y ajes de las Indias.

Sábado 26 de Enero

Esta noche anduvo al Leste cuarta del Sudeste cincuenta y seis millas, que son catorce leguas. Después del sol salido, navegó a las veces al Lesueste y a las veces al Sueste; andaría hasta las once horas del día cuarenta millas. Después hizo otro bordo, y después anduvo a la relinga, y hasta la noche anduvo hacia el Norte veinticuatro millas, que son seis leguas.

Domingo 27 de Enero

Ayer, después del sol puesto, anduvo al Nordeste y al Norte, y al Norte cuarta del Nordeste, y andaría cinco millas por hora, y en trece horas serían sesenta y cinco millas, que son dieciséis leguas y media. Después del sol salido, anduvo hacia el Nordeste veinticuatro millas, que son seis leguas hasta mediodía, y de allí hasta el sol puesto andaría tres leguas al Lesnordeste.

Lunes 28 de Enero

Esta noche toda navegó al Lesnordeste, y andaría treinta y seis millas, que son nueve leguas. Después del sol salido, anduvo hasta el sol puesto al Lesnordeste veinte millas, que son cinco leguas. Los aires halló templados y dulces. Vido rabos de junco y pardelas y mucha hierba.

Martes 29 de Enero

Navegó al Lesnordeste y andaría en la noche con Sur y Sudueste treinta y nueve millas, que son nueve leguas y media. Entre todo el día andaría ocho leguas. Los aires muy templados como en abril en Castilla; la mar muy llana: peces que llaman dorados vinieron a bordo.

Miércoles 30 de Enero

En toda esta noche andaría siete leguas al Lesnordeste. De día corrió al Sur cuarta al Sueste, trece leguas y media. Vido rabos de junco y mucha hierba y muchas toninas.

Jueves 31 de Enero

Navegó esta noche al Norte cuarta del Nordeste treinta millas, y después al Nordeste treinta y cinco millas, que son dieciséis leguas. Salido el sol, hasta la noche anduvo al Lesnordeste trece leguas y media. Vieron rabos de junco y pardelas.

Viernes 1° de Febrero

Anduvo esta noche al Lesnordeste dieciséis leguas y media. El día corrió al mismo camino veintinueve leguas y un cuarto; la mar muy llana, a Dios gracias.

Sábado 2 de Febrero

Anduvo esta noche al Lesnordeste cuarenta millas, que son diez leguas. De día, con el mismo viento a popa, corrió siete millas por hora; por manera que en once horas anduvo

setenta y siete millas, que son diecinueve leguas y cuarta; la mar muy llana, gracias a Dios, y los aires muy dulces. Vieron tan cuajada la mar de hierba que, si no la hubieran visto, temieran ser bajos. Pardelas vieron.

Domingo 3 de Febrero

Esta noche, yendo a popa con la mar muy llana, a Dios gracias, andaría veintinueve leguas. Parecióle la estrella del Norte muy alta, como en el Cabo de San Vicente. No pudo tomar la altura con el astrolabio ni cuadrante, porque la ola no le dio lugar. El día navegó al Lesnordeste su camino, y andaría diez millas por hora, y, así, en once horas veintisiete leguas.

Lunes 4 de Febrero

Esta noche navegó al Leste cuarta del Nordeste; parte anduvo doce millas por hora y parte diez, y así andaría ciento treinta millas, que son treinta y dos leguas y media. Tuvo el cielo muy turbado y lluvioso e hizo algún frío, por lo cual dice que cognoscía que no había llegado a las islas de los Azores. Después del sol levantado, mudó el camino y fue al Leste. Anduvo en todo el día setenta y siete millas, que son diecinueve leguas y cuarta.

Martes 5 de Febrero

Esta noche navegó al Leste; andaría toda ella cincuenta y cuatro millas, que son catorce leguas menos media. El día corrió diez millas por hora, y, así, en once horas fueron ciento diez millas, que son veintisiete leguas y media. Vieron pardelas y unos palillos, que era señal que estaban cerca de tierra.

Miércoles 6 de Febrero

Navegó esta noche al Leste; andaría once millas por hora.

En trece horas de la noche andaría ciento cuarenta y tres millas, que son treinta y cinco leguas y cuarta. Vieron muchas aves y pardelas. El día corrió catorce millas por hora, y, así, anduvo aquel día ciento cincuenta y cuatro millas, que son treinta y ocho leguas y media; de manera que fueron, entre día y noche, sesenta y cuatro leguas poco más o menos. Vicente Anes dijo que hoy por la mañana le quedaba la isla de Flores al Norte y la de la Madera al Leste. Roldán dijo que la isla del Fayal o la de San Gregorio le quedaba al Nornordeste y el Puerto Santo al Leste. Pareció mucha hierba.

Jueves 7 de Febrero

Navegó esta noche al Leste; andaría diez millas por hora, y, así, en trece horas ciento y treinta millas, que son treinta y dos leguas y media; el día, ocho millas por hora, en once horas setenta y ocho millas, que son veintidós leguas. En esta mañana estaba el Almirante al Sur de la isla de Flores setenta y cinco leguas, y el piloto Pedro Alonso, yendo al Norte, pasaba entre la Tercera y la de Santa María, y al Leste pasaba de barlovento de la isla de la Madera doce leguas de la parte del Norte. Vieron los marineros hierba de otra manera que la pasada, de la que hay mucha en la isla de los Azores. Después se vido de la pasada.

Viernes 8 de Febrero

Anduvo esta noche tres millas por hora al Leste por un rato, y después caminó a la cuarta del Sueste; anduvo toda la noche doce leguas. Salido el sol, hasta mediodía corrió veintisiete millas; después, hasta el sol puesto, otras tantas, que son trece leguas al Sursueste.

Sábado 9 de Febrero

Un rato de esta noche andaría tres leguas al Sursueste;

después al Sur cuarta del Sueste; después al Nordeste, hasta las diez horas del día, otras cinco leguas, y después, hasta la noche, anduvo nueve leguas al Leste.

Domingo 10 de Febrero

Después del sol puesto, navegó al Leste toda la noche ciento treinta millas, que son treinta y dos leguas y media; el sol salido, hasta la noche anduvo nueve millas por hora, y así anduvo en once horas noventa y nueve millas, que son veinticuatro leguas y media y una cuarta. En la carabela del Almirante carteaban y echaban punto Vicente Yáñez y los dos pilotos Sancho Ruiz y Pedro Alonso Niño, y Roldán, y todos ellos pasaban mucho adelante de las islas de los Azores al Leste por sus cartas; y, navegando al Norte, ninguno tomara la isla de Santa María, ques la postrera de todas las de los Azores. Antes, serían delante con cinco leguas, y fueran en la comarca de la isla de la Madera o en el Puerto Santo. Pero el Almirante se hallaba muy desviado de su camino, hallándose mucho más atrás que ellos, porque esta noche le quedaba la isla de Flores al Norte, y al Leste iba en demanda a Nafe en África,[47] y pasaba a barlovento de la isla de la Madera de la parte del Norte [...][48] leguas. Así quellos estaba más cerca de Castilla que el Almirante con ciento cincuenta leguas. Dice que, mediante la gracia de Dios, desque vean tierra se sabrá quién andaba más cierto. Dice aquí también que primero anduvo doscientas sesenta y tres leguas de la isla del Hierro a la venida que viese la primera hierba, etc.

Lunes 11 de Febrero

Anduvo esta noche doce millas por hora a su camino, y, así, en toda ella contó treinta y nueve leguas, y en todo el día corrió dieciséis leguas y media. Vido muchas aves, de donde

creyó estar cerca de tierra.

Martes 12 de Febrero

Navegó al Leste seis millas por hora esta noche, y andaría hasta el día setenta y tres millas, que son dieciocho leguas y un cuarto. Aquí comenzó a tener grande mar y tormenta: y, si no fuera la carabela dice que muy buena y bien aderezada, temiera perderse. El día corría once o doce leguas, con mucho trabajo y peligro.

Miércoles 13 de Febrero

Después del sol puesto hasta el día, tuvo gran trabajo del viento y de la mar muy alta y tormenta; relampagueó hacia el Nordeste tres veces; dijo ser señal de gran tempestad que había de venir de aquella parte o de su contrario. Anduvo a árbol seco lo más de la noche; después dio una poca de vela y andaría cincuenta y dos millas, que son trece leguas. En este día blandeó un poco el viento; pero luego creció y la mar se hizo terrible y cruzaban las olas que atormentaban los navíos. Andaría cincuenta y cinco millas, que son trece leguas y media.

Jueves 14 de Febrero

Esta noche creció el viento y las olas eran espantables, contraria una de otra, que cruzaban y embarazaban el navío que no podía pasar adelante ni salir de entremedias dellas y quebraban en él; llevaba el papahígo[49] muy bajo, para que solamente lo sacase algo de las ondas: andaría así tres horas y correría veinte millas. Crecía mucho la mar y el viento; y, viendo el peligro grande, comenzó a correr a popa donde el viento lo llevase, porque no había otro remedio. Entonces comenzó a correr también la carabela Pinta, en que iba Martín Alonso, y desapareció, aunque toda la noche hizo

faroles el Almirante y el otro le respondía; hasta que parece que no pudo más por la fuerza de la tormenta y porque se hallaba muy fuera del camino del Almirante. Anduvo el Almirante esta noche al Nordeste cuarta del Leste, cincuenta y cuatro millas, que son trece leguas. Salido el sol, fue mayor el viento y la mar cruzando más terrible: llevaba el papahígo solo y bajo, para que el navío saliese de entre las ondas que cruzaban, porque no lo hundiesen. Andaba el camino del Lesnordeste, y después a la cuarta hasta el Nordeste; andaría seis horas así, y en ellas siete leguas y media. Él ordenó que se echase un romero que fuese a Santa María de Guadalupe y llevase un cirio de cinco libras de cera y que hiciesen voto todos que al que cayese la suerte cumpliese la romería, para lo cual mandó traer tantos garbanzos cuantas personas en el navío venían y señalar uno con un cuchillo haciendo una cruz y meterlos en un bonete bien revueltos. El primero que metió la mano fue el Almirante y sacó el garbanzo de la cruz, y así cayó sobre él la suerte y desde luego se tuvo por romero y deudor de ir a cumplir el voto. Echóse otra vez la suerte para enviar romero a Santa María de Loreto, que está en la marca de Ancona, tierra del Papa, que es casa donde nuestra Señora ha hecho y hace muchos y grandes milagros, y cayó la suerte a un marinero del Puerto de Santa María, que se llamaba Pedro de Villa, y el Almirante le prometió de le dar dineros para las costas. Otro romero acordó que se enviase a que velase una noche en Santa Clara de Moguer e hiciese decir una misa, para lo cual se tornaron a echar los garbanzos con el de la cruz, y cayó la suerte al mismo Almirante. Después desto, el Almirante y toda la gente hicieron voto de, en llegando a la primera tierra, ir todos en camisa en procesión a hacer oración en una iglesia que fuese de la invocación de nuestra

Señora.

Allende los votos generales o comunes, cada uno hacía en especial su voto, porque ninguno pensaba escapar, teniéndose todos por perdidos, según la terrible tormenta que padecían. Ayudaba a acrecentar el peligro que venía el navío con falta de lastre, por haberse alivianado la carga, siendo ya comidos los bastimentos y el agua y vino bebido, lo cual, por codicia del próspero tiempo que entre las islas tuvieron, no proveyó el Almirante, teniendo propósito de lo mandar lastrar en la isla de las Mujeres, adonde llevó propósito de ir. El remedio que para esta necesidad tuvo fue, cuando hacerlo pudieron, henchir las pipas que tenían vacías de agua y vino, de agua de la mar, y con esto en ella se remediaron. Escribe aquí el Almirante las causas que le ponían temor de que allí nuestro Señor no quisiese que pereciese y otras que le daban esperanza de que Dios lo había de llevar en salvamento, para que tales nuevas como llevaba a los Reyes no pereciesen. Parecíale quel deseo grande que tenía de llevar estas nuevas tan grandes y mostrar que había salido verdadero en lo que había dicho y proferídose a descubrir, le ponía grandísimo miedo de no lo conseguir, y que cada mosquito dice que le podía perturbar e impedir. Atribúyelo esto a su poca fe y desfallecimiento de confianza de la Providencia Divina. Confortábanle, por otra parte, las mercedes que Dios le había hecho en darle tanta victoria, descubriendo lo que descubierto había y cumplídole Dios todos sus deseos, habiendo pasado en Castilla en sus despachos muchas adversidades y contrariedades. Y que como antes hubiese puesto su fin y enderezado todo su negocio a Dios y le había oído y dado todo lo que le había pedido, debía creer que le daría cumplimiento de lo comenzado y le llevaría en salvamento.

Mayormente que, pues le había librado a la ida, cuando tenía mayor razón de temer de los trabajos que tenía con los marineros y gente que llevaba, los cuales todos a una voz estaban determinados de se volver y alzarse contra él haciendo protestaciones, y el eterno Dios le dio esfuerzo y valor contra todos y otras cosas de mucha maravilla que Dios había mostrado en él y por él en aquel viaje, allende aquellas que sus Altezas sabían de las personas de su casa; así que dice que no debiera temer la dicha tormenta. *Mas su flaqueza y congoja* —dice él— *no me dejaba asentar la ánima*. Dice más, que también le daban gran pena dos hijos que tenía en Córdoba al estudio, que los dejaba huérfanos de padre y madre en tierra extraña, y los Reyes no sabían los servicios que les había en aquel viaje hecho y las nuevas tan prósperas que les llevaba para que se moviesen a los remediar. Por esto y porque supiesen sus Altezas cómo nuestro Señor le había dado victoria de todo lo que deseaba de las Indias y supiesen que ninguna tormenta había en aquellas partes, lo cual dice que se puede conocer por la hierba y los árboles que están nacidos y crecidos hasta dentro en la mar, y porque si se perdiese con aquella tormenta los Reyes hubiesen noticia de su viaje, tomó un pergamino y escribió en él todo lo que pudo de todo lo que había hallado, rogando mucho a quien lo hallase que lo llevase a los Reyes. Este pergamino envolvió en un paño encerado, atado muy bien, y mandó traer un gran barril de madera y púsolo en él sin que ninguna persona supiese qué era, sino que pensaron todos que era alguna devoción; y así lo mandó echar en la mar. Después, con los aguaceros y turbionadas, se mudó el viento al Oueste, y andaría así a popa sólo con el trinquete cinco horas con la mar muy desconcertada; y andaría dos leguas y media al

Nordeste. Había quitado el papahígo de la vela mayor, por miedo que alguno onda de la mar no se lo llevase del todo.

Viernes 15 de Febrero

Ayer, después del sol puesto, comenzó a mostrarse claro el cielo de la banda del Oueste, y mostraba que quería de hacia allí ventar. Dio la boneta a la vela mayor: todavía era la mar altísima, aunque iba algo bajándose. Anduvo al Lesnordeste cuatro millas por hora y en trece horas de noche fueron trece leguas. Después del sol salido vieron tierra: parecíales por proa al Lesnordeste; algunos decían que era la isla de la Madera, otros que era la Roca de Cintra en Portugal, junto a Lisboa. Saltó luego el viento por proa Lesnordeste, y la mar venía muy alta del Oueste; habría de la carabela a tierra cinco leguas. El Almirante, por su navegación, se hallaba estar con las islas de los Azores, y creía que aquella era una dellas: los pilotos y marineros se hallaban ya con tierra de Castilla.

Sábado 16 de Febrero

Toda esta noche anduvo dando bordos por encabalgar la tierra que ya se cognoscía ser isla. A veces iba al Nordeste, otras al Nornordeste, hasta que salió el sol, que tomó la vuelta del Sur por llegar a la isla que ya no veían por la gran cerrazón, y vido por popa otra isla que distaría ocho leguas. Después del sol salido, hasta la noche anduvo dando vueltas por llegarse a la tierra con el mucho viento y mar que llevaba. Al decir la *Salve*, que es a boca de noche, algunos vieron lumbre de sotavento, y parecía que debía ser la isla que vieron ayer primero; y toda la noche anduvo barloventeando y allegándose lo más que podía para ver si al salir del sol veía alguna de las islas. Esta noche reposó el Almirante algo, porque desde el miércoles no había dormido ni podido dormir, y quedaba muy tullido de las piernas por estar

siempre desabrigado al frío y al agua y por el poco comer. El sol salido, navegó al Sursudueste, y a la noche llegó a la isla y por la gran cerrazón no pudo cognoscer qué isla era.

Lunes 18 de Febrero

Ayer, después del sol puesto, anduvo rodeando la isla para ver dónde había de surgir y tomar lengua. Surgió con una ancla que luego perdió. Tornó a dar la vela y barloventeó toda la noche. Después del sol salido, llegó otra vez de la parte del Norte de la isla, y donde le pareció surgió con un ancla, y envió la barca en tierra y hubieron habla con la gente de la isla, y supieron cómo era la isla de Santa María, una de las de los Azores, y enseñáronles el puerto donde habían de poner la carabela; y dijo la gente de la isla que jamás habían visto tanta tormenta como la que había hecho los quince días pasados y que se maravillaban cómo habían escapado; los cuales dice que dieron gracias a Dios e hicieron muchas alegrías por las nuevas que sabían de haber el Almirante descubierto las Indias. Dice el Almirante que aquella su navegación había sido muy cierta y que había carteado bien, que fuesen dadas muchas gracias a nuestro Señor, aunque se hacía algo delantero. Pero tenía por cierto que estaba en la comarca de las islas de los Azores, y que aquélla era una dellas. Y dice que fingió haber andado más camino por desatinar a los pilotos y marineros que carteaban, por quedar él señor de aquella derrota de las Indias, como de hecho queda, porque ninguno de todos ellos traía su camino cierto, por lo cual ninguno puede estar seguro de su derrota para las Indias.

Martes 19 de Febrero

Después del sol puesto, vinieron a la ribera tres hombres de la isla y llamaron. Envióles la barca, en la cual vinieron y trajeron gallinas y pan fresco, y era día de Carnestolendas, y

trajeron otras cosas que enviaba el capitán de la isla, que se llamaba Juan de Castañeda,[50] diciendo que lo conocía muy bien y que por ser noche no venía a verlo; pero en amaneciendo vendría y traería más refresco, y traería consigo tres hombres que allá quedaban de la carabela, y que no los enviaba por el gran placer que con ellos tenía oyendo las cosas de su viaje. El Almirante mandó hacer mucha honra a los mensajeros, y mandóles dar camas en que durmiesen aquella noche, porque era tarde y estaba la población lejos. Y porque el jueves pasado, cuando se vido en la angustia de la tormenta, hicieron el voto y votos susodichos y el de que en la primera tierra donde hubiese casa de nuestra Señora saliesen en camisa, etc., acordó que la mitad de la gente fuese a cumplirlo a una casita que estaba junto con la mar como ermita, y él iría después con la otra mitad. Viendo que era tierra segura, y confiando en las ofertas del capitán y en la paz que tenía Portugal con Castilla, rogó a los tres hombres que se fuesen a la población e hiciesen venir un clérigo para que les dijese una misa. Los cuales, idos en camisa, en cumplimiento de su romería, y estando en su oración, saltó con ellos todo el pueblo a caballo y a pie con el capitán y prendiéronlos a todos. Después, estando el Almirante sin sospecha esperando la barca para salir él a cumplir su romería con la otra gente hasta las once del día, viendo que no venían, sospechó que los tenían o que la barca se había quebrado, porque toda la isla está cercada de peñas muy altas. Esto no podía ver el Almirante porque la ermita estaba detrás de una punta. Levantó el ancla y dio la vela hasta en derecho de la ermita, y vido muchos de caballo que se apearon y entraron en la barca con armas, y vinieron a la carabela para prender al Almirante. Levantóse el capitán en la barca y pidió seguro al Almirante.

Dijo que se lo daba; pero ¿qué innovación era aquélla que no veía ninguna de su gente en la barca?, y añadió el Almirante que viniese y entrase en la carabela, que él haría todo lo que él quisiese. Y pretendía el Almirante con buenas palabras traerlo por prenderlo para recuperar su gente, no creyendo que violaba la fe dándole seguro, pues él, habiéndole ofrecido paz y seguridad, lo había quebrantado. El capitán, como dice que traía mal propósito, no se fió a entrar. Visto que no se llegaba a la carabela, rogóle que le dijese la causa porque detenía su gente, y que de ello pesaría al rey de Portugal, y que en tierra de los Reyes de Castilla recibían los portugueses mucha honra y entraban y estaban seguros como en Lisboa, y que los Reyes le habían dado carta de recomendación para todos los príncipes y señores y hombres del mundo, las cuales le mostraría si se quisiese llegar; y que él era su Almirante del mar Océano y Visorey de las Indias, que ahora eran de sus Altezas, de lo cual mostraría las provisiones firmadas de sus firmas y selladas con sus sellos, las cuales les enseñó de lejos, y que los Reyes estaban en mucho amor y amistad con el rey de Portugal y le habían mandado que hiciese toda la honra que pudiese a los navíos que topase de Portugal, y que, dado que no le quisiese darle su gente, no por eso dejaría de ir a Castilla, pues tenía harta gente para navegar hasta Sevilla, y serían él y su gente bien castigados, haciéndoles aquel agravio. Entonces respondió el capitán y los demás no conocer acá Rey y Reina de Castilla, ni sus cartas, ni le habían miedo; antes les darían a saber qué era Portugal, casi amenazando. Lo cual oído, el Almirante hubo mucho sentimiento, y dice que pensó si había pasado algún desconcierto entre un reino y otro después de su partida, y no se pudo sufrir que no les respondiese lo que era razón. Después tornóse dice que a

levantar aquel capitán desde lejos y dijo al Almirante que se fuese con la carabela al puerto, y que todo lo que él hacía y había hecho, el rey su señor se lo había enviado a mandar; de lo cual el Almirante tomó testigos los que en la carabela estaban, y tornó el Almirante a llamar al capitán y a todos ellos y les dio su fe y prometió, como quien era, de no descender ni salir de la carabela hasta que llevase un ciento de portugueses a Castilla y despoblar toda aquella isla. Y así se volvió a surgir en el puerto donde estaba primero, porque el tiempo y viento era muy malo para hacer otra cosa.

Miércoles 20 de Febrero

Mandó aderezar el navío y henchir las pipas de agua de la mar por lastre, porque estaba en muy mal puerto y temió que se le cortasen las amarras, y así fue; por lo cual dio la vela hacia la isla de San Miguel, aunque en ninguna de la de los Azores hay buen puerto para el tiempo que entonces hacía, y no tenía otro remedio sino huir a la mar.

Jueves 21 de Febrero

Partió ayer de aquella isla de Santa María para la de San Miguel, para ver si hallaba puerto para poder sufrir tan mal tiempo como hacía, con mucho viento y mucha mar, y anduvo hasta la noche sin poder ver tierra una ni otra por la gran cerrazón y oscurana que el viento y la mar causaban. El Almirante dice que estaba con poco placer, porque no tenía sino tres marineros solos que supiesen de la mar, porque los que más allí estaban no sabían de la mar nada. Estuvo a la corda toda la noche con muy mucha tormenta y grande peligro y trabajo, y en lo que nuestro Señor le hizo merced fue que la mar o las ondas della venían de sola una parte, porque si cruzaran como las pasadas, muy mayor mal padeciera. Después del sol salido, visto que no veía la isla de San Miguel,

acordó tornarse a la Santa María por ver si podía cobrar su gente y la barca y las amarras y anclas que allá dejaba. Dice que estaba maravillado de tan mal tiempo como había en aquellas islas y partes, porque en las Indias navegó todo aquel invierno sin surgir, y había siempre buenos tiempos, y que una sola hora no vido la mar que no se pudiese bien navegar, y en aquellas islas había padecido tan grave tormenta, y lo mismo le acaeció a la ida hasta las Islas de Canaria; pero, pasado de ellas, siempre halló los aires y la mar con gran templanza. Concluyendo, dice el Almirante que bien dijeron los sacros teólogos y los sabios filósofos quel Paraíso terrenal está en el fin de Oriente, porque es lugar temperadísimo. Así que aquellas tierras que ahora él había descubierto es —dice él — el fin del Oriente.

Viernes 22 de Febrero

Ayer surgió en la isla de Santa María en el lugar o puerto donde primero había surgido, y luego vino un hombre a capear desde unas peñas que allí estaban fronteras, diciendo que no se fuesen de allí. Luego vino la barca con cinco marineros, dos clérigos y un escribano: pidieron seguro, y, dado por el Almirante, subieron a la carabela; y porque era noche durmieron allí, y el Almirante les hizo la honra que pudo. A la mañana le requirieron que les mostrase poder de los Reyes de Castilla para que a ellos les contase cómo con poder de ellos había hecho aquel viaje. Sintió el Almirante que aquello hacían por mostrar color que no habían en lo hecho errado, sino que tuvieron razón, porque no habían podido haber la persona del Almirante, la cual debieran de pretender coger a las manos, pues vinieron con la barca armada, sino que no vieron que el juego les saliera bien, y con temor de lo que el Almirante había dicho y amenazado; lo

cual tenía propósito de hacer, y creyó que saliera con ello. Finalmente, por haber la gente que le tenían, hubo de mostrarles la carta general de los Reyes para todos los príncipes y señores de encomienda y otras provisiones; y dioles de lo que tenía y fuéronse a tierra contentos, y luego dejaron toda la gente con la barca, de los cuales supo que si tomaran al Almirante nunca lo dejaran libre; porque dijo el capitán que el Rey, su señor, se lo había así mandado.

Sábado 23 de Febrero

Ayer comenzó a querer abonanzar el tiempo; levantó las anclas y fue a rodear la isla para buscar algún buen surgidero para tomar leña y piedra para lastre, y no pudo tomar surgidero hasta dos horas completas.

Domingo 24 de Febrero

Surgió ayer en la tarde para tomar leña y piedra, y, porque la mar era muy alta no pudo la barca llegar en tierra; y, al rendir de la primera guardia de noche, comenzó a ventar Oueste y Sudueste. Mandó levantar las velas por el gran peligro que en aquellas islas hay en esperar el viento Sur sobre el ancla, y en ventando Sudueste luego vienta Sur. Y, visto que era buen tiempo para ir a Castilla, dejó de tomar leña y piedra e hizo que gobernasen al Leste; y andaría hasta el sol salido, que haría seis horas y media, siete millas por hora, que son cuarenta y cinco millas y media. Después del sol salido hasta el ponerse, anduvo seis millas por hora, que en once horas fueron sesenta y seis millas, y cuarenta y cinco y media de la noche fueron ciento once y media, y por consiguiente, veintiocho leguas.

Lunes 25 de Febrero

Ayer, después del sol puesto, navegó al Leste su camino

cinco millas por hora: en trece horas de esta noche andaría sesenta y cinco millas, que son dieciséis leguas y cuarta. Después del sol salido, hasta ponerse, anduvo otras diecisiete leguas y media con la mar llana, gracias a Dios. Vino a la carabela un ave muy grande que parecía águila.

Martes 26 de Febrero

Ayer, después del sol puesto, navegó a su camino al Leste, la mar llana, a Dios gracias: lo más de la noche andaría ocho millas por hora; anduvo cien millas, que son veinticinco leguas. Después del sol salido, con poco viento, tuvo aguaceros; anduvo obra de ocho leguas al Lesnordeste.

Miércoles 27 de Febrero

Esta noche y día anduvo fuera de camino por los vientos contrarios y grandes olas y mar, y hallábase ciento veinticinco leguas del Cabo de San Vicente, y ochenta de la isla de la Madera y ciento seis de la de Santa María. Estaba muy penado con tanta tormenta, ahora questaba a la puerta de casa.

Jueves 28 de Febrero

Anduvo de la misma manera esta noche con diversos vientos al Sur y al Sueste, y a una parte y a otra, y al Nordeste y al Lesnordeste, y de esta manera todo este día.

Viernes 1° de Marzo

Anduvo esta noche al Leste cuarta del Nordeste, doce leguas; de día corrió al Leste cuarta del Nordeste, veintitrés leguas y media.

Sábado 2 de Marzo

Anduvo esta noche a su camino al Leste cuarta del Nordeste, veintiocho leguas; y el día corrió veinte leguas.

Domingo 3 de Marzo

Después del sol puesto navegó a su camino al Leste. Vínole una turbiada que le rompió todas las velas, y viose en gran peligro, mas Dios los quiso librar. Echó suertes para enviar un peregrino dice a Santa María de la Cinta en Huelva, que fuese en camisa, y cayó la suerte al Almirante. Hicieron todos también voto de ayunar el primer sábado que llegasen a pan y agua. Andaría sesenta millas antes que se le rompiesen las velas; después anduvieron a árbol seco, por la gran tempestad del viento y la mar que de dos partes los comía. Vieron señales de estar cerca de tierra; hallábanse todo cerca de Lisboa.

Lunes 4 de Marzo

Anoche padecieron terrible tormenta, que se pensaron perder de las mares de dos partes que venían y los vientos, que parecía que levantaban la carabela en los aires, y agua del cielo y relámpagos de muchas partes; plugo a nuestro Señor de lo sostener, y anduvo así hasta la primera guardia, que nuestro Señor le mostró tierra, viéndola los marineros. Y entonces, por no llegar a ella hasta conocerla, por ver si hallaba algún puerto o lugar donde se salvar, dio el papahígo por no tener otro remedio y andar algo, aunque con gran peligro, haciéndose a la mar; y así los guardó Dios hasta el día, que dice que fue con infinito trabajo y espanto. Venido el día, conoció la tierra, que era la Roca de Cintra,[51] que es junto con el río de Lisboa, adonde determinó entrar, porque no podía hacer otra cosa: tan terrible era la tormenta que hacía en la villa de Cascaes,[52] que es a la entrada del río. Los del pueblo dice que estuvieron toda aquella mañana haciendo plegarias por ellos, y, después que estuvo dentro, venía la gente a verlos por maravilla de cómo habían escapado; y así, a hora de tercia, vino a pasar a Rastelo dentro del río de Lisboa, donde

supo de la gente de la mar que jamás hizo invierno de tantas tormentas y que se habían perdido veinticinco naos en Flandes y otras estaban allí que había cuatro meses que no habían podido salir. Luego escribió el Almirante al rey de Portugal, que estaba a nueve leguas de allí, cómo los Reyes de Castilla le habían mandado que no dejase de entrar en los puertos de su Alteza a pedir lo que hubiese menester por sus dineros, y que el rey le mandase dar lugar para ir con la carabela a la ciudad de Lisboa, porque algunos ruines, pensando que traía mucho oro, estando en puerto despoblado, se pusiesen a cometer alguna ruindad, y también porque supiese que no venía de Guinea, sino de las Indias.

Martes 5 de Marzo

Hoy, después que el patrón de la nao grande del rey de Portugal, la cual estaba también surta en Rastelo y la más bien artillada de artillería y armas que dice que nunca nao se vido, vino el patrón della, que se llamaba Bartolomé Díaz de Lisboa, con el batel armado a la carabela, y dijo al Almirante que entrase en el batel para ir a dar cuenta a los hacedores del rey y al capitán de la dicha nao. Respondió el Almirante quél era Almirante de los Reyes de Castilla y que no daba él tales cuentas a tales personas, ni saldría de las naos ni navíos donde estuviese si no fuese por la fuerza de no poder sufrir las armas. Respondió el patrón que enviase al maestre de la carabela. Dijo el Almirante que ni al maestre ni a otra persona si no fuese por fuerza, porque en tanto tenía el dar persona que fuese como ir él, y que ésta era la costumbre de los Almirantes de los Reyes de Castilla, de antes morir que se dar ni dar gente suya. El patrón se moderó y dijo que, pues estaba en aquella determinación, que fuese como él quisiese; pero que le rogaba que le mandase mostrar las cartas de los Reyes

de Castilla si las tenía. El Almirante plugo de mostrárselas, y luego se volvió a la nao e hizo relación al capitán, que se llamaba Álvaro Dama, el cual, con mucha orden, con atabales y trompetas y añafiles, haciendo gran fiesta, vino a la carabela y habló con el Almirante y le ofreció de hacer todo lo que le mandase.

Miércoles 6 de Marzo

Sabido cómo el Almirante venía de las Indias, hoy vino tanta gente a verlo y a ver los indios, de la ciudad de Lisboa, que era cosa de admiración, y las maravillas que todos hacían, dando gracias a nuestro Señor y diciendo que, por la gran fe que los Reyes de Castilla tenían y deseo de servir a Dios, que su alta Majestad los daba todo esto.

Jueves 7 de Marzo

Hoy vino infinitísima gente a la carabela y muchos caballeros, y entre ellos los hacedores del rey, y todos daban infinitísimas gracias a nuestro Señor por tanto bien y acrecentamiento de la Cristiandad que nuestro Señor había dado a los Reyes de Castilla, el cual dice que apropiaban porque sus Altezas se trabajaban y ejercitaban en el acrecentamiento de la religión de Cristo.

Viernes 8 de Marzo

Hoy recibió el Almirante una carta del rey de Portugal con D. Martín de Noroña, por la cual le rogaba que se llegase adonde él estaba, pues el tiempo no era para partir con la carabela; y así lo hizo por quitar sospecha, puesto que no quisiera ir, y fue a dormir a Sacanben.[53] Mandó el rey a sus hacedores que todo lo que hubiese el Almirante menester y su gente y la carabela se lo diese sin dineros y se hiciese todo como el Almirante quisiese.

Sábado 9 de Marzo

Hoy partió de Sacanben para ir adonde el rey estaba, que era el valle del Paraíso, nueve leguas de Lisboa: porque llovió no pudo llegar hasta la noche. El rey le mandó recibir a los principales de su casa muy honradamente, y el rey también le recibió con mucha honra y le hizo mucho favor y mandó sentar y habló muy bien, ofreciéndole que mandaría hacer todo lo que a los Reyes de Castilla y a su servicio cumpliese cumplidamente y más que por cosa suya; y mostró haber mucho placer del viaje haber habido buen término y se haber hecho, mas que entendía que en la capitulación que había entre los Reyes y él que aquella conquista le pertenecía . A lo cual respondió el Almirante que no había visto la capitulación ni sabía otra cosa sino que los Reyes le habían mandado que no fuese a la Mina ni en toda Guinea, y que así se había mandado pregonar en todos los puertos del Andalucía antes que para el viaje partiese. El rey graciosamente respondió que tenía él por cierto que no habría en esto menester terceros. Diole por huésped al prior del Clato,[54] que era la más principal persona que allí estaba, del cual el Almirante recibió muy muchas honras y favores.

Domingo 10 de Marzo

Hoy, después de misa, le tornó a decir el rey si había menester algo, que luego se le daría, y departió mucho con el Almirante sobre su viaje, y siempre le mandaba estar sentado y hacer mucha honra.

Lunes 11 de Marzo

Hoy se despidió del rey, y le dijo algunas cosas que dijese de su parte a los Reyes, mostrándole siempre mucho amor. Partióse después de comer, y envió con él a D. Martín de

Noroña,[55] y todos aquellos caballeros le vinieron a acompañar y hacer honra buen rato. Después vino a un monasterio de San Antonio, que es sobre un lugar que se llama Villafranca, donde estaba la reina; y fuele a hacer reverencia y besarle las manos, porque le había enviado a decir que no se fuese hasta que la viese, con la cual estaban el duque y el marques, donde recibió el Almirante mucha honra. Partióse de ella el Almirante de noche, y fue a dormir a Llandra.[56]

Martes 12 de Marzo

Hoy, estando para partir de Llandra para la carabela, llegó un escudero del rey que le ofreció de su parte que, si quisiese ir a Castilla por tierra, que aquél fuese con él para lo aposentar y mandar dar bestias y todo lo que hubiese menester. Cuando el Almirante de él se partió, le mandó dar una mula y otra a su piloto, que llevaba consigo, y dice que al piloto mandó hacer merced de veinte espadines, según supo el Almirante. Todo dice que se decía que lo hacía porque los Reyes lo supiesen. Llegó a la carabela en la noche.

Miércoles 13 de Marzo

Hoy a las ocho horas, con la marea de ingente y el viento Nornorueste, levantó las anclas y dio la vela para ir a Sevilla.

Jueves 14 de Marzo

Ayer, después del sol puesto, siguió su camino al Sur, y antes del sol salido se halló sobre el Cabo de San Vicente, ques en Portugal. Después navegó al Leste para ir a Saltés, y anduvo todo el día con poco viento hasta ahora que está sobre Furon.[57]

Viernes 15 de Marzo

Ayer, después del sol puesto, navegó a su camino hasta el

día con poco viento, y al salir del sol se halló sobre Saltés, y a hora de mediodía, con la marea de montante, entró por la barra de Saltés hasta dentro del puerto de donde había partido a 3 de agosto del año pasado. Y así dice él que acababa ahora esta escriptura, salvo que estaba de propósito de ir a Barcelona por la mar, en la cual ciudad le daban nuevas que Sus Altezas estaban, y esto para les hacer relación de todo su viaje que Nuestro Señor le había dejado hacer y le quiso alumbrar en él. Porque ciertamente, allende que él sabía y tenía firme y fuerte sin escrúpulo que su alta Majestad hace todas las cosas buenas y que todo es bueno salvo el pecado y que no se puede abalar ni pensar cosa que no sea con su consentimiento, *esto de este viaje cognozco* —dice el Almirante— *que milagrosamente lo ha mostrado, así como se puede comprender por esta escriptura, por muchos milagros señalados mostrados en el viaje, y de mi, que ha tanto tiempo questoy en la corte de vuestras Altezas con opósito y contra sentencia de tantas personas principales de vuestra casa, los cuales todos eran contra mí poniendo este hecho que era burla. El cual espero en nuestro Señor que será la mayor honra de la cristiandad que así ligeramente haya jamás aparecido*. Estas son finales palabras del Almirante D. Cristóbal Colón de su primer viaje a las Indias y al descubrimiento de ellas.

---

[1] O *garajau*; portuguesismo. Especie de charrán o sterna, a veces llamada golondrina de mar.

[2] Nombre portugués. Ave marina tropical frecuente cerca de las islas de Cabo Verde.

[3] Ave pelágica que nidifica en el archipiélago de Cabo Verde.

[4] Especie de fragata, ave pelágica. *Rabiforcado* es un portuguerismo.

[5] De la Osa Menor.

[6] Especie de crustáceo cirrípedo que se adhiere a las rocas.

[7] Vela de popa.

[8] A la capa; navegando de cara al viento; disponer las velas de modo que la embarcación ande poco.

[9] Hoy San Salvador en las Bahamas.

[10] Cierta moneda antigua de Ceuta.

[11] Laguna en el texto de Las Casas.

[12] Primera mención del tabaco.

[13] Hamacas.

[14] Promontorio.

[15] Cuba.

[16] Referencia a la ciudad real de Quinsay mencionada por Marco Polo.

[17] Espacio en blanco en el manuscrito.

[18] Cathay es el nombre que Marco Polo da a China.

[19] Al margen de esta frase, Las Casas apunta: "Esta algarabía no entiendo yo".

[20] "Poner los barcos a monte" era vararlos en la playa para limpiar o recorrer sus fondos.

[21] No había canela en América al momento del descubrimiento. Es una planta asiática.

[22] Ñames.

[23] O *fexoes*. Se trata de un portuguesismo: *feijões* significa frijoles.

[24] Quíos, isla griega.

[25] Espacio en blanco en el manuscrito.

[26] Tejón. Quizá se trate de un coatí.

[27] Espacio en blanco en el manuscrito.

[28] En el sentido de sufrir.

[29] El cinquín, cinquén o cinquino era una moneda castellana y portugesa de plata y cobre.

[30] Espacio en blanco en el manuscrito.

[31] Colón comete una confusión: aquí describe la yuca; el ají es pimiento, el chile de los mexicanos.

[32] Moneda que valía dos castellanos.

[33] ¿Cañaveral?

[34] Vacío de renglón y medio en el manuscrito.

[35] Vacío de una palabra en el manuscrito.

[36] Clara o hueco entre dos cuadernas de un navío.

[37] Cornalina.

[38] Vicente Yáñez.

[39] Jamaica.

[40] Son manatís.

[41] Molusco lamelibranquio marino de aspecto vermiforme que perfora las maderas sumergidas.

[42] Vientos del este.

[43] Martinica.

[44] Vacío en el manuscrito. La palabra en uso en la isla era “macana”.

[45] El rabiforcado es un ave, no un pez.

[46] Así en el manuscrito.

[47] Anfa; hoy Casablanca, en Marruecos.

[48] Espacio vacío en el manuscrito.

[49] Vela mayor.

[50] João da Castanheira.

[51] Sintra.

[52] Cascais.

[53] Sacavem.

[54] Crato, sede de la orden de Malta en Portugal.

[55] Noronha.

[56] Alhandra.

[57] Faro.

Carta a Luis de Santángel

Escrita por Colón a su regreso del primer viaje (febrero-marzo de 1493).

Impresa en Barcelona a principios de abril de 1493 sin fecha ni título y sin mención del editor.

Señor, porque sé que habréis placer de la gran victoria que nuestro señor me ha dado en mi viaje, vos escribo ésta, por la cual sabréis como en veinte días[1] pasé a las Indias con la armada que los ilustrísimos Rey y Reina nuestros señores me dieron, donde yo hallé muy muchas islas pobladas con gente sin número; y de ellas todas he tomado posesión por sus altezas con pregón y bandera real extendida, y no me fue contradicho.

A la primera que yo hallé puse nombre Sant Salvador[2] a conmemoración de su alta majestad, el cual maravillosamente todo esto ha dado; los indios la llaman Guanaham;[3] a la segunda puse nombre la isla de Santa María de Concepción;[4] a la tercera Ferrandina;[5] a la cuarta la Isla bella;[6] a la quinta la isla Juana,[7] y así a cada una nombre nuevo.

Cuando yo llegué a la Juana, seguí yo la costa della al poniente, y la hallé tan grande que pensé que sería tierra firme, la provincia de Catayo. Y como no hallé así villas y lugares en la costa de la mar, salvo pequeñas poblaciones, con la gente de las cuales no podía haber habla, porque luego huían todos, andaba yo adelante por el dicho camino, pensando de no errar grandes ciudades o villas; y, al cabo de muchas leguas, visto que no había innovación, y que la costa me llevaba al setentrión, de adonde mi voluntad era contraria, porque el invierno era ya encarnado, yo tenía propósito de huir dél al austro, y también el viento me dio adelante, determiné de no aguardar otro tiempo, y volví atrás hasta un señalado puerto, de adonde envié dos hombres por la tierra, para saber si había rey o grandes ciudades. Anduvieron tres jornadas, y hallaron infinitas poblaciones pequeñas y gente

sin número, mas no cosa de regimiento; por lo cual se volvieron.

Yo entendía harto de otros indios, que ya tenía tomados, como continuamente esta tierra era isla, y así seguí la costa della al oriente ciento y siete leguas hasta donde hacía fin. Del cual cabo vi otra isla al oriente, distante de ésta diez y ocho leguas, a la cual luego puse nombre la Spañola y fui allí, y seguí la parte del setentrión, así como de la Juana al oriente, ciento setenta y ocho grandes leguas por línea recta; la cual y todas las otras son fortísimas[8] en demasiado grado, y ésta en extremo. En ella hay muchos puertos en la costa de la mar, sin comparación de otros que yo sepa en christianos, y hartos ríos y buenos y grandes, que es maravilla. Las tierras della son altas, y en ella muy muchas sierras y montañas altísimas, sin comparación de la isla de Centre,[9] son todas hermosísimas, de mil hechuras, y todas andábiles, y llenas de árboles de mil maneras y altas, y parece que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la hoja, según lo puedo comprehender, que los vi tan verdes y tan hermosos como son por mayo en Spaña, y dellos estaban floridos, dellos con fruto, y dellos en otro término, según es su calidad. Y cantaba el ruiseñor y otros pajaricos de mil maneras en el mes de noviembre por allí donde yo andaba. Hay palmas de seis o de ocho maneras, que es admiración verlas, por la deformidad hermosa dellas, mas así como los otros árboles y frutos y hierbas. En ella hay pinares a maravilla y hay campiñas grandísimas, y hay miel, y de muchas maneras de aves, y frutas muy diversas. En las tierras hay muchas minas de metales, y hay gente *instimabile numero*.[10]

La Spañola es maravilla; las sierras y las montañas y las

vegas y las campiñas, y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares. Los puertos de la mar aquí no habría creencia sin vista, y de los ríos muchos y grandes, y buenas aguas, los más de los cuales traen oro. En los árboles y frutos y hierbas hay grandes diferencias de aquellas de la Juana. En ésta hay muchas especierías, y grandes minas de oro y de otros metales.

La gente desta isla y de todas las otras que he hallado y habido ni haya habido noticia, andan todos desnudos, hombres y mujeres, así como sus madres los paren, aunque algunas mujeres se cobijan un solo lugar con una hoja de hierba o una cosa de algodón que para ello hacen. Ellos no tienen hierro, ni acero, ni armas, ni son para ello, no porque no sea gente bien dispuesta y de hermosa estatura, salvo que son muy temerosos a maravilla. No tienen otras armas salvo las armas de las cañas, cuando están con la simiente, a la cual ponen al cabo un palillo agudo; y no osan usar de aquéllas; que muchas veces me ha acaecido enviar a tierra dos o tres hombres a alguna villa, para haber habla, y salir a ellos dellos sin número; y después que los veían llegar, huían a no aguardar padre a hijo. Y esto no porque a ninguno se haya hecho mal, antes, a todo cabo adonde yo haya estado y podido haber habla, les he dado de todo lo que tenía, así paño como otras cosas muchas, sin recibir por ello cosa alguna; mas son así temerosos sin remedio.

Verdad es que, después que se aseguran y pierden este miedo, ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creería sino el que lo viese. Ellos, de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen de no; antes convidan la persona con ello, y muestran tanto amor que darían los

corazones, y, quieren sea cosa de valor, quien sea de poco precio, luego por cualquiera cósica, de cualquiera manera que sea que se le dé, por ello se van contentos. Yo defendí que no se les diesen cosas tan si viles como pedazos de escudillas rotas, y pedazos de vidrio roto, y cabos de agujetas aunque, cuando ellos esto podían llegar, los parecía haber la mejor joya del mundo; que se acertó haber un marinero, por una agujeta, de oro peso de dos castellanos y medio; y otros, de otras cosas que muy menos valían, mucho más; ya por blancas nuevas daban por ellas todo cuanto tenían, aunque fuesen dos ni tres castellanos de oro, o una arroba o dos de algodón hilado. Hasta los pedazos de los arcos rotos, de las pipas tomaban, y daban lo que tenían como bestias. Así que me pareció mal, y yo lo defendí. Y daba yo graciosas mil cosas buenas, que yo llevaba, porque tomen amor, y allende desto se harán cristianos, y se inclinan al amor y servicio de sus altezas y de toda la nación castellana, y procuran de ayuntar y nos dar de las cosas que tienen en abundancia, que nos son necesarias.

Y no conocían ninguna secta ni idolatría salvo que todos creen que las fuerzas y el bien es en el cielo, y creían muy firme que yo con estos navíos y gente venía del cielo, y en tal catamiento me recibían en todo cabo, después de haber perdido el miedo. Y esto no procede porque sean ignorantes, y salvo de muy sutil ingenio y hombres que navegan todas aquellas mares, que es maravilla la buena cuenta quellos dan que de todo; salvo porque nunca vieron gente vestida ni semejantes navíos.

Y luego que llegué a Indias, en la primera isla que hallé tomé por fuerza algunos dellos, para que deprendiesen y me diesen noticia de lo que había en aquellas partes, así fue que

luego entendieron, y nos a ellos, cuando por lengua o señas; y estos han aprovechado mucho. Hoy en día los traigo que siempre están de propósito que vengo del cielo, por mucha conversación que hayan habido conmigo; y éstos eran los primeros a pronunciarlo adonde yo llegaba, y los otros andaban corriendo de casa en casa y a las villas cercanas con voces altas: venid, venid a ver la gente del cielo; así, todos, hombres como mujeres, después de haber el corazón seguro de nos, venían que no quedaban grande ni pequeño, y todos traían algo de comer y de beber, que daban con un amor maravilloso.

Ellos tienen en todas las islas muy muchas canoas, a manera de fustas de remo, dellas mayores, dellas menores; y algunas y muchas son mayores que una fusta de diez y ocho bancos. No son tan anchas, porque son de un solo madero; mas una fusta no tendría con ellas al remo, porque van que no es cosa de creer. Y con éstas navegan todas aquellas islas que son innumerables, y traten sus mercaderías. Alguna destas canoas he visto con setenta y ochenta hombres en ella, y cada uno con su remo.

En todas estas islas no vi mucha diversidad de la hechura de la gente, ni en las costumbres ni en la lengua; salvo que todos se entienden, que es cosa muy singular para lo que espero que determinaran sus altezas para la conversión dellos a nuestra santa fe, a la cual son muy dispuestos.

Ya dije como yo había andado ciento siete leguas por la costa de la mar por la derecha línea de occidente a oriente por la isla de Juana, según el cual camino puedo decir que esta isla es mayor que Inglaterra y Escocia juntas; porque, allende destas ciento siete leguas, me quedan de la parte de poniente dos provincias que yo no he andado, la una de las cuales

llaman Avan,[11] adonde nace la gente con cola; las cuales provincias no pueden tener en longura menos de cincuenta o sesenta leguas, según pude entender de estos indios que yo tengo, los cuales saben todas las islas.

Esta otra Española en cierco tiene más que la España toda, desde Colunya[12] por costa de mar, hasta Fuenterrabía en Viscaya, pues en una cuadra anduve ciento ochenta y ocho grandes leguas por recta línea de occidente a oriente. Esta es para desear, y vista, para nunca dejar; en la cual, puesto que de todas tenga tomada posesión por sus altezas, y todas sean más abastadas de lo que yo sé y puedo decir, y todas las tengo por de sus altezas, cual de ellas pueden disponer como y tan cumplidamente como de los reinos de Castilla. En esta Española, en el lugar más convenible y mejor comarca para las minas del oro y de todo trato así de la tierra firme de acá como de aquella de allá del Gran Can, adonde habrá gran trato y ganancia, he tomado posesión de una villa grande, a la cual puse nombre la villa de Navidad; y en ella he hecho fuerza y fortaleza, que ya a estas horas estará del todo acabada, y he dejado en ella gente que abasta para semejante hecho, con armas y artellarías y vituallas por más de un año, y fusta, y maestro de la mar en todas artes para hacer otras, y grande amistad con el rey de aquella tierra, en tanto grado, que se preciaba de me llamar y tener por hermano, y, aunque le mudase la voluntad a ofender esta gente, él ni los suyos no saben que sean armas, y andan desnudos, como ya he dicho, y son los más temerosos que hay en el mundo; así que solamente la gente que allá queda es para destruir toda aquella tierra; y es isla sin peligros de sus personas, sabiéndose regir.

En todas estas islas me parece que todos los hombres sean

contentos con una mujer, y a su mayoral o rey dan hasta veinte. Las mujeres me parece que trabajan más que los hombres. Ni he podido entender si tienen bienes propios; que me pareció ver que aquello que uno tenía todos hacían parte, en especial de las cosas comederas.

En estas islas hasta aquí no he hallado hombres mostrudos,[13] como muchos pensaban, mas antes es toda gente de muy lindo acatamiento, ni son negros como en Guinea, salvo con sus cabellos corredíos,[14] y no se crían adonde hay ímpeto demasiado de los rayos solares; es verdad que el sol tiene allí gran fuerza, puesto que es distante de la línea equinoccial veinte y seis grandes.[15] En estas islas, adonde hay montañas, allí tenía fuerza el frío este invierno; mas ellos lo sufren por la costumbre, y con la ayuda de las viandas que comen con especias muchas y muy calientes en demasía. Así que monstruos no he hallado, ni noticia, salvo de una isla que es aquí en la segunda a la entrada de las Indias, que es poblada de una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carne humana.

Estos tienen muchas canoas, con las cuales corren todas las islas de India, y roban y toman cuanto pueden; ellos no son más disformes que los otros, salvo que tienen costumbre de traer los cabellos largos como mujeres, y usan arcos y flechas de las mismas armas de cañas, con un palillo al cabo, por defecto de hierro que no tienen. Son feroces entre estos otros pueblos que son en demasiado grado cobardes, mas yo no los tengo en nada más que a los otros. Estos son aquéllos que tratan con las mujeres de Matremonio[16] que es la primera isla, partiendo de España para las Indias, que se halla en la cual no hay hombre ninguno. Ellas no usan ejercicio femenil,

salvo arcos y flechas, como los sobredichos de cañas, y se arman y cobijan con láminas de arambre, de que tienen mucho.

[Hay] otra isla, me aseguran mayor que la Española, en que las personas no tienen ningún cabello. En ésta hay oro sin cuento, y désta y de las otras traigo conmigo indios para testimonio.

En conclusión, a hablar de esto solamente que se ha hecho este viaje, que fue así de corrida, que pueden ver sus altezas que yo les daré oro cuanto hubieren menester, con muy poquita ayuda que sus altezas me darán; ahora, especiería y algodón cuanto sus altezas mandarán, y almástica cuanta mandarán cargar, y de la cual hasta hoy no se ha hallado salvo en Grecia en la isla de Xio, y el señorío la vende como quiere, y liguñaloe[17] cuanto mandarán cargar, y esclavos cuanto mandarán cargar, y serán de los idólatras; y creo haber hallado ruibarbo y canela, y otras mil cosas de sustancia hallaré, que habrán hallado la gente que yo allá dejo; porque yo no me he detenido ningún cabo, en cuanto el viento me haya dado lugar de navegar; solamente en la villa de Navidad, en cuanto dejé asegurado y bien asentado. Y a la verdad, mucho más hiciera, si los navíos me sirvieran como razón demandaba.

Esto es harto y eterno Dios nuestro señor, el cual da a todos aquellos que andan su camino victoria de cosas que parecen imposibles; y ésta señaladamente fue la una; porque, aunque de estas tierras hayan hablado o escripto, todo va por conjetura sin allegar de vista, salvo comprendiendo a tanto, los oyentes los más escuchaban y juzgaban más por habla que por poca cosa dello. Así que, pues nuestro Redentor dio esta victoria a nuestros ilustrísimos rey e reina y a sus reinos

famosos de tan alta cosa, adonde toda la christianidad debe tomar alegría y hacer grandes fiestas, y dar gracias solemnes a la Sancta Trinidad con muchas oraciones solemnes, por el tanto ensalzamiento que habrán en tornándose tantos pueblos a nuestra sancta fe, y después por los bienes temporales que no solamente a la España, mas todos los cristianos tendrán aquí refrigerio y ganancia. Esto según el hecho así en breve.

Fecha en la calavera,[18] sobre las islas de Canaria, a XV de febrero año Mil CCCCLXXXXIII

Hará lo que mandáreys.

El Almirante

ANIMA[19] QUE VENÍA DENTRO EN LA CARTA

Después desta escripto y estando en mar de Castilla, salió tanto viento conmigo sul y sueste que me ha hecho descargar los navíos, por corrí aquí en este puerto de Lisbona hoy, que fue la mayor maravilla del mundo, adonde acordé escribir a sus altezas. En todas las Indias he siempre hallado los temporales como en mayo. Adonde yo fui en treinta y tres días y volví en veintiocho, salvo questas tormentas me han detenido catorce días corriendo por esta mar. Dicen acá todos los hombres de la mar que jamás hubo tan mal invierno no ni tantas pérdidas de naves.

Fecha a quatorze días de marzo.

Esta carta envió Colom al escribano de ración de las islas halladas en las Indias. Contenida a otra de Sus Altezas.

---

[1] Ediciones posteriores indican 33 días.

[2] También conocida como isla Watling, en Bahamas.

[3] “Guanahani”, en ediciones posteriores.

[4] Cayo Rum, en Bahamas.

[5] Long Island; “Fernandina”, en ediciones posteriores.

[6] Crooked Islands; “Isabella”, en ediciones posteriores.

[7] Cuba.

[8] *Fertilísimas*, en la edición latina.

[9] Tenerife; desapareció la referencia en la versión latina.

[10] *Inestimable número*, en ediciones posteriores.

[11] O *Auau*, palabra desconocida; *Anam* en la versión latina.

[12] Unos han leído *Coruña*; otros, *Colibre*, en Cataluña; otros *Colliure*. La traducción latina pone *Catalunya*.

[13] Monstruosos.

[14] Lacios.

[15] *Grados*, en ediciones posteriores.

[16] Matinino; hoy Martinica.

[17] *Lináloe*, en ediciones posteriores.

[18] *Carabela*, en ediciones posteriores.

[19] Como se señala en la introducción, probablemente debemos leer *nema* (cierre o sello de una carta), pues nunca se llamó *ánima* a un pequeño papel insertado en una carta plegada.

Cronología

1402 El francés Jean de Béthencourt, financiado por la corona de Castilla, toma posesión de las Canarias.

1434 El portugués Gil Eanes llega al Cabo Bojador (sur de Marruecos).

1439 Los portugueses empiezan la colonización de las Azores.

1456 Instalación de los portugueses en las islas de Cabo Verde.

1469 Matrimonio de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla en Valladolid (18 de octubre).

1474 Muerte del rey de Castilla Enrique IV el Impotente (11 de diciembre). Isabel es proclamada reina de Castilla en Segovia (13 de diciembre). Inicio del conflicto de sucesión: lucha entre partidarios de la alianza con Aragón (partido de Isabel) y partidarios de la alianza con Portugal (partido de la Beltraneja).

1479 Derrota de Alfonso V de Portugal y triunfo de Isabel de Castilla. Tratado de Alcaçovas (4 de septiembre): Castilla reconoce los derechos de Portugal sobre las Azores, Madeira, las islas de Cabo Verde y sobre el Atlántico al sur de las Canarias.

1480 Instalación de la Inquisición en Castilla.

1481 Bula del papa Sixto IV que atribuye a Portugal todos los territorios al sur de las Canarias (21 de junio).

1482 Los portugueses establecen el fuerte São Jorge da Mina en la actual Ghana.

1487 El portugués Bartolomeu Dias da la "gran vuelta" en el Atlántico sur y dobla el cabo de las Tempestades (cabo de Buena Esperanza).

1492 Caída del reino moro de Granada (2 de enero). Fin de

la reconquista. Elección del papa Alejandro VI (Rodrigo Borja). Expulsión de los judíos de España (31 de marzo). Capitulaciones de Santa Fe entre Isabel la Católica, Fernando de Aragón y Cristóbal Colón (17 de abril). Salido del puerto de Palos con tres carabelas el 3 de agosto, Cristóbal Colón descubre América el 12 de octubre. Llega a las Lucayas [hoy Bahamas], luego a Cuba (28 de octubre) y más tarde a La Española [hoy Haití] (6 de diciembre). Naufragio de la Santa María el 25 de diciembre.

1493 Regreso de Cristóbal Colón a Portugal (4 de marzo). Regreso a España (15 de marzo). Publicación de la *Carta a Santángel* (cerca 15 de abril). Recepción del Almirante en Barcelona por los reyes (20 de abril). Desaparición del original del *Diario de a bordo*. Edición en Roma de la traducción latina de la *Carta a Santángel* (29 abril). Por medio de la bula *Inter caetera*, el papa Alejandro VI otorga América a España (3 de mayo). La reina Isabel entrega a Colón la "copia a dos manos" de su *Diario* (cerca 15 de septiembre)

Cristóbal Colón sale de Cádiz para su segundo viaje a la cabeza de diecisiete navíos (25 de septiembre).

1494 En la Isla de Haití, fundación de La Isabela, primera ciudad española del Nuevo Mundo. Tratado de Tordesillas entre Portugal y Castilla (7 de junio): Portugal obtiene que sea desplazada hacia el oeste la línea de división del Atlántico trazada por Alejandro VI. Esa división del mundo otorga a Portugal todas las tierras por descubrir al este de la línea y a España, todas las tierras por descubrir al oeste.

1496 Regreso de Cristóbal Colón a Cádiz (11 de junio).

1498 Tercer viaje del Almirante: sale de Sanlúcar el 30 de mayo; explora el continente americano, a la altura de la

desembocadura del Orinoco (agosto). Fundación de Santo Domingo en la costa sur de Haití por Bartolomé Colón. El portugués Vasco da Gama llega a las Indias por la ruta marítima del este.

1499 Viaje de Américo Vespucio, Alonso de Hojeda y Juan de la Cosa hacia la Tierra Firme. Cristóbal Colón, virrey de las Indias, es destituido; lo reemplaza Bobadilla.

1500 Nacimiento de Carlos de Gante, el futuro Carlos V. Portugal ocupa oficialmente Brasil (viaje de Pedro Álvarez Cabral; abril-mayo). Bobadilla encarcela a los hermanos Colón. Llegada del Almirante encadenado a Cádiz (noviembre).

1502 Nicolás de Ovando, nombrado gobernador de las Indias, sale para Santo Domingo. Bartolomé de las Casas está entre las personas que lo acompañan. Colón inicia su cuarto viaje (mayo) y reconoce Tierra Firme.

1503 Colón naufraga en Jamaica (junio).

1504 El Almirante regresa salvo a Santo Domingo (13 de agosto) y reembarca para España. Llega agotado a Sanlúcar el 7 de noviembre. Muerte de Isabel la Católica (26 de noviembre).

1505 Colón en la corte en Segovia (mayo).

1506 Cristóbal Colón muere en Valladolid (20 de mayo). Felipe el Hermoso, nuevo rey de Castilla, muere en Burgos (septiembre). Juana la Loca es encerrada en Tordesillas.

1507 Nacimiento de la palabra *América*.

1508 Ovando es revocado y Diego Colón, el hijo de Cristóbal, es nombrado gobernador de las Indias.

1509 Cristóbal Colón recibe sepultura en el Monasterio de la Cartuja en Sevilla. Su hijo Diego se traslada a Santo

Domingo.

1510 Primera misa del padre Las Casas en La Vega, isla de Santo Domingo.

1511 Diego Colón es nombrado virrey de las Indias. Inicio de la conquista de Cuba.

1513 El 29 de septiembre, después de haber cruzado el istmo de Panamá, Vasco Núñez de Balboa toma posesión del mar del Sur (el Pacífico).

1514 Muerte de Bartolomé Colón, hermano mayor de Cristóbal.

1515 Muerte de Diego, hermano menor de Cristóbal.

El virrey Diego Colón, segundo almirante, es llamado a España.

1516 Muerte del rey Fernando el Católico (23 de enero). Carlos de Gante es proclamado rey de Castilla en Bruselas (13 de marzo).

1517 Descubrimiento de Yucatán. Llegada de Carlos I de Castilla a España (17 de septiembre).

1518 Juan de Grijalva explora el Golfo de México.

1519 Cortés desembarca el 22 de abril en la ensenada de Veracruz, luego marcha hacia México-Tenochtitlan donde entra el 8 de noviembre.

Carlos I de Castilla se convierte en emperador de Alemania con el nombre de Carlos V (28 de junio). Magallanes emprende su viaje y sale de Sevilla (10 de agosto).

1520 Diego, segundo almirante, regresa a Santo Domingo y retoma su puesto de virrey de las Indias (10 de noviembre).

1521 Magallanes descubre Filipinas y muere allí (27 de abril). La capital azteca México-Tenochtitlan cae el 13 de

agosto.

1522 Las Casas ingresa a la orden de los dominicos.

1523 Diego Colón pierde su cargo de virrey y regresa a España.

1526 Diego Colón muere cerca de Toledo (23 de febrero).

1527 Cortés envía tres navíos a las Molucas (31 de octubre).

1529 Tratado entre Portugal y España que atribuye las Molucas a Portugal y Filipinas a España (22 de abril).

1532 Cortés lanza desde Acapulco la primera expedición de exploración de las costas mexicanas hacia California.

1533 En Perú, los españoles toman Cuzco (15 de noviembre). Pizarro es el nuevo amo del Imperio inca.

1536. Luis, el hijo mayor de Diego, es nombrado duque de Veragua y marqués de Jamaica. Desaparece el título de virrey de las Indias. Hernando, hijo menor del Almirante, medio hermano de Diego, empieza la redaccion de una biografia de su padre en Sevilla.

1539 Hernando Colón muere en Sevilla (julio).

1543 El 13 de mayo, Carlos V abandona definitivamente España después de haber confiado la regencia a su hijo Felipe, de dieciséis años.

1544 El féretro del Almirante viaja hasta Santo Domingo para ser reinhumado en la catedral. Las Casas obispo de Chiapas.

1551 Las Casas es relevado de su obispado.

1553 Las Casas transcribe una versión resumida del *Diario* en Sevilla.

1554 Luis, tercer almirante, intenta vender el manuscrito del *Diario de a bordo*.

1558 Muerte de Carlos V (21 de septiembre). Su hijo, Felipe II, lo sucede.

1571 Publicación en Venecia de la biografía del Almirante escrita por su hijo Hernando.

1572 Muerte de Luis Colón, tercer almirante, nieto de Cristóbal e hijo de Diego.

1578 Diego Colón y Pravia, cuarto y último almirante de las Indias, segundo y último duque de Veragua, muere sin descendencia.

1749 Primera publicación, en Madrid, de la *Historia del Almirante* de su hijo Hernando traducida al castellano.

1821 Independencia de México.

1825 Primera publicación, en Madrid, del *Diario de a bordo* de Colón en la versión resumida de Las Casas.

1856 Inicio del proceso de canonización de Cristóbal Colón en el Vaticano.

1875 Primera publicación, en Madrid, de la *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de Las Casas. El libro primero contiene la versión comentada del diario del primer viaje.

1877 Erección de un mausoleo a Colón en el interior de la catedral de Santo Domingo.

1892 Celebraciones del cuarto centenario del Descubrimiento de América. Se interrupe el proceso de canonización del Descubridor.

1898 Erección del monumento funerario de Cristóbal Colón en la catedral de Sevilla.

1992 Inauguración del Faro a Colón en Santo Domingo.

2004 Derrocamiento de la estatua de Colón en Caracas, Venezuela (12 de octubre).

Bibliografía

ANGLERÍA, Pedro Mártir de, *Décadas del nuevo mundo* (1508-1526), Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1989, 2 tomos.

ARRANZ MÁRQUEZ, Luis, *Los viajes de Colón*, Madrid, Historia 16, 1985.

———, *Colón. Misterio y grandeza,* Madrid, Marcial Pons, 2006.

BALLESTEROS BERETTA, Antonio, *Historia de América*, Barcelona, Salvat.

Tomo III: *El genesis del descubrimiento* (Ballesteros) y *Los Portugueses* (Jaime Cortesao), 1947.

Tomos IV y V: *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, 1945, 2 vols.

BENNASSAR, Bartolomé y Lucile, *1492, un monde nouveau?* , París, Perrin, 1991.

BERNÁLDEZ, Andrés, *Memorias del reinado de los Reyes Católicos que escribía el bachiller Andrés Bernáldez, Cura de Los Palacios*, ed. Manuel Gómez Moreno y Juan de Mata Carriazo, Madrid, Real Academia de la Historia, 1962.

BERNAND, Carmen y Serge Gruzinski, *Histoire du Nouveau Monde.*

Volumen I: *De la Découverte à la Conquête. 1492-1550*, París, Fayard, 1991.

Cartas de Indias, Madrid, Ministerio de Fomento, 1877. Facsímil: México, Miguel Ángel Porrúa, 1980.

CASAS, Fray Bartolomé de las, *Historia de las Indias* (1561), ed. Agustín Millares Carlo, estudio preliminar de Lewis Hanke, México, Fondo de Cultura Económica,

1981, 3 tomos.

Colón, Cristóbal, *Textos y documentos completos*, ed. Consuelo Varela, Madrid, Alianza Editorial, 1982.

———, *Capitulaciones, diario de a bordo y primeras cartas sobre el descubrimiento*, Madrid, Casariego, 1991. Edición facsimilar Contiene la transcripción de todos los documentos.

Colón, Hernando, *Historia del Almirante don Cristóbal Colón por su hijo Don Hernando*, traducida nuevamente del italiano por Manuel Serrano y Sanz. En *Colección de libros raros o curiosos que tratan de América*, Primera serie, vol. V-VI, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1932, 2 vols.

Colón, Hernando, *Historia del Almirante de las Indias Don Cristóbal Colón por Fernando Colón, su hijo*, Buenos Aires, 1944. Reproducción de la edición de Andrés González Barcia, Madrid, 1749.

Colón, Hernando, *Vida del Almirante don Cristóbal Colón*, edición, prólogo y notas de Ramón Iglesia, México, Fondo de Cultura Económica, 1947.

Duverger, Christian, *La flor letal. Economía del sacrificio azteca*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

———, *El origen de los aztecas*, México, Grijalbo, 1987.

———, *La conversión de los indios de Nueva España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

———, *Cortés*, París, Fayard, 2001.

———, *Cortés*, edición aumentada, México, Taurus,

2010.

Duviols, Jean-Paul, *L'Amérique espagnole vue et rêvée. Les livres de voyages de Christophe Colomb à Bougainville (1492-1768)*, Promodis, 1986.

Fernández de Navarrete, Martín, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV,* Madrid, Imprenta real, 1825, tomo I. Contiene la copia del Diario de Colón por Las Casas, p.1-166, y la Carta a Santángel, pp. 167-197.

———, *Viajes de Cristóbal Colón*, Madrid, Calpe, 1922. Reedición del precedente.

Garcilaso de la Vega, Inca, *Comentarios reales de los incas* (1609-1617), 2ª ed., Buenos Aires, Emecé, 1945, 2 vols.

Gómara, Francisco López de, *Historia de la conquista de México* (1552), estudio preliminar de Juan Miralles, México, Porrúa, Sepan Cuantos 566, 1988.

González Barcia, Andrés, *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales*. En el tomo I figura *La Historia del Almirante Don Cristoval Colón que compuso en castellano Don Fernando Colón, su hijo, y traduxo en toscano Alfonso de Ulloa, vuelta a traducir en castellano por no parecer el original*, Madrid, 1749, t. I, pp. 1-128.

Harisse, Henry, *Christophe Colomb. Son origine, sa vie, ses voyages, sa famille et ses descendants,* París, Ernest Leroux, 1894.

Herrera, Antonio de, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar oceano. Décadas* ii *a* v, Madrid, Imprenta Real, 1601-1615, 4 vols.; Madrid, Academia Real de la Historia, 1935.

Lévine, Daniel (ed.), *Amérique, continent imprévu*, París, Bordas, 1992.

López de Gómara, Francisco, véase: gómara

Madariaga, Salvador de, *Vida del Muy Magnifico Señor Don Cristóbal Colón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1940.

Manzano y Manzano, Juan, *Colón y su secreto: el predescubrimiento,* Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1976.

Mártir, Pedro: véase anglería.

Morison, Samuel Eliot, *Admiral of the Ocean Sea. A Life of Christopher Colombus*, Boston, Little, Brown & Co, 1942.

Morison, Samuel Eliot ed., *Journals and Other Documents on the Life and Voyages of Christopher Columbus,* Nueva York, The Heritage Press, 1963.

Obregón, Mauricio, *The Columbus Papers: The Barcelona Letter of 1493, the Landfall Controversy, and the Indian Guides: A Facsimile Edition of the Unique Copy in the New York Public Library, with a New English Translation by Lucia Graves,* Nueva York, Macmillan, 1991.

Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano. Primera parte* (1535), introducción de José Amador de los Ríos, Madrid, Real Academia de la Historia, 1851.

Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de, *Historia general y natural de las Indias y tierra firme del mar Océano* (1535-1556), Madrid, Ediciones Atlas, 1959, 5

vols.

Pérez de Tudela y Bueso, Juan, *Mirabilis in altis*, Madrid, C.S.I.C, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1983.

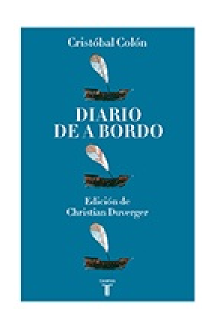
Quaritch, Bernard, *The Spanish Letter of Colombus Written by Him on Feb. 15, 1493 to Announce the Discovery of America, Reproduced in Facsimile from the Unique Copy of the Original Edition (Barcelona, April, 1493) with a Translation and Introduction,* Londres, Bernard Quaritch, 1893.

Remesal, Fray Antonio de, *Historia general de las Indias occidentales y particular de la gobernación de Chiapa y Guatemala,* ed. Carmelo Sáenz de Santa María, México, Porrúa, 1988, 2 vols.

Rumeu de Armas, Antonio, *Hernando Colón, historiador del descubrimiento de América* Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1973.

–– *Nueva luz sobre las Capitulaciones de Santa Fe de 1492 concertadas entre los Reyes Católicos y Cristóbal Colón: estudio institucional y diplomático*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1985.

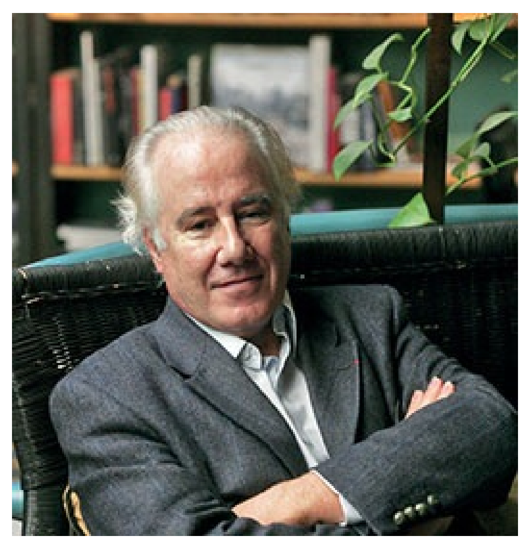
Ternaux-Compans, Henri, *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique,* París, Arthus Bertrand, 1837-1841, 20 vols.



En 1492, el mundo se desdobló: Cristóbal Colón realizó un viaje que desembocaría en el descubrimiento de América. Durante su travesía, el Almirante asumió el papel de cronista y redactó un puntual libro de bitácora, de méritos más notariales que literarios. Este documento, capítulo esencial de la memoria de la humanidad, se encuentra perdido. Por fortuna, conocemos su contenido, gracias a las copias que de él hicieron Hernando Colón, hijo del descubridor, y fray Bartolomé de las Casas. Ambas versiones, juntas por primera vez en un mismo libro, constituyen el relato de una epopeya, pero también de un misterio.

¿En verdad Colón, como se ha repetido tantas veces, buscaba una nueva ruta para llegar a las Indias y murió convencido de haberla encontrado? ¿Cómo pudo encontrar, sin titubeos, la ruta de regreso; seguía acaso indicaciones previas? ¿Por qué las referencias a Asia sólo aparecen en la versión de Las Casas? ¿Por qué, a lo largo de su diario, se empeña en describir las islas descubiertas como si fueran una extensión de España? ¿A qué se debe la parquedad de su tono, la evidente y desconcertante falta de sorpresa?

Christian Duverger plantea y despeja estas interrogantes en esta edición del *Diario de a bordo*, que, además de las versiones de Hernando y Bartolomé de las Casas, incluye la carta de Colón a Luis de Santángel, primer texto impreso en dar noticia del descubrimiento. El historiador nos advierte que esta crónica es un ejercicio de aproximación al otro, así como el autorretrato de un hombre que quiso ser el demiurgo de un mundo que no lo había esperado.



CHRISTIAN DUVERGER nació en 1948 en Burdeos, Francia. Es doctor por la Universidad de la Sorbona, en París, y profesor de la cátedra de antropología social y cultural de Mesoamérica en la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Fue consejero cultural de la embajada de Francia en México. Se ha dedicado al estudio del México prehispánico y virreinal y ha realizado trabajos arqueológicos en nuestro país. Ha colaborado con el Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad de Guadalajara y es miembro numérico de la Academia Nacional de Historia y Geografía de México. Entre sus publicaciones se encuentran *Crónica de la eternidad; Cortés. La biografía más reveladora; El primer mestizaje. La clave para entender el pasado mesoamericano; La flor letal; El origen de los aztecas; La conversión de los indios de la Nueva España; Mesoamérica. Arte y antropología, y Agua y fuego. Arte sacro indígena en el siglo XVI*. En 2016 publicó *El ancla de arena*, su primera novela.

Diario de a bordo

de Cristóbal Colón

Primera edición digital: febrero, 2017

D. R. © 2016, Ediciones Coyoli, S. R. L. de C. V.

D. R. © 2016, Christian Duverger

D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Penguin Random House / Bruno Valasse, por diseño de portada
D. R. © Barry Domínguez, por fotografía de portada



Los contenidos de este libro pueden ser
reproducidos, en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con
fines académicos, y no comerciales.

ISBN: 978-607-315-128-3

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

ÍNDICE

Índice